

ASSASSIN'S CREED

HEREJÍA

CHRISTIE GOLDEN


ASSASSIN'S
CREED
HEREJÍA
CHRISTIE GOLDEN

Simon Hathaway, un Templario de alto rango, revive los recuerdos de su antepasado Gabriel Laxart, quien luchó al lado de Juana de Arco. A través de ellos irá descubriendo poco a poco secretos del pasado que podrían impactar peligrosamente en su presente… y en el de toda la Orden Templaria.

Un conflicto interminable.

Un antiguo malentendido.

Una nueva revelación.

Y la verdad más peligrosa de todas: quién es el hereje… y quién el verdadero creyente.



Christie Golden

Assassin’s Creed: Herejía

Assassin’s Creed - 9

ePub r1.0

Titivillus 27.01.2018

Título original: *Assassin's Creed. Heresy*
Christie Golden, 2016
Traducción: Paz Pruneda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





CHRISTIE GOLDEN

16

Tus niveles están muy altos, comentó la voz de Victoria. *Voy a sacarte*.

Simon se resistió. No quería dejarlo, ahora no. Lo único que deseaba era mirar a Juana de Arco, esplendorosa y llena de dicha, contemplando la espada que era casi, *casi*, tan brillante para él…

… para Gabriel…

… como lo era ella.

Pero, después de todo, no podía ofrecer resistencia. La escena se disolvió a su alrededor. Su rostro fue lo último en ser tragado por la voraz bruma.

—Ha sido increíble —exclamó cuando Victoria le quitó el casco de la cabeza—. La espada. En manos de Juana.

Ella asintió con ojos dilatados.

—Nunca había visto nada igual.

Ahora que estaba fuera de la simulación, Simon súbitamente lo sintió todo: el dolor de su cuerpo a causa del entrenamiento, y el de su espíritu por no poder ver la espada en manos de Juana. Estaba sudando y sediento, y sospechaba que debía tomarse el resto del día libre y simplemente dedicarse a dormir. Pero no podía. Tenía que continuar, y no solo porque las agujas del reloj continuaban avanzando implacables hacia el plazo fijado por Rikkin, sino porque se hallaba muy cerca de entender a la espada.

Y porque estás cautivado por todo esto, dijo una parte de él. Pero apartó la idea con fiereza.

—Definitivamente necesito una ducha —se disculpó—, y si te parece podemos reunirnos en el Temp’s en media hora.

Simon llegó al Temp’s con cinco minutos de adelanto, sintiéndose de algún modo mejor, pero, como de costumbre en esos días, famélico. La misma mujer que les había servido a Victoria y a él por la mañana le saludó, y se tomó un momento para mirar alrededor buscando a su viejo amigo Poole. Confiaba en que no se hubiese despedido; el Temp’s no sería lo mismo sin él.

—Estoy esperando a alguien —indicó educadamente cuando la mujer, cuya placa de identificación decía LYNDSEY, le preguntó si quería sentarse.

Para su completa desgracia, escuchó una voz llamándole. Sus ojos escudriñaron el local para descubrir a Anaya saludándole con la mano. Con ella estaba sentado un joven que parecía recién salido de la universidad.

—¡Simon! ¡Ven y siéntate con nosotros! —le invitó.

Los dos estaban ocupando una mesa de cuatro, por lo que supuso que no podría librarse incluso si les explicaba que Victoria llegaría en cualquier momento. No habría ninguna oportunidad de discutir en privado, pensó, pero sonrió y se sentó.

—Simon, este es Ben. Él ocupará mi puesto cuando me vaya en unas semanas —explicó.

—Tienes una buena huella que llenar —declaró Simon—. Bueno, no literalmente. Anaya tiene unos pies muy delicados.

—Pero puedo soltar fuertes patadas con ellos si es necesario —replicó Anaya, y por un momento se sonrieron el uno al otro, y fue como si la distancia no hubiese crecido entre ellos. Pero lo había hecho, y muy pronto habría también una distancia física.

La propia Anaya pareció sentir el cambio y se volvió hacia Ben.

—Nadie conoce el té mejor que Simon —indicó—, y más vale que aprendas a disfrutarlo si vas a estar en Londres durante un tiempo.

—Oye, he visto un montón de Starbucks por aquí —dijo Ben—. E incluso tenéis una buena cafetería en las instalaciones. Buen intento, Ny.

Menos mal que Anaya se marchaba, pensó Simon; odiaba que la llamaran «Ny».

A pesar de todo, se vio obligado a instruir al americano en los puntos más destacados del té y alumbrarle sobre las mejores ofertas del menú. Victoria llegó cuando Simon estaba explicando el papel de Investigación Histórica en el último videojuego de AE. Se la veía cansada.

Este ridículo plazo de Rikkin está dañando todo, pensó Simon, frunciendo el ceño mientras le hacía una seña para que se acercara. Ella le vio, le saludó con la mano mostrando el pulgar, y tecleó algo en su móvil antes de guardarlo en su bolso.

El móvil de Simon vibró, y cuando le echó un vistazo se sorprendió al advertir que era un mensaje de ella. Leyó: *Noticias de R. No a prórroga. Sí a espada*.

Maldición. Sus labios se apretaron en una fina línea. Era un Maestro Templario y un miembro del Santuario Interior. ¿Por qué demonios tenía que contestar Rikkin a Victoria y no a él? Simon estaba enviando un mensaje de vuelta a Victoria mientras ella se deslizaba en el asiento frente a él: *Tienes que contarle lo de la reacción de Juana*.

Era como si se estuvieran intercambiando notas en clase, pensó, pero mejor eso que discutirlo delante de Anaya y el Capitán América. Lamentó más que nunca haberse visto acorralado por esa charla insustancial. Pidió el desayuno Gigante del Temp's y se lanzó sobre él vorazmente mientras hablaban de restaurantes, privilegios —«el gimnasio es deslumbrante», dijo Anaya al tiempo que el pobre muchacho se mostraba terriblemente confuso —, y todos los atractivos turísticos que uno debería conocer mientras vivía allí, pero que de algún modo nunca había tiempo de visitar.

—Victoria, ¿ha insistido Simon en qué comáis en el Temp's todas las veces desde que estás aquí? —preguntó divertida.

—No todas —sonrió Victoria.

—Deberías tratar de cenar en el Bella Cibo antes de irte, es toda una experiencia. Una pena que no sea verano, tiene una terraza preciosa.

—¡Lo tendré en cuenta, gracias!

Simon estaba a punto de decir que estaba por encima de su sueldo, pero se dio cuenta de que ahora no era así. Quizá *debería* llevar a Victoria allí. Parpadeó cuando la nueva empleada le sirvió limón y leche en su té, sin pensar que iba a agriar la leche. Se preguntó si este Ben venido de América

sería Templario. Debería serlo, dada la naturaleza de su trabajo, pero parecía tan… tan…

Soy un esnob, pensó Simon con tristeza. *Probablemente si ahora me hubiese encontrado con Juana o Gabriel, les habría dado la espalda*.

—Te diré algo —dijo impulsivamente—. Una vez que te hayas asentado, te enseñaré todo esto. Anaya tiene toda la razón. Sería una pena que te perdieras una ciudad tan espectacular.

Tanto Anaya como Victoria le miraron sorprendidas. Simon se sonrojó. Ben le ahorró el esfuerzo de contestar.

—¡Simon, eso sería genial! Hay tanta historia aquí… Tener información interna del jefe de la División de Investigación Histórica de Abstergo sería estupendo. —Sonrió, y Simon se sintió aún peor por su desprecio hacia el joven—. ¡Gracias!

—No hay de qué. Pero, por ahora, me temo que el trabajo me llama. —Se volvió hacia Anaya—. No te marches al Gran Norte Blanco sin despedirte.

—No te preocupes. Ben necesitará al menos un par de días antes de que le demos su Gorro Blanco honorario.

Simon insistió en pagar y dejó una generosa propina, todavía preguntándose dónde se habría metido Poole. Mientras firmaba el recibo de su tarjeta de crédito, su teléfono vibró. Lo sacó y vio que era de Anaya.

Necesito hablarte.

Pronto, respondió Simon. Era evidente que su inminente partida estaba haciendo aflorar antiguos sentimientos en ambos, y eso realmente no era nada bueno.

Mientras se dirigían al ascensor, Victoria comentó:

—No sabes cuánto lo siento. Recibí la respuesta de Rikkin justo cuando me dirigía hacia el Temp’s.

Pulsó el botón del piso con innecesario vigor.

—¿Acaso no *quiere* que tengamos éxito? Lo digo porque, en serio, ¿qué es lo que va a hacer, apagar puntualmente el Animus a medianoche? —suspiró Simon—. Tenemos que contarle lo de la espada —declaró, sacando su teléfono.

Victoria puso una mano en su brazo.

—No le presionemos por ahora. Aún te quedan un par de días. Quizá tengas algo realmente especial que ofrecerle. Además —añadió—, ha accedido a permitirnos tener la espada.

Simon asintió. Había visto el Fragmento del Edén n.º 25 antes, y por entonces no había sentido ninguna atracción especial hacia él. Se preguntó si ahora sería diferente.

Amanda Sekibo les estaba esperando cuando la puerta se abrió.

—Hay un paquete para usted, profesor. Se me ha ordenado no tocarlo. Está esperándole en la vitrina.

No había ningún apretón de manos secreto, ni palabra en clave, ni cualquier otra cosa que Hollywood hubiera deseado recrear entre los Templarios. El único objeto identificativo por el que se reconocían unos a otros era el alfiler de iniciación, y podía encontrarse una réplica claramente inocua en la tienda de regalos local. Un ojo entrenado podía distinguir un alfiler auténtico de su falsificación, pero generalmente no era fácil saber quién era Templario y quién no en Abstergo, a menos que uno hubiese sido específicamente informado. Simon no tenía ni idea de si Sekibo lo era, de modo que se limitó a asentir en agradecimiento y entró en la sala del Animus.

Por su aspecto parecía un paquete perfectamente normal, incluso estaba envuelto con papel de estraza. Simon se sintió decepcionado; no había notado nada en su presencia, y así se lo dijo a Victoria. Ella meneó la cabeza, ya que tampoco estaba afectada.

Quitaron el papel marrón, revelando una pulida caja de madera de un metro de largo. No había marcas en ella, y parecía moderna, aunque bien fabricada. Intercambiaron una mirada. Simon respiró hondo, manipuló los cierres y abrió la caja.

El Fragmento del Edén 25 yacía sobre un lecho de aplastado terciopelo azul. Esa espada era definitivamente la que habían visto desenterrar detrás del altar de Santa Catalina de Fierbois, pero ahora se la veía aún más muerta de lo que a los ojos de Gabriel estaba cuando fue desenterrada por primera vez. Simon respiró hondo, y luego, tras tantear dentro de la caja, agarró la empuñadura y la levantó.

—¿Notas algo? —preguntó Victoria.

—Nada —replicó Simon, y advirtió que ambos estaban susurrando. Carraspeó y habló con voz normal—. Definitivamente está rota. ¿Te gustaría probar?

Las mejillas de Victoria se sonrojaron. Simon sostuvo la espada sobre sus palmas y se la tendió. Tímidamente, ella estiró la mano hacia la vieja arma centenaria, sus dedos curvándose alrededor de la empuñadura.

—Nada —indicó.

Ambos se relajaron un tanto decepcionados.

—Está bien —dijo Simon enderezándose—. Veremos si hay algo especial que Juana haga y que podamos emular.

Se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta, entrando en la plataforma del Animus con familiaridad. Se abrochó algunas de las correas él mismo mientras Victoria lo hacía con las otras y deslizaba el casco sobre su rubia cabeza.

Hay muchas posibilidades de que ella se encuentre pronto con el Mentor, dijo la voz de Victoria.

—Un auténtico «periplo del héroe»[1] por parte de Juana —observó él —. De cualquier modo, tratemos de quitarle la capucha formalmente.

22 de marzo de 1429

—Vos, rey de Inglaterra —espetó Juana, con sus ojos azules llameando y su cuerpo erguido y orgulloso—, y vos, duque de Bedford, ¡que os llamáis vos mismo regente del reino de Francia! Vos, William de la Pole, conde de Suffolk, y John, lord Talbot; y vos, Thomas, lord Scales, entregad a la Doncella que ha sido enviada aquí por Dios, el Rey de los Cielos, las llaves de todas las nobles ciudades que habéis tomado y arrebatado a Francia.

Gabriel observaba cautivado mientras Juana procedía a presentar sus demandas al rey de Inglaterra.

—La Doncella ha venido aquí por mandato de Dios para restaurar la sangre real. Está dispuesta a acordar la paz, si queréis tratar directamente con ella, reconocéis el mal hecho en Francia y pagáis por lo que os habéis llevado.

Aspiró con fuerza y continuó, su voz grave y rica en advertencias.

—Si esto no se cumple…, esperad noticias de la Doncella, quien irá a veros en breve. Rey de Inglaterra, si no hacéis esto, por donde quiera que encuentre a vuestra gente en Francia, la haré expulsar. Y si no obedecen…

Juana se detuvo en mitad de la frase, sus ojos pasando de Gabriel a Alençon y a De Metz. Tragó con fuerza, y su voz tembló cuando continuó.

—Haré matar a todos. He sido enviada aquí por Dios, el Rey de los Cielos, para desalojaros de Francia, ¡a cada uno de vosotros! Pero si obedecéis, seré clemente. Nunca retendréis el reino de Francia. Si no creéis en este mensaje enviado por Dios a través de la Doncella, entonces, donde quiera que os encuentre, ¡caeré sobre vosotros despiadadamente, y causaremos un estruendo mayor que cualquiera de los acaecidos en Francia en mil años! Y cuando me abata sobre vosotros, entonces veremos quién tiene más legitimidad ante el Rey de los Cielos. Dadnos una respuesta si deseáis firmar la paz en Orleans. Y si no lo hacéis, muy pronto os arrepentiréis para vuestra gran consternación.

—¡Por Dios y por los ángeles! —exclamó Alençon, poniéndose de pie de un salto y aplaudiendo—. Yo me rendiría en el acto si recibiese esta carta.

Juana le miró con el ceño fruncido.

—¡No blasfeméis! —le reprendió—. Es mi más profundo deseo que el inglés sienta lo mismo que vos.

Gabriel no envidió al joven encargado de transcribir el dictado de Juana. Se había puesto pálido con cada palabra que escapaba de los labios de la muchacha, y sin embargo él no podía dejar de sonreír. Si tan solo Juana hubiese podido pronunciar personalmente su discurso, con sus ojos color zafiro llameando, cada músculo de su cuerpo tensado por la pasión, y ese brillante fulgor, resplandeciendo tanto que solo cabía desear surcar el aire hacia él como Ícaro había hecho al volar hacia el sol… ¿Por qué habría tantas historias que advertían del peligro de acercarse a la luz? El resplandor de Juana era la cosa más hermosa que podía imaginarse.

—¿Milady? —Una de las sirvientas de madame Rabateau había abierto la puerta de la pequeña habitación donde Juana, convenientemente

escoltada por otra joven dama, había pronunciado su desafío a los ingleses —. Madame desea saber si habéis terminado.

Juana suspiró.

—Sí, de momento —indicó. Se acercó al pequeño escritorio donde el amanuense había tomado nota de sus palabras y le sonrió—. Confío en que escribáis exactamente lo que he dicho.

—Así lo haré, Doncella —prometió.

—Veamos. Mi Sombra me ha estado enseñando algo. —Lanzó a Gabriel una sonrisa que le caldeó más que una pequeña hoguera, y procedió a escribir su nombre con cuidado: JUANA.

—¡Ya está! —indicó—. Ahora el rey sabrá que procede realmente de mí.

—Creo —intervino el duque de Alençon, buscando la mirada de De Metz— que el caballero y yo debemos retirarnos. Nuestra tosca presencia no conseguirá más que disgustar a las damas, me temo. Gabriel os hará compañía.

Gabriel les miró. Sabía que podía haberse marchado; salir con ellos a una taberna para beber o jugar a los dados. Pero no tenía ningún deseo de dejar a Juana si no era absolutamente necesario. Cuando De Metz se marchaba, seguido por Alençon, murmuró: *buena suerte*.

La casa de Rabateau era tan espléndida que poseía una habitación entera destinada simplemente a sentarse y conversar. Madame Rabateau les estaba esperando allí, presidiendo lo que a Gabriel le pareció una auténtica bandada de muchachas jóvenes, todas ellas pululando alrededor de Juana como jadeantes y aleteantes pajarillos. Su único consuelo era que Juana, a pesar de su evidentemente costoso atuendo femenino, parecía, si eso era posible, más miserable en su compañía que él. Sus ojos se encontraron, y pudo ver en los de la joven una oculta y apenas reprimida sonrisa. Cuando una de las damas hizo una pausa en su cháchara, Juana bizqueó y Gabriel estuvo a punto de ahogarse con el vino mientras trataba de controlar la risa.

En realidad no era una situación divertida. Juana le había confiado que aquellas mujeres eran espías, que la vigilaban para que no pudiera hacer nada escandaloso. Madame Rabateau miró recelosa a Gabriel, que fingió haberse atragantado.

—¡Oh, las cosas que esos prelados me piden! —comentó Juana, para volver a atraer la atención hacia sí misma y lejos de Gabriel—. Uno de ellos me vino a insinuar, más o menos: «Habéis manifestado que vuestras Voces os dicen que Dios desea liberar a la gente de Francia de su sufrimiento. Si Él desea hacerlo, entonces no es necesario tener a hombres de armas». Y yo le respondí: «Es muy sencillo. Los hombres de armas deberán librar batalla y Dios les dará la victoria». ¿Por qué resulta tan difícil de entender?

Sacudió la cabeza y prosiguió:

—Al oírlo pareció un tanto contrariado conmigo, pero entonces replicó: «Dios no querría que os creyéramos a menos que algo nos hiciera pensar que deberíamos hacerlo. Necesitamos algo más». Y entonces…, bueno, entonces fui yo la que se entristeció. Y repliqué: «¡En nombre de Dios, no he venido a Poitiers para realizar señales! Pero conducidme hasta Orleans, y os mostraré la señal para la que he sido enviada».

Ninguno de los presentes, y menos aún Gabriel, podía ahora apartar los ojos de ella. Al hablar de Orleans, su resplandor había regresado. *A Dios pongo por testigo, no puedo hacer otra cosa que cuidarla hasta el final de mis días. No necesito nada más para mantenerme vivo*.

En ese momento, sin embargo, madame Rabateau emitió un ligero carraspeo, se puso en pie bruscamente e hizo una reverencia. Inmediatamente las demás la imitaron, incluyendo Juana. Gabriel se volvió, haciendo una inclinación, aunque desconocía quién había entrado en la habitación.

—De modo que tú eres Juana, la que se llama a sí misma la Doncella —dijo una cálida y resonante voz de mujer—. Estaba deseando tener un encuentro contigo, muchacha.

—Al igual que yo —respondió Juana—. El duque de Alençon me ha cantado vuestras alabanzas, majestad. Muy pronto comprobaréis que mi reclamación es auténtica.

¡Majestad! Gabriel se sintió casi mareado. Aquella debía de ser la suegra del Delfín, la reina Yolanda de Aragón, que había llegado para verificar que Juana ciertamente había hecho honor a su palabra. Una reina. Él, el hijo bastardo de un granjero, hijastro de un comerciante, no solo había

estado en presencia de un rey aún no coronado, sino también ahora de una *reina*.

Fue irguiéndose lentamente y permitiéndose levantar los ojos hacia ella.

Su aliento le abandonó.

La reina Yolanda era alta, ágil y bien formada, su figura solo parcialmente oculta por la hopalanda color vino que llevaba. Su cabello, sin embargo, estaba completamente cubierto por un tocado puntiagudo del que caían delicados velos. Su rostro aún era hermoso, con una fuerza que las arrugas alrededor de sus ojos, de un color verde grisáceo, y sus altas cejas depiladas no desmerecían. Pero nada de eso era lo que Gabriel miraba.

Había sido un completo loco.

Había estado totalmente seguro de haber descubierto la identidad del Mentor Asesino. El ser humano tras la «angélica» presencia que les había hablado a él, a Juana y a Carlos. Pero ese papel no pertenecía al «noble duque» de Juana.

Los ojos de Yolanda llamearon ante su propia constatación y sacudió la cabeza, casi imperceptiblemente. Gabriel no necesitó más advertencia. En ese momento, no podría haber pronunciado una palabra coherente ni aunque su vida hubiese dependido de ello.

Bueno, bueno. Una reina Mentor Asesino, dijo la voz de Victoria al oído de Simon. *Creo que esto puede ser un comienzo*.

19

Viernes, 29 de abril de 1429

—¿Sois el Bastardo?

La conversación cesó abruptamente cuando todas las cabezas se volvieron para mirar a Juana. Varios hombres se encontraban de pie alrededor de una mesa sobre la que había desplegado un gran mapa con distintos marcadores.

Uno de los hombres, mayor que Alençon pero sin llegar a la mediana edad, sonrió levemente a la muchacha.

—Soy ciertamente Jean de Dunois, primo del rey y llamado el Bastardo de Orleans. He oído hablar mucho de vos, Doncella, y…

—¿Aconsejasteis vos que me trajeran por la orilla equivocada del río, dejando al otro lado la pobre ciudad sitiada de Orleans, en lugar de atacar directamente *donde Talbot y los ingleses se encuentran*?

Los generales de Dunois tenían varias respuestas para eso. Uno, apuesto, bien aseado, y claramente de la nobleza, dejó a la vista unos dientes muy blancos cuando su negra barba corta se abrió en una sonrisa. Otro, aproximadamente una década mayor que el Bastardo, más sucio y curtido que los otros y casi del tamaño de una montaña, frunció el entrecejo furioso, pero luego su boca se retorció en lo que podía haber sido un amago de sonrisa.

El primo del rey parpadeó, y luego replicó amablemente:

—Aquí mis generales —el barón Gilles de Rais y el señor Étienne de Vignolles— y yo, que en este asunto somos más sabios que vos pues llevamos más tiempo aquí, hemos sido quienes lo aconsejamos. Creemos que este es el mejor y más seguro camino al éxito.

El rostro de Juana brillaba de rabia mientras se adelantaba a grandes pasos, poniéndose prácticamente de puntillas para aproximar su cara a la del Bastardo, que era casi treinta centímetros más alto que ella.

—¡En nombre de Dios, cuyo consejo es más seguro y sabio que el vuestro, os traigo la mejor ayuda que nunca podréis recibir de un soldado o una ciudad, porque es la ayuda del Rey de los Cielos!

—Pequeña Doncella… —Llegó un rugido del pecho en forma de tonel del enorme hombre montaña—. Habéis asombrado al rey y a sus cortesanos. Yo estaba allí cuando os lo llevasteis aparte, como un perro astuto. Pero ahora nos encontramos en el campo de batalla. Escuchad a los hombres que se han pasado años luchando. Nos alegra contar con la ayuda de Dios, pero Él no está aquí abajo recibiendo los golpes.

Juana volvió su mirada llameante hacia él.

—¿Cuál de los dos caballeros sois vos?

El hombre había estado inclinado sobre la mesa, contemplando el mapa, pero ahora se enderezó y su mano se acercó al puño de su espada. Fácilmente podría medir casi dos metros. Gabriel tragó saliva.

—Soy Étienne de Vignolles. Y me llaman La Hire[2].

—Bien, La Hire, no deberíais blasfemar —le censuró Juana—. He traído sacerdotes conmigo, que estarán encantados de escucharos en confesión. Os aseguro que mi consejo no proviene de mi propia cabeza, sino de Dios mismo, que ha sentido compasión por Orleans y quiere verla libre. ¿Por qué no estamos atacando a Talbot ahora mismo?

El Bastardo suspiró. Lanzó una mirada por encima de su hombro a los generales, y entonces pareció tomar una decisión.

—Aproximaos un poco —indicó.

Juana, Alençon y Gabriel se acercaron a la mesa.

—Este es un mapa de la zona —explicó el Bastardo—. Aquí está la ciudad de Orleans. Y sí, estamos muy al este de ella. ¿Veis estos marcadores? —Dio un golpecito a los cuadrados negros de varios tamaños

—. Estas son las barbacanas, defensas construidas con madera, tierra y piedras para proteger zonas vulnerables como muros o puertas.

Gabriel las contó. Había nueve, la mayoría agrupadas en la zona oeste de la ciudad. No estaba muy seguro de por qué sencillas pilas de tierra y madera podrían suponer un problema.

—Su baja altura es capaz de absorber el impacto de nuestros cañonazos, ya sean de piedras o metal —indicó Alençon, leyendo la expresión de Gabriel—. Están atendidas por soldados que cuentan con un montón de armas de fuego, y los ingleses, además, han apostado allí al cuerpo de arqueros.

Eso espabiló instantáneamente a Gabriel. Después de todo, no había pasado tanto tiempo desde Agincourt. Los arqueros ingleses habían obtenido una absurda y decisiva victoria, y la idea de volver a enfrentarse con ellos no resultaba muy agradable.

—Tendremos que pasar por ahí para poder acceder a las puertas de la ciudad.

—A todas menos una —corrigió La Hire. Se aproximó un poco, moviéndose con una apreciable cojera, y posó un grueso dedo índice sobre el mapa—. Aquí. La puerta de Borgoña es su único y auténtico punto vulnerable. La barbacana de Saint-Loup protege la carretera, pero es el único obstáculo.

—Hemos enviado mensajes y pequeños grupos de hombres a Orleans a través de esa puerta —continuó el Bastardo—. Cuando estemos preparados, instruiremos a los habitantes de la ciudad para que organicen algún movimiento de distracción.

—Y entraremos directamente por la puerta delantera —dijo el elegante noble, De Rais, que parecía estar disfrutando con todo ese intercambio de pareceres.

—¿Y por qué razón no lo estamos haciendo en este preciso instante…?

El Bastardo miró a Juana durante un largo instante. Y luego dijo:

—Venid conmigo, Doncella.

Juana y Gabriel le siguieron fuera de la tienda. Se hallaban en una suave ladera desde donde podía distinguirse el Loira a unos cientos de metros de

distancia, brillando bajo el sol de la tarde. Una leve brisa revolvió el cabello de Juana.

—Nuestros suministros están ahí, al otro lado del Loira, en Chécy —indicó el Bastardo—. Orleans queda a apenas seis kilómetros al oeste de nuestra posición. Os ruego que observéis la dirección en que sopla el viento.

—Del este —contestó Juana al instante.

—Exactamente. Las barcas que transportan el grano, el ganado, los pollos y todo lo que necesitamos llevar a Orleans todavía están en el agua. Tienen la corriente a favor, pero el viento las retrasará enormemente.

Juana se rio.

—¿Y eso es todo? —dijo.

El Bastardo se encrespó.

—Tendremos que esperar hasta que el viento cambie, Doncella. Tengo sabios generales, hombres fornidos y una ciudad llena de gente valiente, pero solo soy un hombre.

—Y yo soy solo una muchacha —replicó Juana—, pero ambos tenemos a Dios de nuestro lado.

Cerró los ojos, juntando las manos, y agachó la cabeza. Su respiración se hizo más lenta y su cara se suavizó. La luz que tanto amaba Gabriel comenzó a brillar, como si surgiera desde su corazón irradiando hacia fuera. El Bastardo no la veía, y claramente estaba conteniéndose para no interrumpir su oración.

Gabriel observó su rostro, el viento jugando con su corto y negro cabello, peinándolo juguetonamente hacia el lado derecho de su cara hasta que su mejilla izquierda se oscureció.

Y entonces, súbitamente, su cabello cayó sobre la mejilla derecha.

Dunois ahogó un grito de asombro. Miró fijamente a Juana y a Gabriel, y luego se humedeció un dedo y comprobó la dirección del viento no una, sino dos veces.

Juana abrió sus ojos azules y sonrió dulcemente.

—Dios es misericordioso —dijo sencillamente.

El Bastardo tragó con fuerza.

—Daré la orden —dijo.

La bruma se cerró. *No puedo creer lo que acabo de ver*, dijo Victoria. *No me extraña que creyeran que había sido enviada por Dios*.

—Sin embargo, ni siquiera ha tocado la espada —indicó Simon—. El viento podría haber cambiado en cualquier momento. Un ejemplo perfecto de llegar en el momento adecuado. —Lo dijo casi por obligación, porque él mismo no podía dejar de asombrarse, y porque ni siquiera quería pensar en lo radiante que era Juana por sí misma, sin ninguna Espada del Edén—. Sin embargo, hemos verificado otro cuento chino.

Ciertamente, dijo Victoria. *Nunca había oído hablar de La Hire, pero el otro, Gilles de Rais, ¿por qué me suena ese nombre?*

Simon sonrió sin ganas.

—Tal vez lo conozcas mejor como la inspiración de Barba Azul —comentó—. Despilfarró su fortuna en obras de teatro que recreaban los eventos de Orleans. Fue acusado de estar involucrado en lo oculto, y… bueno, digamos solo que asesinar brutalmente quizá a cientos de niños no es precisamente la clase de cosas por las que uno querría ser recordado.

¿En serio? ¿Barba Azul? Ciertamente no parece alguien que le hubiese gustado a Juana.

—De hecho, era su más devoto admirador —explicó Simon—. Su muerte le devastó.

Tal vez eso le empujara al abismo. Qué horror.

—Muy posiblemente. En los últimos tiempos, algunos eruditos han sugerido que fue incriminado con motivo de los asesinatos y obligado a confesar bajo coacción. Pero, considerando toda la industria turística que ha florecido a su alrededor, esa mancha es muy improbable que alguna vez desaparezca.

¿Un posible misterio a investigar con tu nuevo método?

—¡Ah, ahora empiezas a entender lo que confío que haga Rikkin! Pero, por ahora, continuemos avanzando.

Sábado, 30 de abril de 1429

La noche anterior había sido un triunfo para los estándares de todo el mundo menos para ella. Mientras los franceses distraían a los ingleses en una escaramuza, alejando su atención de la carretera, Juana la Doncella, a la cabeza de una caravana de suministros desesperadamente necesarios, había entrado directamente en Orleans a través de la puerta, montada en su blanco corcel de batalla que caracoleaba bajo su mando. Había sido recibida con gritos de alegría y lágrimas de alivio. Los habitantes se apiñaban para acercarse, ansiosos por tocar sus pies, su estandarte, sus armas e incluso su caballo. En sus mentes ella era su salvadora, y el asedio por fin había terminado. El tesorero general de la ciudad, Jacques Boucher, abrió las puertas de su agradable casa de ladrillo y madera para ella y su séquito, y Juana pudo por fin dormir no con su armadura sobre la dura tierra, sino en una cama blanda.

Pero Juana se había sentido traicionada cuando, poco después de que el viento cambiara silenciando las protestas de los generales franceses, supo que el Bastardo pretendía separarla de sus hombres. Estos permanecerían fuera de la ciudad, mientras ella, su séquito y un pequeño puñado de guardias acompañarían a los carros de suministros al interior. Sin embargo, mientras discutía con Dunois, Gabriel recordó el puro y brillante resplandor de la espada, y el regalo que podía ofrecer cuando era sostenida por las manos de ella.

—Les darás esperanza, Juana —dijo, mientras el Bastardo le lanzaba una mirada de gratitud—. Dejemos que eso sea suficiente por esta noche. Porque gracias a ti, la gente podrá dormir con alegría en sus corazones y comida en sus estómagos. Descansarán bien. Ya habrá tiempo de luchar por la mañana.

Al amanecer les llegó la noticia de que Dunois se negaba a ordenar la ofensiva hasta que los refuerzos aparecieran. Gabriel comprendía la lógica militar tras la cautela de Dunois —el Bastardo no quería que se repitiera la batalla de los Arenques—. Pero también conocía el ardiente deseo de Juana por actuar, después de tantos interrogatorios, viajes y negativas. Y no podía quitarse de la cabeza sus palabras: *No tengo más que un año, quizá algo más*.

—Y bien…, ¿qué hacemos ahora?

—Dunois me ha informado de que los ingleses tienen a mi heraldo. El que envié desde Blois. —Sus ojos eran feroces—. Quiero que me lo devuelvan.

—Juana, no puedes simplemente marchar hacia allí y…

—Pues claro que puedo. Solo quiero hablar con ellos.

No podía hacer nada salvo seguirla. Ahora estaba a su lado frente a las barbacanas de la puerta Renart. Sus hermanos, cuatro soldados y uno de sus pajes, el pequeño Louis, también la acompañaban, y, al parecer, la mitad de la población de Orleans.

Una joven entre la multitud captó la atención de Gabriel. Tenía una larga melena rubia y ojos de un azul profundo clavados en Juana. Su cara y sus ropas estaban sucias, más aún que las de la mayoría de los habitantes de la ciudad. Gabriel pensó que había algo familiar en ella, pero por supuesto eso no era posible.

A su lado, Juana se llevó las manos a las caderas y miró fijamente…

… hacia los ingleses.

Juana había tenido razón. Había lugares en Orleans donde el ejército inglés estaba tan cerca de la ciudad sitiada que uno podía entablar conversación con el enemigo, si tenía cuidado. Y si gritaba.

Ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Hombres de Inglaterra! —gritó—. Soy Juana la Doncella, enviada por Dios para liberar esta ciudad. Os he enviado a mi heraldo. Según todas las leyes y tradiciones, él debe regresar a mí ileso. ¡Devolvédmelo!

—¡Lo hemos utilizado para practicar el tiro! —gritó en respuesta uno de los ingleses. Otro hombre, aparentemente de mayor rango que los demás, se adelantó. Su francés era perfecto, revelando su procedencia borgoñona.

—¿De verdad queréis que hombres auténticos se rindan a una mujer, a una muchacha? —Y dirigiéndose a Gabriel, Pierre y Jean que se mantenían al lado de Juana, gritó—: ¡Sois peores que perrillos falderos! ¡Macarras[3] inútiles!

—¿Cómo? —gritó Pierre—. ¡Hijo de puta!

—¡No insultéis! —les recriminó Juana—. Esas cosas son para aquellos a los que Dios ha abandonado.

Gabriel no sabía a qué se referían al llamarles macarras inútiles, pero, a juzgar por la reacción de Pierre, podía intuirlo más o menos.

Sin embargo, Juana había concluido con su advertencia, y se volvió a Gabriel, con ojos agrandados, sonriendo.

—¡Vayamos ahora al puente! Esta noche no hablarán de otra cosa que de su orgullo herido.

Caminaron hacia el puente de Orleans, la multitud yendo tras ella. Gabriel se descubrió escudriñando a la masa de gente para ver si la joven extrañamente familiar de cabello rubio iba entre ellos. Ahí estaba, todavía mirando fascinada a Juana. Gabriel frunció el ceño. ¿Por qué creía conocerla?

El puente de Orleans era, antes del asedio, la principal vía de acceso a la ciudad. Se extendía de una orilla a otra del Loira, gran parte de él bajo control francés, y culminaba en una fortificación francesa en la isla de Belle-Croix. Más allá de ese punto, dos arcos del puente habían sido destruidos por los franceses para impedir a los ingleses seguir avanzando. Las huestes inglesas habían tomado, y ahora ocupaban, la puerta fortificada flanqueada por grandes torres llamadas Las Tourelles, en la orilla sur del Loira. Delante de ellas estaba la barbacana más consistente de Orleans.

No podía verlo desde su ventajosa posición, y en cierto modo se alegró, pues Las Tourelles en sí mismas ya eran bastante imponentes. Gabriel miró de reojo a los hermanos de Juana, que parecían sombríos. Todos ellos, incluso él mismo, estaban empezando a apreciar en toda su magnitud contra lo que se enfrentaban.

Los soldados que defendían las fortificaciones en el lado francés del puente les vitorearon a medida que se acercaban. Mientras Juana y Gabriel trepaban para colocarse a su lado, el joven percibió lo cerca que estaban, a apenas unos trescientos metros.

—Glasdale está por allí —dijo uno de los soldados. William Glasdale había sido un valiente soldado durante veinte años, formando parte de las fuerzas de invasión inglesas durante seis, y por tanto alguien a quien no debía tomarse a la ligera. Se le había encargado el mando de Las Tourelles, y Dunois les había contado que aquel hombre había jurado matar a toda la gente de la ciudad.

Juana se inclinó hacia delante y gritó el nombre del comandante.

—¡Glasdale, estoy aquí por voluntad de Dios para cumplir lo que dije que haría! ¡Rendíos todos a Dios y al rey Carlos, y os perdonaremos la vida!

Las pequeñas figuras súbitamente se mostraron muy interesadas en la fortificación de Belle-Croix. Luego uno de ellos se abrió paso a empujones hasta el frente. Era de mediana edad, grande y poderoso. Su francés era bueno, aunque con un fuerte acento, y su voz profunda y autoritaria.

—¡Vuestra carta nos ha hecho reír! —gritó—. Y me alegro de que estéis aquí, «Doncella», aunque dudo que seáis tal. No lo seréis cuando acabemos con vos. ¡No sois nada más que una mugrienta campesina!

—¡Más vale ser una campesina francesa que un general inglés! —gritó en respuesta.

—Moriréis aquí, Doncella. Junto con todos los de vuestra ciudad. —La voz era fría y plana—. Si aún seguís con vida, os cogeremos y os torturaremos por diversión. Y cuando hayamos acabado, ¡os *quemaremos* y bailaremos sobre vuestras cenizas!

Simon sintió una conmoción recorrer su sistema nervioso ante esas palabras. A su lado, Juana se quedó petrificada, poniéndose terriblemente pálida. Y entonces enrojeció, como si la sangre hubiera aflorado de golpe a su rostro.

—No conozco la hora de mi muerte, pero sé una cosa, William Glasdale, ¡si no os rendís, seréis *vos* quien morirá!

Juana se dio la vuelta abruptamente y regresó al puente, recuperando su compostura con cada paso. Se giró hacia Gabriel y, una vez más, estaba sonriendo.

—Sombra —le dijo juguetona—, ¿sabes lo que está haciendo tu Juana?

—Yo sí —respondió su hermano Jean—. Te hemos visto hacerlo antes. Estás buscando un enfrentamiento.

—¡Exacto! Si los franceses no atacan a los ingleses, entonces quizá pueda ser como una mosca e incordiar lo bastante a los ingleses como para que ataquen a los franceses. Debemos luchar contra ellos, y pronto. Mis Voces son muy claras.

Gabriel quiso preguntarle si sus Voces habían sido tan claras al predecir la muerte de Glasdale, pero, tan pronto como se le ocurrió la idea, la rechazó. No quería saberlo.

Se descubrió buscando a la joven rubia mientras regresaban a la casa de Boucher. Por supuesto, allí estaba, consiguiendo de algún modo mantenerse aparte de la multitud que Juana ahora había permitido que fuera tras ella. Gabriel vaciló y luego le dijo a Pierre:

—Ahora os alcanzo. —Recibió un gesto de asentimiento y retrocedió hasta donde estaba la joven.

Esta no parecía haber advertido su presencia. Como siempre, estaba contemplando a Juana con expresión de alegría y asombro en su semblante. Gabriel llegó a su altura, y luego se puso delante y la agarró firmemente del brazo.

La joven contuvo un grito y se volvió hacia él, y de pronto comprendió de qué la conocía.

—Tú —exclamó—. ¡Tú eras una de las busconas que Juana expulsó en Blois!

El dolor asomó a los ojos de la joven, que bajó la vista.

—Decidlo ya. Soy una puta. Una soldadera.

—Lo sé —contestó—. Al menos, lo eras. Pero ya no lo eres, ¿no es así?

Sorprendida, ella le devolvió la mirada.

—No —afirmó—. Ya no lo soy. No lo soy desde que…, desde que ella…

—¿Qué aspecto tiene ella para ti… —presionó Gabriel, tratando de no poner las palabras en su boca— cuando la miras?

Ella no contestó inmediatamente. Y luego, sosegadamente, como si las palabras fueran una oración, respondió:

—Ella arde en fuego blanco. Como un cirio cuando la llama lo consume tan profundamente que no puedes ver el fuego en sí mismo, solamente su resplandor a través de la cera. Yo… solo quiero estar cerca de ella. No tengo derecho, sé que ella quizá me desprecie, pero…

—Pero la ves —suspiró Gabriel. Ella tenía lo que De Metz llamaba Vista de Águila. Esta chica, esta vulgar soldadera, que había ofrecido su

cuerpo por dinero a más hombres de los que tal vez fuera capaz de contar, tenía «la sangre», al igual que él. Al igual que Yolanda, De Metz y Alençon.

Algunas personas no quedaban afectadas por Juana, como les pasaba a sus hermanos, a Baudricourt y, por lo que había visto, también a los ingleses. Otros respondían a ella. Pero solo unos pocos la *veían*.

Cómo deseó que hubiera en ese instante un Asesino cerca. Confió en no estar cometiendo un grave error.

—Ven conmigo.

Juana se sentó en la cama sonriendo cuando Gabriel entró. Estaba sola; al parecer Pierre y Jean se habían marchado a explorar otra parte de la ciudad por su cuenta, o bien a charlar con algunos soldados. Se alegró de poder hablar en privado.

—¡Aquí estás, Gabriel! Pensé que había perdido a mi Sombra.

Él sonrió.

—Ah, eso jamás, Juana. —Poniéndose un poco más serio, continuó—: Nunca te he pedido nada aparte de poder quedarme contigo tanto tiempo como me quieras tener.

Ella le sonrió.

—Eso es cierto —admitió—. Mi testigo. Sin ti estaría perdida. ¿Hay algo que desees ahora de mí? Si Dios me permite concedértelo, lo haré.

Él asintió.

—Sí —respondió—. Aquí hay alguien con quien deberías hablar. Yo…, bueno, tal vez la reconozcas, pero, por favor, no te enfades con ella.

Juana ladeó la cabeza, confusa.

—¡Cuánto misterio! Si crees que debo conocerla, entonces tráela aquí.

Se asomó fuera de la habitación y cerró la puerta. La antigua prostituta estaba al pie de la escalera, retorciéndose las manos nerviosamente.

—Ella ha accedido a verte —dijo Gabriel en voz baja—. Dile lo que me has contado. No te hará daño, lo prometo.

Y si lo intenta, yo la detendré.

—Confío en vos —contestó la chica, aunque su voz temblaba. Juana estaba aguardando, mirando con curiosidad a la recién llegada cuando entró

en la habitación. Su sonrisa de bienvenida se desvaneció lentamente.

—Juana —comenzó Gabriel—. Esta es… —Se detuvo, dándose cuenta de que ni siquiera había pensado en preguntarle el nombre.

—Oh, ya sé quién es —se adelantó Juana, su voz suave y furiosa—. O más bien, *lo* que es. ¡Estabas en Blois, tentando a esos buenos hombres cristianos al pecado! ¿Dónde está mi espada? ¡Debes de desear una buena tunda!

—¡Juana, no! —Gabriel se interpuso entre la joven y la furiosa Juana—. ¡Ella puede *verte*! Ha dejado atrás sus antiguas costumbres y desea viajar con nosotros.

—¡Seguir al campamento, querrás decir!

—No. Solo dile lo que me has contado —le pidió a la joven. Durante un largo instante, ella vaciló, y luego dio un paso para salir de detrás de él.

—Doncella —empezó, su voz apenas un susurro—, es cierto que he pecado. Pero Dios perdona a aquellos que se arrepienten sinceramente, y yo lo he hecho con todo mi corazón. Incluso Jesús perdonó a la mujer que había cometido adulterio, ¿no es cierto?

—Yo no soy Dios ni Jesús —advirtió Juana, pero Gabriel pudo notar que algo estaba sucediendo. Su voz se había hecho menos dura, y sus puños ya no estaban apretados.

—Estaré encantada de confesarme, queráis llevarme con vos o no. Pero, por favor…, cuando os miro, solo deseo estar cerca de vos. Ayudaros del modo que sea. Ya me habéis hecho mejor persona. Quiero seguir mejorando. Veo vuestro rostro, y puedo sentir que Dios está trabajando a través de vos.

—Pregunta a tus Voces, Juana —rogó Gabriel—. Por favor.

Durante un largo instante Juana miró a uno y otro, su cuerpo tan tenso como una cuerda de arco.

—Ellas son mis mejores y más sabias consejeras —accedió finalmente Juana—. Haré lo que me pidan, como hago siempre. Pero si dicen que te vayas, entonces deberás marcharte para siempre. *Después* de haber hecho tu confesión.

La joven asintió.

—Me quedaré con ella —dijo Gabriel—. Estaremos fuera, junto a la puerta.

Juana no contestó, pero pareció fulminarle con la mirada y le dio la espalda. Gabriel se sintió enfermo, su corazón palpitando con cada sacudida. Él había causado todo esto; había abierto una brecha entre ellos. Pero no podía abandonar a esa pobre chica, no cuando voluntariamente quería dejar atrás su antigua vida para seguir a Juana. *Quizá yo también debería hacerlo*, pensó, y apartó a un lado su desazón.

Caminaron hasta la puerta de entrada de la casa. Una multitud se hallaba congregada allí día y noche, confiando en poder echar un vistazo a esa enviada divina, la Doncella, que los liberaría. Durante un segundo, se produjo cierta excitación cuando Gabriel y la antigua prostituta salieron, pero entonces la joven echó hacia atrás su capucha y, ante la visión de su largo cabello rubio, la multitud perdió interés.

—Confiaba en que todo saldría mejor —dijo Gabriel tras un incómodo silencio—. Lo siento.

—Habéis hecho lo que habéis podido y os lo agradezco —dijo—. ¿Creéis que sus Voces le dirán que me acepte? —Sus ojos se anegaron de lágrimas—. No volveré a ser lo que era. Antes prefiero morir. Pero… ¿dónde podría ir si ella me rechaza?

—Ya se nos ocurrirá algo —contestó Gabriel. Quizá los Asesinos podrían acogerla, si Juana no lo hacía—. Por cierto, me llamo Gabriel Laxart. Lo siento, no te pregunté… ¿Cuál es tu nombre?

—Eso no importa.

Ambos se giraron para ver a Juana de pie detrás de ellos. Su rostro estaba incandescente y sonreía suavemente. La chica se llevó la mano a la boca. *Oh, sí, definitivamente la ve*, pensó Gabriel.

—No importa —continuó Juana, caminando hacia ellos—, porque mis Voces me han dicho que os dé un nuevo nombre. Desde este momento te llamarás Flor, porque eres una flor que ha crecido en el fango, y Dios es la luz a la que ahora volverás tu rostro. Siento mucho mi rudeza. Iremos juntas a confesión. Y luego, conseguiré ropa para ti, y cuando hayamos liberado esta ciudad, vendrás conmigo… como mi amiga.

La alegría inundó el rostro de la joven Flor. Se tambaleó y se hubiera caído de no haberse adelantado Juana para agarrarla con un fuerte abrazo. Flor sollozó y se colgó de Juana, quien sonreía con suavidad, su rostro radiante, mientras acariciaba el dorado y enmarañado cabello de la muchacha. Sus ojos encontraron los de Gabriel, que sintió la gélida garra alrededor de su corazón relajarse.

Ella le susurró una palabra: *Merci*.

Prólogo

El frío de la noche otoñal se deslizó a través de la fina camisa del hombre mientras corría, sus pies volando, primero sobre el camino de cemento, y luego por encima del cuidado césped del jardín de la azotea. *¿Por qué me he subido aquí?*, pensó, precipitadamente y demasiado tarde. *Soy una maldita rata atrapada en una trampa*.

Los Templarios iban tras él.

Sabían dónde se había encaramado. Y también sabían, al igual que él, que aparte del ascensor y las dos escaleras por las que ahora estaban emergiendo con un sombrío y silencioso propósito, no existía otra salida desde ese tejado.

Piensa. ¡Piensa!

Pensar le había salvado en otras ocasiones, muchas veces. Siempre confiaba en la lógica, en la razón o en el análisis para resolver cualquier obstáculo que la vida con su sádico humor le ponía por delante, pero ahora eso no le serviría de nada.

La letal percusión de disparos detonó tras él. *Árboles*, le gritó su mente racional, y la lógica le salvó. Cambió de dirección, moviéndose en zigzag para convertirse en un objetivo impredecible, ladeándose erráticamente como un borracho hacia los árboles, setos, estatuas y los ahora cerrados puestos de helados y bebidas que le protegerían contra la lluvia de balas.

Pero eso solo retrasaría lo inevitable.

Sabía demasiado bien de lo que eran capaces los Templarios. Y sabía lo que querían. No pretendían interrogarle ni capturarle. Iban tras él para matarle y, por tanto, muy, muy pronto, sería hombre muerto.

También él portaba un arma, una antigua y poderosa. La Espada del Edén, por cuya posesión se habían peleado tanto Templarios como Asesinos durante siglos. La había utilizado poco antes. Pero ahora estaba sujeta a su espalda, su peso tranquilizador y reconfortante, y ahí seguiría. Ya no podía servirle.

Los Templarios tenían un único propósito, exclusivamente centrado en el dominio y la muerte —la suya—. Solo había una escapatoria, y sería un maldito milagro si funcionaba.

El corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho, sus pulmones jadeaban, su cuerpo había sido llevado hasta el límite porque, al final, no era más que un ser humano, ¿no es cierto? Poco importaba la clase de adiestramiento que hubiese tenido, poco importaba la clase de ADN que corriera por sus venas. Sin embargo, no frenó su carrera, *no podía* hacerlo, no podía permitir que ese cerebro lógico, analítico y racional suyo interrumpiera las señales enviadas desde lo más hondo de su primitivo instinto de supervivencia. No podía dejar que su cerebro dominara su cuerpo.

Porque su cuerpo sabía lo que se exigía de él. Y sabía cómo hacerlo.

La rama de un árbol reventó justo a su lado. Las astillas arañaron su rostro, haciéndole sangrar.

El destino pretendido por los Templarios que iban tras él era ciertamente desolador. El murete de piedra que rodeaba el borde del jardín de la azotea de la oficina londinense de Industrias Abstergo le ofrecía una improbable y desesperada oportunidad.

Si tenía fe para llevarla a cabo.

No redujo el paso. Cuando se aproximó al muro, se lanzó hacia delante, salvándolo como un atleta en una prueba de salto, sus largas piernas pedaleando en el aire mientras arqueaba su espalda, extendía los brazos… y volaba.

1

La luz de las antorchas oscilaba sobre los muros de piedra de la habitación, arrojando grotescas y distorsionadas sombras sobre la puerta de madera reforzada con pletinas de hierro y el retrato tamaño natural del más importante Gran Maestro Templario que hubiese existido nunca. El Postulante, ataviado con una túnica blanca bajo una segunda y más gruesa capa roja, levantó la vista hacia la imagen del rostro de barba blanca que le contemplaba con ojos amables y pose firme.

Una voz rica, serena y profunda rasgó el silencio.

—Jacques de Molay fue el último Gran Maestro público de la Orden de los Caballeros Templarios. Fue acusado falsamente de herejía por hombres sin escrúpulos. Hombres interesados no en la mejora de la humanidad sino solamente en sus propios y egoístas deseos. El mejor de nosotros declarado culpable de los peores crímenes; crímenes que no había cometido. Sus enemigos, y la historia, creen que la Orden murió con él. No fue así.

El Maestro Templario dio un paso al centro de la cámara para colocarse junto al Postulante.

—Jacques de Molay sufrió una muerte muy dolorosa para que la Orden pudiera vivir segura y en el anonimato, siendo conocida solamente por aquellos que también darían gustosos su vida por ella.

El Postulante miró los oscuros ojos del Maestro.

—Sed humilde como el polvo e inmóvil como la roca —declaró el Maestro.

Alargó una mano enguantada y señaló hacia el suelo de mármol. El Postulante se tumbó hasta que su rostro estuvo contra el frío suelo, los brazos extendidos a ambos lados en forma de cruz.

—Atravesaréis las sombras de la noche con la única compañía del Padre del Entendimiento. Que él os despoje de todo aquello que no fortalece a la Orden, y os revista de certidumbre. Que os vacíe y colme de propósitos. No durmáis, no soñéis. Cuando el día amanezca, vendremos a buscaros. Si encontramos que sois digno, os elevaremos. Si descubrimos vuestras carencias, os volveremos la espalda. Que el Padre del Entendimiento os guíe.

El Postulante escuchó el sonido amortiguado de pisadas y a continuación el crujido y el fuerte portazo de la puerta cuando fue cerrada con llave.

Estaba solo, con una única salida a través de esa puerta, como miembro del Santuario Interior.

Si fracasaba… Pero no. Ni siquiera consideraría esa opción.

No había peligro de que se quedara dormido. Las antorchas proporcionaban luz, pero no calor, y el mármol parecía absorber la calidez de su cuerpo a pesar de la doble capa de ropajes del ritual. El tiempo, distante y sin prisa, fue alargándose imperturbable ante la incomodidad del hombre. Después de lo que pareció una eternidad, por fin se escuchó el bienvenido tintineo de la llave maestra en la cerradura. El Postulante fue alzado por los brazos reprimiendo un gemido de dolor; haber yacido inmóvil durante varias horas en ese despiadado suelo de piedra le había pasado factura.

Siguió en silencio a la pareja que le había puesto en pie, tambaleándose por el suelo de piedra, que ahora era de dura pizarra. Pasaron bajo una puerta en arco de ladrillo y roca. Grandes troncos de árbol flanqueaban el estrecho ascenso hasta desaparecer en la oscuridad, extendiéndose más allá del alcance de la débil luz de las antorchas que titilaba en los candelabros.

Unas figuras envueltas en túnicas y encapuchadas le aguardaban. Aunque cada una sostenía una vela de cera de abeja, sus rostros permanecían envueltos en la oscuridad, excepto por el destello de sus ojos atrapado por la luz de la llama.

—El cuerpo humano tiene su corazón —entonó el Maestro Templario —. La tierra tiene su núcleo. Todas las cosas tienen su centro del que procede su fuerza más profunda. También la Orden Templaria tiene su Santuario Interior. Nueve miembros deben ser, tres veces tres; seréis el noveno si sois digno de ello. Ahora, habladnos de las tres grandes verdades que habéis aprendido sobre la Orden durante vuestra vigilia.

La pregunta pilló desprevenido al Postulante. Durante un instante su mente se quedó en blanco, antes de poder responder.

—He aprendido que el conocimiento genuino solo llega a aquellos que realmente ansían encontrarlo. He aprendido que el poder debe ser ostentado por aquellos que se hallan por encima de la lucha, pues solo ellos pueden ver el entramado del diseño. Y he aprendido que la sabiduría es la ejecución del poder guiada por el conocimiento y el entendimiento.

Nadie dijo una palabra, pero algunos de los miembros del Santuario Interior intercambiaron miradas entre sí.

El Maestro Templario continuó:

—Al igual que los miembros de la Orden son escasos en el mundo, aún más excepcionales son aquellos elegidos para unirse al Santuario Interior. Ya habéis jurado obedecer los principios de nuestra Orden y de todo aquello que defendemos. ¿Estáis dispuesto a viajar aún más profundamente a nuestro núcleo, y trabajar hombro con hombro junto al puñado de hombres que moldearán el mundo de la forma adecuada? ¿Juráis guardar silencio para siempre sobre lo que aquí sucede, compartir total y completamente lo que sabéis con el Santuario Interior, y no actuar nunca contra la esencia de todo lo que significa ser un Templario?

—El Padre del Entendimiento me ha guiado en todo esto, como así lo juro —replicó el Postulante.

Durante un largo instante, el Maestro permaneció en silencio. Luego, asintió. Los otros acercaron al unísono las velas a sus rostros, permitiendo que pudiese contemplarlos.

—Ahora sois miembro del Santuario Interior.

El Maestro Templario dio un paso adelante y colocó un alfiler en la pechera de la túnica del Postulante. La larga aguja de plata estaba labrada en forma de espada, con una cruz con un rubí insertado en el centro sobre la

empuñadura de la misma. Además de un adorno, la afilada punta del alfiler estaba impregnada de una toxina. Debía ser utilizada contra un enemigo en caso de ataque… o usada contra uno mismo si era necesario. Cuando el alfiler estuvo en su lugar, los Templarios apagaron la llama de sus velas.

—Vuélvete y saluda a tus hermanos, Simon Hathaway.

Las antorchas, describiendo sutiles hologramas de fuego, fueron extinguidas instantáneamente y los candelabros retrocedieron suavemente hasta introducirse en los nichos esculpidos en los grises muros de pizarra. Unas pequeñas portezuelas se cerraron de golpe para ocultarlos. La luz fue surgiendo, tenuemente al principio, para que sus ojos pudieran adaptarse. La estructura de piedra del muro de su izquierda se deslizó a un lado con un leve zumbido, revelando un mapa del mundo con pequeñas luces centelleantes. Cada color representaba un área de actividad diferente de las Industrias Abstergo y de la Orden Templaria.

Las capuchas fueron echadas hacia atrás y las túnicas rituales retiradas mientras el Santuario Interior recibía al nuevo miembro de la Orden. Simon se tomó un momento para pasar su mano sobre el grueso tejido de su atuendo ritual. Estaba confeccionado a mano: el proceso de esquilar, cardar, darle la vuelta al paño y teñir la lana, realizado por personas, no por máquinas. Y los bordados… Simon sacudió la cabeza, asombrado ante el esfuerzo realizado para recrear una prenda que algún día vestiría en la iniciación de un nuevo miembro del Santuario Interior, y asegurarse de que fuera lo más semejante a la llevada por los Templarios en siglos pasados. Como historiador, valoraba más que nadie el esfuerzo hecho a favor de su autenticidad.

Cambió a regañadientes su atuendo por la chaqueta de su traje, volviéndose hacia sus nuevos camaradas. Todos ellos le eran conocidos en mayor o menor medida: Laetitia England, ejecutiva de alto rango en la División Operativa, quien, a pesar de su apellido, era en realidad una americana que operaba desde Filadelfia. Mitsuko Nakamura, Directora de Investigación de Linaje y Adquisición, que dividía su tiempo entre la oficina de Filadelfia y el campus de Abstergo en Roma. Simon la envidiaba profundamente por ello. En Abstergo, «adquisición» tenía un sentido diferente al de otras compañías. El término se refería a la puesta a prueba de

sujetos que pudieran ser apropiados para el Animus, una gloria tecnológica que él aún no había experimentado.

Simon estaba más familiarizado con el exageradamente jovial Álvaro Gramática, de la División de Futuras Tecnologías, y el despiadado Juhani Otso Berg, actualmente destinados en la otra punta del globo. No pudiendo estar presentes físicamente, habían presenciado, sin embargo, la iniciación de Simon y sus rostros miraban ahora hacia la habitación desde un par de enormes y elevadas pantallas.

Los dos hombres habían trabajado con el predecesor de Simon y su jefe, la difunta Isabelle Ardant. Isabelle había muerto a manos de un Asesino hacía poco más de un año. A Simon no le gustaba especialmente; en realidad no le gustaba ni le disgustaba especialmente *nadie*, pero habían asistido juntos a Cambridge, y creía firmemente que un compañero Templario de universidad no debería morir apuñalado por la espalda por alguien demasiado cobarde para hacerle frente. Por ese motivo, albergaba cierto resentimiento hacia Berg, encargado de la seguridad de Isabelle la noche en que murió, y quien realmente debería haber impedido su asesinato.

También estaban presentes David Kilkerman, sustituto del fallecido y (al menos para Simon) poco llorado Warren Vidic como cabeza del Proyecto Animus, y Alfred Stearns. Kilkerman era alto y corpulento, de risa estruendosa y frecuente; sin embargo, las redondeces alrededor de su cintura de ningún modo indicaban una naturaleza suave. Stearns era el miembro de más edad del grupo de nueve. Había sido responsable de erradicar prácticamente en su totalidad la amenaza Asesina a la vuelta del siglo, en una acción Templaria conocida como «la Gran Purga». Ahora se había retirado y Laetitia había ocupado su puesto como jefe de Operaciones, pero aún seguía siendo un miembro altamente valorado del Santuario Interior. Los dos se estrecharon la mano educadamente. Aunque Stearns era ya un octogenario, calvo, con una corta y nívea barba, Simon lo consideraba tan peligroso como a cualquiera que hubiese conocido en toda su vida.

Agneta Reider, Directora Ejecutiva del Grupo Financiero Abstergo, era otro de los miembros a los que Simon veía por primera vez. Parecía

simpática y agradable, exactamente el tipo de persona que a uno le gustaría ver al timón de un brazo tan vital de Abstergo.

Y por supuesto estaba Alan Rikkin, Director Ejecutivo de Industrias Abstergo, y el Templario más importante que Simon conocía. Bueno, o al menos que él *supiese*. Uno nunca estaba seguro de esas cosas cuando se trataba de la Orden.

Rikkin era la cara pública de Industrias Abstergo. Simon no podía imaginar a nadie mejor. De una inteligencia feroz, mostrando siempre una conducta absolutamente controlada, Rikkin dirigía y atraía la atención del mundo cuando hablaba.

La puerta se abrió y aparecieron dos carritos. La mística de las épocas pasadas dejó paso a la agradable y ordinaria cháchara y al tintineo de tazas, platos, cuchillos y tenedores a medida que el Santuario Interior se preparaba para celebrar un tradicional y completo desayuno al estilo inglés. En apenas unos segundos fue como si el ritual, tan anclado en la tradición, hubiese tenido lugar siglos atrás y no en pleno siglo XXI.

—¿Qué te parece tu nueva oficina, Hathaway? —le preguntó Mitsuko Nakamura.

—Aún no estoy instalado —contestó Simon. Hurgó en el bolsillo de su americana buscando sus gafas de montura metálica y se las colocó en lo alto de su nariz aguileña—. Pensé que sería prudente asegurarme de ser aceptado primero en el Santuario. Así me ahorro el problema de tener que recoger mis cosas dos veces.

Más risas.

—Muy práctico —comentó Álvaro Gramática, su demasiado jovial rostro llenando la pantalla.

Isabelle a duras penas había logrado soportarlo, y Simon debía admitir que Álvaro caía claramente en el apartado de «desagradable» en su propia escala personal. Ahora que Simon era el jefe de Investigación Histórica, tendría que ver al presumido y siempre sonriente Gramática con mucha más frecuencia. Qué suerte la suya.

—Un rasgo que espero convertir en lema en mi departamento —respondió educadamente Simon, mientras hundía una tira de pan crujiente perfectamente frito en la dorada y anaranjada yema de su huevo.

—Estuvimos examinando los archivos de Isabelle y tu nombre apareció varias veces —declaró Rikkin—. Conseguiste impresionarla, una hazaña nada sencilla.

—Gracias, señor. Me siento halagado. Isabelle era muy buena en lo que hacía, y yo trataré de servir a la Orden igual de bien en mi propio estilo.

—Suena como si no aprobaras cómo dirigía Isabelle su departamento.

Aunque todos los demás, incluyendo los americanos, estaban bebiendo té durante el tradicional desayuno inglés, advirtió que lo que Rikkin removía con una lustrosa cucharilla de plata era café. Sus ojos oscuros no abandonaron en ningún momento el rostro de Simon.

Depositó su taza en el frágil platillo con un leve tintineo y se dirigió a su patrono.

—Si bien respeto el método de Isabelle, yo soy muy mío y tengo un ángulo nuevo que me gustaría introducir.

—Continúa.

Allá vamos, pensó Simon.

—En primer lugar…, soy historiador. Esa es mi fortaleza y mi campo de especialización. Después de todo, la división está centrada en la exploración y el análisis de la historia.

—Para ampliar los objetivos de la Orden —aclaró Laetitia.

—Muy cierto. Creo que un retorno a las raíces del departamento podría beneficiar tremendamente a la Orden, y aquí está la razón.

Simon desplazó su silla hacia atrás y, acercándose a uno de los muros, presionó un botón. La pared se deslizó hacia un lado para revelar un brillante tablero blanco y varios rotuladores de colores.

—Simon, eres la única persona que conozco que aún utiliza una pizarra blanca como presentación —se lamentó Kilkerman.

—Cállate, David, o tendré que solicitar una pizarra de tiza y pedirte que te ocupes de los borradores —replicó Simon.

El comentario fue recompensado con unas cuantas risas, siendo la más enérgica la de Kilkerman. Simon escribió *DIVISIÓN DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA* en la pizarra, retrocedió, examinó las palabras y enderezó un poco la «T» de *HISTÓRICA*.

—Y ahora veamos. Nuestra mayor herramienta es el Animus. —Hizo un gesto de asentimiento hacia Kilkerman mientras hablaba. El actual jefe del proyecto, alzó su tostada con mermelada en solidaridad—. Todos sabemos lo que hace; accede a la memoria genética de los sujetos, centrándose en determinados antepasados y de ahí en adelante. Tengo entendido que hay un flamante nuevo modelo disponible para su uso, ¿no es cierto, David?

—Así es —contestó Kilkerman enderezándose—. Un gran paso adelante en la tecnología, nuestro modelo número 4.35. Hemos eliminado virtualmente los efectos colaterales tales como náuseas y dolores de cabeza. Y además hemos descubierto el modo de hacerlo aún más integrador.

—Personalmente me siento muy emocionado de oír eso, y en un momento entenderéis por qué —dijo Simon.

Se volvió de nuevo hacia el panel y escribió la palabra *ANIMUS* en un brillante color rojo. Dibujó dos flechas debajo formando ángulo hacia la izquierda y la derecha.

—Hasta ahora hemos estado utilizando el Animus principalmente para reunir un tipo específico de información, la localización de Fragmentos del Edén.

Los Templarios tenían una única tarea —guiar correctamente el desarrollo de la humanidad—, y muchas herramientas con las que conseguirlo. Los Fragmentos del Edén eran quizá las más importantes. Constituían las reliquias de una civilización conocida indistintamente como los Isu, los Precursores o la Primera Civilización. Estos no solo antecedieron a la humanidad, sino que, de hecho, la crearon y, por algún tiempo, la esclavizaron. Los restos de la tecnología Precursora tenían el potencial de garantizar a sus usuarios una diversidad de habilidades y poderes sobre los demás. Su valor eclipsaba las calificaciones más comunes de «histórica» o «monetaria». La Orden Templaria podía perfectamente presumir de tener la mayor colección del mundo, aunque no poseía muchos de esos inapreciables artefactos, y una buena parte de los artículos de la colección estaban rotos o eran inutilizables.

—Una vez que se conocía la existencia de un Fragmento del Edén —continuó Simon— gracias a, digamos, una mención en un antiguo

manuscrito o a través de una persona asociada con alguno, emprendíamos la búsqueda del mismo.

Debajo de la flecha izquierda que surgía de la palabra *ANIMUS* escribió: *INFORMACIÓN*. Y bajo esta, anotó *1. Fragmentos del Edén* y, por debajo, *a) Localización*.

—Esa búsqueda consistía, entre otros métodos, en utilizar la vasta red de material genético vivo a nuestra disposición, lo que también se conoce como los valiosos clientes y leales empleados de las Industrias Abstergo. —Simon escribió *i. Clientes y Empleados* debajo de *a) Localización*.

»Nuestra segunda rama de investigación implicaba conocer más cosas sobre nuestros antiguos enemigos, los Asesinos. Y necesitábamos el mismo tipo de información que con los Fragmentos del Edén, la habilidad para detectarlos en la actualidad.

Simon escribió *2. Asesinos*, y a continuación, como había hecho antes, las palabras *a) Localización, i. Clientes y Empleados*.

—De acuerdo, todo eso está muy bien, es absolutamente extraordinario, y ha sido de gran ayuda para incrementar tanto la influencia de la Orden como la auténtica razón de ser de nuestra compañía.

—Advierto un «pero» en todo eso —interrumpió Reider.

—Espero que no estés sugiriendo que abandonemos esa línea de investigación… —La voz de England sonaba engañosamente suave.

—En absoluto —le aseguró Simon—. Pero creo que el Animus puede hacer mucho más por la Orden. Hay un aspecto de él que aún no hemos explorado. Uno que creo que podría, con el tiempo necesario y siendo cuidadosamente manejado, resultar a su vez tan ventajoso para nosotros como la adquisición de Fragmentos del Edén.

Ahora escribió en el tablero, bajo la segunda flecha, la palabra *Conocimiento*.

—Sin duda, estaréis pensando que la información *es* conocimiento. Pero los datos exigen un contexto para poder ser útiles. Por ejemplo, digamos que es un hecho probado que existe un lugar donde hay tierra, piedras, madera y agua. Cuando comprendemos que el agua es un océano, la tierra y las piedras aluden a una costa rocosa, y la madera representa los mástiles de un velero, le damos a esa información un contexto. Entonces, lo que antes

eran simples datos se convierte en información que conduce a la constatación de que existe una alta probabilidad de naufragio.

—Tengo una agenda muy apretada, Simon —dijo Rikkin—. Intenta ir al grano, o si no habrá una alta probabilidad de que tu propio barco se vaya a pique antes de su viaje inaugural.

Las orejas de Simon se pusieron rojas, pero tuvo que reconocer que la metáfora era oportuna.

—Lo que quiero decir es que, si bien nuestros ordenadores pueden descifrar todo esto, y ciertamente le hemos dado un buen uso a la tecnología, también debemos apreciar el valor del toque humano. Volveré sobre esta idea en un momento. Una vez que comencemos a utilizar el Animus no solo para datos e información, sino también para el conocimiento, con todos sus encantadores matices, mirad lo que se abre frente a nosotros.

Regresó a la pizarra y bajo la palabra *Conocimiento* escribió *Fragmentos del Edén*.

—Con la información sabemos el *qué*, suficiente para identificar un artefacto concreto, y el *dónde*. Pero con el conocimiento, sabremos *lo que hace, cómo se utilizaba* y… —escribió las últimas palabras remarcándolas —… *cómo arreglarlo*.

Sus compañeros miembros del Santuario Interior contemplaban la pizarra blanca con expresiones que iban desde la incredulidad al entusiasmo o la hostilidad manifiesta. La mayoría, sin embargo, al menos parecían interesados, y él se aferró a eso.

—Y ahora apliquemos el *Conocimiento* a los Asesinos —continuó Simon—. No solo sabremos *quién* era un Asesino en un determinado período, o *dónde* quizá localizar Asesinos hoy en día. Sabremos además *quiénes eran*, qué clase de personas. Sabremos lo que les importa a ellos y a la Hermandad Asesina, y tomaremos nota de cómo han cambiado a lo largo de los años. Conoceremos mejor cómo manipularlos. Cómo terminar con ellos. Y cuando comencemos a valorar el *conocimiento* como algo más que simples datos e información, es imposible imaginar hasta dónde pueden llegar nuestros descubrimientos. No sabemos lo que no sabemos, pero el potencial resulta asombroso.

Dio un paso atrás, contemplando lo que había escrito.

—Por supuesto, mantendremos estos objetivos como primordiales —aseguró trazando un círculo alrededor de la palabra *INFORMACIÓN* y los comentarios que la acompañaban—, pero, una vez que la pelota comience a rodar, podemos utilizar el Animus para ver las interrelaciones. Las pautas. Podemos redescubrir teorías perdidas, ideas, inventos. Desentrañar misterios de siglos de antigüedad, de una vez para siempre. Descubrir qué verdades subyacen tras los antiguos mitos, las leyendas y el folklore. Apuesto que todo esto y mucho más es posible, con la condición de que expandamos el propósito del Animus y abramos nuestras mentes.

—Eso es justo lo que estamos haciendo ahora —replicó Kilkerman con las manos cruzadas sobre su enorme vientre, mientras sus ojos dejaban de parpadear con humor—. Créeme, Simon, estamos prestando una detallada atención a lo que aprendemos.

—Sí, y podemos hacer mucho más con no demasiado esfuerzo.

—No nos hizo falta utilizar este método romántico y sentimental para exterminar virtualmente a nuestro enemigo hace quince años. —El desprecio en la voz de Stearns hizo que la habitación de pronto pareciera gélida.

—No, no hizo falta. Pero los Asesinos cada vez resultan más difíciles de localizar. Cada vez son más astutos, más creativos. Y nosotros también necesitamos serlo si queremos detenerlos.

—El tiempo es un recurso muy preciado —dijo intencionadamente Berg.

—Lo es —concedió Simon—, y debemos tener cuidado de cómo lo repartimos. Actualmente dedicamos una buena cantidad de tiempo a callejear buscando Fragmentos del Edén, cuando de hecho estamos en posesión de unos cuantos que ni siquiera entendemos o que, en cierto modo, están dañados. De esta manera, podríamos tanto estrechar nuestras experiencias del Animus como hacerlas más generales. Necesitamos señalar individuos que sabemos que poseen abundante ADN Precursor y…

—Eso ya lo estamos haciendo —indicó Gramática.

—A través de Abstergo Entertainment y el departamento de la doctora Nakamura, sí —replicó Simon—, personas que no son Templarios, y no

saben exactamente lo que están buscando. ¿Cuánto más efectiva sería una hora del Animus si uno de *nosotros* hiciera uso de él? Nuestro ADN es un masivo y actualmente inexplorado recurso.

»Una hora de nuestro tiempo podría encontrar soluciones a cosas en las que ni siquiera hemos pensado aún —continuó Simon—. Y por supuesto, también está el conocimiento por el conocimiento. Es imposible calcular el precio de algo así.

—Has hablado como un auténtico historiador —declaró Berg, y de alguna forma consiguió que la palabra sonara displicente. Sin poderlo remediar Simon se encrespó.

—Os lo demostraré —se oyó decir. Instantáneamente deseó no haber dicho aquello, pero ya estaba hecho y ahora las palabras flotaban en el aire como globos sin rumbo. *De perdidos al río*, pensó, y respiró hondo—. Como sabéis, todos conocemos nuestros linajes. Yo tengo un antepasado que luchó en el ejército de Juana de Arco. Se cree que ella poseyó una de las Espadas del Edén… El Fragmento del Edén n.º 25, de acuerdo con el inventario. Yo sustento la teoría de que tal vez sea la misma que perteneció al propio Jacques de Molay.

—La que está en mi oficina —farfulló Rikkin. Y se volvió al resto del Santuario Interior—. Gran parte de su historia aún sigue siendo desconocida. Lo que sí sabemos es que una vez perteneció a De Molay, y más tarde cayó en manos del Gran Maestro François-Thomas Germain, durante la Revolución Francesa. El Asesino Arno Dorian se la quitó a Germain al matarle.

Simon asintió.

—Tengo intención de pasar yo mismo un tiempo en el Animus y confirmar que esa espada es la que una vez fue clasificada como el Fragmento del Edén n.º 25.

Rikkin se inclinó sobre la mesa, la fría taza de café en una mano y la barbilla descansando en la otra.

—La espada de De Molay resultó dañada cuando estaba en posesión de Germain. Cualesquiera habilidades que desplegase en su momento, ya no parece poseerlas.

—Repito que, con alguien de mis conocimientos en la silla, tal vez sea posible determinar cómo repararla si puedo verla en acción.

Una breve sonrisa curvó los labios de Rikkin.

—Está bien —dijo—. Llamémoslo una ronda de comprobaciones. Te dejaré seguir ese sendero de miguitas, Hathaway, y descubrir a dónde lleva. Si puedes ofrecerme resultados concretos en una semana, daré luz verde al giro en la dirección de tu departamento y asignaré los recursos apropiados.

El corazón de Simon se encogió. ¿Una semana? La sonrisa de Rikkin se amplió, como si pudiera leer en la mente del nuevo miembro Templario del Santuario Interior.

—Hecho —contestó, cuadrando los hombros.

—Excelente. —Rikkin depositó su servilleta sobre la mesa y se levantó—. Entonces más vale que te pongas a ello. —Seguramente existían mejores formas de terminar una reunión, pero en ese momento Simon no pudo pensar en ninguna—. Ah, y otra cosa, Simon.

—¿Sí, señor?

Rikkin y Kilkerman intercambiaron una mirada, como si ambos compartieran un secreto.

—Ya no es exactamente una «silla» —declaró Rikkin.

—¿Cómo dice? —preguntó Simon.

—Ya lo verás.

2

Era una habitación familiar, pero ahora era suya, y Simon pensó que eso marcaba la diferencia.

Cargando con una enorme caja de libros se detuvo en el amplio umbral para mirar a su alrededor. A la izquierda, la impresionante vista del London Eye, el Big Ben y el palacio de Westminster, sede del Parlamento, ocupaban una amplia sección de la pared. Un segundo y enorme ventanal a la derecha, cerca del escritorio de Isabelle —ahora suyo—, aseguraba que una gran cantidad de luz bañase la habitación. Grandes y cómodos sillones de cuero proporcionaban la opción de acurrucarse con un libro, y las enormes librerías ofrecían cientos de títulos para elegir. El embriagador olor a papel antiguo y encuadernación de cuero inundaba la estancia con un fascinante aroma del pasado.

Simon caminó entre los sillones, sus pasos apenas resonando sobre la gruesa moqueta roja, y dejó la caja sobre el enorme escritorio. Isabelle no había personalizado demasiado su despacho, pero advirtió algunos huecos en las estanterías, donde obviamente se habían retirado objetos. Gramática tenía esposa e hijos, pero nunca los mencionaba y, aparentemente, tampoco los *veía*, dadas las horas que pasaba en el laboratorio. Rikkin tenía una hija, Sofía, pero ya era adulta y una auténtica Templaria por sus propios méritos. El frío y despiadado Berg era, extrañamente, el único Templario de alto rango, que Simon supiera, con un hijo pequeño al que parecía adorar genuinamente; una niña de corta edad con fibrosis quística. Simon

únicamente conocía ese detalle porque el tratamiento para la pequeña había sido el principal cebo con el que la Orden había tentado a Berg para unirse a sus filas.

Simon no tenía hijos, ni esposa ni novia, ni siquiera un gato, y estaba bastante contento con su estatus.

Mientras iba de un lado al otro del pasillo, trasladando sus pertenencias, Simon pensó en la fecha límite impuesta por Rikkin. Afortunadamente, había llevado a cabo ciertas indagaciones antes de hacer su presentación. La vida de Juana estaba bien documentada y contaba con todo un botín de fuentes originales, el equivalente a la comida y bebida de los investigadores. Con un poco de suerte sería suficiente para permitir a Simon sacar el mayor provecho de esa única semana.

Juana de Arco. Fascinante que hubiese proclamado como su antepasado a alguien que había viajado con ella. Él nunca había experimentado personalmente el Animus, al igual que nunca había sido un agente de campo, y por tanto no había participado en el Programa de Entrenamiento Animi. Era muy consciente de que los autores de esos preciados recursos primarios eran difícilmente imparciales. Pero él, un historiador, como decía el dicho, sin ningún caballo propio en la carrera, sería capaz de mostrarse mucho más objetivo.

Encendió el ordenador y accedió al sistema. El logo de Abstergo apareció en la enorme pantalla de pared.

—Sala del Animus —dijo en voz alta.

Estaba de pie delante del escritorio, desenvolviendo un expositor de cristal que contenía una rara versión del siglo XI de las *Vidas paralelas* de Plutarco, cuando el rostro de la jefa técnica del Animus apareció. Tenía una larga y lustrosa melena negra recogida en un moño en un estilo muy profesional, oscuros ojos castaños y una amistosa sonrisa.

—Buenos días, profesor Hathaway, soy Amanda Sekibo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, señorita Sekibo, creo que aún no nos han presentado, pero soy el nuevo…

—Director de Investigación Histórica, sí, señor —contestó ella—. El doctor Kilkerman nos ha hablado de usted. Todos estamos deseando poder

presentarle nuestro nuevo Animus. ¿Qué puedo hacer hoy por usted?

—Hace una hora tuve una reunión con el señor Rikkin —explicó—. Tengo permiso para utilizar el Animus para un proyecto bastante urgente. Esperaba que hubiese sido informada. Me gustaría concertar mi primera sesión inmediatamente, si es posible.

La frente de Sekibo se frunció.

—Espere un momento, por favor… Ah, está bien, sí, de hecho ya ha sido confirmado y autorizado para usar el Animus, pero no hasta que se reúna con Bibeau.

—¿Quién es, y cuándo estará él en la casa?

—*Ella*, señor. Es una doctora, una de nuestras más cualificadas psiquiatras.

Simon se encrespó.

—Ya he pasado múltiples evaluaciones y nunca han encontrado nada de lo que preocuparse. Estoy seguro de que no es necesario perder el tiempo de la doctora con…

—Lo siento, pero el señor Rikkin lo ha dejado muy claro.

Sekibo tenía la clase de mirada de disculpa que la gente mostraba cuando la respuesta iba a ser un «no», sin importar lo que uno pudiera decir.

Simon, por supuesto, conocía los distintos peligros del Animus. No se parecía en nada a los videojuegos comercializados masivamente por Abstergo Entertainment, con los que habían cosechado tantos premios y que, no por casualidad, habían proporcionado a los Templarios durante muchos años un enorme flujo de ingresos, además de información. El usuario necesitaba ser monitorizado y, por tanto, con este nuevo modelo, resultaba imposible instalarse en él sin ayuda. Simon se quitó las gafas y presionó el pulgar y el índice contra el puente de su nariz durante un instante. Luego suspiró y asintió.

—Claro, por supuesto que respeto la decisión del señor Rikkin. Concertaré una cita con la doctora Bibeau ahora mismo.

La joven tuvo el detalle de mostrarse contrariada.

—Bueno, señor, precisamente esta noche coge un vuelo desde Estados Unidos. Espero que esté lista para verle mañana a primera hora.

—De acuerdo —contestó Simon—. Una cosa más, solo quería confirmar si el señor Rikkin le ha hecho saber que debo desarrollar mi proyecto en una semana.

—Sí, señor, una vez que haya sido autorizado, ya puede empezar.

—Vale, gracias —dijo Simon, y finalizó la llamada mientras murmuraba para sí mismo: «*Seis* días es lo que será».

Se hundió en el confortable sillón de cuero donde había visto muchas veces a Isabelle Ardant, localizó el nombre de Bibeau en el directorio de la compañía y redactó un correo para ella pidiéndole que se reunieran a desayunar en Temp's a las 7:30 en punto.

Que Dios te ayude si me cuestas otro minuto en el Animus, pensó amargamente y pulsó «enviar».

DÍA 2

Al final fue Simon el que casi se retrasa. La falta de sueño durante su ritual de iniciación le había hecho mella. Victoria Bibeau le estaba esperando cuando llegó a las 7:26.

No estaba seguro de lo que esperaba, pero desde luego no era esa esbelta mujer de ojos brillantes con un corte de pelo a lo chico y una genuina sonrisa de dientes perfectos. Se preguntó cómo haría para no mostrar señales del desfase horario. Su apretón de manos era firme, pero no agobiante.

—Un placer conocerle, profesor Hathaway —declaró, y advirtió un leve acento francés en su voz.

—Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Gracias, así ha sido, es un placer volver a estar en Londres. El té siempre sabe mejor cuando mi taza y yo estamos rodeadas de Inglaterra.

—No podría estar más de acuerdo —aseguró él mientras pasaban al interior.

Abstergo tenía un total de tres restaurantes en sus instalaciones, que iban desde un *snack bar* para un rápido picoteo, café y té, hasta el elegante restaurante llamado Bella Cibo, donde los invitados importantes eran

agasajados con vinos selectos y cenas exquisitas. Tempestad en una Tetera, cuya abreviatura frecuente era Temp's, solo servía ligeros desayunos, aperitivos y el té de la tarde, pero era el favorito de Simon, principalmente porque casi siempre se encontraba trabajando a la hora de comer y de cenar, y el Temp's le llevaba la comida al despacho.

—Buenos días, profesor Hathaway —le saludó el camarero. Llevaba una bandeja con una pequeña tetera, dos tazas, leche, limón y miel, y fue colocándolo todo mientras hablaba—. ¿Lo de costumbre para usted, señor?

—Siempre —contestó Simon—. Poole, esta es la doctora Victoria Bibeau, del Aerie de Estados Unidos. Se quedará con nosotros una semana.

Los ojos de Poole centellearon.

—Un placer, doctora. No dudo que si está trabajando con el profesor Hathaway la veremos mucho por aquí.

—Eso me está pareciendo —replicó Bibeau.

—¿Viajarán fuera de Londres? El campo ahora está precioso, con los árboles mudando sus hojas.

—Lamentablemente no, todos los asuntos están aquí, en la ciudad, me temo.

—Una pena. Asegúrese de dejarse caer por el Temp's para el té de la tarde. En esta época del año tenemos galletas de calabaza y bizcocho de manzana especiado.

—Espero poder hacerlo —sonrió Victoria—. Por ahora, sin embargo, supongo que tomaré lo de siempre también.

—*Dos* tostadas y lonchas de beicon —indicó Poole, haciendo un gesto de asentimiento y dirigiéndose hacia la cocina. Mientras Bibeau se servía leche en el té, Simon decidió ir directamente al grano.

—Y dígame, doctora Bibeau, ¿por qué usted?

Ella dio un sorbo antes de contestar.

—Tengo una amplia experiencia ayudando a integrar a los usuarios novatos en el Animus —dijo.

—Sí, he leído sobre su trabajo para Abstergo Entertainment y en el Aerie —indicó. Esta última era una instalación única, actualmente consagrada al entrenamiento de un pequeño y selecto grupo de jóvenes adultos. Selecto en el sentido de que sus memorias genéticas resultaban más

importantes, y valiosas, juntas que por separado—. Hace mucho tiempo que dejé atrás los años juveniles, doctora.

—Por favor, llámame Victoria —dijo—. Y de eso soy muy consciente. Tuve un caso en Abstergo Entertainment que…, bueno, de alguna forma cambió mi vida de muchas maneras, para lo bueno y para lo malo. Pero lo principal es que muy pocos miembros de la Orden saben más que yo sobre cómo las interacciones del Animus pueden afectar al cerebro humano. Desconozco si ya has hablado con el doctor Kilkerman, pero el modelo que vas a utilizar es nuevo, un prototipo, en realidad.

Él se encrespó.

—Sí, naturalmente. He hablado con el doctor Kilkerman, y comprendo que es una mejora.

—Aun así, vas a usarlo por primera vez, solo tienes una semana para hacer lo que necesitas a fin de demostrar el valor de tu método, y, por lo tanto, pasarás un montón de tiempo en él. Por decirlo llanamente, me necesitas, Simon.

Poole apareció con las tostadas y el beicon. Simon dio un sorbo a su té y luego declaró:

—Claramente has estado leyendo sobre mí y mi trabajo.

—Oh, sí —asintió Victoria—. Y me sentiré muy interesada en conocer tus ideas mientras trabajamos juntos. Y antes de que lo digas, también he leído tus evaluaciones psicológicas y te encuentro notablemente estable. No espero demasiados problemas.

—Yo no espero *ninguno*.

Ella mostró unos prominentes dientes blancos en una sonrisa genuina.

—Está bien, entonces, *commençons*.

—Me temo que no hablo francés.

—Tal vez lo hagas en dos semanas. Bueno —se corrigió—, o lo que quiera que hablaran en el siglo XV.

—Eso debía de ser francés medieval…, ¿no es así?

—¿Estás familiarizado con el Efecto Transfusión?

—Ah… por supuesto. —El Efecto Transfusión era una posible secuela tras pasar algún tiempo en el Animus. De vez en cuando, la personalidad, los pensamientos, las emociones y, en algunos casos, también las

habilidades físicas de algún antepasado se «transfundían» al sujeto—. Hablo con fluidez ruso, español y árabe, pero no puedo imaginar por qué el francés medieval me puede resultar útil.

—Podría ser divertido en una fiesta —dijo ella sonriendo, y luego añadió más seriamente—: Pero, para ser sincera, no ocurriría de inmediato, y dudo que estuvieras cerca de hablarlo con fluidez. Muchas veces el Efecto Transfusión puede resultar positivo. Aprender una nueva habilidad, como las artes marciales o un idioma. Pero sería negligente por mi parte no mencionar que ese potencial puede ser extremadamente peligroso. Sin duda estás familiarizado con el caso de los sujetos cuatro y catorce, y el devastador resultado que tuvo en ellos el Efecto Transfusión. Lamentablemente, yo tuve la oportunidad de observarlo en persona.

Sus ojos se ensombrecieron y su voz bajó de tono mientras hablaba.

—Uno de nuestros investigadores analistas en Abstergo Entertainment fue demasiado lejos a la hora de identificarse con su sujeto. Al final, acabó convencido de que era la reencarnación de un Asesino llamado Arno Dorian, que estuvo en activo durante la Revolución Francesa.

—No precisamente el momento más agradable de la historia, desde luego —comentó Simon—. ¿Y qué pasó?

—Intentó sabotear el proyecto. Destruyó incalculables investigaciones, eliminó archivos, rompió discos duros, quemó sus notas. La Orden trató de contenerlo, pero se resistió. —Apretó con fuerza los labios.

Simon comprendió a qué se refería.

—Ah, ya entiendo. Eso es terrible. Todas esas investigaciones desaparecidas. ¿Se pudo recuperar algo?

Ella le mostró una expresión que no pudo calibrar.

—Una parte —respondió—. En cualquier caso, tengo entendido que la mayoría de los problemas que hemos experimentado con el Animus han sido virtualmente eliminados. Ese es el objetivo, al menos, lo que significa que la principal preocupación es el Efecto Transfusión. Mientras las personas sean personas, no creo que lleguemos a controlarlo del todo.

Mientras terminaban su desayuno, Victoria le preguntó a Simon sobre sus aficiones. Al principio él se resistió diciendo: «Soy un Templario, no

tenemos aficiones», pero ella le reveló que le gustaba mucho la cerámica y correr en maratones.

—No al mismo tiempo, claro. —Sonrió con su amplia y dentada sonrisa —. Me ayudan a salir de mi cabeza y entrar en mi cuerpo durante un tiempo. Tendrás algo que te guste hacer.

Simon admitió que sentía cierta querencia por el océano.

—¿Navegar? —le preguntó Victoria.

—En realidad, bucear —aclaró—. Buscar pecios. —Hizo una pausa—. Y pasajes ocultos. Hay un montón de ellos en Londres.

Ella le miró con un nuevo respeto.

—Hay algo más en ti de lo que se aprecia a simple vista, Simon Hathaway.

Él lo consideró un momento y suspiró.

—En realidad no, creo que soy tan aburrido como podría esperarse. —Volvió a reconducir la conversación a su tarea, explicando lo que trataba de conseguir y recalcando la historia de la espada—. Si tu analista estaba investigando a Arno Dorian, tal vez pudiste ver la espada que vamos a investigar. François-Thomas Germain la poseyó durante un tiempo, hasta que Dorian lo liquidó.

Sacó su tableta de su maletín y le envió alguna de sus notas. Estas incluían una lista de incidentes en la vida de Juana que podrían resultar de lo más productivos para ellos a la hora de explorar los recuerdos de sus antepasados. Victoria aseguró que serían de gran ayuda para encontrar un algoritmo con el que sacar el mejor partido de su tiempo en el Animus.

—¿Cuánto sabes sobre ese período de tiempo? —le preguntó él, y llamó a Poole para que trajera una nueva tetera.

—No demasiado, me temo. Fui incluida en este proyecto hace menos de veinticuatro horas. He descubierto que no necesito ser una buena historiadora para ayudar a los investigadores analistas, pero creo que un conocimiento de los hechos básicos podría ser muy beneficioso.

Simon ocultó su irritación. Aunque técnicamente era profesor, encontraba frustrante la enseñanza y no estaba demasiado dispuesto a adentrar a Victoria en la historia paso a paso.

—Bueno —declaró con falsa alegría—, veamos si podemos efectuar un rápido repaso mientras disfrutamos de esta nueva tetera.

»En 1428, cuando Juana de Arco entró en el escenario histórico, la cuestión de quién era el "legítimo rey" de Francia estaba, como a menudo sucedía, enfangada por políticas, ejércitos, matrimonios y muertes inconvenientes. La Guerra de los Cien Años, que en realidad duró ciento dieciséis, llevaba por entonces librándose durante noventa. El rey Enrique V, famoso gracias a Shakespeare, había muerto seis años antes a la edad de treinta y cinco, y no en una gloriosa batalla, sino de forma ignominiosa víctima de la disentería, una enfermedad que no distinguía entre reyes y plebeyos. El rey Carlos VI de Francia, que ha pasado a la historia tanto como "el Bienamado", que al parecer lo fue, como "el Loco", lo que *definitivamente* fue, había sobrevivido a su rival inglés únicamente por dos meses.

»El Delfín de Juana, el futuro Carlos VII, era de hecho el *cuarto* de los hijos en la línea sucesoria al trono. Él nunca esperó convertirse en rey, y se mostró tremendamente inseguro por ello. A todo ello, se añadían los rumores extendidos por los ingleses y los borgoñones, aquellos franceses seguidores de Felipe de Borgoña y unidos a los ingleses…

—*Oui* —interrumpió Victoria, con ojos centelleantes—. Creo que sé algo sobre los borgoñones.

—Oh, por supuesto, claro. Lo siento. Volviendo al tema. La madre de Carlos, Isabel de Baviera, fue acusada de tener amantes, incluyendo al hermano de su marido, por lo que la legitimidad de Carlos quedó en entredicho.

—¿Fue ella realmente su madre?

—Eso creemos. Desde luego fue descrito como poseedor de la nariz de los Valois.

La conversación viró hacia el nuevo método de Simon para el departamento. Mientras que gran parte de lo que había compartido era una recapitulación de su presentación para el Santuario Interior el día anterior, añadió algo que había ocultado entonces.

—Juana de Arco tenía al menos tres espadas que sepamos —indicó—. De modo que no va a ser el tranquilo paseo por el parque que podríamos

esperar.

—¿Así que ocultaste cosas a Rikkin?

—Apenas unas nimiedades —insistió—. Tengo una corazonada que podría dar resultado. Aunque espero con gran interés a ver lo que nos depara el camino. La espada, en mi opinión, es únicamente una parte de este.

Para cuando terminaron de desayunar, Simon se había resignado a contar con la presencia de Victoria durante esa fase. Si debía tener una niñera sosteniendo su mano mientras hurgaba en el pasado, supuso que ella sería una opción tolerable.

El ascensor directo a las entrañas de las oficinas de Londres, incluyendo las habitaciones en las que Simon había sido iniciado en la Orden y celebrado su presentación en el Santuario Interior, solo tenía acceso desde determinadas plantas. Esa no era una de ellas. Tendrían que volver a Investigación Histórica, y luego coger otro ascensor. Salieron del Temp's y mantuvieron un ligeramente incómodo silencio mientras los números del panel electrónico se iluminaban, indicando la llegada del ascensor. Las puertas se abrieron y Simon se encontró frente a una pequeña y joven mujer que tenía un rebelde mechón color rojo cereza en su, por lo demás, negra melena que le llegaba hasta los hombros.

Sus ojos castaños se abrieron ligeramente.

—Simon —dijo—. Qué alegría verte. Ha pasado ya algún tiempo.

—Sí, efectivamente —asintió—. Anaya, esta es la doctora Victoria Bibeau. Ha venido un par de semanas para ayudarme con el desorden de algunas cosas de Investigación Histórica. Victoria, esta es Anaya Chodary. Solía ser agente de campo, pero ahora es una destacadísima Sombrero Blanco.

Durante un momento, Victoria se mostró desconcertada, pero luego cayó en la cuenta.

—Pirata informático ético —dijo.

—Algunas personas creen que es una contradicción de términos, pero a mí me gusta al nombre —repuso Anaya estrechando la mano de Victoria.

—Vuestra contribución no puede ser subestimada. Estoy segura de que habéis ahorrado a Abstergo una multitud de desastres.

—Gracias —dijo Anaya—, hago lo que puedo. Sé que Simon siempre tiene prisa, así que no os entretendré. —Sus ojos regresaron a Simon—. Me alegro de haberme topado contigo. Encontré tu jersey el otro día. El azul que creías haber perdido. —Simon pareció quedarse en blanco y entonces recordó.

—¡Ah! Claro.

—¿Quieres que te lo acerque?

—Oh, no, no te preocupes. Llévalo a la tienda de Oxfam o algo así. Tengo más ropa de la que podré ponerme nunca. —Entró en el ascensor, haciendo un gesto de asentimiento hacia ella mientras la puerta se cerraba —. Hasta luego.

Apretó el botón y el ascensor ascendió con un suave zumbido. Durante un instante Victoria se quedó callada y luego preguntó:

—¿Qué pasó entre vosotros dos?

Simon le lanzó una mirada.

—Si quieres saberlo, nada especialmente excitante. Solo las cosas de siempre. Trabajo, responsabilidades y eso. No hace falta que te diga lo que ser un Templario exige de uno.

—Especialmente un Maestro Templario y un miembro del Santuario Interior.

Él se quedó sorprendido.

—Lo sabes todo, ¿no es cierto?

—Les pareció que sería bueno que lo supiera, sí. Y, sin embargo, los Templarios consiguen tener esposa y familia.

—Yo no. Y tengo entendido por tu expediente que tú tampoco te encuentras entre esos pocos afortunados.

Había creído que ella se enfadaría ante su comentario, pero en su lugar se rio.

—*Touché*, Simon.

3

El Animus estaba ubicado varias plantas por debajo del nivel de la calle. Para Abstergo la seguridad era siempre la principal prioridad. Todo, desde la obvia medida de las tarjetas de acceso que colgaban del cuello de cada uno, hasta el invisible ejército de piratas informáticos éticos del que la terriblemente inteligente Anaya era su brigadier, garantizaba la constante vigilancia mantenida por la seguridad tanto física como tecnológica de Abstergo.

El ascensor se abría a una espaciosa habitación de dos alturas. En sus cuatro paredes estaban situados monitores en tres dimensiones frente a los que se hallaban sentados unos técnicos de bata blanca. Por el rabillo del ojo, Simon vislumbró una miríada de escenas con pequeñas imágenes en tres dimensiones de personas viviendo sus inevitables destinos mientras eran analizadas y catalogadas. Antigüedades de incalculable valor se hallaban desplegadas por toda la habitación. El duro y frío hormigón gris y el cromado de los muros era suavizado por toda clase de reliquias de siglos de antigüedad; espadas, pequeñas estatuas de dioses egipcios, griegos y romanos, estandartes, escudos, cálices y ritones llenaban las elegantes vitrinas.

Pero fue el Animus lo que llamó su atención y le hizo rendirse a su atracción, mientras observaba la máquina con sus pálidos ojos azules dilatados tras sus gafas.

Ahora comprendía a lo que se refería Rikkin cuando mencionó que ya no era exactamente una «silla». Brillante y perfecto, tal y como por supuesto debía ser, este Animus no permitía sentarse a sus ocupantes. Los abrazaba.

El articulado armazón que colgaba suspendido del techo, con el aspecto de un esqueleto humano metálico —si los esqueletos humanos hubiesen sido modelados como los de las serpientes—, constituía, por su exquisita amalgama de tecnología, una inquietante obra de arte accidental. Tenía espina dorsal, brazos y piernas, todo menos cabeza, pero Simon sospechaba que un casco separado serviría para esa función. Un gran anillo metálico sostenía al ocupante de pie y erguido, mientras que un buen número de correas de aspecto extremadamente seguro se encargaban de mantenerlo en su lugar.

Al entrar, habían llamado la atención de Amanda Sekibo, que se dirigió hacia ellos para saludarles.

—Profesor Hathaway, doctora Bibeau —dijo—, bienvenidos a la sala del Animus. Y bien, profesor, ¿qué piensa de nuestro nuevo modelo?

—Recuerda un poco a algo que la Inquisición podría haber utilizado en su época, ¿no es cierto?

Victoria intervino rápidamente ante la expresión de Sekibo.

—En realidad, es mucho más sofisticado que el Animus del Aerie. No debería causar muchos dolores de cabeza y probablemente nada de vómitos.

—Maravilloso —declaró Simon.

—Confío en poder decir a mis chicos que muy pronto ellos también dispondrán de un Animus como este. —Y dirigiéndose a Sekibo dijo—: ¿Le importaría familiarizarme con los mandos de control?

—Por supuesto que no, doctora.

—Por favor, llámeme Victoria.

Simon se preguntó si ella permitiría que alguien la llamase por su apellido. Se pegó a las dos mujeres, desconectando cuando se perdían en una jerga demasiado técnica y escuchando educadamente cuando comentaban cosas que ya sabía. De haber estado sentado en un escritorio, sus dedos sin duda habrían tamborileado sobre la mesa. Después de lo que le pareció un siglo, Victoria dio las gracias a Sekibo. Dándoles una suave

palmadita en los hombros, la joven volvió con su equipo. Los técnicos cerraron sus puestos de trabajo —los avatares en miniatura desaparecieron — y, silenciosamente, se retiraron para tomar el ascensor.

Simon y Victoria se quedaron a solas.

—¿Estás preparado? —preguntó ella.

—¿Para la Dama de Hierro de ahí?

—Oh, yo no lo llamaría así —replicó—. No creo que aprecies lo superior que es comparado con los antiguos modelos. Este Animus 4.35 deriva del desarrollo de la tecnología Abstergo del 4.3, el que actualmente se utiliza en Madrid. Tengo entendido que el de Madrid te lleva a sensaciones más profundas, pero al parecer también produce más efectos secundarios. Así que supongo que con el 4.35 no tendré que realizar ninguna punción lumbar.

—Oh, ya veo. —Respiró hondo—. Bueno…, como Juana de Arco se supone que dijo, más vale ahora que mañana.

Se acercaron al aparato. Simon se adentró en la plataforma de dos partes, introduciéndose en un arnés, que parecía demasiado ligero para ser resistente, mientras Victoria ajustaba el gran anillo metálico a la altura de la estrecha cintura de él. Con mucho cuidado, volcó su peso en un pie y luego en el otro. Las plataformas respondieron suavemente, como si fueran un avanzado simulador de subir escaleras o una máquina elíptica.

—Aquí hay potencial para un brillante equipo de entrenamiento, ¿sabes? —declaró inexpresivo.

Ella se rio.

—Aún no sabes ni la mitad —repuso—. Debo ponerte una banda corporal para seguir el rastro de tus pasos. —Continuó abrochando correas y ajustando cosas mientras hablaba—. Tendrás libertad absoluta de movimientos. De hecho, el arnés y el exoesqueleto sostendrán tu cuerpo mientras se mueve de la misma forma que lo hacía tu antepasado. Recuerda, esta no va a ser una encapsulación minuto a minuto de la vida de tu antepasado. El período de tiempo suele oscilar entre tres y cuatro años, pero nosotros solo disponemos de una semana.

Nosotros. La casual inclusión de sí misma en el proyecto incomodó a Simon, pero prefirió ignorarlo. Ella estaría supervisándole todo el tiempo y

posiblemente interrogándole. Siempre había supuesto que necesitaría un asistente, pero ella se estaba perfilando como una compañera.

Simon sabía que no se le daba bien trabajar con otros, pero no había modo de evitarlo. Victoria volvió a comprobar todas las presillas e hizo un gesto de asentimiento, y Simon comprendió entonces lo vulnerable que era. Tal vez, después de todo, no estaría tan mal tener una compañera.

—Eh —balbuceó, tirando ligeramente de una de las ataduras—. ¿Quién se ocupará de mí si sufres repentinamente un ataque masivo al corazón estando en tu puesto?

Ella rio, un sonido vibrante y libre, y él sonrió ligeramente.

—Sonará una alarma, las puertas se desbloquearán, el equipo médico estará aquí en segundos. Y, finalmente, alguien aparecerá para dejarte salir.

—Brillante.

—Abstergo es inflexible respecto a monitorizar siempre a los sujetos. Y ahora, a menos que quieras sufrir serias heridas, deberías dejarte la última correa sin abrochar para poder entrar en él por ti mismo. —Su dentada sonrisa se oscureció—. Es lo que yo recomiendo. Uno de los chicos con los que trabajo utiliza el Animus para escapar de su propia parálisis.

—Oh. Vale. Bien. ¿Está todo listo?

—Todo menos el casco —contestó Victoria—. Te lo colocaré, y entonces podremos comunicarnos a través de él.

Se puso detrás de él y lo ajustó en su rubia cabeza. Aquel trasto era casi como una cámara de privación sensorial, completamente oscura y sin sonido. Era una sensación extraña y, de hecho, Simon se sobresaltó cuando escuchó la voz de Victoria en su oído. Era casi como si viniera del interior de su cabeza.

¿Cómodo? Él se movió tentativamente y se quedó sorprendido al descubrir que la respuesta era sí, y así lo dijo.

En un instante, estará totalmente oscuro, continuó Victoria. *Lo primero que verás es el Corredor de la Memoria. Está diseñado para facilitarte el paso a la simulación. Aquí podemos conversar fácilmente, pero la comunicación será más difícil cuando la simulación se encuentre activa. Siempre comenzamos con el Corredor de la Memoria, pero la primera vez*

es especialmente importante. No te preocupes. Esta debería ser una transición fácil comparada con la de los modelos anteriores.

La oscuridad pareció retirarse gradualmente, pasando del negro absoluto a una suave neblina grisácea. Simon se acordó de un viaje a las Tierras Altas escocesas unos años atrás, cuando estaba subiendo el Ben Nevis y la niebla pareció envolverle con inusitada rapidez. Fue casi como si una nube hubiera descendido pesadamente sobre él. La metáfora se volvió súbitamente más apropiada cuando los ojos de Simon quedaron deslumbrados por chisporroteos que parecían ser rayos. La niebla palpitó y se agitó lentamente, y mientras Simon observaba, fascinado, se transformó aquí y allá, como si tratara de moldearse en un edificio, un tronco de árbol o quizá el mismísimo Ben Nevis.

Alargó un brazo sin pensar y bajó la vista a su mano. Simon tenía dedos largos y finos, y hacía muy poco con ellos aparte de teclear o pasar páginas de viejos tomos. Ocasionalmente, sus yemas acababan manchadas de tinta. Pero las manos que ahora contemplaba eran fuertes y callosas, con pequeñas cicatrices y uñas rotas. Además parecían oscuras y bronceadas; las suyas eran de un pálido tono lechoso. Simon bajó la vista hacia sí mismo, descubriendo una túnica de lana color beis que estaba remendada y bastante manchada. Unas calzas azules cubrían la parte visible de sus piernas, y sus pies calzaban simplemente botas de cuero. Una capucha con una capa corta cubría su cabeza.

Notó cómo sus labios se curvaban en una sonrisa estúpida al frotar el áspero tejido de la capa entre su pulgar derecho y su índice, la mano izquierda estirándose para tocar su rostro y descubrir allí los primeros brotes suaves de una barba incipiente.

—*Bonjour*, Gabriel Laxart —dijo.

Es un parecido increíble, comentó la voz de Victoria. *Si os viese a los dos juntos en una habitación, habría sabido que erais familia*.

—¿Es eso inusual?

No, pero a menudo la gente se sorprende por lo poco que se parecen a su antepasado, replicó. *Yo diría que tienes unos diecisiete años. Ayudas a tu padre, Durand Laxart con…*

—La granja, sí, lo sé —contestó—. ¿En qué fecha estoy?

Jueves, primero de mayo de 1428. Creí que debíamos comenzar por el principio. Sigue adelante y muévete mientras la simulación termina de descargarse.

Era una sensación extraña, imbuirse en el cuerpo de alguien como quien se enfunda un abrigo. El muchacho era esbelto —vale, Simon era esbelto y Gabriel delgado— pero fuerte y de apariencia ágil. Los movimientos habituales surgían con naturalidad, pero, cuando Simon trató de usar su palo de madera como una pica o una espada, se le cayó.

Claramente aún no es Templario, comentó secamente Victoria. *Ahora, es muy importante que recuerdes esto. Ya estás preparado para el paseo. No te resistas a los recuerdos, no puedes cambiarlos. No trates de forzar a Gabriel a hacer algo o decir algo que no haría o te desincronizarás. Y eso es muy desagradable*.

—¿Qué pasa, este Jaguar de Animus aún no tiene solucionado ese tema?

Esta no es una máquina del tiempo, Simon. No puedes cambiar el pasado, y si lo intentas, el Animus te lo hará saber en términos indiscutibles. En cierto modo, es una acción violenta con una igualmente violenta repercusión. Me dijiste que Gabriel era ilegítimo, y solo recientemente se ha ido a vivir con su padre biológico. Eso puede jugar a tu favor. Está poco familiarizado con prácticamente todo el mundo, muy pocos notarán si estás reaccionando de forma diferente a la habitual.

Simon asintió en reconocimiento. El estigma vinculado a los bastardos era, históricamente hablando, algo bastante reciente, de modo que no resultaba sorprendente que los Laxart, una familia de granjeros, hubiesen acogido a un joven sano y capaz. El origen de Gabriel explicaba además por qué la búsqueda de Simon no había encontrado una sola mención del mismo. A menos que destacasen de forma significativa, los hijos ilegítimos a menudo no eran registrados. Los árboles genealógicos no gustaban de ramas caprichosas.

Mientras Victoria le estaba hablando, la turbia neblina se había vuelto más sustancial, más clara, su tono gris mate pasando del verde al azul. Simon se encontró frente a unos campos esmeralda salpicados de reses y ovejas. Tras él había una tosca carretera y casas, indicando que se hallaba a las afueras de una pequeña aldea.

Domrémy. El lugar de nacimiento de Juana. Los únicos sonidos eran los del viento en los árboles, los pájaros y el ganado mugiendo. El silencio era enervante. No había coches ni aviones, ni aire acondicionado, ordenadores o teléfonos móviles. Por alguna razón, no había esperado aquello.

Se quedó inmóvil durante un momento, simplemente acostumbrándose a la idea de estar reviviendo los recuerdos de un joven muerto hacía mucho tiempo. Eran tan reales…; desde la ligera brisa que acariciaba su rostro, a los olores o la sensación de la tierra bajo sus pies. *Si los juegos de Abstergo Entertainment proporcionan siquiera una fracción de esto*, pensó Simon, *no es de extrañar que ganen tantos premios*.

Simon bajó la vista a las manos de Gabriel y advirtió que estaba sosteniendo pan y queso envueltos en un paño. Victoria había dicho que era 1 de mayo…, un día de fiesta. Ah…, ahora lo entendía. Gracias a su investigación, pudo conocer una largamente practicada tradición en Domrémy según la cual los jóvenes de la aldea solían visitar un manantial cercano en ciertos días de fiesta. Estos, esencialmente, disfrutaban de un pícnic cerca del que llamaban el Árbol de las Damas o Árbol de las Hadas. Esta encantadora costumbre era conocida como «hacer las fuentes», y resultaba evidente que ahora Gabriel iba camino de unirse a ella.

Echó a andar, dejando que Gabriel encontrara el sendero. El chico era alto y larguirucho, como lo había sido Simon en su juventud; se acompasó al movimiento de las largas piernas, consciente de que Gabriel era alguien acostumbrado a caminar.

La brisa le trajo el alegre murmullo de risas y voces (algunas terriblemente desafinadas) elevándose en una alegre tonada, y el agudo sonido de pequeños flautines. Un enorme árbol se perfilaba contra el cielo azul, y advirtió movimiento bajo sus ramas. Simon no era experto en botánica. Ni siquiera estaba especialmente encariñado con la naturaleza. Pero el árbol era magnífico. Blancos pétalos salpicaban las ramas de hojas verdes. Ese sencillo color contrastaba con los rosas, rojos y azules de otras flores, todas entrelazadas en guirnaldas y colgadas de las grandes ramas bajas.

Varias muchachas de distintas edades estaban sentadas todas juntas, con sus cabezas inclinadas mientras reían y jugaban con las flores. Otro grupo

había formado un pequeño corro, entretenidas en una danza que, en vertiginosa carrera, rodeaba el grueso tronco del árbol. Los muchachos o bien trepaban por este o se tendían en la pradera, mordisqueando trozos de basto pan oscuro. Los más mayores ofrecían un poco de pan a las chicas; los más jóvenes, en cambio, les lanzaban pequeños trozos.

No pertenezco a este lugar. Al surgir este pensamiento, Simon no supo si era suyo o de Gabriel.

Durante un instante, las largas piernas de Gabriel se quedaron ancladas donde se encontraba. Uno de los jóvenes de más edad se dejó caer ágilmente desde las ramas y se dirigió hacia él. Tenía cabello oscuro, complexión morena y una gran y amistosa sonrisa.

—¡Tú debes de ser nuestro primo Gabriel! —dijo alegremente—. Yo soy Pierre. Ese patán de allí es mi hermano Jean.

El patán en cuestión estaba despachando ruidosamente el último trozo de pan y sacudiéndose las migas de la camisa. Era mayor y más alto que Pierre, más sólido donde su hermano menor era rápido y flexible.

—Hola, Pierre —saludó Gabriel—. Tu madre me ha enviado con esto.

—¡Ajá! —exclamó Pierre—. Mira, Jean, después de todo no vas a tener que dejar de comer.

Jean alzó la vista al oír su nombre, se puso en pie y se dirigió tranquilamente hacia ellos.

Incluso mientras Gabriel hablaba con sus primos, Simon se preguntaba dónde estaba Juana.

—He oído que tu padre guarda la aldea cuando los bandoleros aparecen —estaba diciendo Gabriel.

Jacques d'Arc era el decano de la aldea, un trabajo consistente en recaudar los impuestos y organizar las defensas de Domrémy.

—Los borgoñones, querrás decir —replicó oscuramente Pierre.

—Es lo mismo —dijo Jean. Arrancó un trozo de pan y tendió la hogaza de vuelta a Gabriel. El pan, aunque áspero, estaba delicioso, y el queso era cremoso, rico y de sabor fuerte—. Viviendo en Burey-en-Vaux, estás cerca de Vaucouleurs, de modo que tienes a los soldados del rey para protegerte.

—Se supone que deben protegeros también a vosotros —respondió Gabriel, pero Pierre simplemente se encogió de hombros. Claramente ese

era un tema espinoso en Domrémy—. Así que —dijo intentándolo de nuevo —, ¿lucháis vosotros mismos contra los bandoleros? —Gabriel nunca había visto un ataque, y sonaba terriblemente excitado.

—Oh, no. Nos apartamos de su camino. Papá ha alquilado una antigua fortaleza en una isla del río, donde todos podemos acudir con nuestros animales y cuanto podamos llevar con nosotros. A veces vamos a Neufchâteau, si el ataque bloquea nuestro camino a la isla. —El agradable rostro de Pierre se endureció—. Nuestra casa está hecha de piedra, pero la mayoría no son tan afortunados.

Gabriel se ensombreció al oír las palabras.

—¿Han… han dado muerte a alguien?

—Últimamente no. Generalmente somos advertidos con tiempo suficiente para que todo el mundo, junto con sus animales, pueda llegar al refugio.

Pierre soltó una patada a su hermano, quien respondió con un aullido amortiguado por su boca llena de queso.

—Gabriel, ve a darle un poco a Jeannette antes de que este cerdo se lo coma todo. Ha estado bailando todo el día, cuando no se ha dedicado a deambular para ir a contemplar el manantial como si pudiera hablar con él. Sin duda debe de tener hambre.

—¿Cuál de ellas es? —La excitación agitaba el pecho de Simon.

—Esa tan vivaracha, vestida de rojo —indicó Pierre, señalando. Juana era ciertamente la más «vivaracha», moviéndose con gran energía, su cuerpo fuerte y flexible mientras lo hacía. La negra melena, ligeramente salvaje y salpicada de flores, caía a lo largo de su espalda.

Soy el historiador más afortunado que haya existido nunca, pensó Simon, casi mareado mientras Gabriel avanzaba con largas y retozonas piernas hacia Juana de Arco.

—¿Jeannette? —llamó Gabriel. Sus manos temblaban mientras apretaban la ofrenda de pan y queso.

Juana de Arco, La Pucelle o Doncella de Orleans, futura santa patrona de Francia, se dio la vuelta.

Sus ojos eran grandes y fieros, azules y firmes, y parecieron perforar a Gabriel como si atravesaran su cuerpo y sus huesos hasta su misma alma. El

joven no podía respirar, solo podía devolverle la mirada, la sangre galopando súbitamente por sus venas para trepar hasta su rostro y…

El mundo se dobló sobre sí mismo como un arrugado trozo de papel, todas sus imágenes, color y solidez retirándose atropelladamente, alejando esa inefable y trascendente cara con ellas.

Simon Hathaway se quedó solo con la oscuridad y su propio grito.

4

Simon, qué…

Un tsunami de náuseas irrumpió a través de Simon, como si un iracundo gigante le hubiera asestado un puñetazo en el estómago. Su garganta estaba en carne viva; se dio cuenta de que había gritado, de que aún estaba gritando, aunque no podía escuchar ningún sonido. Se estremeció en sus ataduras, su cuerpo empapado de sudor, su boca seca como algodón. Entonces el casco fue levantado y el aire fresco bañó su rostro húmedo. Dejó de gritar e inhaló oxígeno ansiosamente, mirando fijamente un rostro de mujer que no reconoció.

No era el de *ella*.

—Lo siento mucho, Simon. —La voz resultaba familiar, y un nombre flotó en su mente, perforando su pánico. *Victoria*—. No esperaba ese tipo de reacción en esta simulación en particular. ¿Necesitas un cubo?

La idea era tan espantosa que Simon se obligó a tragar la bilis por pura fuerza de voluntad y farfulló algo que ella interpretó como un «no», mientras le desabrochaba la miríada de cierres y sensores que, súbitamente, le pareció como si estuvieran reptando sobre él. Lo que su piel reclamaba ávidamente era una buena, sencilla y tosca lana.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

Ella le observó preocupada.

—Te has desincronizado de forma bastante abrupta —explicó—. Esa reacción es más propia de un recuerdo del campo de batalla. ¿Qué ha

sucedido?

—No estoy seguro. —Hizo un gesto en señal de agradecimiento y comenzó a salir de la plataforma. Aún se sentía un poco tambaleante, y cuando Victoria deslizó una mano bajo su codo, aceptó su ayuda. Ella le condujo hasta una silla y le tendió un vaso de agua—. Tenías razón, la desincronización no es nada, nada agradable. Me siento como si un caballo me hubiese pateado el pecho.

Victoria le mostró una breve sonrisa, aliviada ante su rápida recuperación.

—Lo dices como si hubieses tenido esa experiencia de primera mano. ¿Ha sido así?

—No —respondió Simon—, pero Gabriel sí la ha tenido, y eso es precisamente lo que se siente. ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy segura —respondió—. Podrían ser varias cosas. Simon, te has salido de ahí deliberadamente. ¿Por qué?

—No lo he hecho —aseguró.

—Sí —insistió ella—, lo has hecho. Gabriel no pensaba ir *a ninguna parte*.

—Tonterías. Ni tampoco yo. Soy un historiador que iba a conocer a Juana de Arco, por amor de Dios, ¿por qué iba a querer evitar eso?

—Dímelo tú. —Victoria alzó una mano para detener sus protestas—. Llevo bastante tiempo haciendo esto, Simon, y creo saber distinguir perfectamente lo que determina el origen de una súbita desincronización. —Y en tono más suave, insinuó—: Simon…, has salido *huyendo*.

El rostro del historiador estaba incandescente.

—En conciencia, no puedo continuar contigo hasta que entienda la razón. Podría no ser seguro.

—Te diré lo que no sería seguro: mi trabajo, a menos que le presente a Rikkin algo que quiere ver —espetó Simon. Se pasó una mano por el cabello, encontrándolo húmedo por el sudor.

Victoria continuó implacable:

—Si se trata del Efecto Transfusión, la búsqueda de trabajo será la menor de tus preocupaciones. Simon, tus niveles se han disparado hasta el tejado. Has comenzado a sudar, el ritmo de tu corazón se ha acelerado

drásticamente y tu cerebro ha liberado un torrente de sustancias químicas. Como he dicho, de haber estado en una batalla hubiera tenido sentido, pero…

Sacudió la cabeza y guardó silencio durante un momento. Entonces, con voz más calmada, prosiguió:

—Te dije que había visto a alguien tan perdido en el pasado que, de hecho, se creía el Asesino cuyos recuerdos estaba estudiando. Rompió con su novia porque estaba enamorado de una chica que llevaba dos siglos muerta. Tenía desfallecimientos y cuando despertaba de ellos encontraba cartas dirigidas a él por Arno Dorian en francés. No dijo una palabra. Eso, en última instancia, le mató, Simon. Me resultó terriblemente difícil de superar, y he vivido con esa culpa desde entonces. Debí haberle apartado de la misión mucho antes de que las cosas se pusieran tan feas para él. Me niego a volver a cometer ese error. De modo que cuéntame, ¿por qué te has desincronizado?

Simon suspiró, cerrando los ojos durante un instante.

—Algo en esa joven le estremeció y horrorizó.

—Pero ¿no a ti?

Dudó un instante.

—Ahora no lo siento —contestó, y al menos eso era cierto.

Victoria ladeó la cabeza y le miró con expresión extraña. Entonces, para su confusión, pareció contener una sonrisa.

—Un momento —declaró, y regresó al ordenador, comprobando sus datos—. Las sustancias químicas que liberaste eran principalmente serotonina, dopamina y norepinefrina. ¿Entiendes lo que eso significa?

—No soy químico.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Es que has olvidado lo abrumador que puede ser el primer amor? —preguntó.

Él se la quedó mirando.

—¿En serio? —repuso mortificado.

—En serio.

Dejó escapar un suspiro.

—Bueno, eso es condenadamente maravilloso —aseguró—. Voy a estar dentro del cuerpo de un adolescente alcanzado por un flechazo masivo. Espero que un poco de lucha demuestre ser una buena forma de liberar toda esa testosterona.

—Oh, podría ser peor —aseguró Victoria.

—No —replicó Simon, su voz cansada y sus palabras totalmente sinceras—. Realmente no podría.

—Si te sirve de consuelo —comentó Victoria—, te recuerdo que supuestamente Juana de Arco era asombrosamente carismática. Un adolescente interesado en las chicas probablemente no hubiese tenido ninguna oportunidad.

Más calmado ahora, con sus pensamientos de vuelta a su ser, Simon evocó lo que había visto, tratando de visualizar a la mujer que más tarde se convertiría en la santa patrona de Francia no a través de los ojos de un excesivamente hormonado jovencito, sino de los suyos.

—Supongo que puedo aceptar esa hipótesis. Pero creo… que, de algún modo, había algo más. Que había algo más en juego. —La miró—. Quiero volver a entrar.

Ella lo consideró un momento y luego asintió.

—Está bien. Pero no lo retomemos desde ahí. —Simon se sintió silenciosamente agradecido. Los ojos de Victoria fluctuaron sobre sus notas —. Juana permaneció en Burey-en-Vaux con los Laxart durante una semana. —Alzó la vista hasta Simon, sofocando una sonrisa—. Tal vez quisiera pasar más tiempo con Gabriel.

—Oh, genial —se lamentó Simon.

—Lo siento —dijo Victoria con una voz que sugería lo contrario—. Te enviaré de vuelta a la simulación unos días más tarde, el lunes 12 de mayo, o quizá el 13 de mayo muy temprano. ¿Preparado?

—Desde luego —declaró con una seguridad que no sentía.

Esta vez ya sabía más o menos lo que debía esperar, de modo que resultó un tanto menos discordante. Aun así, la neblina del Corredor de la Memoria se le hacía extraña, y no estaba seguro de qué efecto podría tener en él regresar a la simulación.

Mientras las extrañas nubes grises se transformaban en formas, Victoria preguntó: *¿Entonces qué haces, Simon, pensar en Juana?*

—¿Yo? Bueno, ella es fascinante —admitió—. Y si tenía una Espada del Edén, mucho de lo que se ha recogido sobre ella parecerá más plausible. Ciertamente, vivió en un mundo mucho menos escéptico que el nuestro cuando se trata de escuchar la voz de Dios. Para ellos, la cuestión no era *si* alguien escuchaba algo, sino más bien si lo que escuchaban provenía de Dios o de Satanás.

Pero ¿qué piensas de ella?

—Yo… no he pensado nada —declaró. La restauración de la simulación estaba casi completada—. Soy historiador. Se supone que nada debe gustarme o disgustarme, solo debo observar.

Eso te ayudará a resistir cualquier Efecto Transfusión, aprobó Victoria.

La neblina del Corredor de la Memoria había dado paso a una suave penumbra, y a un cielo iluminado únicamente por estrellas y un pálido gajo de luna menguante.

Gabriel se había despertado hacia la medianoche. Desde la llegada de Juana, se sentía inquieto y se distraía con facilidad, su sueño interrumpido por constantes despertares a horas intempestivas y aparentemente caprichosas. Ni siquiera el agotador trabajo físico de cuidar del ganado de su padre, tan diferente de su experiencia como ayudante de su padrastro comerciante, resultaba suficiente para poder dormir toda la noche seguida. Le había dado por deambular por las estrechas callejuelas del pueblo, aunque Burey-en-Vaux era tan pequeño que el trayecto nunca duraba demasiado. Entonces, se demoraba fuera de la casa Laxart, como estaba haciendo ahora, apoyándose contra el arco de entrada y mirando hacia los cielos, antes de pasar al interior para revolverse y dar vueltas caprichosamente hasta la próxima vez que despertara.

Está bien, Simon, ¿cómo te sientes?

—Bien —contestó, aunque la boca de Gabriel estaba seca.

¿Qué tenía Juana? Su rostro no era convencionalmente hermoso; la barbilla era demasiado cuadrada y su frente un poco alta. Pero había mirado a Gabriel con los ojos más azules que Simon hubiese visto nunca —y esa era la auténtica verdad, y no una hipérbole—, y esos ojos, su cabello largo

tan negro como ala de cuervo (de acuerdo, esa parte *era* una hipérbole), combinado con una sensación de energía apenas contenida, constituían una combinación embriagadora.

—Sigues el oficio nocturno —aventuró una suave voz musical.

Gabriel se sobresaltó. Juana estaba de pie a apenas unos pasos, totalmente vestida, al igual que él; una capa ceñida la protegía contra la humedad de la noche. No estaba tan oscuro como para no poder verla, de modo que Gabriel distinguió cada curva de sus mejillas y sus labios, sus fuertes y pálidas manos sujetando la capa firmemente cerrada por delante. El resplandor de las estrellas se reflejaba en sus ojos, y le pareció que brillaba como si fuese una estrella en sí misma.

—¿El qué? —balbuceó.

Ella dio un paso hacia él.

—Así es como lo llaman los monjes. También se llama vigilia, nocturno o maitines. Ya sabes, las horas canónicas.

Por supuesto que lo sabía. Todo el mundo las conocía. Las campanas de la iglesia tocaban ocho veces al día. Pero nunca había escuchado que los maitines pudieran tener otros nombres.

—En casa, lo dejo todo para ir a la iglesia cuando escucho tocar las horas —declaró ella, con una pequeña risita—. Incluso he llegado a amonestar a nuestro campanero alguna vez cuando se ha retrasado. Pero por la noche, para asistir a maitines…, tenía que escabullirme.

Su sonrisa se ensanchó en una mueca traviesa, y durante un instante Gabriel dejó de respirar. Ella volvió el rostro hacia las estrellas y su sonrisa se desvaneció.

—Ellos se burlan de mí, ¿sabes?

—¿Quiénes?

—Los chicos, principalmente; mis hermanos, incluso mis amigas. Me quieren, pero piensan que es raro que me guste tanto ir a la iglesia.

Cuando escuchó lo que otros contaban de ella, el propio Gabriel lo había encontrado extraño. Pero eso fue antes de conocerla. En cierto modo, Juana era solo una niña; se reía y cumplía sus tareas, y nunca parecía dejar que sus burlas la entristecieran. De hecho, algunas veces, devolvía casi

tanto como mofas recibía, de modo que ese reconocimiento por su parte le sorprendió.

Se volvió hacia él, con sus ojos rebosando de luz de estrellas en medio de la profunda penumbra.

—¿*Crees* que soy rara?

Él quiso decirle que no, que no lo pensaba, pero descubrió que su lengua le desobedecía. No podía mentirle.

—Sí, al principio lo pensé. Pero entonces pude conocerte. Yo… veo lo feliz que eres. Cómo eso te hace brillar. Y creo que es hermoso.

A punto estuvo de soltar: *Creo que eres hermosa*, pero se mordió con fuerza su traicionera y demasiado locuaz lengua. El rostro de ella se suavizó en una sonrisa.

Me estoy ahogando, pensó Gabriel, con el corazón desbocado.

—Gabriel…, ¿has sentido alguna vez que eres diferente a otras personas?

En el fragor del momento, las palabras le golpearon con fuerza. Estuvo a punto de tambalearse.

—Soy un bastardo. Sé que no soy como otras personas.

—¿Y eso te preocupa? —Sus ojos mostraban simpatía.

Asintió.

—No cuando estaba con mi madre y mi padre. Mi padrastro, quiero decir —se corrigió—. Ellos eran los únicos padres que conocía. Mi padrastro era comerciante en Nancy. Ni siquiera supe que no era mi padre de verdad hasta después…, después de que muriera. Enfermó de fiebres.

Juana emitió un suave sonido y tomó su mano. Gabriel se tensó, anticipando la extraña y casi dolorosa sensación que parecía galopar a través de él en los momentos más inapropiados. Pero su mano estaba fresca, y era reconfortante, y en lugar de excitarle, su tacto le calmó. La tensión de su cuerpo se relajó y las palabras brotaron con facilidad.

—Madre estuvo luchando durante otro mes. Pero hacia el final, me hizo escribir una carta a Durand, preguntándole si podía cuidar de mí. Yo no creí que lo haría, e incluso de aceptar, no sabía lo que su esposa pensaría de mí.

Juana ladeó la cabeza, aún resplandeciente. *¿Es la luz de las estrellas o yo?*, se preguntó Gabriel.

—Tu familia de aquí, los Laxart, son buena gente. Esa es la razón… —Se detuvo de pronto y luego apretó su mano—. Jeanne parece tratarte bien.

Eso es…, otra Jeanne, pensó Simon. Jeanne era el nombre original francés de Juana y aparentemente también el nombre de la madrastra de Gabriel. Parecía ser absurdamente común, y Simon confió en poder diferenciar todas las Juanas y Jeannes sin problema.

—Lo hace —se apresuró a asegurar Gabriel—. Tienes razón. Es buena. Como su prima. —Gabriel le apretó a su vez la mano tentativamente—. Pero no ha pasado mucho tiempo. Nancy es una ciudad mucho más grande. Allí contaba monedas y emitía recibos, ocupándome del inventario. La granja… es diferente. Aún no sé bien dónde encajo.

—Yo también soy diferente —dijo Juana—. Pero sé lo que debo hacer en esta vida. —Retiró su mano. Súbitamente Gabriel se sintió vacío, y la noche se volvió abruptamente fría—. Somos amigos, ¿verdad?

Dentro de su pecho, el corazón de Gabriel pareció dejar de latir durante un momento, antes de volver a palpitar con lentas y dolorosas sacudidas. Las palabras eran como ceniza en su boca, pero las pronunció.

—Sí —dijo, suavemente. *Si no puede haber nada más entre nosotros, entonces atesoraré esto*.

—Entonces debo pedirte que me ayudes. No lo hago a la ligera.

—Lo que quieras —contestó, demasiado ansioso—. Cualquier cosa, Jeannette.

—Mañana, le pediré a tu padre que haga algo por mí. Parecerá extraño, y te sentirás intrigado. Pero necesito que me ayudes a persuadirle.

—¿No puedes decírmelo ahora?

Juana desvió la mirada, y su rostro se tornó pensativo. Parecía estar observando fijamente algo por encima de su hombro, pero Gabriel se dio la vuelta y no vio nada. Solo un gato, pálido en la oscuridad, encaramado en lo alto de un muro, lamiéndose las patas.

—No —contestó—. Aún no. Necesito que confíes en mí. ¿Podrás hacerlo?

Se quedó mirándolo, su fuerte y esbelto cuerpo en tensión, y el extraño brillo de las estrellas pareció resplandecer aún más que antes. Solo había una respuesta posible.

—Por supuesto, Jeannette. Lo que quiera que vayas a pedirle a mi padre, haré que suceda.

La grave expresión se deshizo en una sonrisa y Gabriel hubiera podido jurar que sintió su corazón agrietándose en su pecho.

—Eres una buena persona, Gabriel. Buenas noches.

Y entonces desapareció, y durante un largo instante Gabriel se quedó inmóvil preguntándose si había imaginado toda aquella escena.

Simon estaba confuso respecto a lo que Gabriel había visto cuando miró a Juana. La escena comenzó a desvanecerse, convirtiéndose en una neblina gris, y luego oscura. *Voy a sacarte*, dijo la voz de Victoria. Y un momento después, Simon notó un leve toque en su hombro alertándole de la presencia de Victoria. Sintió el aire frío en su cara cuando ella le retiró el casco, y entonces se dio cuenta de que había estado sudando.

—Victoria —se aventuró Simon, mientras ella comenzaba a desabrocharle la miríada de cierres—, ¿has visto lo que ha pasado? ¿Con el rostro de Juana?

Ella le lanzó una rápida y curiosa mirada.

—¿A qué te refieres?

—Ella…, ella… —Simon buscó las palabras—. Estaba… No estoy seguro de si era la luz de las estrellas mezclada con el apasionamiento de Gabriel, pero parecía… como si estuviera *resplandeciendo*.

El rostro de Victoria se volvió cuidadosamente neutral. Sin duda estaba adoptando el papel de terapeuta.

—Vi, a través de tu percepción, que *Gabriel* pensaba que ella estaba resplandeciendo —declaró vagamente.

—Esperaba ver algo parecido cuando encontrásemos la espada, pero… era ella. Era toda *ella*. Y Gabriel lo ha visto.

Su brazo derecho estaba libre, y cuando ella se giró para liberar el izquierdo, él posó una mano sobre su hombro.

—Victoria…, creo que hemos encontrado no una, sino dos personas con un extraordinario alto porcentaje de ADN Precursor.

5

Victoria se negó a discutir nada hasta que Simon hubiese comido algo.

—La comida es un vínculo con la tierra —declaró—. Te lleva de vuelta a tu cuerpo, y fuera del de Gabriel. Come —ordenó, lanzándole una barrita de chocolate. Simon estaba irritado, pero obedeció.

—Está bien, estoy siguiendo las órdenes del doctor. Así que, doctora Bibeau, por favor, comparta sus pensamientos.

—Confieso que estaba un poco preocupada la primera vez que saliste de la simulación. —Simon también lo había estado, pero optó por mantener esa información para sí mismo—. Pero entre los sentimientos de Gabriel por Juana, el poderoso carisma que ella tuvo fama de ejercer, y el hecho de que era tu primera vez con el Animus, no le di demasiada importancia. Sinceramente, el hecho de que pudieras elegir desincronizarte dice mucho de tu fuerza de voluntad. No creo que corras peligro de sufrir Efectos Transfusores negativos, al menos por el momento.

—Eso es un alivio —declaró—. Pero, en cuanto a Juana y Gabriel…, nunca oí nada parecido sobre el tema.

—Ni yo tampoco —admitió Victoria.

—Ella está ejerciendo el mismo tipo de… —buscó la palabra— compulsión. No, no es eso. Y «carisma» resulta un término demasiado manido. Gabriel parece reaccionar ante ella de la misma forma que la gente lo hace ante una de las Manzanas del Edén. Está subyugado por ella, casi a pesar de sí mismo. Literalmente puedo verlo, esa luminiscencia a través de

sus ojos. Y toda la carrera de Juana, al menos al principio, nos ofrece un ejemplo tras otro de cómo ella inspiraba y persuadía a la gente.

—A Gabriel quizá, pero nosotros sabemos que en su cerebro funcionan hormonas perfectamente normales. Y obviamente, ella no influía en todo el mundo. No es como si se tratara de un Fragmento del Edén en forma de ser humano.

Victoria no pretendía ser cruel, pero Simon parpadeó levemente. Había intentado no pensar en cómo terminaría esa historia. Victoria estaba en lo cierto. Si Juana hubiera sido un Fragmento del Edén que de alguna forma había adquirido forma humana, entonces no habría encontrado ese amargo destino. Nadie la habría sentenciado.

—No, no lo es, gracias a Dios. Los Fragmentos del Edén ya son lo suficientemente poderosos como objetos inanimados. Las personas vivas, aunque luchen por buenas causas, serían sinceramente demasiado terroríficas de contemplar.

—Pero, al mismo tiempo, debo admitir que Juana y Gabriel parecen poseer grandes concentraciones de ADN Precursor. Y es importante que nosotros lo descubramos. *Cualquier* ADN Precursor es una rareza hoy en día, y se está convirtiendo en algo aún más raro con cada generación.

Simon era muy consciente de ello. De hecho, en ese momento los Templarios estaban haciendo un gran esfuerzo por localizar a una tal Charlotte de la Cruz de la que se rumoreaba que poseía una pequeña cantidad de ese precioso ADN.

—Juana de Arco siempre ha sido alguien notable —observó Simon—. Supongo que vamos a descubrir *hasta qué punto* lo era. Sé lo que quiere pedir a Durand y Gabriel que hagan por ella. Va a decirles que la lleven a Vaucouleurs.

—¿Y qué pasará allí?

—Insistirá en ver al capitán, lord Robert de Baudricourt. Juana pretende que él la escolte hasta Chinon, donde se aloja el Delfín.

—¿Y es así?

Simon frunció el ceño.

—Ahora mismo no. Aún no, en cualquier caso. Supongo que tendremos que dar un salto adelante hasta el siguiente momento significativo. No estoy

seguro de que sepas apreciar lo difícil que es para un historiador no experimentar esos momentos cruciales. Me está destrozando tener que pasar por alto siquiera *uno* de ellos. Cuando Juana regresó a Domrémy tras ese primer intento fallido, toda su aldea se vio obligada a retirarse hacia el sur, a Neufchâteau. Cuando volvieron se encontraron con que su iglesia había sido calcinada. Unos meses más tarde, Juana estuvo envuelta en un litigio por incumplimiento de contrato. ¿Cómo no iba a desear poder verlo?

A pesar de sí misma, Victoria se mostró interesada.

—¿Qué clase de contrato?

—Marital. Sus padres la habían prometido y el presunto novio la llevó a juicio cuando ella se negó a contraer matrimonio. Ella alegó que nunca accedería. El nombre del tipo no ha pasado a la historia, pero me muero por descubrirlo. No me digas que tú no sientes también curiosidad.

—No, no puedo decirlo. Pero lo que sé es que solo tenemos una semana, corrijo, cinco días, para explorar los recuerdos de Gabriel. Una vez que hayas demostrado el valor de tu método a Rikkin, probablemente tendrás más tiempo para saciar tu curiosidad personal.

Él la miró.

—Curiosidad *profesional*. No corro ningún peligro de despertar y encontrar notas escritas por mí mismo como si fuera Gabriel.

—Eso tampoco me preocupa —aseguró ella.

Pero él supo por su expresión que ciertamente había algo que la preocupaba. Se preguntó cuál sería el próximo «evento importante», de acuerdo con el algoritmo que Victoria había diseñado y aplicado.

Miércoles, 7 de enero de 1429

Gabriel sostuvo a Juana entre sus brazos mientras ella sollozaba en su pecho.

¿Qué demonios?, pensó súbitamente Simon.

—¡Está tan *claro* lo que debe suceder! —La voz de Juana sonaba amortiguada contra la camisa de Gabriel. Lloraba con tal fuerza que él

sintió cómo la tela empezaba a humedecerse—. ¿Por qué no querrá verme ese hombre? ¿Qué estoy haciendo mal?

Sintiendo una cierta alarma, Simon trató de buscar en los conocimientos de Gabriel algún dato para ponerse al día. Durand Laxart, a sugerencia de su hijo, había vuelto a Burey-en-Vaux para estar con su esposa y su hijo recién nacido. Juana sería acogida en casa de los Royer (Henri y Catherine), donde compartiría cuarto con la mujer, mientras Henri y Gabriel ocupaban otro. En ese momento, Henri se encontraba en su tienda, y Catherine en la única habitación delantera que servía como cocina, comedor y hogar.

Poco tiempo antes, Juana había estado aguardando ser recibida frente a la puerta del vestíbulo de Baudricourt hasta que se desmayó por el frío y por negarse a comer. Gabriel la había traído de vuelta, y apenas un momento antes había tratado de tentarla con un cuenco de sopa. Esperaba encontrarla exhausta pero furiosa, y se había preparado para tener una discusión sobre regresar al castillo. En su lugar, Juana le había recibido con lágrimas resbalando por su rostro.

Gabriel la abrazó como hubiera hecho con un niño, ofreciéndole consuelo y una emoción que era serena y pacífica pero que le dejó conmocionado por su profundidad. Juana se aferraba a él, liberando por fin lágrimas de rabia ante las repetidas negativas de Baudricourt a recibirla y su frustración ante ese *impasse*.

—La buena gente de Orleans lleva sitiada desde octubre. Precisamente hoy han sufrido otra derrota en su esfuerzo por conseguir comida. ¡Los niños se mueren de hambre tras esos muros, y ese insensato capitán se niega a hablar conmigo!

12 de febrero de 1429: la batalla de los Arenques, pensó Simon. Fue una desastrosa incursión para interceptar un convoy de suministros inglés liderado por sir John Fastolf, quien viviría en la infamia tras ser caricaturizado por Shakespeare como el borracho hedonista de sir John Falstaff. El nombre de la batalla deriva de la enorme cantidad de pescado salado que se intentó hacer llegar para la Cuaresma. Jean Dunois, más conocido como el Bastardo de Orleans, apenas pudo escapar con vida. Juana se encontraría con él muy pronto.

Pero ¿cómo demonios lo sabía Juana?

Gabriel también parecía asombrado por sus palabras, pero Juana las pronunció como un hecho sabido, y él la creyó.

Después de un rato, Juana dejó de llorar y se apartó. Su rostro estaba hinchado y sus ojos enrojecidos y abotargados, pero su luz volvía a brillar. Al verla, Gabriel sintió que su corazón se relajaba en su pecho; su luz era para él más importante que el sol.

—¿Querrás comer algo ahora? —le preguntó. Ella miró la sopa y se estremeció—. ¿Por mí, Jeannette?, quiero decir Juana.

Desde su primer encuentro con Baudricourt, ella había estado llamándose a sí misma Juana la Doncella, dejando a un lado su apodo infantil.

Juana suspiró.

—Por ti —aceptó, a regañadientes.

Él sonrió aliviado.

—Gracias. Te traeré también un poco de pan y vino.

Levantándose de donde estaba sentado a su lado en la cama, se acercó hasta la puerta y… se quedó paralizado.

En la habitación principal se escuchó la voz de un hombre… pero Henri aún estaba en su tienda. Juana dejó de comer, bajando la cuchara y ladeando la cabeza. Depositó el cuenco a un lado y se levantó con movimientos fluidos y deliberados. Apartando suavemente a Gabriel, abrió la puerta del todo y salió por ella llena de arrojo, como si toda su fuerza hubiera regresado de golpe.

Uno de los hombres de Baudricourt, ese tan alto que parecía un gigante en la pequeña habitación, estaba hablando educadamente con Catherine. Al verla entrar se volvió. Era aproximadamente una década más viejo que Gabriel, bien afeitado, sus oscuros ojos brillando con buen humor. La suya era una cara que parecía querer sonreír a menudo.

—Justamente la pequeña arpía que he venido a ver —exclamó—. ¿Sois la famosa La Pucelle que ha estado atormentando a mi amo, el capitán Baudricourt?

Antes de que Juana pudiese replicar, seguramente con algún agudo comentario, Catherine se adelantó con voz suave:

—Juana, Gabriel, este es uno de los escuderos de lord Baudricourt, Jean de Metz. Ha venido hasta aquí para hablar contigo.

Con mirada incómoda, Catherine ofreció una silla al extraño. Juana, deliberadamente estirada, no dijo nada; cruzó los brazos y observó a ese escudero al igual que había mirado a todos los demás antes.

Su actitud pareció divertir al hombre. Se recostó sobre la silla, estirando sus largas piernas hacia el fuego, y un asomo de sonrisa se transformó en una más amplia. Suspiró un tanto exageradamente.

—Mi querida niña…, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿Acaso no creéis que nuestro rey está condenado a verse expulsado de su reino, y que el resto de nosotros muy pronto estaremos hablando inglés?

Juana gruñó por lo bajo, y Gabriel contuvo las ganas de sonreír. Ese Jean de Metz no tenía idea de con quién estaba tratando.

—He venido aquí, a un lugar conocido por apoyar al Delfín, para hablar con Robert de Baudricourt, esperando que pueda guiarme o enviarme hasta el rey. Pero él no parece prestar atención ni a mí ni a mis palabras. —Lo dijo lentamente y con cuidado, como si estuviera hablando con un niño—. Y sin embargo, antes de mediados de Cuaresma, *debo* estar y estaré al lado del rey, ¡incluso si tengo que acudir a él de rodillas!

—Es un largo viaje hasta Chinon —continuó De Metz—. Doce días, tal vez una quincena. Durante el día, podríais ser atacada por los ingleses o sus amigos borgoñones, y de noche, por hombres violentos que recorren las carreteras en busca de monedas que sustraer y doncellas como vos que despojar.

Dejó que su mirada se paseara de arriba abajo de su cuerpo. Gabriel sintió un estallido de furiosa rabia, pero Juana ni siquiera parpadeó. Dio un paso hacia De Metz, quien se puso en pie cuando se aproximó, destacando por su estatura.

Juana le miró directamente a los ojos.

—No tengo miedo. Si hay soldados o bandoleros en mi camino, Dios despejará la senda para garantizar mi seguridad.

—Vaya, observo que tenéis mucha confianza, ¿no es cierto?

—Ya conocéis las profecías —declaró Juana—. Esas que dicen que Francia se perdió por una mujer, pero que será recuperada por una doncella

de la región de Lorena. La malvada reina Isabel firmó el Tratado de Troyes, entregando Francia al rey niño inglés. —Sus ojos destellaban—. Y *yo* soy de Lorena.

—No sois la primera Doncella de Lorena —comenzó De Metz, pero ella no quiso oírlo.

—Yo *nací* para esto. No hay nadie en el mundo, ni rey ni duque, ni *ningún* otro, que pueda recuperar el reino para Francia. ¡Este reino no tendrá ninguna ayuda, si no es la mía!

Su voz, siempre melodiosa, era ahora altisonante. Aun así, De Metz continuó sonriendo condescendiente.

—¿Han sido vuestros hermanos quienes han metido la idea de la batalla y la guerra en esa bonita y pequeña cabeza?

Ella dejó escapar una amarga carcajada.

—Antes hubiera preferido quedarme con mi pobre madre en Domrémy y dedicarme a tejer. Este no es mi oficio. Pero debo ir, y debo hacerlo, pues Dios así lo quiere de mí.

Su voz y sus palabras eran firmes, y la luz, ese magnífico fulgor que siempre elevaba el corazón de Gabriel, brillaba con fuerza. La expresión de sorna desapareció del apuesto rostro de De Metz para ser reemplazada por otra cosa: algo alegre, pero más profundo, y delante de la asombrada mirada de Catherine, Gabriel y la propia Doncella, Jean de Metz se hincó sobre una rodilla frente a ella.

—La Pucelle —declaró, y no había ahora ni un atisbo de humor en su voz o su semblante—. Os ofrezco mis manos como muestra de mi fe por vos. Os llevaré ante lord Baudricourt, mi amo, y juro por mi honor que me aseguraré de que lleguéis sana y salva hasta el Delfín.

De Metz juntó las manos como en oración, y luego las alzó hasta Juana. Perpleja, con su rostro resplandeciendo con tanto brillo que Gabriel apenas podía soportar mirarla, puso las manos sobre las suyas. Era un antiquísimo gesto de lealtad, y el vello de los brazos de Gabriel —y de Simon— se erizó.

Gabriel respondía así al compromiso de Jean de Metz de convertirse en vasallo de Juana. La de Simon era una reacción a algo enteramente distinto.

El hermoso rostro de Juana no era lo único que irradiaba luz. Oculto en las sombras de las mangas de De Metz, invisible a todos los ojos salvo a aquellos de unos pocos que podían ver más allá de los de un hombre ordinario, algo centelleó.

Algo afilado. Algo letal.

La punta de una hoja oculta.

Jean de Metz era un Asesino.

6

—¿Puedes verlo? —gritó Simon antes de poder evitarlo.

En el segundo en que las palabras surgieron de su boca se arrepintió, pues las imágenes se retorcieron, contorsionándose, adquiriendo un desvaído tono gris, y sintió un intenso dolor en su cráneo como si la hoja oculta de Metz estuviera trepanando su sien.

De pronto se encontró fuera de la simulación, el sudor empapando su cuerpo, sus ojos dilatados y su corazón palpitando con fuerza. Victoria retiró el casco, chasqueando la lengua de modo reprobatorio.

—Simon, eres peor que mis jóvenes pupilos. Algunas veces te excitas demasiado.

El comentario molestó a Simon, que se tenía por un hombre más frío. Pero era cierto y sorprendente. Siendo niño, siempre había preferido la historia, las «historias» verdaderas, a los cuentos de hadas, y esa predilección continuó cuando se hizo adulto. Ahora comprendía que parte de la atracción residía en lo distante que sonaba. Las lecciones de historia debían ser observadas y tomadas en cuenta, no experimentadas. Ciertamente no experimentadas de esa forma, no hasta ahora, y Simon solo estaba empezando a constatar lo profundamente que le estaba afectando.

Es culpa de Gabriel, pensó.

—¿Y qué es lo que has visto que te ha excitado tanto como para desincronizarte? —insistió ella, levantándole los brazos para poder liberarle del abrazo del Animus.

—Jean de Metz tenía una hoja oculta —dijo suavemente.

La cabeza de Victoria se irguió y sus ojos se dilataron. La alegría invadió su rostro.

—¡Un Asesino! ¡Oh, Simon, esas son magníficas noticias!

—Me dan ganas de abofetearme por no haber pensado antes en ello —comentó Simon, saliendo del armazón mientras hablaba—. Juana era una figura que estimulaba. *Cómo no* iban a estar interesados en ella tanto Asesinos como Templarios. Probablemente estaban pendientes de cualquiera que pareciese cumplir las profecías. Por lo visto vamos a tener la oportunidad de incrementar nuestro conocimiento sobre la actividad Asesina en el siglo XV, así como aprender algo sobre el Fragmento del Edén n.º 25 y estudiar a dos fascinantes individuos con rastros de ADN Precursor.

—Una nueva forma de mantener el interés de Rikkin por tu método.

Victoria desabrochó el último cierre y se apartó mientras él descendía. Simon se dio cuenta de que aún estaba temblando, su corazón latiendo aceleradamente, y dejó que Victoria le condujera hasta una silla y le sirviera un vaso de agua. Ella tomó su tableta y empezó a consultar en ella.

—Se te ve casi más complacida que yo —observó él.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —Le mostró una sonrisa mientras arrastraba una silla junto a él.

Simon ladeó el cuello para mirar la pantalla.

—¿Alguna idea sobre quién puede ser un Templario o un Asesino? Nos aseguraremos de incluir esos encuentros en nuestra investigación.

—Claro, por supuesto, en esa época —señaló Victoria, tecleando y leyendo rápidamente mientras hablaba—, tan solo había transcurrido poco más de un siglo desde la ejecución de Jacques de Molay y la dispersión de la Orden.

Dispersión. Una palabra oportunamente elegida. La Orden, en su día tan poderosa, se encontró inmersa en el caos, especialmente en Francia. Los Templarios se vieron obligados a retirarse. Los Asesinos aprovecharon su ventaja, persiguiendo despiadadamente a sus enemigos y eliminándolos uno por uno. Pero nada podía impedir que la Orden Templaria volviese a resurgir, y esta había ido abriéndose camino lentamente tras haberse retirado a Gran Bretaña durante un tiempo.

—Francia sería un importante premio a reclamar por los Templarios, y los Asesinos estarían deseando conservarla lejos de ellos —observó Simon.

—No conocemos muchos nombres de este período —dijo Victoria—. Gran parte de la información se perdió. Los Asesinos se regocijaron cuando la Orden cayó y De Molay fue quemado en la hoguera por hereje. Sin duda no querrían ver a Francia convirtiéndose en un importante bastión de la resurrección Templaria. Para los Asesinos, Francia debía ser francesa, y para los Templarios, necesitaba quedar bajo el control de Inglaterra y de su fuerte presencia Templaria. Los ingleses y los borgoñones harían cuanto estuviera en su mano para desacreditar al Delfín y a todos aquellos que le apoyaban.

—Como nuestra Juana.

Victoria asintió.

—Bien…, sin duda conocemos a uno de los antepasados Templarios.

Le mostró la imagen y de alguna forma la alegría de Simon se esfumó.

—Ah, él. Un tipo encantador.

Había leído el expediente de ese individuo en concreto. El difunto y, hasta donde Simon sabía, poco llorado Warren Vidic. El cruel y astuto creador del Animus había explorado sus propios recuerdos genéticos como parte del desarrollo tecnológico, proclamando como su antepasado a alguien casi tan desagradable como él, Geoffroy Thérage, uno de los verdugos de Juana.

—Uno de los rumores más macabros de aquellos deseosos de milagros fue que el corazón de Juana se negó obstinadamente a arder —le informó Victoria—. Algunos testigos aseguraron que permaneció obstinadamente entero sobre la pila de cenizas. Thérage fue quien recogió las cenizas y, convenientemente, el supuesto incombustible corazón mágico de la futura santa, arrojándolos al Sena para que no hubiera rumores de reliquias que inquietaran a los enemigos de Juana más adelante. La ironía resulta deliciosa. Su descendiente, cualquier Templario en realidad, se habría sentido entusiasmado de poder tener un poco del ADN de Juana para estudiarlo. Eso debió de contrariar terriblemente a Vidic.

Thérage había sido un caballero inglés. Simon estaba comenzando a tener la incómoda sensación de que él, como Templario británico, estaba

decantándose, en ese caso concreto, por el lado equivocado de la historia.

Victoria interrumpió sus cavilaciones con un suave toque en el brazo.

—Se está haciendo tarde.

—No tan tarde.

—Hoy has realizado un montón de trabajo, pero tu cerebro necesita procesar lo aprendido. Los primeros días en el Animus pueden ser muy exigentes.

Simon comenzó a protestar y luego suspiró.

—¿Debo entender que son órdenes del doctor y no solo un consejo amistoso?

—Sí, me temo que así es. Tus sueños van a ser muy interesantes esta noche. Tal vez quieras recordarlos y anotarlos cuando despiertes. Algunas veces hay algún recuerdo secundario tras el sueño.

Simon intentó con poco éxito ahogar un bostezo.

—Mi cuerpo me traiciona —gruñó—. Como desees. Llevaré a la oficina un cesto de comida preparada del Temp's. ¿Nos vemos allí a primera hora?

—A primera hora.

En su oficina, con la puerta cerrada, Alan Rikkin se servía una pequeña copita de brandy. Le ofreció otra a Bibeau, pero esta la rechazó.

—Hemos hecho ya algunos sólidos progresos —comenzó ella, pero él alzó una mano.

—Lo primero es lo primero —indicó—. Quiero saber lo que piensa de Hathaway. Usted es mis ojos y mis oídos en lo que respecta a nuestro nuevo jefe de Investigación Histórica y nuevo miembro de nuestro Santuario Interior. Creo que resulta evidente que es, por así decirlo, bastante entusiasta.

—Me siento halagada por la confianza que ha depositado al requerir mi asistencia —dijo Bibeau—, y muy honrada por poder echar una mano. Y para ser sincera, prefiero encontrar sobreabundancia de entusiasmo que falta de él.

Él la contempló un instante, removiendo el líquido ambarino de la copa para liberar su aroma antes de dar un sorbo. La doctora Victoria Bibeau

estaba sentada frente a su mesa, aguardando pacientemente su respuesta. Rikkin regresó a su sitio, escribió algo en el teclado y luego giró el monitor para que pudiera verlo. Ella empalideció y bajó la vista a sus manos cruzadas.

La imagen mostraba a un hombre que alguna vez debió de ser bastante atractivo, pero que ahora presentaba un aspecto absolutamente espantoso. Su cuerpo había sido acribillado por las balas, y había muerto con la boca y los ojos abiertos en lo que debía de ser una expresión de terror o rabia, o ambos. Sus manos aferraban raídos fragmentos de papel.

—¿Está totalmente segura de ello, doctora Bibeau?

Bibeau respiró hondo y se obligó a observar la brutal imagen.

—Robert Fraser era un hombre bastante normal —continuó Rikkin—. Un talentoso artista aficionado, un agudo observador, un empleado leal. Él también tenía abundante entusiasmo por su trabajo.

—El señor Fraser no era Templario, y mucho menos un miembro del Santuario Interior —replicó Bibeau—. El profesor Hathaway es mucho más estable mentalmente.

—Una vez más…, ¿está segura de ello, doctora? Fraser se encontró atrapado por la excitación de ser Arno Dorian, un Asesino. Y —añadió— totalmente desolado por el desafortunado romance de Dorian. Ahora tenemos a un hombre más apasionado por la historia que la mayoría, que está estudiando a Juana de Arco a través de los ojos de un embrutecido quinceañero. Es… preocupante.

Sus palabras hicieron que Bibeau se tensara.

—Sé muy bien cuál fue mi parte de culpa en la tragedia de Robert Fraser. Nadie, menos yo, quiere que eso vuelva a suceder, especialmente con alguien tan valioso para la Orden como Simon Hathaway.

Rikkin sonrió de forma amistosa, retrocediendo tras su astuto ataque.

—Usted también es muy valiosa para la Orden, doctora. No me gustaría que ninguno de los dos sufriera ningún daño. Por esa razón le he pedido que me informe, para que, si surgiese alguna cosa, estemos preparados para actuar, con rapidez y eficiencia, y cortarlo de raíz.

La mirada de ella sostuvo ahora la suya.

—Por supuesto, acudiré inmediatamente a usted con cualquier sospecha que tenga, señor.

Él simplemente continuó sonriendo.

—Creo que la vigilancia es una… actitud más apropiada cuando hay tanto en juego. Ahora veamos. Ha mencionado las felices palabras de «sólidos progresos», según creo.

—Desde luego, señor. En varios frentes. Para empezar, Juana de Arco parece tener una casi excesiva cantidad de ADN Precursor.

La escuchó mientras ella describía el carisma de Juana y su habilidad para influir en los demás, incluso sin el Fragmento del Edén n.º 25.

—Fascinante —exclamó—. Es una pena que no tuviese ningún descendiente.

—En segundo lugar —prosiguió Bibeau—, uno de sus leales seguidores ha resultado ser un Asesino.

Los ojos de Rikkin se agrandaron ligeramente.

—¿Solo uno? Dado el clima político, hubiese esperado alguno más.

—Hemos identificado a uno con seguridad. Estoy de acuerdo en que lo más probable es que haya más. Una vez que comprendí el potencial de interactuar con Asesinos, crucé los datos que teníamos sobre el clima político de Francia en 1429 con la información recabada en anteriores investigaciones del Animus. Si mis extrapolaciones son correctas, creo que hay más de un 80% de probabilidades de que Juana y Gabriel se encuentren con un Mentor en un momento dado.

Rikkin se recostó en su silla, contemplándola con renovado respeto.

—Eso podría sernos de mucha utilidad —se vio obligado a reconocer—. Tenemos constancia de Thomas de Carneillon a principios de 1300. Pero no se vuelve a saber nada sobre otro Mentor hasta Ezio Auditore, dos siglos más tarde. Supongo que no debería sorprenderme que apareciera alguno durante la Guerra de los Cien Años.

—Eso respalda la teoría del profesor Hathaway sobre lanzar una red más amplia —indicó—. Todo lo que sabíamos sobre el tema es que Juana de Arco poseía una Espada del Edén, que más tarde le fue arrebatada. No sabíamos nada sobre la conexión con los Asesinos o sobre el propio ADN de Juana.

—Tomo buena nota. Pero… aún no han encontrado la espada. —Sonrió —. Usted y el profesor Hathaway solo tienen cinco días. Hagan buen uso de ellos, doctora.

Rodrigo Lima, el supervisor de Anaya, asomó la cabeza por la oficina que ella compartía con otros dos compañeros.

—Aún no tienes el rango suficiente para contar con tu propio despacho —observó, mirando significativamente a los otros dos escritorios vacíos—. No se te pagan horas extraordinarias, ¿sabes?

Ella le mostró una sonrisa.

—Mira quién fue a hablar. Tú también te quedas hasta tarde.

—Ah, sí, pero yo *ya* me voy. Y *tú* no.

—No te preocupes, no voy tras tu puesto —aseguró—. Eres un jefe demasiado bueno.

Él sonrió, apoyándose contra la puerta.

—Bueno, mejor, porque me gusta mi puesto. Y parte del mismo consiste en cuidar de mi personal. —La sonrisa de Rodrigo se desvaneció un poco —. Este trabajo puede atraparte, y no quiero ver cómo te quemas. Abstergo te necesita. De modo que no te quedes hasta muy tarde, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Está bien, mamá gallina.

Él puso los ojos en blanco y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Anaya lo había dicho en serio. Rodrigo era el mejor de los jefes. Presionaba mucho a su gente, pero trabajaba codo con codo con ellos, combinando su calidez brasileña con la experiencia y una habilidad natural para entender cómo inspirar a su equipo. Abstergo le necesitaba en sus filas.

Pero… ¿y a ella? ¿La necesitaba Abstergo?

No era la primera vez que se hacía esa pregunta. Ya había pensado en ello con anterioridad, en más de una ocasión. Ahora, una vez más, acudió a la página web oficial de Abstergo, tecleó en «vacantes» y metió su código de autorización. El conjunto de puestos especialmente disponibles para los Templarios se materializó. Desplazó el cursor hacia abajo hasta encontrar lo que quería. Lo que llevaba ahí desde hacía tres semanas.

Director; Información de Seguridad: Montreal.

Todo el mundo decía que Abstergo Entertainment era un lugar divertido para trabajar. La sabiduría convencional sostenía que era mejor para la carrera de uno estar a un nivel más bajo en Londres, Madrid o Tokio que ser un alto cargo en AE-Montreal, que ni siquiera aparecía en la página principal de Abstergo…, pero Anaya dudaba. No había demasiadas oportunidades de ascender donde estaba; había ido lo más lejos que había podido sin destronar al capaz Rodrigo, cuyo puesto realmente no quería.

Anaya respiró hondo. No pretendía ser una reaccionaria, pero el haberse topado con Simon de forma tan inesperada la había convulsionado más de lo que hubiera imaginado. Considerando la cercana y obsesiva relación entre el departamento de Seguridad y el del Animus, era más que probable que tales encuentros pudieran repetirse. No habían roto en malos términos. Anaya pensaba que tal vez hubiese sido más fácil de haberlo hecho. No, simplemente… la cosa se había acabado. En realidad, ni siquiera se había apagado, pues nunca había existido mucha chispa. Al menos por parte de él.

Pero, por su parte, aún quedaba un rescoldo suficiente para sentir una incómoda punzada ante la visión de su afilado rostro.

Además, le gustaba la idea de poder practicar de nuevo su francés. Había trabajado en la oficina de París antes de llegar a Londres, y lo echaba de menos.

Anaya tuvo que reírse de sí misma. Toda su carrera se había construido sobre la base de ser atrevida, pero, cuando se trataba de hacer algo fuera del trabajo, se echaba atrás ante la perspectiva de cambiar. ¿Cómo era aquella cita? «La suerte favorece a los audaces», murmuró entre dientes, y pulsó sobre «solicitar en línea».

7

DÍA 3

La cesta de comida para llevar del Temp's había sido diseñada unos años atrás por cabezas más sabias que la de Simon, y era terriblemente popular entre sus clientes. Mientras daba las gracias al repartidor ofreciéndole una generosa propina, tuvo el triste presentimiento de que daría buena cuenta de todo ello mucho antes de que Victoria llegase a la oficina.

La doctora le había pedido que intentara recordar sus sueños. En vista del cansancio que sintió al despertar, Simon debió de tener una noche muy movida. No recordaba nada en concreto, pero se encontró lo suficientemente agitado como para llegar pronto a la oficina decidido a instalarse y adelantar un poco de trabajo antes de la llegada de Victoria, aunque le envió un mensaje por si ella también se hubiese despertado temprano.

Poniendo cuidado en mantener la cesta de comida apartada de los documentos más delicados, examinó todo lo que podía ser de importancia, anotando preguntas como por ejemplo: *¿qué pasa con el Delfín?*, *¿Templarios dónde?*, y *¿qué maldita espada?*

Victoria apareció a las nueve en punto.

—A pesar de todos mis esfuerzos, creo que aún queda alguna magdalena y un poco de té, si quieres tomar algo —dijo, indicándole la cesta.

Ella se dejó caer en el sofá de cuero y sacó un largo envase de bebida para llevar.

—He traído café, gracias.

—El café parece obra del demonio.

—Es el demonio, ya lo sé. —Se encogió de hombros y le miró atentamente—. Pareces exhausto —observó.

—Sueños agitados —replicó él—. Estaré fresco como una lechuga una vez que volvamos al Animus. —Se sentó a su lado en el sofá y le pasó una copia de sus notas para poder repasarlas juntos—. Está bien. Esto es lo que le va a suceder a nuestra Juana. De Metz logra concertar una cita con su señor. Un tipo bastante astuto, el tal Baudricourt. Este, en fin, como dicen los americanos, trató de endosarle el problema a su *propio* señor feudal, Carlos, duque de Lorena. El duque estaba bastante ansioso por ver a Juana.

—¿Crees que este duque podría ser un Asesino?

—Lo dudo mucho —respondió mientras ella metía la información, sus dedos danzando sobre su tableta—. He estado buscando datos sobre él durante la última hora. Hacia 1429, tenía sesenta y cinco años y se encontraba muy enfermo, lo que, muy probablemente, podría ser la razón por la que decidió reunirse con ella. Los rumores sobre la profecía se habían propagado, de modo que tal vez pensara que Juana podría llevar a cabo algún tipo de curación milagrosa. Lamentablemente para él, lo único que ella hizo fue requerir la ayuda de su yerno, René, y otros hombres que pudieran acompañarla, y luego le amonestó por su moral licenciosa conminándole a abandonar a su amante y regresar con su esposa.

—¡Ja! ¿Y lo hizo?

—No, pero sí *dio* su consentimiento para que viajara a Chinon, y asignó algunos hombres para que la escoltaran. Para ser franco, si yo fuera un hombre mayor en mis dos últimos años en la tierra, y esa pequeña fiera se atreviera a decirme esas cosas, haría exactamente lo mismo. Probablemente fue el mayor entretenimiento que el viejo tipo tuviese en años.

—¿De modo que Juana y su escolta se dirigieron inmediatamente a Chinon?

—No exactamente. Antes de hacerlo… vamos a echar un vistazo a la primera de las espadas de Juana.

Martes, 22 de febrero de 1429

La noticia de la Doncella de Lorena se había ido expandiendo por todo Vaucouleurs desde la primera visita de Juana, allá por mayo de 1428. Mientras la joven de cabello negro y gloriosos ojos hacía obstinadamente vigilia cada día, confiando en reunirse con Baudricourt, se dedicaba a hablar libremente con cualquiera que quisiese escucharla sobre su propósito y llamada. Para cuando regresó de Nancy, la gente del pueblo había reunido una colección de prendas y provisiones para que ella pudiera continuar el viaje sin penalidades.

Juana, De Metz y el otro caballero, Bertrand de Poulengy, llevaban algún tiempo en el vestíbulo de entrada de Baudricourt. Esta vez, cuando Juana salió de la sala de audiencias, vestida con una túnica de hombre y capucha, su cabello oscuro cortado como el de un soldado, el corazón de Simon se saltó un latido.

Gabriel se había sorprendido cuando De Metz sugirió esa ropa, pero tenía todo el sentido. Estaban viajando a través de un territorio peligroso. Si Juana podía pasar por un hombre a primera vista, el grupo llamaría menos la atención. Además, así le sería más fácil poder cabalgar sin el estorbo de un vestido y una falda. Ahora ella se irguió, con su rostro enrojecido, incómoda ante tanta expectación mientras la multitud la vitoreaba, y pareció contener las lágrimas cuando Gabriel se abrió paso entre la gente guiando a un acicalado y obediente caballo pardo.

—Es de parte de mi padre —le dijo, y Simon pudo apreciar el orgullo del muchacho por su progenitor. Juana buscó el rostro de Durand entre el gentío, y se llevó una mano a la boca, abrumada.

—Gabriel, tu familia, toda esta buena gente, no podéis permitiros…

—Doncella —surgió la voz de Baudricourt—, no os preocupéis por la generosidad de vuestro primo y de la buena gente de Vaucouleurs. Yo les reembolsaré cualquier cosa que os proporcionen por amor a vos y por la fe en vuestra misión.

Preciosas palabras, dijo la voz de Victoria, *aunque ciertamente no parece que comparta esos sentimientos*. De hecho, Simon recordó cómo, en un momento dado en que estaba especialmente disgustada con él, Juana le

había apodado «Cara agria», lo que parecía muy apropiado en esta ocasión. Jean de Metz, sin embargo, se mostraba muy complacido. Dio un paso adelante ante un gesto de su señor. En sus brazos extendidos había algo envuelto en los colores negro y dorado de Baudricourt.

—Os dejo en buenas y cuidadosas manos, Doncella —dijo Baudricourt —, y os ruego que no sufráis ningún daño mientras cabalgáis hacia nuestro rey. Pero también os ofrezco vuestra primera arma. Dios quiera que no la necesitéis, pero, de ser así, espero que os sirva bien.

Y ahí estaba. Simon sintió cómo su cuerpo se tensaba como la cuerda de un arco. La espada, actualmente en la oficina de Rikkin, estaba intacta; un arma antigua de valor incalculable, sí, pero nada más. El único poder que poseía actualmente era el que compartía con otras espadas. Pero, si esta era el Fragmento del Edén n.º 25, ¿no debería tener un aspecto distinto a su actual estado? ¿Podría Simon distinguir si era especial, o tenía que ser utilizada para cobrar su rara vida?

El último trozo de tela se desprendió de la espada.

Juana alzó el arma y la multitud la vitoreó enfervorecida.

Definitivamente *no* era el Fragmento del Edén n.º 25. *Maldita sea*.

—¡Marchad entonces —gritó Baudricourt mientras el grupo montaba en sus caballos y hacían girar las cabezas de las bestias en dirección a la puerta —, y que suceda lo que deba suceder!

Que suceda lo que deba suceder, ciertamente, pensó Simon. *Mi degradación, y quizá algo peor*.

Con el Asesino Jean de Metz a su izquierda y su devoto Gabriel a la derecha, Juana la Doncella cruzó la Puerta de Francia dando sus primeros pasos reales en las páginas de la historia. Lo que debió haber sido un intenso momento para Simon, se echó a perder por la decepción. Al menos Gabriel estaba contento. Por ahora, en todo caso.

Lo siento, Simon, dijo la voz de Victoria en su oído.

La escena fue devorada por la bruma, y Simon se alegró de ello. Todo era demasiado optimista, demasiado lleno de esa dulce anticipación que muy pronto se volvería amarga, una vez que esos dos inocentes probasen su primer bocado de los horrores de la guerra y la angustia de la traición.

La bruma se transformó en formas; una luna cerúlea arrojando una fría luz sobre la tierra cubierta de nieve, el contorno de un edificio contra el cielo nocturno. A medida que la niebla se fue solidificando, Simon descubrió que la estructura pertenecía a una iglesia por los colores de sus pequeñas ventanas vidriadas, iluminadas por las velas del interior. Muy pronto la única bruma fue la que formaban el aliento de Juana y Gabriel mientras caminaban. No era la hora del oficio nocturno, y sin embargo ambos se habían despertado casi como si les hubieran convocado.

El grupo de Juana había necesitado once días para viajar desde Vaucouleurs hasta Chinon. Aunque varias de las aldeas por las que pasaron durante su ruta estaban en poder del enemigo, y el viaje era de más de quinientos kilómetros, la aventurada predicción de Juana respecto a no sufrir ningún daño durante el trayecto había demostrado ser correcta.

Esa noche el grupo se alojó en lugar seguro, ya que la villa de Santa Catalina de Fierbois estaba ocupada por tropas francesas. Pero otras noches, los viajeros que se dirigían a Chinon se vieron obligados a dormir en campos o bosques. A veces, cuando Juana no estaba presente, los hombres decían cosas muy duras sobre ella y lo que harían si no se hubiesen comprometido a velar por su seguridad. Al principio, Gabriel se levantaba de un salto, ultrajado, pero Jean de Metz le calmaba y se lo llevaba a otro lado.

—Observa y espera —aconsejó al joven en voz baja y añadió—: Juro por mi vida que cortaré la mano del hombre que se atreva a ponerla de forma poco caballerosa sobre ella.

Por supuesto, cuando Juana llegaba y se instalaba entre ellos, tan confiada y sin miedo como si fueran de su propia familia, los soldados —todos jóvenes, fuertes y claramente capaces de apreciar las curvas que el atuendo masculino no podía ocultar— parecían perder todo deseo por ella, sus expresiones pasaban de la lascivia a auténticas sonrisas de afecto, y su lenguaje cambiaba de la rudeza al decoro. La primera vez que aquello sucedió, Gabriel se había quedado mirando absorto, y luego se volvió hacia De Metz, alzando las cejas interrogativamente.

De Metz había sonreído antes de comentar:

—Lo entiendo porque también me sucede a mí. Ella es hermosa y está bien formada, pero… solo con estar a su alrededor es suficiente.

Gabriel había asentido, girándose para observar a Juana sonriendo y riendo, confiando plenamente en esos hombres, completamente segura en esa confianza. No debería ser así; pero así era, y solo Juana no parecía sorprendida.

La puerta de la iglesia no estaba cerrada y pudieron entrar. Poco antes, ese mismo día, el pequeño grupo había podido celebrar misa en ella por segunda vez en su viaje. Juana había dictado una carta para el futuro rey —siempre se refería a él como el Delfín, no como rey, y mantenía que así seguiría haciéndolo hasta poder escoltarle hasta Reims—, y se había enviado un jinete por delante para entregarla.

Ahora, en el silencio de esas horas de la noche, Juana y Gabriel parecían tener la iglesia para ellos solos. Juana contempló la estatua de santa Catalina, pero el rostro arrebatado de la muchacha a su lado cantaba al corazón de Gabriel mucho más que la figura tallada. No habían intercambiado palabra durante el paseo, y ahora permanecieron en silencio. Cuando se aproximaron al altar, Simon sintió que su fatiga le abandonaba, como si se hubiese despojado de una pesada capa. A sus ojos, Juana se mostraba radiante, y su propio corazón sintió la calidez y plenitud a medida que se acercaban. Siguió el ejemplo de Juana, arrodillándose ante la santa y rezando en silencio.

Entonces, de forma inesperada, la quietud se rompió por la voz de Juana.

—Creo que deberías saberlo —dijo.

Gabriel, confuso, abrió los ojos para descubrir que le estaba mirando, sus caras a pocos centímetros una de la otra. Los ojos de ella reflejaban el cálido brillo de la luz de los cirios.

—Me dieron la posibilidad de decir a mi familia que me marchaba. Y también me dieron la misma posibilidad contigo. Estuve a punto de contártelo el pasado mayo, la noche en la que los dos fuimos llamados para seguir el oficio nocturno juntos. Pero tenía miedo. La duda, o incluso el desprecio de los otros, eso puedo asumirlo. Pero no de ti.

De alguna forma, Gabriel sabía que lo que estaba a punto de revelarle le cambiaría para siempre de un modo que no era posible anticipar. Pero ¿acaso no lo había hecho ya?

Juana respiró hondo.

—Ya me has oído decir que sé cuál es la voluntad de Dios. Y, sin embargo, nunca me has preguntado cómo es que lo sé. Simplemente lo has aceptado. Al igual que yo.

El brillo a su alrededor pareció incrementarse y ambos, Gabriel y Simon, se sintieron cautivados, conmovidos más allá de las palabras por razones totalmente diferentes. Simon porque sabía lo que Juana estaba a punto de revelar, y eso le excitaba hasta lo más profundo de su ser.

—Tenía trece años cuando me sucedió por primera vez —explicó ella, adoptando su voz un tono susurrante y reverente—. Estaba en el jardín de mi padre.

Bajó la vista al anillo que llevaba en el dedo meñique de su mano derecha. Gabriel sabía que era un regalo de su familia. Ella le había pedido que les escribiera, suplicando su perdón por lo que tenía que hacer. No había tenido respuesta y ahora acarició el sencillo anillo mientras hablaba.

—Era verano. Escuché una voz, y supe que esa voz provenía de Dios. Llegaba del lado de mi mano derecha, donde se encontraba la iglesia, y había una extraordinaria y casi cegadora luz mientras me hablaba. Yo estaba aterrorizada, pero la voz era muy dulce.

El aliento de Gabriel se transformó en rápidas inhalaciones.

—¿Y qué te dijo?

—Al principio, solamente que fuese una buena niña e hiciera todo lo que complacía a Dios. Que no tuviese miedo porque Él me ayudaría. Más tarde, descubrí que era san Miguel quien habló conmigo esa primera vez, y le… le vi. —Sus ojos fulguraban, y una sonrisa curvó sus labios mientras continuaba—: Me puse de rodillas y le abracé las piernas, como un crío haría con su padre. Él me dijo que santa Catalina y santa Margarita también se me aparecerían, y que Dios me había asignado una tarea.

Apartó la vista mirando hacia la figura de piedra de santa Catalina, en cuya iglesia se encontraban, y sonrió.

—Juana…

—San Miguel me contó el lamentable estado en el que se encontraba el reino de Francia, y que yo debía ayudar a su legítimo rey. Y, para conseguirlo, debía abandonar mi hogar. Yo no quería, tenía miedo, pero mis Voces insistieron. Me pidieron que acudiera al capitán Baudricourt, que él me proporcionaría gente para que me acompañara a ayudar al rey, y que no renunciara si él me rechazaba la primera vez. Que debía seguir acudiendo, y no consentir que me rechazara. Que Dios volvería el oído del capitán hacia mí.

Gabriel sentía la boca seca como paja y tragó saliva con esfuerzo. Casi le daba miedo hacer la pregunta en esa casa sagrada, pero no pudo evitarlo.

—¿Cómo supiste que eran ángeles de verdad?

Una sonrisa, que le traspasó hasta lo más profundo, curvó los labios de ella.

—Lo supe aquí —indicó colocando una mano en el corazón de Gabriel—. Ningún demonio hubiera podido hacerme sentir tan… tan serena. Tan amada.

El suave roce le hizo estremecer y comenzó a hablar dejando que las palabras surgieran de él.

—Veo una luz en ti, Juana. Deben de ser tus ángeles, brillando a través de ti, al igual que hablan a través de ti. ¿Nos hablan… también al resto de nosotros?

Su resplandor aumentó.

—Oh, sí. —Respiró suavemente, sus palabras apenas un pequeño y exquisito suspiro—. Pero los demás no siempre las escuchan.

Juana no era la primera chica que captaba la atención de Gabriel. Pero él había intuido al instante que había algo diferente, algo dulce y extraño tanto en su voz como en sus ojos y su espíritu, y sabía que no podría soportar vivir sin ello. Se preguntó un tanto alocadamente si su devoción por ella provenía de su propio corazón, o del susurro de un ángel, o si quizá las dos cosas eran lo mismo.

Las palabras surgieron de ese corazón pleno.

—No me pidas que me aleje de tu lado. Nunca. Por favor.

Ella se volvió para mirarle, sus ojos azules entristecidos.

—No puedo prometerte que nunca nos separaremos. Eso solo Dios lo sabe. Y también hay otras cosas que no puedo prometer. —Posó suavemente una mano en su brazo—. ¿Cómo podría ser yo, Juana, una esposa, cuando he prometido permanecer como Juana, la Doncella de Lorena, mientras eso complazca a Dios? Hice esa promesa tres años atrás. Mi cuerpo, mi corazón…, mis Voces necesitan ahora mismo todo de mí.

Aferrarse tan desesperadamente a las palabras «ahora mismo» era, sin duda, un síntoma de imprudente estupidez, pero Gabriel hacía tiempo que había aceptado ser ciertamente un imprudente y estúpido loco.

—Solo déjame compartir tu viaje durante el tiempo que puedas.

En un impulso, ella se inclinó y agarró sus dos manos.

—Querido Gabriel, eso…, *eso*, puedo prometértelo fácilmente de todo corazón. Mis Voces están dichosas por que te lo haya dicho. Dicen que has elegido seguirme. Tú darás testimonio, serás mi sombra, en tanto eso sea necesario.

Las lágrimas llenaron los ojos de Gabriel. El propio corazón de Simon palpitó dolorosamente ante la idea de lo que le esperaba a esa muchacha de ojos azules, tan jovial y casi tan humanamente terrestre, que se sentía guiada por la fuerza divina.

Esto… será difícil, pensó Simon. *Al final*.

El Animus no era una máquina del tiempo. Él era un mero pasajero, no un piloto, y al igual que Gabriel, estaba ahí para dar testimonio.

Sus manos se encontraron y se estrecharon. Gabriel alzó su cara hacia la santa, y sintió cómo la paz se adueñaba de él. Quería sentirse más cerca de la imagen, levantarse e ir directamente al altar, poder…

Y entonces, como la descarga de un trueno, Simon supo dónde se encontraba la Espada del Edén.

8

En un primer momento Rikkin se sintió irritado cuando Bibeau le mandó un mensaje solicitando una reunión. *Yo no acudo cuando me obligan*, había respondido.

Importante. Le gustará.

Quince minutos.

Había tratado de salir por la puerta casi al momento, pero en su lugar, mientras le hacía un gesto para que entrara en su despacho y la escuchaba, comprendió que llegaría un poco tarde al almuerzo privado en el Hibiscus.

—Entonces, ¿sabe dónde está la espada?

—No con seguridad, pero Simon ha empezado a actuar de forma extraña. Dijo que había algunas cosas que quería comprobar antes de hablar conmigo sobre ellas.

—De modo que está siendo reservado. Interesante.

—Creo que podría ser tan inocuo como dice. Simplemente quería indagar antes de presentar una teoría. Pero pienso que tal vez haya presentido dónde puede estar la espada. Y —añadió complacida— creo que quizá Juana de Arco pudiera estar en contacto con Consus.

Eso captó la atención de Rikkin. Consus era el nombre adoptado por un Isu, al menos lo que quedaba de uno. Mientras los Precursores creaban (y esclavizaban) a la humanidad, Consus era conocido como un Precursor que, a diferencia de los demás, había demostrado sistemáticamente su simpatía por el deseo de libertad de la humanidad. Era el creador de lo que sería

conocido como el Sudario del Edén; una tecnología entretejida de algún modo en un lienzo, con capacidad para curar y restaurar. Nadie entendía exactamente cómo funcionaba esa tecnología, pero era algo aceptado que, en cierta forma, mientras ninguna parte de Consus existía ya físicamente, parte de su esencia —su «espíritu», si a uno le gustaba ese término tan sentimental— había quedado adherida a los Sudarios. Esos Sudarios formaban la base de las historias del Vellocino de Oro y la Túnica de Muchos Colores de José; mantos, túnicas o mortajas. El más famoso de todos, el Sudario de Turín, había estado en posesión de Gramática, quien llegó incluso a sufrir lesiones regulares, así como también algunos de sus colaboradores, en un intento por forzar a esa esencia de Consus a interactuar con él. Como todas las creaciones de los Precursores, esos Sudarios eran contemplados como místicos o sagrados por aquellos que no entendían su verdadera naturaleza tecnológica.

Durante un momento, Rikkin consideró cancelar lo que se había puesto en marcha. Tal vez Hathaway estuviera realmente tras la pista de algo o fuera capaz de descubrir información sobre Consus que podía resultar vital. Quizá fuera capaz de descubrir… o *destapar* ciertas cosas. No, no podía permitir que eso sucediera.

—Observar a Juana ha sido fascinante —estaba diciendo Bibeau.

—Esto no es un videojuego. Se supone que usted y Simon no deberían tener una experiencia interesante; se supone que él debe demostrarme a mí y a la Orden por qué necesitamos canalizar fondos a esa amplia red suya. Y, hasta el momento, no tenemos espada alguna, y mucho menos información de cómo repararla.

Durante un leve instante, los ojos de Bibeau centellearon.

—Creo que a lo mejor no ha comprendido plenamente la importancia de las Voces de Juana y el Asesino…

—Por el momento el Asesino no ha hecho absolutamente nada, el Mentor que me prometió no ha aparecido, y Juana bien podría estar hablando consigo misma.

—Podría, o tal vez no. Pero parece que sí tiene un alto nivel de ADN Precursor. Y obviamente vamos a hacer un intento por identificar al Mentor y a cualquier otro Asesino mientras seguimos a Juana hasta Chinon.

—Donde se reúne con el Delfín. Corríjame si me equivoco, doctora, pero ¿acaso Juana no descubre la espada tras el incidente? Bastante *después* del incidente, de hecho.

Bibeau vaciló.

—Eso depende de qué espada resulte ser la Espada del Edén.

Él se la quedó mirando un momento.

—Bueno, bueno —dijo—, esta es la primera noticia que recibo sobre ese matiz en particular.

Bibeau respiró hondo.

—Estamos investigando todas las pistas razonables. Señor, disponemos de unos días, y ahora tenemos un Mentor al que buscar. ¿No cree que nuestros descubrimientos (el único Mentor del que tenemos constancia en un intervalo de dos siglos y la posible presencia de Consus) merecen que conceda un poco más de tiempo a Investigación Histórica?

—Debo viajar en unos días a España, doctora Bibeau, y pretendo que este asunto quede zanjado y empaquetado con un bonito lazo antes de entonces. No me gusta dejar el cuartel general con algo tan importante como es la dirección de un departamento en el aire. Sin duda debe comprenderlo. —Sonrió, ligeramente y sin humor, y consultó su reloj—. Tengo un compromiso para almorzar. Mándeme un mensaje con cualquier nuevo avance, pero no espere una respuesta inmediata.

—Sí, señor.

Mientras ella salía de su oficina, un mensaje de un número consistente únicamente en ceros apareció en el móvil silenciado de Rikkin. *Fase 1 del Omega-104 iniciada. Aguardando instrucciones*.

Continúe Fase 2. Inicie preparativos Omega-105. Manténgase en espera.

Cuando hicieron una pausa para comer, Victoria le dijo a Simon que tendría que dejarle un momento. Me ha surgido algo, dijo.

—¿Con el Aerie?

—Algo así —respondió distante mientras tecleaba algo en su móvil—. Nos reuniremos hacia las dos. Trata de echar una cabezadita si puedes.

Ese cambio de planes le convenía. Tenía una teoría que quería investigar, y en vez de echar una cabezadita estaba de vuelta en su despacho cuando sonó su teléfono anunciando un mensaje entrante. Arqueó las cejas cuando advirtió que era de Anaya y leyó: *¿Nos vemos para comer?*

Simon deseaba excusarse por varias razones. Tenía un montón de comida para el almuerzo. Había trabajo que podía adelantar. Y… ver a Anaya siempre le hacía sentir incómodo. Y no porque tuviera ninguna razón para sentirse culpable. Había puesto lo mejor de sí mismo en su relación, pero simplemente no había funcionado.

Suspiró y tecleó en respuesta: *Ya tengo mi cesta*. Ella entendería a lo que se refería; la había visto muy a menudo sobre su mesa. *Gracias de todas formas*. Creyendo que eso sería todo, se dispuso a dejar el teléfono a un lado, cuando volvió a vibrar.

Tengo noticias. Bastante importantes.

Simon frunció el ceño, ahora un poco preocupado. Anaya había significado mucho para él en su momento. Había llegado incluso a considerar la idea de ofrecerle un anillo. Ella no era de las que mandaban mensajes improvisados por nada. Habían pasado meses desde que habían hecho algo juntos, y semanas desde que se topara con ella, hasta anteayer.

Por supuesto, respondió inmediatamente. *¿Estás libre ahora?*

Sí. ¿En Temp's?

Siempre.

T V ahora.

Simon no pudo evitar encogerse ante ese SMS, y se acordó de que Anaya y su equipo habían usado abreviaturas y atajos en sus mensajes mucho antes que los proverbiales «jóvenes de hoy en día». Suspiró, se guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió al ascensor.

Anaya le estaba esperando en la puerta del salón de té. Llevaba una bonita chaqueta azul marino, pantalones, una blusa de seda color crema que resaltaba su piel oscura, y unos conservadores pendientes; un atuendo profesional y modesto que contrastaba con su descarado cabello con un mechón color cereza.

Sonrió al verle. Él se acercó, dudando si ella esperaba un apretón de manos, un beso en la mejilla o nada en absoluto, y todo el asunto se

convirtió en un incómodo amago de beso con disculpas. El rostro de Anaya se sonrojó, pero luego se rio.

—Vamos —dijo, sonriendo, y él sintió cómo el nudo de su estómago se deshacía. Siempre había tenido un humor ligero, y su risa significaba que las noticias no eran malas. Todo un alivio—. Cojamos algo para llevar y subamos a la azotea.

—¿La azotea? Anaya, estamos en octubre.

—Esos viajes tuyos a la playa te han hecho demasiado sensible al frío —se burló ella.

Abstergo había transformado la enorme azotea de hormigón en un agradable jardín. Todo el mundo era bienvenido a llevar su comida o una bolsa con cosas de picar y sentarse a disfrutar de la magnífica vista. Era encantador en primavera y verano, y Simon tuvo que admitir que incluso en otoño. Los árboles estaban cambiando las hojas, y con el cielo azul que lucía ese día resultaba muy agradable. Pero Anaya tenía razón, lo encontraba demasiado frío. Se había dejado el abrigo en el despacho, pero al menos llevaba la chaqueta del traje.

Con un estremecimiento, decidió ir directamente al grano.

—¿Y cuáles son tus noticias? Todo va bien, ¿no? —preguntó, calentándose las manos con la taza de cartón.

Anaya se quedó mirando su propia taza durante un momento antes de alzar los ojos hacia él.

—Eso espero, sí. —Respiró hondo—. Hay un puesto disponible de Director en Abstergo Entertainment. Ayer por la noche envié mi solicitud. He venido esta mañana para la preceptiva entrevista en vídeo esta tarde. Si consigo el trabajo, será un gran paso para mí, y creo que lo disfrutaré.

—Oh. Ya veo. —Simon se ajustó las gafas con una mano. El tiempo de respuesta de AE era sorprendentemente rápido, pero, una vez más, así era Anaya. Le mostró una sonrisa sincera—. Anaya, eres increíble en lo que haces. Me dejas atónito, francamente, y harás un trabajo fantástico en Montreal. Y —añadió— sé que te gustará hablar francés de nuevo.

El rostro de ella se dulcificó.

—Así es —admitió—. Me sorprende que lo recuerdes.

—Siempre he querido que te fuera bien y estuvieras contenta —aseguró él, y comprendió que lo decía de verdad.

—Lo sé —repuso ella—. Pero aún no he conseguido el trabajo.

—Lo conseguirás. Serían unos idiotas si no te escogieran. ¿Te han dicho, eh, cuándo esperan que empieces a trabajar allí?

—Inmediatamente, o al menos tan pronto como me sea posible. No debería tardar demasiado. Después de todo, solo tengo que mudarme yo.

No lo dijo con ningún énfasis especial, y sin embargo las palabras le escocieron. Pero, una vez más, se trataba solo de la simple verdad. Era *solamente* ella. Al igual que habría sido «solo él», si tuviera que mudarse.

Así que se limitó a asentir.

—No dejes de probar una de esas espantosas patatas crujientes cuando estés allí, ¿eh? —Ella le miró confusa—. Ya sabes. Esas con salsa y queso.

—Oh… ¿Te refieres al *poutine*?

—A eso, sí.

Había muchas cosas que Simon podría decir. *Te echaré de menos*. Y sin embargo, durante meses, ni siquiera se había molestado en enviarle un mensaje de texto o tomar una taza de té con ella. *Lo siento*. Lo sentía…, pero no había sido culpa suya, ni de ella.

Al final, estiró el brazo y le apretó la mano.

—Mucha suerte, Anaya.

—Gracias, Simon.

El viento arreció, colándose a través de su chaqueta casi con un regocijo malévolo. Incluso Anaya se estremeció esta vez.

—Debería volver —señaló Simon.

Alzó su té en señal de brindis, hizo una pausa, asintió, más para sí mismo que para ella, y se marchó. Ella no le siguió; se quedó sola en la fría pero despejada mañana, y él se sintió extrañamente melancólico mientras se alejaba.

—Veamos, tengo una teoría sobre las Voces de Juana —declaró Simon mientras Victoria y él tomaban el ascensor para bajar a la sala del Animus tras sus almuerzos por separado.

Ella le miró.

—Antes de que empieces, ¿va todo bien?

Pensó que ella tenía peor aspecto que él, y vaciló sobre si contarle lo de Anaya, pero sinceramente, ¿qué podía decir? *¿Mi exnovia, con la que no había hablado en meses hasta que me topé con ella en el ascensor, ha aceptado un trabajo lejos de aquí?* Tonterías.

—Estoy bien —dijo, y trató de volver al tema—. La mayoría de la gente hoy en día, cuando habla sobre sus Voces, asume o bien que Juana tuvo auténticas visiones de Dios, totalmente engañosas, o que padecía algún tipo de enfermedad mental o de condición física que le hacía oírlas. Esquizofrenia, por ejemplo, o tal vez alguna forma de epilepsia.

—Para la gente que no es conocedora de lo que hacemos, esta última teoría resulta muy razonable, aunque como psiquiatra puedo asegurarte que hay bastantes agujeros en ella —admitió Victoria.

—Resulta bastante obvio que vio algo que su mente del siglo XV debió de percibir como ángeles. Ya hemos visto antes ejemplos de interacción Templaria y Asesina con artefactos Precursores. Y también individuos con altas concentraciones de ADN Precursor, como Charlotte de la Cruz, todos conocidos por recibir, de alguna forma, mensajes del pasado Precursor especialmente destinados a ellos.

Victoria no pareció demasiado sorprendida por su teoría. Pero, una vez más, era una mujer inteligente y probablemente había llegado a la misma conclusión.

—He sido informada sobre De la Cruz. ¿Así que piensas que Consus de alguna forma encontró un modo de hablar con Juana? ¿Debido a su alto porcentaje de ADN Precursor?

—Si realmente hay una «voz» que habla con Juana, como uno de los Isu más benevolentes, Consus es con mucho el candidato más probable —afirmó Simon—. Pensemos un poco en ello. Es como si Juana de Arco hubiera estado en contacto con un vestigio de los Precursores. Simplemente llamaremos a él o ella las Voces. Todo empezó cuando tenía trece años y así continuó hasta su último día, de modo que no tiene nada que ver con la espada. Yo puedo, es decir Gabriel puede, literalmente *ver* su resplandor, y sospecho que Durand también lo ve. Al igual que Jean de Metz. Eso puede

ayudar a dirigir parte de nuestro enfoque mientras empezamos a presenciar algunos de los momentos especialmente significativos en la vida de Juana. Con un poco de suerte, a partir de hoy tendremos algunas cosas concretas que presentarle a Rikkin, y nos concederá una prórroga.

Simon advirtió de pronto lo cómodo que se encontraba utilizando las palabras *nos* y *nosotros*. Era extraño. Se había sentido tan contrario a tener un guardián…, pero ahora no podía imaginar seguir avanzando sin Victoria. Se aclaró la garganta y se revolvió incómodo.

—Ah, y… has sido de gran utilidad. Muchas gracias.

Victoria fijó en él su mirada, sorprendida.

—De nada —contestó.

Afortunadamente la puerta del ascensor se abrió en ese momento, ahorrando a Simon una mayor incomodidad.

Victoria le ayudó a meterse en el Animus. A esas alturas estaba empezando a acostumbrarse; ya no se sentía como si estuviera aprisionado en una Dama de Hierro, sino como si estuviera bien atado a un planeador colgante. Frunció ligeramente el ceño ante la excesivamente romántica metáfora. Un poco de transfusión de Gabriel, sin duda, pero nada que no pudiese controlar.

—Bien —dijo enérgicamente—. Juana consiguió llegar a Chinon, y finalmente logró la audiencia real.

—¿Quieres empezar con su reunión privada con el Delfín?

—No. Me gustaría ver su primer encuentro.

—Eso no es exactamente pertinente para el proyecto —advirtió Victoria.

—No directamente, pero me gustaría que Gabriel echara un vistazo a aquellos que rodeaban al Delfín. A ver si podemos descubrir algún Asesino más.

Ella asintió y deslizó el casco sobre su cabeza. Unos segundos después, la oscuridad en la visión de Simon empezó a palidecer, transformándose en la ya familiar neblina gris, y luego en una noche iluminada por antorchas.

Domingo, 6 de marzo de 1429

Chinon

Simon sabía que muchas figuras legendarias cercanas, además de Juana de Arco, habían aparecido en su historia. Entre ellas se encontraban los feroces Plantagenet: Enrique II y su esposa, la reina Leonor de Aquitania, sus hijos, Ricardo Corazón de León y el malvado rey Juan, y el cardenal Richelieu, de la famosa novela *Los tres mosqueteros*.

Jacques de Molay y varios de sus Templarios habían estado encarcelados en la torre de Coudray, donde Simon sabía que pronto estaría la propia Juana —aunque ella no sería una invitada de sus mazmorras—. El Gran Maestro había dejado una serie de inscripciones en los muros de la prisión, y Simon se preguntó si Gabriel tendría la oportunidad de echarles un vistazo.

Gabriel y Juana habían tenido tiempo suficiente para contemplar la fortaleza desde la ciudad asentada en su base. A pesar de la carta que Juana había enviado por delante, Carlos les había hecho esperar mientras dos de sus sacerdotes descendían del castillo para hablar con ella. Cuando le preguntaron por qué quería ver al rey, Juana replicó:

—Dios me ha mantenido a salvo durante las más de cien leguas de mi viaje, y me ha encomendado dos tareas. Debo levantar el asedio de Orleans, que tanto sufrimiento está causando, y llevar al Delfín hasta Reims, donde será ungido y coronado rey de Francia.

Finalmente, convencido por el clero y una carta personal de Robert de Baudricourt, el rey decidió concederle audiencia.

Había caído el crepúsculo cuando Juana, Jean de Metz, De Poulengy y Gabriel ascendieron el estrecho y sinuoso sendero que llevaba al gran castillo. Sus escoltas portaban antorchas para iluminar su paso a medida que las sombras crecían, envalentonadas por la retirada del sol.

Un puente levadizo había sido bajado para admitirlos. De Metz y De Poulengy desmontaron, pero dos guardias aparecieron para llevarse los otros dos caballos. Gabriel hizo un gesto de asentimiento hacia el hombre que sostenía las riendas de su montura, pero el que atendía el caballo de Juana la miró lascivamente, lamiéndose los labios que brillaron húmedos a

la luz de las antorchas. Era un hombre alto y voluminoso, cuyo mentón desaparecía en una papada de carne correosa.

—¿Así que esta es la famosa Doncella de Vaucouleurs? —espetó, su libidinosa sonrisa ensanchándose mientras la miraba de arriba abajo—. ¡Quedaos conmigo una noche, y mañana ya no seréis una doncella! —Se volvió riendo hacia su compañero, pero este no pareció encontrar divertido el comentario.

La rabia emergió a través de Gabriel, pero antes de que él o los otros hombres pudieran hablar, Juana levantó una mano. Su rostro transmitía tristeza y amabilidad.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó, suavemente.

Él pareció un tanto desconcertado, pero replicó sin rodeos:

—Antoine Moreau. —Añadió con un guiño—: El Gigante.

—Antoine Moreau —dijo Juana mientras desmontaba—, vuestras palabras ofenden a Dios. Haced las paces con él… rápidamente.

Incluso en la titilante luz, Gabriel pudo ver al hombre palidecer y sus ojos agrandarse. Empezó a murmurar algo entre dientes, y luego retrocedió, guiando al caballo de Juana a través de la puerta hasta los establos donde pasaría la noche. En el incómodo silencio que siguió, otros hombres se acercaron a ellos para llevarse el resto de los caballos.

—Mis disculpas por la rudeza de mi compañero, Doncella —dijo el guardia que quedaba.

Ella le sonrió con tristeza.

—Dios lo perdona todo. Yo solo siento pena por él.

De Metz miró a Gabriel, arqueando una ceja interrogante. Gabriel se encogió ligeramente de hombros. No tenía ni idea de qué había sucedido entre Juana y el guardia, y no estaba seguro de querer saberlo.

El grupo de Juana recorrió a pie el camino a través del fuerte de Coudray, un patio con pequeños edificios y cuatro torres extendiéndose hasta el cielo oscuro, ligeramente plateado por la menguante y gibosa luna. Otro puente a la derecha llevaba a la torre de Coudray y, de nuevo, lo

cruzaron con suma cautela. El foso seco bajo ellos era tan profundo que la luz de la luna ni siquiera penetraba hasta el fondo.

El siguiente patio de la segunda y principal fortaleza, el Château du Milieu, era tan vasto que a Simon le pareció casi una pequeña ciudad. Una parte de él era un jardín, con árboles y estatuas. Pequeños edificios —quizá herrerías o barracones, era difícil distinguirlos en la oscuridad— se alineaban al lado izquierdo del muro. Ahora estaban cerrados y oscuros, con solo alguna antorcha ocasional arrojando una parpadeante luz.

Inmediatamente a la derecha, había una fila de estructuras que solo podían ser las dependencias reales, y ciertamente *no* estaban tan cerradas ni oscuras. La luz brillaba en las ventanas, y Gabriel pudo escuchar música, risas y la cháchara de una numerosa reunión. Se detuvo en seco cuando tomó conciencia de la importancia de lo que estaba a punto de suceder.

Había estado tan cautivado por Juana, tan atrapado por la belleza divina de la joven y lo que quería, que los eventos más terrenales habían disminuido en significancia. Pero ahora…, ahora, estaban a punto de penetrar en el gran salón del rey. Él, Gabriel Laxart, hijo bastardo de un simple granjero.

Una mano se alargó buscando la suya y bajó la vista para ver a Juana sonriéndole serenamente.

—Todo irá bien —aseguró—. Dios está con nosotros.

En el fondo de su corazón, él sabía que tenía razón. Lo podía ver en ella, su incandescencia más brillante para él que la luz de las antorchas. Pero ¿podrían verlo los demás? Había oído a los otros hablar sobre Carlos; sobre lo indeciso que era, y cómo algunos en su corte tenían mayor ascendencia sobre él de la que deberían.

Juana era de Dios, de eso estaba seguro. Pero no era a los ángeles a quienes debía impresionar. Era al rey.

Gabriel respiró hondo y dio un paso para adentrarse en la corte de Carlos, Delfín de Francia y, con un poco de suerte, su futuro señor.

9

Gabriel pensaba que Vaucouleurs era magnífico, y Nancy una ciudad de lo más animada. Ahora comprendía lo provincianas que ambas resultaban en comparación con una fortaleza real y el gran salón del rey.

—¿Cuántas personas hay aquí? —le preguntó Gabriel a De Metz.

—Oh, diría que alrededor de… trescientas.

—Trescien… ¿Todas para ver a Juana?

—Algunas sin duda, pero otros miembros de la corte del rey simplemente están aquí para disfrutar de una buena fiesta. Tienen gustos muy caros, y el rey quiere verlos felices.

Las palabras fueron dichas en un tono neutral, y Gabriel no pudo adivinar si De Metz lo desaprobaba o simplemente no le importaba.

Todo llamaba la atención de Gabriel: el sonido de risas fuertes y conversaciones que se elevaban por encima de la música, el olor a comida y a velas de cera de abeja, el torrente de colores de los tapices que cubrían los muros y la vestimenta festiva de los cortesanos. Era casi abrumador, y lanzó una mirada a los mayores y más experimentados De Metz y De Poulengy. Parecían, si no en casa, al menos imperturbables ante la cacofonía y la elegante y bien ataviada multitud de nobles.

Lo mismo le sucedía a Juana. Esta era también su primera incursión en ese mundo, pero ni siquiera parecía estar respirando más aceleradamente. Los tres hombres, polvorientos, con claras muestras de cansancio por el viaje, y la muchacha con ropas masculinas, habían empezado a llamar la

atención. Las conversaciones se detuvieron mientras los pequeños grupos captaban su presencia y se volvían para mirar.

Gabriel sacudió la cabeza para despejarse y comenzó a examinar el entorno intencionadamente. El techo era alto, y las vigas de madera que lo sostenían se hundían en la oscuridad. De las más bajas colgaban estandartes, presumiblemente los escudos de armas de los distintos nobles. Había mesas abarrotadas de comida, y el vino y la cerveza parecían fluir libremente para satisfacer a la multitud de poderosos hombres y a sus esposas… o amantes. Gabriel advirtió varios bancos ocupados, pero solo un sillón, grande, ornamentado y asentado sobre un estrado en el extremo de la habitación.

El del rey. Y estaba vacío.

Gabriel palideció y luego enrojeció por la rabia. Se volvió hacia De Metz.

—¿Dónde está el rey? —preguntó—. ¿Qué está pasando?

De Metz no contestó. Tenía una expresión ilegible en su rostro. Juana miró al escudero durante un instante y asintió. Y luego se volvió a Gabriel para decirle:

—Creo que su majestad tiene otra prueba para mí.

Oh, Juana, pensó Simon, *tan solo han empezado a ponerte a prueba*.

Se alisó la túnica, alzó su oscura cabeza y comenzó a moverse a través de la habitación. Tras una confusa mirada a De Metz, Gabriel se precipitó tras ella, tratando de no perderla de vista. De cuando en cuando, Juana miraba escrutadora a alguno de los nobles.

De pronto se paró en seco y cerró los ojos. La multitud ahora la miraba descaradamente, y Gabriel advirtió que la música había cesado. Juana se volvió lentamente, sus ojos aún cerrados. Sonriendo apenas, los abrió y se dirigió directamente hacia un hombre con aspecto bastante vulgar y un atuendo no más elegante del que lucían los demás.

El cortesano parecía calvo bajo un gran y flexible sombrero de tela, pero Gabriel sospechó que simplemente su cabello había sido cortado así, por encima de las orejas y la nuca, siguiendo la moda estilo tazón del momento. Parecía tener la misma edad que De Metz, un poco mayor que Gabriel, pero sin llegar a la mediana edad, y no mostraba el estridente buen ánimo que la

mayoría de los presentes tenía. Su nariz era su rasgo más distintivo. Larga, aguileña y ligeramente torcida, y contemplaba a Juana con cierto recelo.

Juana se abrió paso entre la multitud dirigiéndose hacia él. Una vez a su altura, le contempló un instante y luego cayó de rodillas.

El murmullo del salón cesó casi por completo. Gabriel les miraba absorto El hombre, cuyas pantorrillas ahora aferraba Juana, bajó la vista, asombrado, con un inicio de sonrisa en su rostro.

—Mi Delfín —dijo Juana, y su voz retumbó en el súbito silencio de la habitación—, ¡no podéis ocultar vuestra gloria ante mí! ¡He sido enviada por Dios, y he venido a ofrecer ayuda a vuestra majestad y a vuestro reino!

¿*Ese* era el futuro rey? Gabriel parpadeó. Carlos tenía un aspecto más vulgar que cualquier otro hombre de la fiesta. Y, sin embargo, alzó suavemente a Juana y le sonrió, y todo el mundo pareció encantado por que la chica le hubiese descubierto. No, se corrigió Gabriel mientras observaba más detenidamente, no todo el mundo. Hubo varios que fruncieron el ceño y se dieron la vuelta. Al parecer solo algunos se alegraban de recibir a la Doncella.

Las lágrimas asomaron al rostro de la joven, pero a los ojos de Gabriel estaba tan radiante que parecía brillar con más fuerza que las antorchas. Ella se colgó del brazo del Delfín, sus labios sonriendo de alegría, y él tuvo que soltarse amablemente.

—Bueno, bueno —declaró, con voz agradable y cultivada—, parece que la Doncella puede encontrar al verdadero rey, incluso si aún no nos hemos sentado en nuestro trono. No todo el mundo os creyó capaz de hacerlo.

—Como os dije en mi carta, he sido enviada por Dios —replicó Juana, y luego, serenándose, añadió—: Y sin embargo… puedo advertir que no me creéis del todo.

—No sois la primera Doncella de Lorena que viene reivindicando la profecía —dijo una voz ronca. El espléndido atuendo amarillo y rojo del interlocutor parecía un tanto tirante en las costuras, como si luchara para contener su blando y redondo perímetro. El cabello canoso y una barba corta enmarcaban un rostro rubicundo que lucía un gesto de sospecha. Sus ojos eran duros, prácticamente tragados por los pliegues de carne a su

alrededor. Una mano enjoyada se cerraba sobre el tallo de una ornamentada copa—. Su majestad ha conocido a muchas como vos.

—No —intervino Gabriel al instante, tan sorprendido como todos los demás—. No ha conocido a nadie así.

—Haya paz —dijo Juana en voz baja, silenciando a Gabriel con un suave roce.

—Este es Georges de La Trémoille, conde de Guînes, nuestro amigo y gran chambelán —indicó el Delfín—. No está totalmente convencido de los informes de los clérigos que enviamos a hablar con vos. Pero en vuestra carta decíais que teníais que contarnos algo, ¿no es así?

Juana asintió, sus ojos pasando de un rostro a otro mientras varios miembros de la corte se acercaban, ansiosos por escuchar. El color subió a sus mejillas.

—Así es, pero solo para vuestros oídos. Llevadme donde solo vos podáis oírlo, y escucharéis lo que Dios me ha pedido que os transmita.

—Majestad —se adelantó Trémoille—, como bien sabéis disfruto de un espectáculo tanto como cualquier hombre, pero si ella viene de Dios, entonces sin duda al Todopoderoso no le importará quién escuche sus pequeños secretos.

—Todos tenemos secretos, conde —replicó Juana—, pero yo no pretendo desvelar los suyos. Mis palabras son simplemente para sus oídos. Sin duda el rey debe de saber cosas que su corte no conoce.

El rostro ya encendido de Trémoille enrojeció aún más, pero el rey sonrió.

—La Doncella dice la verdad, al menos en este punto —declaró—. Vamos, pues. Nos retiraremos a un lugar donde podáis decir las palabras de Dios libremente para nosotros.

Al conde obviamente no le gustó aquello, pero se encogió de hombros.

—Me atrevo a apostar, majestad, que soy capaz de adelantaros todo lo que ella diga. Sabemos lo que las santas doncellas dicen. Ya lo hemos oído antes, ¿no?

Miró a su alrededor, y algunos de sus compañeros se rieron con él, pero no el Delfín.

Ni tampoco Juana. Sus oscuras cejas se fruncieron.

—Apostar es pecado —declaró—. El Delfín no participará en eso.

—Bueno —intervino el Delfín entonces tratando de calmar las aguas—, solo si ganamos.

Hizo un gesto para que le siguiera y la multitud se apartó para dejarles paso mientras él se volvía.

Juana no se movió inmediatamente. Se giró hacia Gabriel y le sonrió suavemente.

—Te quiero conmigo, mi testigo —indicó, y sin decir palabra, atreviéndose apenas a respirar, Gabriel los siguió.

El rey le observó con sus pálidos ojos, lo consideró y luego se encogió de hombros, prestando menos atención al chico que si hubiera sido la sombra de Juana.

Lo que es, se maravilló Simon. La historia había olvidado a Gabriel Laxart. Solo hacía mención a su padre, Durand, quien había testificado en el juicio por la rehabilitación de Juana. A Simon siempre le había resultado divertido que la mayoría de aquellos que creían en la reencarnación afirmaran a menudo haber sido o bien la reina Isabel o el rey Arturo o algún otro personaje famoso en una vida anterior. En realidad, todos menos una pequeña fracción sin duda habrían sido campesinos sumidos en una proverbial pobreza, con unas vidas cortas, repugnantes y embrutecidas, muy alejadas de cualquier acontecimiento importante. Por cada insignificante señor, había todo un plantel de sirvientes, por no mencionar hijos ilegítimos como Gabriel.

No era extraño que Gabriel hubiera sido olvidado. Lo asombroso es que él hubiera estado allí.

Siguieron al Delfín hasta una pequeña habitación adyacente. Era una agradable cámara, en absoluto tan ornamentada y ostentosa como el salón principal, pero sin embargo elegantemente decorada con tapices, una pequeña mesita con fruta y vino y varios sillones. El techo aquí era idéntico al de la vasta sala que acababan de dejar, aunque las vigas que se perdían en las sombras estaban sin adornar. Era una habitación claramente diseñada para el propósito que ahora servía: el de proporcionar un espacio tranquilo y confortable para conversaciones privadas.

A Gabriel le sudaban las palmas de las manos, y aunque la habitación contaba con un brasero y candelabros, sintió un súbito escalofrío cuando entró en ella y cerró la puerta tras de sí. Pese a su enorme tamaño, el gran salón contaba con cientos de almas para calentarlo y prácticamente medio centenar de antorchas para mantener la temperatura. Hizo un esfuerzo para no temblar, consciente de que gran parte de sus estremecimientos no se debían al frío, sino a su propia excitación.

En contraste, Juana era el epítome de la calma, permaneciendo serena, con ambas manos enlazadas a su espalda mientras el rey tomaba asiento, se servía una copa de vino oscuro y cogía una naranja. No ofreció nada a sus invitados, y tampoco les sugirió que se sentaran. Empezó a pelar la fruta con parsimonia, mientras observaba expectante a Juana.

—Ya podéis hablar, muchacha —dijo, en un tono no exento de amabilidad—. ¿Qué os ha pedido Dios que nos digáis?

Juana ladeó la cabeza y su rostro se hizo más suave, su expresión distante.

—No tenéis nada que temer —dijo en voz baja. Cerró los ojos y alzó la cara hacia el cielo, como si contemplara la luz de un sol radiante—. Debo deciros que sois el verdadero hijo de vuestro padre, Luis, y por tanto el legítimo heredero al reino de Francia. No os lamentéis más, noble Delfín. Dios os ha escuchado, y me ha enviado para secar vuestras lágrimas.

La naranja cayó de los súbitamente flácidos dedos de Carlos, rodando precipitadamente. Sus manos se aferraron a los brazos del sillón.

—He rezado —susurró, más para sí mismo que para ellos—. He rezado…

—Debéis ser osado pero misericordioso —continuó Juana—, pues tenéis a Dios y a todos sus ángeles de vuestro lado. No hagáis daño a aquellos que no os han hecho daño. Apartad vuestra espada de la carne de los inocentes.

Simon fue cogido por sorpresa.

Juana abrió los ojos, y su suave sonrisa se fundió súbitamente en una aguda aspiración de aire. Su fulgor se incrementó y se postró de rodillas mientras miraba hacia arriba, a algo por encima de la cabeza del rey. Gabriel siguió su mirada. Su boca se abrió y sus propias piernas flaquearon.

Radiante entre las sombras, reluciendo dorado como el sol, su rostro oculto por una capucha, había un ángel.

—Puedo verlo —susurró Gabriel—. ¡Juana, yo también puedo verlo!

Al oír estas palabras el Delfín levantó la cabeza. Giró el cuello, pero por su expresión perpleja Gabriel advirtió que el rey no distinguía nada en las sombras. Mientras Gabriel observaba, la figura alzó las manos, extendiéndolas. Juntó los pulgares y meñiques hasta formar un círculo. Con los otros tres dedos estirados rígidamente, y el fulgor dorado rodeándolos, parecía como…

—¡Una corona! —exclamó Juana. La figura asintió con la cabeza tapada, entonces se llevó las manos unidas a la cabeza—. ¡Dios ha enviado a un ángel con una corona de oro, mi Delfín! ¡Los tesoros tanto del cielo como de la tierra os serán concedidos!

Una voz susurró en la quietud:

—Esta es la señal. La Doncella os hará rey.

El Delfín jadeó. Había escuchado el susurro, aun cuando no podía ver al ángel. Alzó un brazo hacia las vigas, pero, incluso mientras Gabriel observaba, el ángel se recogió sobre sí mismo y retrocedió, y su brillo desapareció abruptamente.

Se hizo el silencio en la pequeña cámara, solo interrumpido por el sonido de la rápida y entrecortada respiración. Gabriel se volvió hacia Juana, cuyo rostro, como el del Delfín, y sin duda el suyo propio, mostraban una expresión de asombrada dicha.

Carlos no había visto nada. Gabriel había visto un ángel. ¿Quién sabe lo que había visto Juana?

Simon Hathaway había visto a un Mentor Asesino.

10

Simon sacudió la cabeza como si no creyera lo que había visto, manteniendo los ojos clavados en la radiante figura dorada. Tras el asombroso anuncio, esta se movió ágilmente entre las vigas, retirándose a las sombras y desapareciendo de la vista.

—Se ha ido —susurró. Gabriel tal vez creyera que el ángel simplemente había regresado al cielo, pero Simon puso toda su atención en encontrar un pasadizo oculto. Los historiadores ya habían descubierto más de uno parecido en Chinon, y Simon estaba dispuesto a apostar que esa solo era la punta del proverbial iceberg. Le habría encantado descubrir uno nuevo.

El Delfín se estaba riendo mientras ayudaba a incorporarse a Juana, tomándola del brazo y dirigiéndose a la puerta. La abrió de golpe a la vez que gritaba:

—¡Dios está con nosotros, amigos míos, y nos ha enviado a la Doncella de la profecía!

Juana se detuvo un momento para volverse a mirar a Gabriel, sus ojos azules rebosando lágrimas de alegría. Simon se descubrió estirando el brazo para coger su mano tendida, pero sus dedos se cerraron en el brumoso aire grisáceo mientras el mundo volvía a remodelarse. Sintió una súbita punzada, pero la ignoró. Había demasiadas cosas en las que centrarse, y ahí, en el Corredor de la Memoria, podía hablar libremente.

—Supongo que has visto eso, ¿no? —preguntó a Victoria.

Sí, y también lo he escuchado. Tiene que ser un Asesino.

—Con esa clase de destreza, no hay duda. Especialmente dada la precisa elección de palabras.

«*Apartad vuestra espada de la carne de los inocentes*», citó Victoria. *El primer principio del Credo Asesino*.

—Yo iría aún más lejos y apostaría a que se trata del Mentor. ¿Quién mejor que él querría saber lo que la Doncella debía decirle al Delfín en privado? ¡Eso sí que fue pensar condenadamente rápido! ¡Tiene todo el sentido, Victoria! Esta…, esta visión, este ángel con una corona… Juana lo describió de forma diferente en su juicio. Es como si realmente no lo considerara una de sus Voces. Eso ha constituido un punto de discordia entre los eruditos respecto a si se inventó toda la historia para complacer a sus interrogadores; pero si lo que vio fue una persona real y no un ángel, por supuesto no lo vería de la misma forma. Al parecer los Asesinos, y posiblemente los Templarios, y con toda probabilidad cualquiera de los raros individuos que poseen ADN Precursor, son capaces de entender que ella es alguien especial, que necesita ser ayudada o bloqueada, según el caso. Tal vez sea algo parecido a lo que los Asesinos llaman Vista de Águila. Creo que deberíamos pegarnos a De Metz. Él es un Asesino, y parece estar genuinamente consagrado a Juana. ¿Puedes encontrar su siguiente interacción?

Un momento… Sí, ya la tengo. Es justo después de que Juana fuera invitada a instalarse en Coudray.

Lunes, 7 de marzo de 1429

La niebla comenzó a cambiar una vez más, revelando el patio del Château du Milieu. De día su aspecto era totalmente distinto; igual de impresionante, pero mucho menos misterioso que cuando Gabriel, Juana y su grupo entraron la noche anterior. La atención de Gabriel no estaba en el entorno, sino en Jean de Metz que se echó sobre él, espada en ristre, lanzando un grito de guerra. Lo único que había entre Gabriel y el arma era su propia espada, su escudo y un arnés de armadura de cuero.

Los invernales rayos de sol se reflejaron en el acero. Gabriel apenas consiguió alzar su escudo a tiempo para bloquear el golpe de De Metz. La sólida embestida sobre el escudo de cuero sacudió el brazo de Gabriel hasta el hombro, haciéndole soltar un gemido. Levantó su propia espada para devolver a su vez el golpe. Las hojas entrechocaron y De Metz aproximó su rostro al de Gabriel, su boca curvada en un gruñido. Gabriel resopló, retorciendo su arma tal y como se le había instruido, pero en vano. De Metz retrocedió y luego cargó de nuevo, fintando para buscar las piernas de Gabriel mientras el muchacho trataba desesperadamente de girar su escudo para prevenir que le cercenara hasta las rodillas. La hoja de De Metz chocó contra la de Gabriel y la espada salió volando.

El joven sintió sus mejillas ardiendo. De Metz se rio de buena gana.

—No te preocupes. Lo conseguirás. Si ella puede, tú puedes.

Hizo un gesto hacia donde Juana estaba entrenando con De Poulengy. Habían tratado de encontrar una armadura que se adaptara a su pequeño tamaño, pero ella parecía flotar en su interior, y el casco le quedaba tan cómicamente grande que se tragaba por completo su cabeza. Debía de costarle mucho más que a él levantar la espada y, sin embargo, Gabriel observó que era capaz de enarbolarla para contener las estocadas de De Poulengy, obligando incluso al caballero a retroceder.

—Bien —dijo Gabriel—, obviamente Dios quiere que ella aprenda rápido.

Uno de los pajes se acercó con una jarra de vino aguado y unas tazas. Gabriel bebió con ganas advirtiendo que el chico no dejaba de mirar de reojo a Juana.

—Resulta extraño ver a una mujer peleando, lo sé —le comentó al chico —. Pero Juana es especial.

El paje asintió y luego dijo:

—Es bueno saber que viene de Dios; de otro modo, tras la pasada noche, algunos podrían decir que es una bruja.

La sangre de Gabriel pareció enfriarse mientras palpitaba a través de su cuerpo, y se enfureció.

—¡No *permito* que nadie diga eso de la Doncella! —espetó, e inmediatamente sintió remordimientos cuando el chico se apartó de él—.

¿Qué podría haber de malo en inspirar al verdadero rey a reclamar el trono que le corresponde legítimamente?

El chico palideció. Miró a De Metz y luego a Gabriel antes de hablar:

—¿Acaso no os habéis enterado? —Y al ver que sacudían negativamente la cabeza, continuó—: Ayer noche, Antoine Moreau fue encontrado ahogado.

Durante un instante, Gabriel no logró ubicar el nombre. Pero De Metz lo hizo.

—¿El Gigante? ¿El que habló con Juana?

El chico asintió, su mirada regresando inexorablemente a Juana mientras entrenaba.

—Dicen que ella le anunció que iba a morir. Y una hora después de que llegara… encontraron su cuerpo flotando en el río Vienne.

Un escalofrío recorrió la piel de Simon. Recordó haber leído algún testimonio al respecto, pero lo tomó por una exageración, si no por una absoluta patraña. Al final, estaba resultando que muy poco de lo que concernía a la Doncella era totalmente ficción.

—Cuánto lo siento —se lamentó una suave voz. Cómo consiguió Juana acercarse a ellos tan sigilosamente era algo que Gabriel ignoraba, pero ahí estaba, con el casco en una mano, su rostro encendido consternado por la pena—. Yo no traje su muerte, mi joven amigo. Pero es cierto que pude ver una sombra en su rostro. Solo espero de corazón que Moreau lograra hacer las paces con Dios antes de que Él se lo llevara.

El paje bajó la vista, asintiendo, y se alejó para dar de beber a otros contendientes que también estaban practicando. De Poulengy y los otros caballeros ayudaron a De Metz y a Gabriel a quitarse las armaduras, ofreciéndoles unas gruesas y cálidas capas, que Gabriel aceptó agradecido. De Metz le miró durante un instante, y luego dijo:

—Camina conmigo, Gabriel.

Gabriel obedeció, siguiendo los pasos de De Metz. Discretamente, tras haber dejado atrás la mayor parte del ruido producido por el entrenamiento y adentrarse en una zona ajardinada, De Metz comenzó a hablar.

—Cuéntame lo que sucedió anoche.

Sorprendido, Gabriel miró rápidamente a su alrededor. Estaban tras el refugio de unos pocos árboles cuyos troncos y ramas proporcionaban una moderada, si no completa, barrera entre ellos y lo que ocurría en el patio.

—Lo que sucedió en esa habitación queda entre aquellos que lo escuchamos —respondió, y casi de inmediato se dijo que podía haberse mordido la lengua. Confió en que De Metz no se hubiera dado cuenta de su desliz, pero fue inútil.

—¿Escuchar qué? —El noble dio un paso adelante—. Gabriel…, ¿escuchaste las Voces de Juana? —De Metz siempre había asombrado a Gabriel por ser lacónico e imperturbable, pero ahora parecía sobrecogido y vehemente.

—Ya he dicho demasiado.

—No suficiente, creo. Dímelo.

—Juana, como sabéis…

—Me ayudará a mantenerla a salvo, Gabriel —aseguró De Metz, con una urgencia inusual asomando a su voz—. Sé lo que sientes por ella, y sé que harías cualquier cosa para garantizar que no sufra ningún daño. Tengo que saber lo que escuchaste. Lo que… *viste*.

Los ojos de Gabriel se agrandaron. Él no había mencionado nada de su visión, la visión que únicamente él y Juana habían contemplado.

—Le jurasteis lealtad —le recordó al hombre de más edad—, y os creo cuando decís que pensáis que esto la mantendrá a salvo. Pero le hice a Juana una promesa. Debéis entenderlo.

Jean suspiró y asintió.

—Sí, lo entiendo.

Sus ojos parpadearon mirando por encima del hombro de Gabriel y sonrió.

—¡Juana! —dijo.

El corazón de Gabriel, como siempre, palpitó feliz mientras se giraba. Pero lo único que vio fue la imperfecta cortina de ramas y troncos de árboles, y luego el mundo se volvió oscuro.

¡El hijo de puta me ha noqueado!, pensó Simon, sobresaltándose.

Tras unos segundos, la escena cambió sutilmente. Simon solo veía oscuridad, pero las pestañas de Gabriel parpadeaban contra un tejido. Yacía

sobre el duro y frío suelo de piedra, y le dolía terriblemente la cabeza. Sin pensarlo, trató de tocársela y descubrió que estaba atado de pies y manos. El aire allí olía de forma diferente que en el exterior; rancio, ligeramente teñido por el olor a cuero y sudor.

—Está despierto —dijo una voz que Simon y Gabriel reconocieron.

Gabriel se enfureció, forcejeando para soltarse de las ataduras.

—¡Maldita sea, De Metz! —gritó—. ¿Qué estáis *haciendo*?

—Tranquilo, Gabriel —respondió De Metz.

Para su exasperación, sonaba más divertido que alarmado. El corazón de Gabriel palpitó agitadamente contra sus costillas, alimentado por su rabia y, sí, también por el miedo.

—¡Jurasteis *fidelidad* a Juana! —espetó.

—¿Lo hicisteis? —La otra voz era apenas un susurro que, de algún modo, lograba transmitir una cierta elegancia.

—Eh, sí, ya lo discutiremos más tarde —dijo De Metz—. Gabriel, siento mucho que la necesidad me haya obligado a actuar de este modo.

—¡Y un cuerno lo sentís! ¿Qué sois, asesinos?

Silencio. Y luego un estallido de carcajadas ahogadas.

—*¿Por qué os reís?* Si estáis aquí para matar a Juana…

—No, hijo mío —respondió la segunda voz aún con un susurro. Simon advirtió que el interlocutor trataba de ocultar su identidad de todas las formas posibles. La habitación en penumbra, los susurros, todo había sido cuidadosamente calculado para mantener la ignorancia de Gabriel—. Matar a la Doncella es la última cosa que cualquiera de nosotros queremos.

—Bien, entonces soltadme. —Gabriel se retorció y comenzó a forcejear de nuevo.

—Quédate quieto y escucha, y tal vez lo hagamos —dijo la segunda voz.

Simon estaba tratando de recopilar todo lo que sabía sobre aquel individuo. Un noble, casi seguro; una persona de rango superior a De Metz. Un soldado.

¿El Mentor?, se preguntó Simon.

—Hay cosas que aún no sabes, Gabriel Laxart —continuó el susurro—. Cosas que *debes* saber, si pretendes mantener a salvo a la Doncella.

—Ya sabéis que eso es lo que deseo, más que cualquier cosa —aseguró Gabriel—, salvo que ella pueda completar las tareas encomendadas por Dios.

—Ah, sí —dijo el susurro—, por Dios.

—Gabriel… —Esta vez fue De Metz quien le habló en tono normal—. Cuando miras a Juana, ¿la ves a menudo… resplandecer?

Gabriel se pasó la lengua por los labios secos.

—S… sí —respondió—. Así es. A veces el fulgor cae sobre ella, y… y me parece como un ángel. Pero nunca había visto…

Se mordió con fuerza el labio inferior.

—Nunca habías visto un ángel hasta ayer noche —concluyó la voz susurrante—. Sabemos lo que oíste cuando Juana y tú hablasteis con el Delfín. Sabemos lo que visteis. A *quién* visteis. Sabemos lo que Juana le dijo al Delfín. Esas palabras son muy valiosas para nosotros. Son palabras que nunca violaríamos. No eres culpable de nada, Gabriel Laxart. Y mantendremos nuestra espada apartada de la carne de los inocentes.

¡Es el Mentor!, pensó Simon, exultante.

Preguntas, súplicas, demandas… Las palabras se agolparon de tal forma en su garganta que Gabriel se sintió incapaz de hablar. Finalmente, lo único que pudo balbucir fue:

—Os escucho.

—Esta guerra, la guerra entre Inglaterra y Francia, ha durado ya casi un siglo —explicó De Metz—. Pero existe otra guerra que lleva librándose desde mucho antes de que el tiempo empezara a medirse. Una guerra que no trata de tierras, países o reinos, ni siquiera de las distintas creencias. Una guerra que no trata sobre *hombres*, sino sobre la humanidad en sí misma, sobre si debería ser libre para esculpir su propio destino o estar dominada por aquellos que la controlarían y la doblegarían para su servicio.

Eso no es exacto, pensó Simon, pero él y Gabriel se quedaron callados.

—Todo el mundo está afectado por esta guerra, pero pocos saben siquiera que existe —susurró el desconocido Mentor. El suave sonido sibilante rebotaba en los muros de piedra de la habitación—. Nosotros lo sabemos. Nosotros somos actores en la misma, y somos los que defendemos la libertad de la humanidad. Trabajamos en la oscuridad para servir a la luz.

Nos preguntaste si se nos conoce como asesinos. Lo somos, pero no en el sentido que piensas. Observamos, aprendemos, nos fijamos un objetivo… y eliminamos las amenazas.

—¿Qué? Vosotros… ¡Eso es matar a sangre fría!

—Nuestros enemigos lo llamarían así. Pero incluso ellos comprenden que, a través de la cuidadosamente planeada muerte de un solo individuo, miles, quizá cientos de miles de verdaderos inocentes, pueden ser salvados.

—¿Quiénes son vuestros enemigos? ¿Los que habéis dicho que quieren…?, ¿cómo era?, ¿controlar la humanidad para que sirva a sus propios propósitos?

Gabriel estaba confuso. Todo aquello sonaba, en el mejor de los casos, como una auténtica locura, y en el peor, como un asesinato calculado, y sin embargo algo en su interior parecía comprender. Lo suficiente al menos para hacer preguntas.

—Se hacen llamar Templarios —contestó De Metz—. Y nosotros nos erigimos contra ellos en defensa de aquellos que no pueden luchar por sí mismos. Aquellos que no han nacido en el lujo y el poder. Los indefensos. Los esclavos, los pobres, los lisiados, los demasiado jóvenes, los demasiado viejos.

—Los bastardos —murmuró Gabriel.

—Sí —y la voz de Jean de Metz sonó llena de amabilidad—. En nuestras filas hay hombres y mujeres, de alta y baja alcurnia, de piel oscura y clara. Todos somos miembros de la Hermandad. Todos somos iguales y llevamos hojas ocultas.

—¿Y… los Templarios? ¿Os referís a los Caballeros del Temple? ¿Como Jacques de Molay? Pero… la Orden fue disuelta. Eran herejes. Sin duda ahora están todos muertos.

—La Orden fue disuelta… hasta donde el mundo sabe —intervino el Mentor—. Algunos de sus miembros sobrevivieron. Se apartaron de la vista, pero mantuvieron la Orden viva, en silencio. Y ahora están tratando de reconstruirla. Aún no es público, pero están creciendo. Los Templarios tienen siempre sed de poder.

—Razón por la que la guerra aún continúa —prosiguió De Metz— y por la que, cuando nos cruzamos con personas que quizá son capaces de

ayudarnos (ya sea con pleno conocimiento o inconscientemente, tomamos ayuda donde podemos), acudimos a ellos. Tú puedes ver el resplandor de Juana. También nosotros. Pero no todos pueden hacerlo, Gabriel. Aquellos que lo hacen son especiales. Apoyamos totalmente vuestra misión porque una Francia unida, liderada por un rey francés, podrá impedir que los Templarios ingleses recuperen un lugar donde establecerse aquí, donde una vez fueron tan fuertes.

—Juana no os seguirá —advirtió de pronto Gabriel—. Ella solo obedece a Dios.

—Y lo aceptamos —aseguró la voz—. Estamos aquí para servirla en su misión, y quizá enseñarle cosas que puedan ayudarla a llevarla a cabo. No es de ella de quien hablamos. Es de ti.

Gabriel sintió que sus entrañas se quedaban súbitamente heladas.

—¿De mí? Yo solo soy…

—¿Un bastardo? Jean Dunois es conocido por todos como el Bastardo de Orleans, y precisamente en este momento está luchando para levantar el asedio de su hogar. ¿Acaso tenías cera en tus oídos cuando te estaba hablando antes? ¡Tú puedes ver la luz de Juana! Has dominado las armas más rápido de lo que haya visto nunca hacer a nadie. Estas habilidades se transmiten a través de nuestra sangre. Como el color de ojos de tu padre o el cabello de tu madre. Gabriel, tú *naciste* para esto.

Yo nací para esto. Esas fueron las palabras de Juana cuando habló de su cometido. Nacida para abandonar su hogar y emprender el peligroso trayecto hasta Chinon. Nacida para levantar un asedio y coronar a un rey, y tal vez más. Gabriel siempre pensó que había nacido para… nada. Se sintió estremecer; pero no por el frío suelo de piedra que se traspasaba hasta sus huesos, sino por algo más. Algo que solo había sentido cuando contemplaba a Juana, sus ojos azules dilatados por el asombro y esa luz, esa exquisita incandescencia, que la iluminaba desde el interior.

—Vosotros… ¿pretendéis que me una a… la Hermandad?

—No —susurró el Mentor—. Solo aceptamos a aquellos que han demostrado ser dignos y leales, y tú aún eres un desconocido. Por ahora solo entrena. Afina tus reacciones. Fortalece tu cuerpo. Enseña a tus ojos a ver de forma diferente y a dar sentido a lo que aprendes. Haz todo esto para

honrar tu herencia y proteger a la Doncella. Nosotros también trataremos de enseñarle. Es posible que no siempre puedas estar ahí para ella.

Le conocían lo bastante para entender cómo ofrecerle exactamente lo que quería. Hermandad. Un lugar. Un sentimiento de ser especial, de ser valioso. Pero, por encima de todo, sabían que Gabriel Laxart haría cualquier cosa, en este mundo o en el siguiente, para proteger a Juana la Doncella.

—¿Y si me niego?

—Bueno, obviamente confiamos en que no lo hagas —respondió De Metz—. Serás libre para irte, siempre que mantengas la boca cerrada. Pero estaremos vigilándote, y si nos traicionas…, bueno. Los castillos tienen muchos secretos; muchas habitaciones que han sido olvidadas. Hay muchas posibilidades de que tu cuerpo nunca sea recuperado.

—Estáis… bromeando, ¿no es cierto? —Su corazón se saltó un latido —. ¿Y qué pasa con lo de «apartad vuestra espada de la carne de los inocentes»?

Se produjo un silencio. Y entonces, para su asombro, escuchó risas. Los dos susurraron durante un momento. Y luego Gabriel oyó el sonido de pasos calzados con botas sobre los escalones de piedra. Su estómago se encogió.

Cuando De Metz habló, el alivio recorrió por completo el cuerpo de Gabriel.

—Debes olvidarte de batallar, y en su lugar ofrecer tus servicios al rey como miembro de su consejo —indicó con un asomo de risa aún en su voz —. Vamos, Gabriel. Eres un pez demasiado pequeño para que nos molestemos en matarte. Te hemos expuesto nuestra causa. ¿Te unirás a nosotros?

11

Gabriel lo meditó un momento. Sintió una punzada de preocupación por lo que defendían esos hombres, lo que ofrecían. Pero, de algún modo, toda su vida había sabido que él era diferente y se preguntó si esa punzada en el pecho sería de excitación y no de miedo.

—Sí —respondió—. Aprenderé lo que tengáis que enseñarme. Pero yo mismo os daré muerte si traicionáis a Juana.

Simon se sintió físicamente enfermo. Gabriel Laxart, su propio antepasado, ¿un Asesino? ¡Imposible! Simon era un Maestro Templario, un miembro del Santuario Interior. Más aún, era lo que se llamaba un «Legado». Sus padres eran Templarios, y su abuela también lo había sido, trabajando sigilosamente en la retaguardia de la oficina de guerra de Winston Churchill. Había también algunos familiares más, desperdigados a lo largo de su linaje. Verse obligado a presenciar la alianza de Gabriel con el enemigo era como si Simon escupiera sobre sus tumbas.

—No esperaba menos —dijo De Metz. Todo rastro de humor había desaparecido de su voz.

Gabriel escuchó un extraño chasquido y entonces sintió cómo sus ataduras estaban siendo cortadas. Tan pronto como sus manos estuvieron libres, se quitó la venda de los ojos, entornándolos ante la luz que se filtraba a través de las estrechas ranuras verticales situadas en las curvas paredes de piedra de la estancia. Sobre su cabeza, el techo se arqueaba en un hermoso diseño de hileras de piedra, y advirtió que alguien había grabado unas

peculiares inscripciones en las paredes de roca. Una serpenteante escalera constituía la única salida. Se dio la vuelta hacia De Metz y sus ojos se posaron en el cuchillo que sobresalía de la parte inferior de la muñeca derecha del joven noble. Los labios de De Metz se curvaron en una sonrisa. Claramente había estado aguardando a que Gabriel lo advirtiera, y con un rápido movimiento la hoja desapareció dentro de su manga.

—Esta —explicó en voz baja— es nuestra arma tradicional. La hoja oculta. —Otro leve movimiento y con un suave sonido la hoja volvió a surgir—. Con ella, literalmente tan a mano, podemos llevar a cabo nuestras tareas de forma menos visible. Lo que nos lleva al segundo de los principios de nuestro Credo: ocultarse a plena vista.

Qué fácil le habría resultado matarme, mientras posaba una mano sobre mí a guisa de gesto amistoso, pensó Gabriel. Su segundo pensamiento fue que a él también le gustaría llevar esa elegante y sutil arma letal, y supo que no vacilaría en utilizarla contra cualquiera que pretendiese hacer daño a Juana.

Apartó su vista de la hoja.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En la mazmorra de Coudray —contestó el Asesino.

—Alguien podría haberme encontrado aquí —resopló Gabriel—. Podía haber gritado por las ventanas.

—Bueno…, no si te hubiera puesto esto en la garganta —replicó De Metz en un tono asombrosamente impasible—. Ciertamente nadie te hubiese encontrado en el pasadizo secreto que lleva desde aquí a la torre Mill. —Gabriel se sintió palidecer. De modo que… *no* habían estado haciendo vanas amenazas.

—¿Quién era el otro hombre? —preguntó, tratando de mantener la voz tranquila.

—Ya lo descubrirás cuando llegue el momento, si llega. Cuanto menos sepas de nosotros, menos posibilidades hay de que nos traiciones.

—Yo nunca os traicionaría mientras estéis protegiendo a Juana.

—No conoces los amables métodos de persuasión empleados por nuestros enemigos —observó De Metz con una sonrisa sombría—. Quienes, por cierto, estuvieron aquí una vez.

—¿Los Templarios? ¿En Chinon?

—No solamente en Chinon. Cuando he dicho que estuvieron aquí, me refería justamente aquí. Su Gran Maestro, Jacques de Molay, y otros tres Templarios de alto rango fueron encarcelados durante unos meses en este mismo calabozo. —Señaló los grabados que Gabriel había advertido con anterioridad—. Me pregunto si puedes ver o sentir alguna cosa sobre ellos. Algunos Asesinos, gente como tú, quizá, parecen ser capaces de ver o sentir cosas que otros no pueden. En nuestra Hermandad lo llamamos Vista de Águila. Tiene que haber algún tipo de mensaje ahí. Los Templarios no gastarían sus energías haciendo dibujos para pasar el rato.

Gabriel volvió los ojos hacia los grabados en la piedra. Para él eran solo un galimatías. Una confusa colección de frases en latín —sabía lo suficiente como para reconocer el idioma, pero no tanto como para poder leerlo— y de imágenes aparentemente caprichosas: cruces, manos tendidas, un sol bastante inclinado, por cierto; parecía más bien una lágrima invertida o una gota de sangre más que un orbe, cuyos rayos bañaban un rostro de perfil. Había también otras figuras, algunas con algo que recordaba a capuchas, y otras que tal vez pretendían ser ángeles.

—Bueno —declaró sin poderlo evitar—, no puedo decir que los Templarios vayan a dejar a ningún artista sin trabajo.

—Algunos Templarios fueron grandes maestros de las artes —aseguró De Metz—, aunque debo admitir que no parece que el Gran Maestro De Molay se encontrara entre ellos. ¿Hay algo que te choque o te llame la atención?

Gabriel quería desesperadamente ofrecer a De Metz una información valiosa. Alguna pista que hiciera que el hombre mayor se alegrara de estar entrenándole, de modo que continuó mirando. Finalmente, suspiró. Una ristra de letras y símbolos combinados. Claramente un código, pero no uno que fuera capaz de adivinar. Dos estrellas de seis puntas, tres círculos cruzados por líneas. Una flor de lis. Lo que parecía como un corazón atravesado por una flecha, y otro más al lado de la mano tendida.

—¿Alguna cosa?

Gabriel resopló.

—Bueno, eso de ahí parece un pato.

De Metz frunció el entrecejo, y luego miró la figura y soltó una carcajada. Gabriel se unió a él, sintiendo que la tensión desaparecía.

Gabriel se sentía disgustado consigo mismo y ligeramente avergonzado; Simon, tras la desagradable revelación de que había sangre asesina en él, empezó a notarse más calmado. Estaba disfrutando de una prolongada y detallada visión del grabado, algo que Zachary Morgenstern de Criptología estaría encantado de ver. Otra sólida razón por la que su método de investigación funcionaba. Aunque no formara parte de su objetivo principal —localizar y observar la Espada del Edén con vistas a poder repararla—, era un conocimiento que no tenía precio para los Templarios, y que de otra manera se habría perdido.

—Lo siento —dijo Gabriel a De Metz—. Nada parece tener sentido para mí.

—Ha sido un intento valiente —dijo De Metz—. No obstante, recuérdame no dejarte nunca un mensaje con símbolos. Aprovechemos el tiempo para un entrenamiento más productivo. —Gabriel asintió y se dirigió hacia la escalera—. No es preciso volver al patio. Esta habilidad en particular necesita enseñarse en privado. Normalmente no dejamos que nadie que no sea un auténtico miembro de la Hermandad maneje esto, pero… has demostrado algunas interesantes habilidades. —Sonrió—. Espero que lo aprecies, ¿eh?

Mientras hablaba empezó a levantar su manga, revelando completamente la hoja oculta atada a su antebrazo. Con gran destreza la desató y se la tendió a Gabriel, quien la tomó con un gesto casi reverente.

Nunca antes había visto nada igual. Además de su diseño único —y función— era sencillamente hermosa. La hoja de acero había sido grabada con ornamentados símbolos y afilada hasta obtener una punta letal. Estaba astutamente integrada en un arnés de cuero que se ajustaba al brazo lo suficiente como para que el arma no fuera detectable bajo la manga de la túnica. Incluso el propio arnés era sobrecogedor, una obra maestra de cuero labrado con una función brutalmente eficaz.

De Metz la ajustó con adiestrada velocidad alrededor del brazo derecho de Gabriel.

—Lo primero que debes recordar es mantener tu mano lejos de la trayectoria. En los primeros siglos, los Asesinos se hacían cortar el cuarto dedo como muestra de absoluta devoción a la Hermandad.

—Eso os haría fáciles de reconocer —observó Gabriel—, especialmente si creíais en esconderos a plena vista.

De Metz lo miró con interés.

—No eres solamente el pequeño corderito de Juana, por mucho que te empeñes en hacérnoslo creer, ¿no es cierto?

El pequeño corderito de Juana. Se supone que era una burla amistosa, pero burla al fin y al cabo. Lo extraño era que… Juana no le hacía sentir como un corderito. Un cordero estaba indefenso y necesitaba que lo protegieran. Juana le hacía sentir como un león, como si fuera importante en este mundo, como si pudiera ayudarla a cambiarlo. Eso otorgaba un propósito a todo lo que hacía.

—Soy de Juana —observó, sencillamente—, pero no soy un corderito. Y ahora —dijo sonriendo a De Metz—, mostradme cómo usarla.

Dos oponentes a caballo se enfrentaban el uno al otro, pertrechados con pesadas armaduras protectoras de cuero. Los escudos eran reales, pero las lanzas tenían la punta embolada. Al regresar al patio con De Metz, Gabriel necesitó un momento para darse cuenta de que el pequeño soldado de la desproporcionada armadura era Juana. La muchacha clavó sus talones en el flanco del caballo, al igual que hizo su oponente, y los dos corceles trotaron para encontrarse. El escudo de Juana recibió el impacto directamente en el centro. Su torso retrocedió por la fuerza del choque, espada y lanza temblando en sus dedos.

El caballo se asustó. El pie de Juana resbaló del estribo y se tambaleó violentamente, mientras braceaba para recuperar el equilibrio. Durante un terrible momento, pareció como si fuera a caer bajo los encabritados cascos. Pero entonces, de alguna forma, se enderezó, recuperó las riendas y, para asombro de Gabriel, dirigió su caballo en dirección a sus nuevos escuderos, quienes le tendieron las armas que había dejado caer.

El otro caballero había mantenido su lanza en ristre y situado a su caballo en posición. Juana se acomodó en la silla e hizo girar a su caballo para un segundo intento.

Su lanza cabeceó cuando la enorme bestia galopó hacia el caballero montado. Gabriel observaba, sin apenas respirar, mientras el extremo de la lanza de Juana oscilaba, y luego súbitamente parecía colocarse en posición, al igual que la hoja oculta hacía cuando él giraba su muñeca. Era firme y real, y Gabriel sintió una ovación ascendiendo a su garganta que emergió cuando la lanza de Juana golpeó el escudo del caballero justo en el centro. Hubo un estruendoso *crujido* y la lanza de ella se partió en dos, haciendo caer el escudo de la mano del caballero mientras este trataba de equilibrarse en su montura.

Esta vez su lanza había pasado cerca de Juana.

—¿Cuánto tiempo llevan haciendo esto? —preguntó Gabriel atónito.

—No nos hemos ausentado tanto tiempo, y ella estuvo en misa con el Delfín esta mañana. Una hora, como mucho —respondió De Metz. Miró a Gabriel y parpadeó—. Es como te dije. Ambos sois unos inusuales y veloces aprendices.

En medio de los vítores, Juana se quitó el casco, sacudiendo su corto cabello, empapado de sudor. Su rostro estaba colorado y jadeaba, pero aun así…, aun así, Gabriel vio el ya familiar fulgor surgiendo de ella.

—Casi podemos sentir nuestra corona encima de nuestra cabeza —les llegó la voz del Delfín. Gabriel y De Metz se inclinaron en señal de respeto mientras se acercaba.

Con Carlos iba un hombre de unos veinte años, cabello oscuro, esbelto y apuesto. Tenía un rostro duro, con una delicadeza propia. La finura de sus rasgos y su soltura al caminar junto al rey indicaban que él también era de la nobleza. Se mueve como uno de los gatos de la granja, pensó Gabriel; ágilmente, con un mínimo esfuerzo, pero con una leve tensión en sus movimientos como si estuviera dispuesto a saltar en cualquier instante.

—¡Hola otra vez, mi señor Delfín y mi buen duque! —dijo la voz de Juana.

Acercó su caballo hacia ellos. La leve cautela en la postura del duque se relajó completamente; su apuesto rostro mostró una genuina sonrisa al

saludarla. Juana buscó a Gabriel y le hizo un gesto para que se adelantara. Este corrió hasta donde los dos hombres se encontraban junto a Juana, montada a caballo, y les hizo una inclinación.

—Este es mi primo Gabriel, que ha estado conmigo desde el principio. Este es Jean, duque de Alençon. Nos conocimos esta mañana en misa. Le expliqué que había llegado en un buen momento. ¡Cuanta más sangre real tengamos para defender a Francia, mejor nos irá!

El duque se rio.

—Vine tan pronto como me lo permitieron los ingleses —explicó a Gabriel—. Durante los últimos cinco años, he sido su más renuente invitado. ¡Apenas dispongo de unos días libres y mi rey ya ha requerido mi presencia! Pero me alegro de haber venido.

Sus ojos volvieron a posarse en Juana, y ella le sonrió tranquila y confiada.

—Nunca habría imaginado ver a una doncella sostener tan bien una lanza. Este viejo caballo de tiro que mi amigo Carlos os ha entregado no os servirá para la batalla, Juana. —El caballo en cuestión, que en realidad no era un caballo de tiro sino una montura de entrenamiento militar, sacudió las orejas, como si se sintiera ofendido por las palabras del duque—. Permitidme proporcionaros uno acostumbrado a oír el entrechocar del acero, y que no se espante si una espada cae al suelo cerca de él. Necesitaréis uno así.

Mientras la expresión de Juana pasaba del placer al auténtico gozo, Carlos levantó su mano en un gesto de alerta.

—Aún no tenemos decidido si enviar a la Doncella a la batalla —declaró, mirando al duque con desaprobación—, pero es muy amable por parte de nuestro amigo ofrecer semejante obsequio. Todavía hay muchas personas que desean cuestionaros, Doncella.

El rostro de Juana se nubló, pero su luz aún seguía brillando mientras contemplaba al duque.

—Me sentiré de lo más agradecida por mi nuevo caballo *cuando* lo monte hasta Orleans —aseguró, su voz ligera y feliz, casi juguetona.

Carlos pareció desconcertado. Sus ojos pasaron de Alençon a Juana, manteniendo el entrecejo fruncido. Los dedos de una mano hicieron girar

los anillos de la otra.

—Bueno, aunque aún debemos escuchar lo que nuestros estimables e instruidos clérigos nos digan sobre vos, Doncella, tal vez nosotros también podamos daros algo que llevar en la batalla, solo por si acaso. Una bonita espada, quizá, forjada exclusivamente para vos. Eso os complacería más que un caballo, ¿no es cierto?

Alençon, dicho sea en su honor, se limitó a sonreír, sin mostrarse en absoluto molesto por el hecho de que su señor tratara obviamente de superarle para ganarse la aprobación de Juana.

—Mis Voces, las mismas que me enviaron hasta vos para llevaros a Reims, me han prometido que ya hay una espada esperándome. No hace falta que molestéis a vuestros herreros para que me hagan una.

Carlos parpadeó, y el giro de los anillos se incrementó.

—¡Oh!

—¡Sí! —dijo ansiosa—. Debéis solicitar a los prelados de Santa Catalina de Fierbois que me la den. Sé exactamente dónde está. Puedo dictar una carta indicándoles exactamente dónde encontrarla. —Su sonrisa fue haciéndose más traviesa—. Ya lo veréis.

—Yo iré —se escuchó decir Gabriel, sintiendo el calor asomar a sus mejillas cuando todos los ojos se volvieron hacia él—. Yo iré a buscarla.

Recordó la sensación que había experimentado en la iglesia mientras rezaba al lado de Juana; esa atracción hacia el altar. Ansiaba volverla a sentir, y no podía soportar la idea de que alguien sin escrúpulos encontrara y escondiera la espada de Juana.

—Yo le acompañaré —dijo De Metz—. Con vuestro permiso, por supuesto.

Ella se volvió hacia él, la duda aleteando en sus ojos azules.

—Vos y De Poulengy no aprovecharéis esta oportunidad para escapar de vuelta a Vaucouleurs, ¿verdad?

—Por supuesto que no, señora. He mantenido las promesas que os hice, y no me atrevería a dejar vuestro servicio a menos que se me ordenara así.

Ella asintió.

—Bien. En ese caso, tengo otro encargo para vos. Mantened a salvo a mi Sombra Gabriel cuando viajéis a Santa Catalina de Fierbois.

—Eso está hecho, os lo juro —replicó De Metz—. Y queda claro que os dejo en buenas manos mientras esté fuera.

Había una mirada de anhelo en sus ojos: no era ni de lujuria ni de deseo, sino de melancolía. Gabriel la entendió. Cuando uno podía ver la luz de Juana, apartarse de ella exigía un gran acto de voluntad. *Como las polillas a las llamas, pero sin un final tan cruel*.

Gabriel se volvió para contemplar al recién llegado. Vio en el rostro del duque una expresión similar a la de De Metz; y sin duda similar a la suya propia.

Él también la ve, comprendió Gabriel. Y entonces, con un súbito reconocimiento, se dijo: *Al igual que yo. Al igual que lo hace De Metz*.

Al igual que un Asesino.

12

La bruma empezó a cerrarse alrededor de Simon.

—¡Victoria, no! —gritó, pero la voz de ella en su oído le cortó.

Sí, Simon, replicó. *Llevas ahí dentro varias horas, y has atravesado unas cuantas simulaciones muy intensas. Podemos continuar mañana a primera hora. Debes acostarte temprano y descansar*.

—Espera, ¿no lo entiendes? ¡Gabriel está a punto de recoger la espada! ¡Esto es por lo que estamos trabajando!

Una pausa.

Tienes razón. Pero he estado monitorizando tus constantes, Simon, y no me gusta lo que veo. Tus niveles de cortisol están subiendo, tu presión arterial es alta, y estás algo más que deshidratado.

—Oh, vamos, eso suena como si hubiera estado viendo un partido de fútbol y bebiendo un par de cervezas en el bar. Me encuentro *bien*.

Alzó una mano para pasársela por el cabello y, en su lugar, se chocó contra el casco. No se había dado cuenta de lo inconsciente del gesto hasta ahora. Simon ya se había enfadado con Victoria antes, pero por primera vez sintió un verdadero acceso de rabia.

—Mira —dijo tratando de contener con gran esfuerzo el tono desesperado de su voz—. Mañana será el *cuarto* día. Podemos ir a la oficina de Rikkin a primera hora y decirle que hemos encontrado la espada. Te apuesto a que nos concederá una prórroga.

Me dijiste que Juana tenía tres espadas. ¿Qué pasa si esta no es…?

—Lo es. Simplemente lo sé. —*Tranquilo, Simon*, se dijo. *No puedes parecer frenético o te sacará inmediatamente de aquí*—. Solo una simulación más. Donde encuentran la espada. Quiero asegurarme de que hemos encontrado la correcta.

Pareció transcurrir una eternidad antes de que ella dijera:

Está bien. Pero si siento que estás en cualquier tipo de peligro, el que sea, te sacaré de ahí.

Simon dejó escapar un suspiro de alivio mientras la bruma comenzaba a formarse una vez más, para rehacerse en la reconocible silueta de la iglesia de Santa Catalina.

Habían partido al mediodía del 7 de marzo, para llegar quizá una hora antes del ocaso. La iglesia de Santa Catalina parecía más pequeña a la luz del día, observó Gabriel mientras desmontaba. La rechoncha y anciana viuda que cocinaba y limpiaba para el sacerdote les recibió ante la puerta del refectorio y les apremió a que pasaran y se calentaran. Cuando le entregaron la carta privada de Carlos, y explicaron que estaban cumpliendo un encargo del Delfín, su sonrosado y alegre semblante se volvió solemne y sus ojos se dilataron.

—Por favor —dijo—, servíos un poco de pan, algo de cerveza y un trozo de queso. Llevaré esto al padre Michel.

—Gracias —respondió De Metz, sentándose y arrancando un trozo de pan. Se lo ofreció a Gabriel mientras él masticaba el grueso y áspero pan oscuro hasta que la mujer desapareció—. Ahora que estamos aquí —dijo en un tono más distendido—, voy a contarte mi teoría sobre por qué estabas tan agitado durante el trayecto.

Gabriel se estremeció para sus adentros mientras empapaba el duro pan en la cerveza y daba un mordisco. Por supuesto, De Metz se había fijado en ello. Había tratado de sonsacarle, pero Gabriel se las arregló para eludir sus preguntas.

—Los dos hemos estado antes en la capilla. Voy a suponer que fuiste allí por tu cuenta, o quizá con Juana, para rezar. Y creo que sentiste algo que te lleva a creer que sabes dónde se encuentra la espada.

Gabriel asintió.

—Es ridículo, lo sé. Dios no habla conmigo, solo con Juana.

—¿Recuerdas lo que te dijimos en la mazmorra? —prosiguió De Metz —. ¿Sobre cómo hay algo en tu sangre que tiene el poder de ver la luz de Juana? ¿Y también en la mía? ¿Y en la de ella, para tener semejante luz? —Gabriel asintió—. Eso es porque somos descendientes de seres que llegaron antes de que el hombre pusiera un pie en este mundo. Seres poderosos, con grandes habilidades y conocimientos.

Gabriel se le quedó mirando. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que el ama de llaves no regresaba antes de decir con un agudo susurro:

—¿Y me decís todo eso en la casa de un sacerdote? ¡Es una *herejía*!

De Metz asintió.

—Para la gente común, sí. Pero nosotros… sabemos que es la verdad. ¿Te confortaría más si pensaras en esos seres como ángeles? Ciertamente no son dioses. Has visto demasiado para tener miedo de esto, Gabriel. Lo has visto en Juana, incluso lo has visto en ti mismo. Apostaría a que sentiste algo aquí, un tirón, algo que te impulsó a ir en una determinada dirección. Esos… seres, los Primeros Llegados, dejaron atrás artefactos de gran poder. Nosotros los llamamos Fragmentos del Edén, y tanto Asesinos como Templarios han estado intentando encontrarlos desde el amanecer de los tiempos. Sin duda, habrás oído historias sobre las llamadas espadas mágicas, o pociones, o varitas o bastones, ¿no es cierto? Estos objetos son los que inspiraron aquellas historias. No son mágicos, no exactamente, pero el efecto es el mismo.

Gabriel bajó la vista a su taza con los trozos flotantes de pan empapado y asintió.

—Sobre lo que habéis dicho antes. Ciertamente *sentí* un impulso. Detrás del altar. Donde se encuentra la estatua de santa Catalina.

—Buen chico —dijo De Metz—. ¿Me creerías si la carta de Juana confirma este aspecto?

—No veo que tenga elección —replicó Gabriel.

Escucharon pasos y se levantaron cuando el padre Michel entró. Era bajo, de piel arrugada tan fina y pálida como pergamino, pero sus ojos brillaban cálidos y acogedores.

—He leído la carta del Delfín —declaró—, y no estoy tan sorprendido como podría esperarse ante las instrucciones que contiene.

—¿Qué es lo que os pide, padre? —inquirió De Metz.

El padre Michel volvió sus brillantes ojos hacia el Asesino, teniendo que levantar la cabeza para mirarle.

—Debemos excavar detrás del altar —señaló—. Y allí, encontraremos una espada.

—¿Y eso no os sorprende? —se extrañó Gabriel.

El padre Michel se rio amablemente.

—Desde que existen las iglesias siempre ha habido soldados en ellas orando por la victoria. A veces, en agradecimiento a la bondad de Dios, dejan como ofrenda un escudo, una armadura o —sonrió— una espada. No tenemos ningún registro de que semejante arma fuese depositada aquí, pero no es tan irregular como para que me sorprenda. Sin embargo, tendremos que esperar hasta mañana. La iglesia no cuenta con herramientas para semejante tarea. Pediremos ayuda a los albañiles. Entretanto, permitidme que os ofrezca mi modesta hospitalidad.

El martes 8 de marzo, se levantaron con las primeras luces del alba para asistir a misa. Una vez que esta terminó, aquellos que se encontraban ya en la iglesia se pusieron a despejar la zona, y los albañiles empezaron a trabajar. Dado que Santa Catalina de Fierbois era una pequeña aldea, la iglesia tenía el suelo de tierra en vez de baldosas, caliza o piedra molida, de modo que el trabajo de excavar detrás del altar no resultó tan destructivo como podría haberlo sido. Después de un tiempo, una buena multitud se había congregado con el fin de observar a los albañiles utilizar sus picos y escoplos para levantar el terreno tras el altar.

Gabriel, de pie a un lado, estaba deseando poder intervenir con el pico y ayudar, pero sabía que no sería bien recibido. Podía…, no había otra palabra…, *sentirla*. La Espada del Edén, como De Metz la había llamado. Con cada capa de tierra que retiraban, se acercaba más a la superficie. En un momento dado, Gabriel se mordió una uña y De Metz le susurró:

—¿Qué sucede?

—Me aterroriza que puedan dañarla con sus herramientas —murmuró Gabriel en respuesta.

—No te preocupes, muchacho, estas cosas han existido durante milenios. El pico de un albañil no es nada para ellas.

—Confío en que tengáis razón. Porque si *resulta* dañada, *vos* seréis quien se lo explique a Juana. —De Metz dejó escapar una carcajada, granjeándose la mirada reprobatoria del padre Michel.

En ese momento, uno de los albañiles se detuvo. Pidió otro escoplo, esta vez más pequeño y afilado, y empezó a escarbar con cuidado. La abarrotada nave de la iglesia se quedó en silencio ante el ligero, pero evidente, cambio en la actividad. La respiración de Gabriel se aceleró, y por un instante se sintió mareado. La mano de De Metz se posó en su hombro; su apretón era reconfortante, pero también una advertencia para no rendirse a la sensación. El muchacho asintió en agradecimiento.

El contorno de una espada apareció. El suelo que la rodeaba era duro y compacto, de modo que lo que quiera que fuese llevaba allí enterrado algún tiempo; al menos un siglo, tal vez más. Los albañiles la cogieron con cuidado y llamaron a uno de los herreros de la aldea, quien se adelantó llevando un trozo de tela para sostenerla. Cuando la levantó, la herrumbre que la cubría simplemente se desprendió como si no hubiese revestido la espada durante décadas. Se dio la vuelta y la alzó para que todo el mundo pudiera verla. Un murmullo recorrió la nave cuando la multitud congregada contempló la espada, desenterrada exactamente donde la muchacha de Domrémy había dicho que estaría; una espada tan sagrada que incluso la más leve mota de orín parecía avergonzarse de mancillarla.

¿Cómo no pueden sentirlo?, se preguntó Gabriel, con los ojos dilatados.

Simon también la estaba mirando, enfadado. No podía aseverar que esa fuera la misma espada que recordaba haber visto bien protegida tras una vitrina en el lustroso pero austero despacho de acero y madera de Rikkin. Parecía tener más o menos la misma longitud —entre setenta y cinco y ochenta centímetros— y la misma forma. Pero desde donde estaba no podía distinguir bien el pomo, aunque el guardamano estaba recto.

Era, sin ninguna duda, el Fragmento del Edén n.º 25.

Habían encontrado la espada que perteneció a Jacques de Molay, a Thomas François Germain, a Arno Dorian…

… y a Juana de Arco.

—La tenemos —murmuró Simon, antes de que el mundo se fundiera en negro.

—¿Simon? Simon, ¿puedes oírme?

Lentamente, abrió los ojos para ver los rostros desenfocados de Victoria, Amanda y otros dos técnicos cuyos nombres no conocía, observándole. Parpadeó y empezó a levantarse.

—¿Qué…?

Victoria apoyó una mano en su pecho obligándole a tenderse suavemente.

—Te has desmayado.

Se quedó helado. Eso era malo, muy malo. Rikkin podría apartarle del proyecto.

—Ah. Gracias por todo —dijo a Amanda y a los técnicos—. Creo que Victoria y yo podemos ocuparnos a partir de ahora.

Victoria no protestó, y con un par de miradas de preocupación los otros abandonaron la habitación.

—No tenía ni idea de que hubiese un catre aquí —murmuró.

—Esto es Abstergo —repuso Victoria—. Siempre hay alguien que se queda hasta muy tarde, de modo que *siempre* hay un catre en cada departamento. Y normalmente también una ducha.

Simon supuso que estaba en lo cierto.

—¿Qué ha sucedido exactamente?

—Tu nivel de azúcar en sangre estaba tan bajo que empezaste a hiperventilar —explicó—. Nada serio, gracias a Dios.

—¿Crees que ha sido un efecto del Animus?

Ella negó con la cabeza y le tendió sus gafas. Simon se las puso, sintiendo que aumentaba ligeramente su dominio mientras el mundo pasaba de borroso a nítido.

—No. Solo simple estrés y cansancio. —Hizo un gesto hacia una taza de cartón en una mesa al lado del catre—. Bébete eso, es una solución de electrolitos.

Él rechazó su ayuda para sentarse y se arrepintió en el acto. Bebió obedientemente el brebaje que ella le ofrecía.

—¿Entonces no hay ningún efecto específico del Animus?

Victoria negó con la cabeza y se recostó en la silla, cruzando los brazos y mirándole.

—No —aseguró—. Pero ya te advertí sobre el riesgo. Debiste dejarme concluir cuando lo sugerí.

Todo volvió a su mente, y se giró hacia ella.

—Victoria, la encontramos. ¡Lo hemos conseguido!

—Sí, lo hemos hecho —admitió—. *Tú* lo has hecho.

—… pero hay un «pero» a continuación, ¿no es cierto?

Ella suspiró.

—Estoy preocupada, Simon. Eres un individuo sano, pero no estás entrenado para esto. Te está consumiendo. Creo que deberíamos tener un día de descanso.

—De ninguna manera.

—Simon…

—Él debe darnos más tiempo —insistió Simon. Su respiración era acelerada y jadeante, la mano que sostenía la taza de cartón estaba temblando—. Hemos encontrado la maldita espada, podemos…

La mano de ella se alargó para aferrar la suya, calmando su temblor.

—Simon… —La voz de Victoria era tranquila, profesional, y Simon se desesperó al oírla—. *Para*. Escúchame. Mañana, cuando estés más despejado, podemos enviarle un correo y explicarle la situación. Pero no te hagas ilusiones, y además no me siento cómoda yendo a este ritmo.

Y entonces pronunció las palabras que tanto temía.

—Tal vez debamos aceptar que no podremos seguir a Juana hasta el final. Y considerando lo involucrado que estás en este punto…, tal vez no sea tan mala idea.

Él guardó silencio.

—Voy a darte algo que te ayude a dormir —continuó Victoria. Él pudo advertir cierto pesar en su voz, aunque no le ayudó en absoluto—. Pide un poco de comida para llevar y llama a uno de los coches de la compañía. No quiero que conduzcas. Come en cuanto llegues a casa y luego métete en la

cama. Nos reuniremos mañana a las nueve y prepararemos juntos la presentación para enviarle a Rikkin. Prométeme que no enviarás nada, ningún mensaje, llamada o correo, *nada*, a Rikkin antes de que yo llegue aquí mañana.

—Muy bien. —Pero eso no significaba que no pudiera esbozar alguna cosa esta noche. Se miraron durante un momento.

—Lo siento —dijo.

—No lo sientas. Nada de esto es culpa tuya. Es Rikkin y su maldito plazo lo que está acelerando todo. —Sus palabras no parecieron animarla, de hecho se la veía aún más seria.

Simon estiró la mano y le dio una palmadita en el brazo.

—Anímate. Mañana estaré fresco como una lechuga. Rikkin no imagina lo que le espera.

13

—Bueno, ha sido rápido —dijo Rodrigo.

Se apoyó contra el marco de la puerta y cruzó los brazos, fingiendo una mirada de disgusto sin conseguirlo. Sin embargo, sí parecía un poco triste.

Andrew Davies y Max Dittmar se habían quitado sus auriculares al ver entrar al jefe, y ahora estaban mirando hacia Anaya. Ella se encogió de hombros con pesar.

—¿Qué puedo decir? —contestó—. Echo de menos hablar francés.

—Espera un momento, ¿qué? —preguntó Andrew—. ¿Vuelves a la delegación de París, Ny?

—No, se va a la salvaje América del Norte, a Montreal —aclaró Rodrigo—. Estáis mirando a la nueva Directora de Información de Seguridad para Abstergo Entertainment. Más vale que seáis amables con ella. Y con su nuevo sustituto.

—No pensé que sucedería tan rápido. —Apenas había tenido tiempo de asomar la cabeza en la oficina y contarle a Rodrigo lo de su entrevista, y mucho menos prepararle para que se hiciera a la idea de perderla—. Espero no estar poniéndote en un aprieto.

—No vamos a tener tiempo de echarte de menos. He hablado con Recursos Humanos y nos envían un sustituto mañana.

Ahora era el turno de Anaya de sorprenderse. Esperaba disponer de al menos unos pocos días antes de que encontraran a alguien. Pero, una vez

más, los puestos en el Cuartel General eran altamente codiciados y rápidamente cubiertos.

Su mente retrocedió a la serie de entrevistas. Habían transcurrido extraordinariamente bien, y volvió a reflexionar sobre el hecho de que muchos Templarios de alto rango en Abstergo fueran mujeres, especialmente en campos que solían ser dominio de los hombres en la mayoría del resto de las corporaciones. De hecho, las dos personas que la habían entrevistado eran mujeres: la Directora Ejecutiva de Comunicaciones, Melanie Lemay, que, sinceramente, era adorable, y la opuesta totalmente a Melanie, la más intimidante de todas, Laetitia England. Nunca había coincidido con Laetitia, pero sabía que Simon había trabajado mano a mano con ella, pues ambos participaban en Investigación Histórica. Simon solía ser muy reservado sobre sus asuntos. En una relación, eso no ayudaba precisamente a la comunicación, pero en el trabajo era una cualidad excelente. Solo un único y punzante comentario sobre Laetitia había escapado de sus labios durante el año que él y Anaya estuvieron juntos.

De todas formas, había sido bastante agobiante tener que hablar con ejecutivas tan poderosas, de modo que cuando Melanie la llamó ofreciéndole el puesto, apenas una hora después, a Anaya le resultó difícil poder, como aconsejaba el póster de la Segunda Guerra Mundial, «Mantener la calma y continuar como si nada». Y le envió a Simon un mensaje.

—A esto lo llamo no darme tiempo para remolonear un poco antes de mi marcha —declaró Anaya—. ¿Quién es la persona afortunada?

—Su nombre es Benjamin Clarke. Llegará mañana a primera hora desde Nueva York. Me han contado que es una especie de niño prodigio y que ha estado luchando para conseguir un puesto allí, pero, aparentemente, dio saltos de alegría ante la oportunidad de venir aquí.

—¡Americanos! —suspiró Max—. Aún creo que desean secretamente no haber tenido nunca su pequeña revolución.

—¿Secretamente? —se rio Anaya—. Habla con la BBC, no es tan secreto.

Estaba empezando a asimilar la situación; en cierto modo, la charla sobre entrenar a su sustituto lo hacía todo más real de lo que la llamada de aceptación lo había hecho. Echó un rápido vistazo a su móvil; Simon no había contestado. Bueno, él también estaba muy ocupado instalándose en su nuevo puesto. Qué extraño que ambos estuvieran ascendiendo —y en su caso, mudándose— al mismo tiempo, cuando las cosas tan pocas veces parecieron coincidir mientras estuvieron juntos.

Rodrigo miró el reloj.

—¿Qué os parece si los cuatro salimos antes para poder llevar a Anaya a tomar una copa y a cenar para celebrar su ascenso? Dejaremos tu fiesta sorpresa de despedida para la víspera de tu partida.

Anaya se rio.

—Voy a echaros de menos a todos —declaró—, pero, sinceramente, ahora mismo una copa suena absolutamente genial.

—Estamos entre semana, y es temprano. Veré si puedo tirar de escalafón y conseguir una mesa en el Bella Cibo.

Para sorpresa de Anaya, considerando que el Bella Cibo normalmente estaba reservado para fiestas privadas, altos ejecutivos de visita y figuras políticas, Rodrigo fue capaz de conseguir una mesa para cuatro. Y nada menos que pegada al ventanal con vistas. En los cálidos días de verano, los mejores sitios eran los de la terraza, donde los afortunados comensales disfrutaban de la maravillosa vista del London Eye y el palacio de Westminster. Tanto el sol como la lluvia eran mantenidos a raya por un enorme toldo de rayas blancas y rojas. En esta época del año, sin embargo, ya empezaba a anochecer, y las luces del Ojo formaban un círculo azul y blanco.

Tampoco el interior era desagradable a la vista. La oscura y pulida madera, el estratégico agrupamiento de mesas, las pequeñas fuentes y columnas rodeadas de hiedra, hacían acogedor el gran espacio. Las sillas eran sencillas, elegantes y cómodas, las mesas de pizarra negra cubiertas por manteles blancos y rojos.

—Hoy todo corre de mi cuenta —indicó Rodrigo a su equipo—. Pedid lo que queráis. Bueno, excepto el Barolo cosecha del 70.

Anaya lo encontró en la página veintitantos de la carta de vinos y sus ojos se abrieron como platos. *¿Mil libras por una botella?* No era de extrañar que nunca hubiese pensado en aparecer por allí.

—Oh, creo que el tinto de la casa nos irá de maravilla —dijo tratando de que su voz no sonara estridente.

—Bueno, bueno —dijo Andrew—, estamos en buena compañía. Adivinad quién acaba de entrar por la puerta.

Anaya alzó la mirada. Era Alan Rikkin. Lo había visto una sola vez, cuando apareció para «inspeccionar» el trabajo de su equipo. Su encuentro apenas pasó de una sonrisa y un apretón de manos, escuchando educadamente a Rodrigo y diciéndoles con esa voz sedosa que continuaran con el buen trabajo, antes de que él y Rodrigo desaparecieran durante más de una hora en un despacho.

Rodrigo salió de allí con aspecto de haber envejecido diez años, y como colofón de aquella visita se produjeron una serie de despidos. Hasta ese día, su jefe nunca les había contado lo sucedido. Ella supuso que Rikkin era tan encantador como frío, y se alegró de que sus caminos no se hubiesen cruzado.

Ahora el jefe de Industrias Abstergo estaba ahí plantado con su traje de Savile Row, hablando educadamente con el *maître*, que rápidamente les condujo, a él y a su acompañante, hasta una sala privada.

Anaya parpadeó y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó Max.

—Nada. Solo… que una nunca hubiera imaginado estar en el mismo restaurante que él, eso es todo —contestó apresuradamente. Pero los ojos de Anaya siguieron a Rikkin y a la atlética mujer con el corte de pelo a lo chico. Ella no parecía contenta.

Anaya se volvió hacia sus compañeros, haciendo una broma sobre los espaguetis en lata, y entonces llegó el vino y todo el mundo se olvidó de la visión de Alan Rikkin.

Todo el mundo excepto Anaya, quien se preguntaba por qué demonios Victoria Bibeau estaba cenando en privado con Alan Rikkin.

Simon se recostó sobre la cómoda tapicería de cuero del coche de la compañía, contento de haber dejado que Victoria le convenciera para llamar a un chófer, y comprobó su teléfono. Solo un mensaje de Anaya:

LO HE CONSEGUIDO!!!! ☺

Sin darse cuenta, se encontró sonriendo genuinamente contento por que ella hubiese encontrado algo que la hiciese feliz. Ciertamente no había podido encontrar la felicidad con él. Sabía que debía responder, pero una ola de cansancio le arrolló. *Ya le escribiré mañana*, se dijo. Cerró los ojos y dejó que el chófer le condujera a su apartamento de Kensington.

Los sueños fueron desasosegantes, vívidos, teñidos de color. En un momento dado, se despertó —o creyó hacerlo— para escuchar al chófer hablando por teléfono en lo que sonaba como latín. Los símbolos e inscripciones en latín que Gabriel había visto inundaban su mente, y sonrió para sí mismo, para después volver a adormecerse antes de despertar completamente.

—¿Señor?

Simon se enderezó de un respingo, su corazón palpitando con fuerza, solo para descubrir que el chófer le miraba con preocupación. Advirtió que había cerrado los puños.

—Lo siento —murmuró, obligando a sus manos a abrirse—. Un mal sueño.

—Quizá sea justo el momento de cogerse unas vacaciones —bromeó el conductor.

—Quizá —respondió Simon, pensando en lo agradable que sería sumergirse en las cálidas aguas del Caribe en ese momento. Y luego, sintiéndose ligeramente estúpido, preguntó—: Supongo que no sabe latín, ¿verdad?

—¿Yo, señor? —El chófer se rio—. Mi padre solía decir que «el latín es una lengua muerta, tan muerta como pueda estar. Primero…».

—Primero mató a los romanos y ahora me está matando a mí. —Simon terminó la broma que era tan vieja como los propios romanos—. Muy

cierto. Yo tampoco hablo la maldita lengua. Supongo que ha sido parte de un sueño.

—Definitivamente es el momento de unas vacaciones —repitió el chófer, y ambos se rieron. Luego añadió con tono de disculpa—: Parece un poco pálido, señor, si me permite que se lo diga. ¿Necesita que le ayude a llegar hasta su piso?

—No, no, eso no será necesario.

¿Tan malo *era* su aspecto? Primero comería y luego se daría una larga ducha caliente para después irse a dormir. Simon confiaba desesperadamente en no soñar con escuchar de nuevo el latín. Dio una generosa propina al hombre, le agradeció su preocupación y entró en el edificio.

No reconoció al portero, que le recibió educadamente, pero, en realidad, nunca había regresado a su casa tan temprano. Esa constatación era bastante deprimente. Hizo un gesto hacia el hombre y se metió en el ascensor.

Tenía un piso precioso, pero raras veces lo veía a la luz del día. Estaba repleto de todas las cosas que amaba —libros, estatuas, muebles antiguos— junto con las más modernas comodidades. Telefoneó a su restaurante indio favorito, hizo su pedido y le contestaron que llegaría en media hora. Tiempo suficiente para uno de sus caprichos modernos favoritos, una abrasadora ducha caliente.

Abrió el grifo y dejó que el agua se llevara el sudor y la tensión del día, cerrando los ojos y permitiendo que las gotas resbalaran por la coronilla y la espalda. Trató de no dejarse arrastrar por el pánico cuando comprendió que solo le quedaban tres días del ultimátum original de Rikkin. Comenzó a redactar mentalmente el correo que pretendía enviar a primera hora de la mañana.

Tiene que darnos más tiempo, pensó Simon. *Tiene que comprender lo valioso que es esto, cómo no puedo pasar por ello a toda prisa*.

El baño estaba lleno de vapor cuando salió. Envolviendo la toalla alrededor de su cintura, buscó su navaja y el jabón de afeitar, y frotó el espejo para retirar el vaho.

El rostro de Gabriel Laxart le estaba mirando.

Cerró con fuerza los ojos, contó hasta diez y volvió a abrirlos. Su propio rostro, íntimamente familiar después de tres décadas de inspección, se reflejó. Estaba enrojecido por el calor, en una falsa impresión de estar en plena forma. Sus mejillas, siempre angulosas, ahora parecían sobresalir a través de su piel, y sus pálidos ojos azules estaban inyectados en sangre y rodeados por profundas ojeras. No era de extrañar que se hubiera desmayado antes; ni tampoco que hubiera soñado, ridículamente, con un chófer manteniendo como si nada una conversación en latín.

Una parte de él se dijo: *No puedes continuar así por mucho tiempo*. Pero el resto, el historiador, el Templario, la parte de Simon Hathaway que era todo lo que quedaba de Gabriel Laxart, le dio la cruda e implacable respuesta.

No tienes elección.

14

DÍA 4

Benjamin Clarke ya estaba esperándola cuando llegó con quince minutos de antelación. Anaya meneó mentalmente la cabeza mientras le contemplaba y pensaba: *Cada vez los escogen más jóvenes*. Benjamin parecía tener como unos doce años, pero había trabajado dos años con Abstergo, además de obtener su graduación y un máster en matemáticas del MIT, aunque los había sacado en cuatro años. De modo que no podía ser *tan* joven.

De estatura normal, tenía cabello liso castaño y una expresión franca y ansiosa que incluso le dio mayor aspecto de cachorro excitado cuando advirtió su presencia y agitó la mano.

—¡Buenos días! Anaya Chodary, ¿no es así? Yo soy Benjamin Clarke, pero puedes llamarme Ben. A menos que no uséis nombres propios aquí.

Anaya siempre había considerado el acento de los americanos extrañamente atractivo. Pensaba que les hacía parecer inocentes y vulnerables, rasgos que probablemente detestaban dada su opinión de sí mismos como tipos luchadores e independientes. El acento de Ben iba bien con él, mucho mejor que su corbata, con la que no dejaba de juguetear.

—Hola, Ben, me alegro de conocerte. —Su apretón de manos era firme, pero no aplastante, y solo un poco sudoroso—. Y sí, aquí también nos llamamos por nuestros nombres, excepto cuando hablamos con ejecutivos de alto rango. Así que, por favor, llámame Anaya.

—Llámala Ny, le espanta —indicó Andrew—. Hola, Ben, yo soy Andrew.

—Ah, hola —repuso Ben. Parecía no poder dejar de sonreír, y estrechó ansioso la mano de Andrew.

—Pasemos dentro —sugirió Anaya—. Ben, vienes muy bien recomendado. ¡Segunda mejor nota en el MIT, bien hecho!

—Díselo a mi madre —contestó Ben poniendo los ojos en blanco—. Aún se queja cada Acción de Gracias porque no saqué el número uno.

—Ah, bueno, no siempre podemos complacer a nuestras madres —repuso Anaya—. Vamos. Deja tus cosas en la oficina y te enseñaré todo esto.

Las cejas de Victoria casi rozaron el nacimiento de su pelo mientras Simon se deslizaba en una silla frente a ella en el Temp's. Se había adelantado pidiéndole un té que él bebió con mano temblorosa.

—Creí que te había dicho que descansaras —dijo ella sin miramientos.

—Y lo hice. Al final.

—Simon…

Él levantó la vista furioso.

—No. Por favor…, no. No conduje, me di una ducha, comí, escribí el correo y me fui a la cama. Y obviamente se me pegaron las sábanas.

Ella palideció.

—No enviarías…

—No, no envié el maldito correo. Una vez más, seguí las instrucciones del doctor.

Vertió un poco de leche en su té y dio un sorbo. El familiar sabor metálico obró su magia como hacía siempre, aunque se había quedado demasiado frío. Alargó la mano para coger una tostada. Victoria guardó silencio.

Una alta mujer rubia se acercó.

—¿No está su té lo suficientemente caliente, señor? —preguntó.

—Está bien así, gracias —replicó ausente.

Cuando ella asintió y se alejó él comentó en voz baja:

—Siento haberte hablado así.

—He oído cosas peores. Solo estoy preocupada por ti.

—No lo estés. Estaré bien una vez que hablemos con Rikkin. —Victoria bajó la vista a su plato. Simon apartó lentamente la tostada—. Oh, ¿qué pasa ahora?

—Llamé a su secretaria para concertar una cita. Lamentablemente el señor Rikkin no va a estar libre en todo el día. Tiene un montón de reuniones seguidas para preparar su viaje a España.

Simon dejó caer el cuchillo en el plato con un gesto de fastidio. Chocó ruidosamente. Algunos clientes se volvieron para mirar en su dirección.

—Bueno, eso es simplemente *genial*, ¿no es cierto?

—Aún podemos enviarle el correo. Tal vez encuentre un hueco y pueda dedicar algunos momentos a leerlo.

Simon se quitó las gafas y se presionó el puente de la nariz durante un largo instante.

—Muy bien —dijo, poniéndose de nuevo las gafas—. Démonos prisa en comer. Estoy más que preparado para empezar a trabajar.

—¿Y qué hará exactamente la espada? —preguntó Gabriel mientras mordía un trozo de pan untado con mantequilla.

Tras el descubrimiento de la espada, había querido marcharse inmediatamente, pero la gente del pueblo insistió en que se quedaran hasta poder limpiar el arma y hacerle una funda.

—Cada artefacto es diferente. Único. Todas las espadas son, por supuesto, armas funcionales. Cualquiera puede blandirla en una batalla y hará lo que toda espada suele hacer. Pero en las manos adecuadas… —De Metz sacudió la cabeza mientras cortaba un trozo de queso con su cuchillo—. En manos de Juana… ¿quién sabe?

La mente de Gabriel no paraba de dar vueltas.

—Es como magia —jadeó.

—*Como* magia, pero no lo es —le recordó De Metz—. Para el resto del mundo sí, es magia, o algo divino. Pero no más que un astrolabio, o un fuego griego, o la pólvora.

Jean de Metz había recibido la espada del padre Michel antes de que esta desapareciera para ser amorosamente limpiada y alzada entre grandes vítores de aquellos que habían presenciado el proceso de desenterrarla. Mientras a los ojos de Gabriel la espada aún brillaba, su resplandor no cambió. De Metz se la había ofrecido a Gabriel. Al principio, este había vacilado, pero luego estiró el brazo, cerrando sus nerviosos dedos alrededor de la empuñadura.

No había sentido nada. *No es para mí*, pensó. *Las mías no son las manos adecuadas. Ni tampoco las de De Metz*.

—Sacaremos provecho de los días que debamos permanecer aquí continuando con tu entrenamiento —indicó De Metz.

—Bien —asintió Gabriel—. Por cierto, ¿qué queríais decir cuando afirmasteis que permaneceríais con Juana a menos que se os ordenara otra cosa? Pensaba que ibais a cuidar de ella. De nosotros. —Era algo tan extraño de decir… De pensar incluso, o sentir.

De Metz titubeó.

—Nuestra Hermandad no es como la de los Templarios. Valoramos la individualidad, y tenemos nuestro propio pensamiento, pero, aun así, existen rangos, y tenemos órdenes, y las desafiamos por nuestra cuenta y riesgo. Nuestro líder es nuestro Mentor, y la tarea que el Mentor me encomendó era estar pendiente por si alguien como Juana se cruzaba en mi camino y, si eso sucedía, llevarla delante del Delfín.

—¿Vuestro… Mentor estaba esperando a Juana?

—A alguien como ella —dijo De Metz—. Al igual que las llamadas espadas legendarias, también existen profecías a menudo correctas. No queríamos perder a la Doncella si aparecía llamando a nuestra puerta. Lo que sucedió justamente en la de Baudricourt. Algunos Asesinos, como yo, nos establecimos en distintos lugares, esperando. Yo simplemente tuve la suerte de encontrarla. Y tú —dijo sonriendo— fuiste un feliz accidente. Un premio añadido, por decirlo de alguna forma.

—Pero… si os van a enviar lejos, o si algo sucede…

—Habrá otros para completar tu entrenamiento.

—*¿Quiénes?*

—Ellos te encontrarán, no te preocupes. —Y una vez más titubeó—. Juana… no es solo importante políticamente. Espero que lo sepas. Me preocupa mucho lo que pueda sucederle. No puedo imaginar mejores manos que las tuyas para dejarla.

—Ella tiene a Dios —alegó Gabriel, sintiendo cómo su rostro se encendía—. No me necesita.

—Todos necesitamos a alguien —indicó De Metz—. Incluso, o quizá especialmente, si tenemos a Dios.

De Metz no perdió tiempo en empezar con el prometido entrenamiento. En cuanto terminaron de comer, ordenó a Gabriel que se enfundara su armadura y trajese su espada. Esta vez fue más fácil que la anterior. Al final del día, resultó ser Jean de Metz al que le temblaban los brazos tras practicar con la espada y el escudo.

Simon se alegró de ser un deportista constante y vigoroso, pero, al mismo tiempo, dio gracias por que su piso tuviera una profunda y relajante bañera. Ahora que el Animus permitía al sujeto moverse de acuerdo con los recuerdos estipulados, se sentía condenadamente dolorido.

La bruma del Corredor de la Memoria se cerró a su alrededor, y le comentó a Victoria:

—Seguro que después de tanto entrenamiento tendré el cuerpo de un Adonis, pero, sinceramente, ¿por qué estoy aquí?

Bueno, tú tienes cierta idea de cómo trabaja el Animus —le explicó—. *He utilizado un algoritmo para que nos muestre si hay algo especialmente útil acerca de tu entrenamiento como Asesino*.

—No puedo describirte lo disgustado que me siento al escuchar esas tres palabras en ese orden.

Yo… puedo decirte que todo es mucho más gris de lo que piensas, Simon. Los Asesinos hicieron unas cuantas cosas admirables en su día.

—Herejías —murmuró Simon, pero sin especial rencor.

La bruma volvió a moldearse, y esta vez se encontró junto a De Metz en un pequeño bosque. La mayoría de los árboles eran pinos, pero había un único y viejo roble enorme. Ató las riendas de su caballo alrededor de uno

de los pinos, haciendo un gesto a Gabriel para que le imitara. Entonces abrió la bolsa de su montura y le pasó a Gabriel una pequeña hacha de mano.

—Corta ramas de pino —indicó—. Un buen montón. Y asegúrate de que sean jóvenes y tengan muchas agujas.

—Pero…

—Muy pronto entenderás el porqué. No cuestiones tu entrenamiento. —De Metz sonrió. Claramente estaba disfrutando con tanto misterio. Gabriel se encogió de hombros y comenzó a cortar ramas. Cada vez que pensaba que había podado suficientes, De Metz meneaba negativamente la cabeza y decía—: Más. Confía en mí, me lo agradecerás.

Finalmente, acumularon una buena colección de pinochas bajo el gran roble. De Metz las inspeccionó, apilándolas en un punto, a la vez que hacía el montón más ancho y largo en otro, y luego asintió.

Entonces, para asombro de Gabriel, dio un brinco hasta el árbol y trepó por él como si fuera una ardilla. Gabriel le observó boquiabierto. ¡Era rápido! Y valiente; de cuando en cuando parecía apoyar su peso en una rama no mucho más ancha que su dedo.

Pero no se detuvo. Continuó subiendo, cada vez más y más arriba, hasta que Gabriel apenas pudo distinguirlo.

—Y ahora —gritó De Metz—, observa y aprende.

Y saltó.

Gabriel no estaba seguro, pero creyó haber soltado un grito de pavor. De Metz extendió los brazos como si, al igual que El Todopoderoso y Salvador, él también estuviera en una cruz, y arqueó ligeramente la espalda. Entonces inclinó la cabeza y rodó sobre sí mismo en el aire, de modo que quedó de espaldas cuando cayó sobre la pila de ramas. Emergió sonriendo y oliendo a pino.

—¡Estáis loco! —gritó Gabriel.

—No —respondió De Metz sonriendo—. Soy un Asesino. Todos somos capaces de hacer esto, con un poco de práctica. Lo llamamos Salto de Fe. Resulta muy útil cuando estás en el tejado de un edificio alto. Y más útil aún si alguien te está persiguiendo en lo alto del mencionado tejado. Es mucho más rápido que tener que descender. Vamos, es tu turno.

—Oh, no.

—Venga, adelante, apenas son algo más de veinte metros. He saltado desde edificios dos o tres veces más altos.

—Supongo que me diréis que todo está en la caída —dijo Gabriel.

—No, todo está en tu sangre, Gabriel. Deberías sentirte halagado. Solo muy de cuando en cuando enseñamos esto a aquellos que no son miembros de la Hermandad. Si eres tan cobarde, podemos empezar por una rama más baja.

Gabriel enrojeció.

—No, está bien, es solo… —Murmuró algo entre dientes y comenzó a trepar.

—Continúa —le gritó De Metz.

Gabriel se sorprendió de lo cómodo que se sentía, cómo parecía saber qué rama podía soportar su peso. Fue bastante rápido, y antes de lo que esperaba había llegado al lugar desde el cual De Metz se había erguido y saltado. Agarrándose firmemente de las ramas, se arriesgó a mirar hacia abajo. La pila de pinochas parecía ciertamente muy pequeña, y recordó a De Metz cuando le dijo que se alegraría de cada una de las ramas que había cortado. El Asesino estaba totalmente en lo cierto.

Gabriel inspiró hondo y soltó las ramas, balanceándose como un gato sobre una única rama recta. De Metz había tenido razón, como la había tenido con todo hasta el momento. De algún modo, su cuerpo comprendió lo que debía hacer. Se equilibró un instante, y luego se estiró, levantando los brazos como alas y dejándose caer.

Era glorioso.

En lugar de acelerarse, el ritmo de su corazón se redujo, y una extraña calma descendió sobre él. Confiaba total y completamente en que aterrizaría sano y salvo. Como si lo hubiera hecho miles de veces, su cuerpo se enroscó sin esfuerzo en la posición correcta y, casi demasiado pronto, se encontró mirando al cielo.

—¡Bien hecho! —exclamó De Metz, tendiendo una mano para ayudarle a ponerse en pie—. Sabía que podías hacerlo. ¿Quieres repetir?

—¡Sí! —exclamó Gabriel, y luego, cuando la idea le vino a la cabeza, añadió—: Pero… no siempre se puede contar con una pila de ramas

convenientemente colocada debajo o una bala de heno para amortiguar tu caída.

De Metz se rio palmeándole la espalda.

—Y *esa* es la razón por la que lo llamamos Salto de Fe.

15

Voy a sacarte y llevarte a la siguiente simulación.

Simon se sintió decepcionado cuando el color de la escena se desvaneció en grises nubes.

—Esta ha sido muy divertida —dijo.

Procura no divertirte tanto. Odiaría ver cómo te pasas al otro lado.

—Uf. No lo digas ni en broma.

Ella se rio.

Hay un día más de entrenamiento… Espera un momento, déjame buscarlo… Ah, aquí está.

Mientras la niebla cobraba forma y sustancia, Simon advirtió que la hoja oculta estaba sujeta a su muñeca.

El entrenamiento para esta arma era tan sutil y elegante como la lucha con espadas lo había sido de intrépida y poderosa. En un momento dado, Gabriel se detuvo, mirando la hoja.

—¿Qué sucede? —preguntó De Metz.

—Estoy pensando en cómo se usa —dijo Gabriel—. En batalla, todo está ahí fuera. No hay nada secreto, nada oculto. Yo… creo que podría matar a alguien en una batalla, si tuviera que hacerlo.

—Bien, porque tu adversario ciertamente estaría encantado de poder *matarte*.

—Pero esto… —Alzó sus preocupados ojos hasta De Metz—. ¿La habéis utilizado antes?

De Metz le contempló fijamente.

—Sí.

—¿Cómo…, cómo se siente uno?

—No puedo decirte cómo te sentirás —replicó el Asesino—. Pero, esa noche, yo dormí a pierna suelta. El hombre cuya garganta cercené merecía morir, y mucho más. Sí, se perdió una vida. Pero sé sin lugar a dudas que otras muchas, muchas vidas, se salvaron. —Mostró a Gabriel una sonrisa forzada—. No te preocupes. No podrás tener una hasta que creamos que puedes manejarla.

—No sé si lo llevo dentro de mí —repuso Gabriel.

—Creo que lo sabrás. Lo entenderás cuando llegue el momento.

Gabriel confió en que tuviese razón. No estaba seguro de apreciar lo fácilmente que se movía con el arma mortal; lo familiar que le resultaba, como una extensión de su cuerpo. Lo mismo que Simon.

En cambio, se alegró mucho cuando regresaron y se encontraron con el correo del rey, Colet de Vienne, esperándoles en la rectoría con cartas para cada uno de ellos.

—Vuestra Doncella ha dictado una carta para vos, Gabriel —indicó De Vienne sonriente.

Una sensación deliciosa recorrió el cuerpo de Gabriel, espantando todas sus cavilaciones de las últimas horas. Se excusó y se dirigió al exterior, deslizando su pulgar bajo el sello de cera y desplegando el pergamino con manos temblorosas.

Mi testigo:
He podido escuchar la maravillosa y dichosa noticia de que Dios te ha guiado para encontrar mi espada en mi nombre, como sabía que haría, y que se encontraba exactamente donde dije que estaría. Estoy preparada para recibirla de tus manos cuando llegues aquí, a Poitiers.

Empiezo a cansarme de tanto interrogatorio. Primero me interrogaron en Vaucouleurs y, como recordarás, fui incluso objeto de un exorcismo practicado por el padre Jean Fournier. Luego en la ciudad de Chinon, mientras aguardaba la benevolencia del Delfín, y

luego una vez más después de ser recibida por él, y ahora, ¡de nuevo aquí!

Gabriel se descubrió sonriendo mientras leía. Recordaba perfectamente la exasperación de Juana y la impaciencia ante todas esas «precauciones».

Hay todo un grupo de prelados, en un número cercano a la docena, que no cesan de acumular preguntas sobre mi cabeza. Cada día, es otro más que la buena gente de Orleans debe sufrir; ellos que claman al Señor que me ha enviado para que les ayude. Mis damas me dicen que debo ser amable y paciente, pero no soy ninguna santa que sufra dócilmente.

Me han dicho también que es importante verificar si soy una verdadera Doncella, y que la reina de Anjou, la madre de la esposa del Delfín, viene de camino para conocerme y asegurarse de ese aspecto. Pues dicen que si miento sobre ser una verdadera Doncella, entonces todo lo que digo es falso. La reina Yolanda sabrá muy pronto que he sido enviada por Dios.

El duque de Alençon ha venido a hacerme compañía. He empezado a sentir un sincero cariño por él, y él por mí, y será un firme aliado para nuestra causa. Pero es a mi Sombra a quien añoro. Dios quiera enviarte rápidamente de vuelta aquí, pues creo que me volveré loca si me veo obligada a soportar todo esto mucho más tiempo sin ti.

Escrita este día, miércoles 9 de marzo de 1429

Gabriel dobló la carta y la besó suavemente. Durante un instante, sintió un pellizco de envidia hacia el apuesto duque de Alençon, pero sus últimas palabras le aseguraron que tenía un lugar propio en su estima. Y que estaría a su lado hasta que ella le despidiera.

Este muchacho lo ha entendido todo mal, pensó Simon mientras la niebla volvía a aparecer.

¿Necesitas un descanso?, preguntó Victoria.

—No —contestó Simon—. Me muero por ver lo que sucede cuando Juana finalmente tenga la espada en sus manos.

Una pausa. *Está bien, pero luego saldremos a tomar algo*.

—Hecho.

Sábado, 12 de marzo de 1429

En Poitiers, Juana fue alojada con la familia del muy respetable Jean Rabateau, un abogado del Parlamento de París que se había unido al rey dos años atrás. Tan pronto como Gabriel y De Metz se dirigieron a la residencia, el muchacho escuchó una voz familiar llamándole.

Se volvió en su montura, pero bruscamente se sintió perdido cuando miró a la joven que apareció corriendo desde la casa para recibirle. Vestía un largo pellote rojo ribeteado de piel, con grandes aberturas en los costados, sobre un vestido azul cuya falda se había recogido para poder correr con rapidez. Una redecilla de seda roja contenía modestamente los rizos negros de su alta frente. Alrededor de su esbelta garganta colgaba un pequeño saquito del tamaño de una nuez.

Únicamente el rostro de Juana era el mismo, sus ojos azules agrandados por la alegría, sus labios separados en una sonrisa, el fulgor, tan glorioso y admirable, brillando desde su interior. Alzó sus manos hasta él, y él las apretó con fuerza.

—Casi no te reconozco —balbuceó—. Estás… —Simplemente no había palabras. *Hermosa* era del todo inadecuada. Ella hizo una mueca y se rio, incluso cuando un rizo rebelde escapó de la redecilla que lo aprisionaba.

—No parezco yo —replicó ella.

—Tú siempre serás tú —replicó Gabriel—, cualquiera que sea el modo en que vistas.

—La Doncella os ha echado de menos —dijo otra voz, y Gabriel se giró para ver al duque de Alençon acercándose.

Él también iba vestido de modo más formal que cuando se conocieron, y Gabriel hizo una leve inclinación.

—Vuestra gracia —dijo—, disculpadme, no era consciente…

—No me habéis ofendido. Nuestra Doncella brilla con tanto resplandor que eclipsa a todos y todo. Pero creo que habéis traído otra cosa que también es brillante y resplandeciente, ¿no es así?

Asombrosamente, Gabriel casi lo había olvidado.

—¡Así es! Nos retrasamos porque deseaban hacernos una funda.

Desmontó, dio unas palmaditas al caballo y desató las correas que aseguraban el precioso objeto al lomo de la bestia. Ansiosa, Juana estiró el brazo hasta la larga funda de tela que claramente albergaba la espada. Él la sostuvo mientras ella desenvolvía la tela. La pequeña bolsita de su cuello se balanceó suavemente cuando se inclinó para descubrirla.

El corazón de Gabriel se aceleró súbitamente hasta galopar en su pecho. *En manos de Juana… ¿quién sabe?*, había dicho De Metz.

Ella desdobló el último pliegue.

La hoja estaba tímidamente oculta a su vista por una funda de terciopelo rojo sobre la que habían bordado con hilo dorado la flor de lis. El bruñido pomo de acero centelleaba. Era una hermosa espada, pero, con gran parte de ella oculta, no parecía nada más que eso.

Juana la contempló con ojos dilatados. Entonces, sin tocar la empuñadura, retiró la funda de terciopelo y soltó un gemido. A su lado, los ojos del duque también se agrandaron ante el súbito resplandor dorado. Juana estiró una lenta y titubeante mano, y curvó los dedos alrededor de la empuñadura. Con la velocidad y el sobrecogedor poder del azote de un rayo, toda la espada se iluminó cobrando vida. Unas inusuales líneas se formaron alrededor del arma, desde la hoja al guardamano y la empuñadura; extrañas imágenes que parecían representar algún tipo de escritura o símbolos. Símbolos que una parte de Gabriel de algún modo sintió que le resultaban familiares.

—¡Jesús y María! —susurró Juana y blandió la espada en lo alto.

Súbitamente, cualquier cosa en el mundo pareció posible. Cualquier cosa. La victoria, la paz, la prosperidad para una nación asediada. Comida para los hambrientos. Ropa para aquellos que vestían harapos.

Gabriel sintió como si estuviera delante de una hoguera que brillaba con tanto resplandor que todas las sombras, en todas partes, se evaporaron como la niebla antes del sol de la mañana. El miedo desapareció, pues ya no había

nada *que* temer. No había nada frío, o cruel, o afilado, o furioso o malo. Gabriel, Juana —brillando, brillando como el sol a su espalda—, el asombrado y alegre duque, el Delfín, los Laxart, los franceses, los borgoñones y los ingleses, todos, todos eran cálidos, y seguros, y amados, y todo saldría bien, todo iría bien, y todo estaría bien…

Entonces, lentamente, el resplandor disminuyó, aunque no totalmente, mientras Juana deslizaba la funda roja de vuelta a su lugar. No pronunció palabra, pero su rostro decía todo lo que las palabras no podían expresar.

Así que eso era lo que la espada haría en manos de Juana. Algo más grande que Dios estaba de su lado, pensó Gabriel. Todo lo que era bueno y puro, dulce, tranquilo y curativo pareció hacerse presente cuando Juana sostuvo en alto la espada con la reverencia debida.

No fallarían. No *podían*.

Nunca.

PARA: arikkin@abstergo.com
ASUNTO: Novedades sobre actual simulación Animus
CC: vbibeau@abstergo.com

La doctora Bibeau y yo querríamos concertar una cita con usted lo más pronto posible para discutir los increíbles pasos que hemos dado ya durante los últimos y breves cuatro días.

A continuación incluyo una lista de los distintos incidentes que avalan una prórroga de la fecha límite original, pues creo que son firmes evidencias de la utilidad de mi método.

1. Como sabe, Jacques de Molay fue encarcelado en la torre de Coudray en 1308. Ayer, el sujeto histórico Gabriel Laxart pasó un buen rato contemplando los grabados dejados por De Molay y sus compañeros Templarios. Esta es la única visualización conocida que tenemos registrada hasta los últimos años del siglo xx, y parece como si algunos de los elementos que Laxart

vio no hubieran sobrevivido con el paso de los siglos. Sé que nuestros criptólogos estarán ansiosos por aumentar sus conocimientos sobre nuestro más importante Gran Maestro y, quién sabe, si quizá es algo que pueda conducirnos a encontrar nuevos Fragmentos del Edén. La doctora Bibeau ha mandado una grabación sobre esto a Criptología.

De habernos centrado únicamente en la Espada del Edén, habríamos permanecido ignorantes del hecho de que Gabriel Laxart pudo tener esa oportunidad.

2. Hemos encontrado un Mentor. Espero poder descubrir su identidad en breve. Al igual que con los grabados dejados por De Molay, esto era algo totalmente inesperado antes de que entrase en el Animus.

3. Tenemos fuertes evidencias respecto a que Juana de Arco poseía uno de los más altos porcentajes de ADN Precursor documentados, e igualmente una gran probabilidad de que estuviera directamente influenciada por la presencia que hoy conocemos como Consus.

4. En cuanto a la espada de Juana: Le complacerá saber que tenemos una confirmación visual inicial de que la espada que Juana de Arco llevó consigo en batalla es ciertamente la Espada del Edén que usted tiene en su despacho. Me gustaría presentar una solicitud formal para poder tenerla disponible en la oficina, y así examinarla con detalle inmediatamente después de haber salido de la simulación.

Esperando tener muy pronto noticias suyas con respecto a este asunto,

SH

Alan Rikkin, quien no estaba inmerso en una reunión tras otra sino más bien disfrutando de un whisky Aberfeldy Private Single Cask en su club favorito, el Blake, leyó el correo de Simon en su móvil. Había sido enviado varias horas antes. Dio un sorbo al untuoso y ligeramente cítrico licor, lo paladeó lentamente y miró hacia el ondulado cristal de la ventana original de 1788, antes de escribir un mensaje.

Sí a la espada. No a la prórroga. Obligarle a centrarse.

La verdad sea dicha, Rikkin estaba empezando a lamentar haber permitido a Simon adentrarse en esa gran cruzada idealista de «conocimiento». Aunque si podía conseguir que la espada se activara, la idea tal vez habría merecido la pena.

Hielo muy fino, pensó Rikkin. *De una forma u otra, todos estamos patinando sobre él*.

Pero la diferencia era que si a Simon Hathaway se le deshacía bajo los pies, no solamente se ahogaría.

Sería devorado vivo por lo que acechaba debajo.

17

Simon estaba terriblemente enojado consigo mismo. Había estado tan seguro de que el Mentor era Alençon que la idea de que pudiera ser otra persona no se le había pasado por la cabeza. La reina volvió su atención a las mujeres allí reunidas. Ni una sola, al parecer, había advertido la leve conexión entre el muchacho bastardo y la suegra del Delfín.

Yolanda sonrió cálidamente a Juana.

—Ahora entiendo por qué aquellos que te han conocido se muestran tan cautivados contigo —continuó como si nada hubiese sucedido, como si el mundo de Gabriel no se hubiese puesto patas arriba.

Ahora que él sabía quién y lo que era ella, podía reconocerlo por cómo se movía; suavemente, con un asomo de fuerza y ligereza de las que podía servirse instantáneamente si era necesario. Jean de Metz se movía de forma semejante; él, Gabriel, estaba empezando a aprender cómo hacerlo.

Yolanda tomó la barbilla de Juana entre sus manos, sus ojos buscando los de la joven. Juana no apartó la vista. Solo entonces Gabriel comprendió que, mientras que él había reconocido al «ángel» inmediatamente, Juana no lo había hecho. La reina asintió.

—He traído a algunas de mis damas conmigo —dijo, señalando a otras dos mujeres que se mantenían unos pasos por detrás, también ataviadas con elaborados vestidos y tocados—. ¿Podríamos retirarnos a tu aposento, Juana?

—Por favor —se adelantó madame Rabateau—, si gustáis seguidme, majestad. Señoras, sentíos libres de divertiros solas hasta la cena.

—Yo, eh, veré dónde se ha metido De Metz —balbuceó Gabriel. Hizo una inclinación hacia su anfitriona, lanzó una última mirada de soslayo a la mujer que era a la vez reina y Mentor Asesino, y salió tan rápido como pudo sin llegar a correr.

De Metz le estaba esperando fuera.

—Ah —exclamó—. Veo que la has reconocido.

—¿Por qué no me lo dijisteis…?

De Metz le hizo un gesto para que se callara, mirando alrededor, y luego le cogió del brazo y lo condujo un poco más lejos de la casa.

—Confiaba en que no la reconocerías —dijo—. ¿Y Juana, lo ha hecho?

—No —contestó Gabriel—. Y no puedo entender por qué.

—Juana cree que vio un ángel —explicó De Metz—. Tú sabes la verdad. Incluso si Juana vio algo similar, no le daría credibilidad.

Esa argumentación tenía sentido, pero, no obstante, dejó a Gabriel entristecido.

—No me gusta tener que ocultarle cosas. No me parece bien.

—Quizá llegue un momento en el que Juana esté preparada para saber, pero aún no ha llegado.

Gabriel rio sin ganas.

—Pensaba que el Mentor era el duque de Alençon —dijo—. No esperaba a una mujer mayor.

—*¿Alençon?* No, apenas ha llegado más lejos que tú. Y en cuanto a la «mujer mayor», más te vale que *ella* no te oiga decir eso.

Gabriel recordó la destreza y la fuerza que Yolanda había desplegado en las vigas por encima de sus cabezas aquella noche, y tuvo que darle la razón.

—Aún hay muchas más cosas que necesitas aprender sobre quiénes somos, Gabriel —continuó De Metz—. Edad, sexo, raza… Nosotros sabemos bien la poca importancia que eso tiene realmente. Pero ya es suficiente por ahora. Pude hablar antes con ella, y decidió que si la reconocías te daría la oportunidad de conocerla.

—Pero ya la he conocido —repuso Gabriel perplejo.

—Has conocido a la reina Yolanda, la madre de la esposa del rey Carlos —indicó De Metz—. Esta noche conocerás al Mentor.

El semblante de De Metz se suavizó, el color abandonándole mientras las líneas que le definían se volvían un remolino de serpenteante gris. Una vez más, Simon estaba en el Corredor de la Memoria. Se obligó a inhalar, dándose cuenta de que se había olvidado de respirar mientras se desarrollaba el encuentro.

—*No* vas a sacarme de aquí —le dijo a Victoria.

No se me ocurriría. Tus niveles son buenos, a excepción de los picos lógicos por la sorpresa. Para ser sincera, después de eso, creo que mi pulso debe de estar igual de alto.

Esta vez la niebla tomó la forma del interior de una pequeña y pulcra habitación de lo que sin duda era una posada. Había una única cama que compartían los dos hombres; Simon sabía que la causa de que la habitación no estuviera llena de gente se debía a la influencia de De Metz. Los viajeros casi siempre compartían habitaciones, camas, suelos…, cualquier espacio disponible, a menos que tuvieran el dinero o la autoridad para conseguir habitaciones individuales.

De Metz se estiró en la cama con una copa en la mano. Gabriel paseaba delante del fuego.

—Bebe un poco de vino, Gabriel —le animó De Metz.

Gabriel se limitó a negar con la cabeza. Notaba las palmas de sus manos húmedas y temblorosas, lo que llevaba pasándole desde hacía varias horas.

—¿Cómo demonios va a poder escabullirse una reina en una posada sin ser advertida? —preguntó—. Por no mencionar, el subir las escaleras y encontrarnos.

—Ahora mismo hay muchas cosas en este mundo por las que debes preocuparte, Gabriel, pero la forma en que un Maestro Asesino consigue entrar en una habitación no debería estar entre ellas. Yolanda encontrará…

Hubo un ligero movimiento en el exterior de la ventana, y Gabriel jadeó.

—… la manera —concluyó De Metz.

Los postigos se abrieron accionados por una mano invisible. El frío aire de la noche entró en la habitación, y Gabriel se estremeció. Entonces, una

figura encapuchada apareció boca abajo, se introdujo ágilmente en el interior y, dándose rápidamente la vuelta, cerró la ventana. A pesar de que Gabriel sabía lo que podía esperar, se quedó asombrado cuando el recién llegado retiró la capucha hacia atrás revelando el rostro de la reina.

Inició una reverencia y entonces se detuvo, mirando impotente a De Metz, que simplemente se rio. El Mentor, Yolanda, le devolvió la sonrisa y se sentó en el borde de la cama. De Metz le sirvió una copa de vino y ella bebió haciendo una mueca.

—¡Semejante cara amarga! —dijo De Metz.

—Semejante vino amargo —replicó Yolanda.

—Lo siento, no tenemos vuestras bodegas.

—Muy pronto las tendréis. —Al igual que Juana, Yolanda vestía ropa de hombre: calzones, túnica, cinturón, botas y la capucha. Su cabello, rubio oscuro con mechones plateados, estaba trenzado, aunque ligeramente despeinado por la capucha. Miró a Gabriel, evaluándolo—. Tú, mi joven amigo, no eres algo que hubiésemos planeado. Pero, no obstante, nos alegramos de poder tenerte con nosotros.

—¿P… planeado?

De Metz le pasó la botella a Gabriel.

—Tal vez la necesites —indicó. Asombrado, Gabriel la cogió y dio un trago, dejándose caer en un banco frente a la cama.

—Dime, ¿quién crees que soy? —preguntó el Mentor.

Gabriel era consciente de la trampa mientras respondía.

—Sois la reina Yolanda de Aragón. El Delfín es vuestro yerno. Y sois el Mentor Asesino. Lo que, según tengo entendido, os convierte en el Asesino de mayor rango.

—Muy acertado, por el momento —admitió Yolanda—. También soy la madre de René de Anjou. —Ante la expresión vacía de Gabriel, se explicó —: El suegro de René es el duque de Lorena.

Los ojos de Gabriel se agrandaron y dio otro trago al vino. Le estaba ayudando.

—Juana fue a ver al duque antes de que Baudricourt accediera a enviarla a Chinon —recordó—. Ella se comportó… Para ser sincero, tengo

entendido que fue bastante ruda con él. Con el duque, me refiero. Aun así, dio su aprobación a Juana.

—Lo hizo —confirmó Yolanda—. Y adivina quién es el señor de Robert de Baudricourt, al que debe obediencia.

—¿… René?

Yolanda asintió.

—Juana también le pidió al duque que ordenara a René luchar en su ejército. René no lo está haciendo… No formalmente, en cualquier caso. Pero todos estamos trabajando con Juana, lo sepa o no.

Gabriel deseó que hubiese más vino. Yolanda sonrió, aunque no fue una sonrisa totalmente amable. Advirtió que estaba disfrutando con su incomodidad.

—Durante años han existido rumores sobre la Doncella de la profecía —dijo ella—. Los he investigado todos. La mayor parte proceden de mentirosos, personas que han memorizado la historia y se agarran a ella, con la esperanza de lograr algunas monedas y un poco de fama efímera. Pero las historias sobre Juana eran diferentes. Le pedí a René que sugiriera que su padre la invitara a visitarnos. Mi hijo quedó impresionado por lo que vio, y así me lo transmitió. Le dije que ordenase a Baudricourt enviarla a Chinon, junto con una carta de aprobación que el Delfín no podría rechazar. Y todos sabemos lo que sucedió allí.

—Pero no pensasteis que pudiésemos veros en la oscuridad.

—Tienes razón. Yo estaba allí para observar, no participar. Quería saber lo que ella tenía que decirle cuando creyera que nadie más escuchaba. El que ambos pudieseis verme fue ciertamente una sorpresa, pero, en último caso, no una negativa. Tal vez hayas escuchado que Carlos es un hombre dubitativo, con fama incluso de tener una frágil voluntad.

Gabriel palideció. No había respuesta posible.

—No pasa nada. Es cierto —se rio Yolanda—. Hay razones para ello. No es un mal hombre. Le quiero, y René le adora. La vida de Carlos… no ha sido muy agradable. Ha habido más muerte y terror en ella de lo que puedas imaginar. Aún conservo la esperanza de que, una vez que logremos coronarlo, comenzará a ser consciente de su propia fuerza. Pero, por el momento… —sus ojos centellearon—, necesita una profecía o dos para

convencerse. Además, cuando tanto Juana como tú me visteis, supe que la sangre de los Precursores corría con fuerza por vuestras venas. Así que, como he dicho, si bien fue toda una sorpresa, resultó muy agradable.

—¿Creéis a Juana? —Gabriel necesitaba saberlo.

—De Metz me ha contado la reacción de la espada en ella —contestó Yolanda—. No estoy preparada para afirmar si ella viene de Dios, pero es gentil, tiene un único propósito en mente, y el coraje de una verdadera convicción. Lo que *sí* creo es que puede ayudarnos a rechazar a los ingleses y a los Templarios que se refugian entre ellos. Y por ello cuenta con todo mi apoyo y el de la Hermandad. Eso es lo máximo que puedo hacer, por el momento.

Gabriel asintió solemne.

—Y… ¿ahora qué? —El vino, comprendió, le hacía ser más atrevido.

—He estado trabajando en mi papel como reina, no como Mentor, para reunir un convoy de comida y suministros que poder llevar a Orleans. Aquellos sometidos al asedio están sufriendo grandes penurias, y los que han tratado de liberarlos se encuentran abatidos. Se han visto obligados a enfrentarse a un fracaso tras otro. ¿Qué creéis que gana una guerra, Gabriel?

De pronto, Gabriel deseó no haber tomado tantos tragos de vino, pero trató de considerarlo.

—Unos soldados experimentados —declaró—. En gran número. Líderes fuertes. Una buena estrategia militar.

—Todo eso está muy bien —admitió Yolanda—. Pero no es suficiente. Se necesitan también cosas sencillas. Se necesita comida y medicinas. Yo proporcionaré ambas. Pero se necesita una cosa más. Y esa cosa, que creo que puede dar la vuelta a esta guerra y enviar a los ingleses a casa con el rabo entre las piernas, es lo que Juana puede proporcionar.

Gabriel recordó el momento en el que Juana había agarrado la espada, la alegría y la paz que había sentido recorrer su cuerpo. Esa absoluta certeza de que todo iría bien. Y que eso era todo cuanto se necesitaba.

Y supo lo que era «ese algo».

—Esperanza —dijo Gabriel—. Ella les llevará esperanza.

18

La escena se disolvió. *¿Qué estás haciendo?*, preguntó Victoria.

—Reconocer un error nunca es plato de gusto —confesó Simon—. Qué estúpido por mi parte no haber considerado a Yolanda como una candidata a Mentor. Sabía que era una figura eminente, así que no me ha pillado totalmente por sorpresa.

No seas tan duro contigo mismo. Recuerda, a los Asesinos les gusta ocultarse a plena vista. Si fueran claramente reconocibles, los Templarios los habrían eliminado hace mucho tiempo. ¿Quieres hacer un descanso?

—No —contestó. Tan pronto como dejase esa habitación, tendría que responder a Anaya, y no tenía ningunas ganas de hacerlo. Lo que quería *era* continuar «vigilando» a Juana de Arco—. Llevémosla con su ejército —sugirió, y se preparó para la siguiente simulación.

Viernes, 22 de abril de 1429

Mientras cabalgaba junto a Juana desde la ciudad de Tours para encontrarse con el resto del ejército en Blois, Gabriel se descubrió muy satisfecho. Era extraño sentirse así cuando se dirigía a su primera batalla, pero ¿cómo podría ser de otro modo, considerando lo fácil que había resultado todo hasta ahora?

Después de tres semanas de interrogar a Juana, los prelados informaron al Delfín de la poderosa impresión que ella les había causado. El rey entonces pasó de una dubitativa laxitud a una decidida y significativa acción. Ahora Juana lucía un conjunto completo de armadura, creado especialmente para ajustarse a su pequeña y ligera complexión. El duque de Alençon había hecho honor a su palabra, y ella ahora cabalgaba sobre un espléndido corcel blanco de batalla. La espada que la aguardaba en la iglesia de Santa Catalina de Fierbois estaba ahora fajada a su costado izquierdo. Ya no tenía la maravillosa funda de terciopelo; Juana, siempre práctica, había pedido una sólida y buena vaina de cuero para ella.

Además, mientras estaban en Tours, había mandado confeccionar dos banderas. Una era portada por su confesor, el fraile Jean Pasquerel, que desfilaba junto con sus compañeros sacerdotes a la cabeza de su ejército. Los clérigos plantarían su bandera, que retrataba a Cristo en la cruz, en el suelo donde dormirían durante la marcha, y Juana había dado instrucciones a todos sus soldados de buscar la bandera y hacer sus confesiones cada mañana.

La otra bandera era su estandarte.

Había rezado a sus Voces para que la guiaran en su diseño, según contó a Gabriel, encargando a un artista pintarlo exactamente como ella le había instruido. Representaba a un Cristo en majestad entre nubes, y a un humilde ángel ofreciendo en sus manos ahuecadas una flor de lis para que el Señor la bendijese. Estaba claro que a Juana le gustaba más el estandarte que la espada, y en una ocasión, un perplejo Alençon le había preguntado por qué. Gabriel también se lo había cuestionado, todos ellos habían visto la gloria y el poder de la Espada del Edén cuando Juana la tocó. El estandarte no era más que una pintura en un trozo de tela.

—La espada es hermosa, y mis Voces me llevaron hasta ella —les contestó—. Pero mi estandarte… es *mío*. Las Voces me dijeron lo que deseaban ver, y el pintor la diseñó a partir de mis palabras. Además, cabalgaré con él a mi lado y todos podrán verlo y pensar que la Doncella, y el Señor a quien ama, están con ellos. Inspiraré a aquellos que luchan por Francia, arrojando el miedo en los corazones de los enemigos de Dios, sin tener que matar a nadie.

Y había sonreído. Su luz resplandecía, como el halo de las pinturas antiguas, y si Gabriel se había cuestionado en alguna ocasión si la amaba, lo supo en ese momento con la fuerza de un huracán.

Pero Juana se había marchado de Tours con algo más que dos banderas, la armadura y la montura de un caballero. Tenía muchos caballos a su disposición —cinco corceles entrenados para la batalla y varios trotones para sus necesidades diarias— y todo el séquito de un caballero: el mayordomo Jean d'Aulon; dos pajes, Louis y Raymond; y lo más importante de todo de acuerdo con Alençon, dos heraldos, Ambleville y Guyenne.

—Los otros miembros de su casa son buenos —había dicho el duque—, pero los heraldos… son oficiales, y tienen garantizada la inmunidad en caso de ser capturados en el cumplimiento de sus deberes. Llevan uniforme, portan mensajes y entregan desafíos en nombre de aquellos que el rey considera importantes. Eso me indica que el rey está convencido de que nuestra Doncella debe ser tratada con la más alta consideración.

Y finalmente, Juana estaba a la cabeza de varios cientos de hombres armados, soldados a pie y arqueros.

Lamentablemente, Jean de Metz no se encontraba entre ellos. Tal y como les había dado a entender, estaba bajo el mando de otras personas además de la Doncella —Robert de Baudricourt, hasta donde los ojos del mundo concernían, y el Mentor en las sombras—. Sin embargo, tanto Juana como Gabriel lamentaron verle marchar. Antes de hacerlo le dijo a Juana: «No he olvidado mi promesa. Dentro de los poderes que tengo, haré todo lo posible para serviros y que no sufráis ningún daño». Y a Gabriel, en privado, le comentó: «Hay ojos vigilándote, los conozcas o no. No todos nuestros miembros son señores, reinas o duques».

—Os echaré de menos, Jean —dijo Gabriel sinceramente.

El hombre le dio una palmada en la espalda.

—Creo que volveremos a vernos, Laxart. No dejes de vigilarla. Eres mejor sombra para ella de lo que nosotros podríamos serlo nunca.

Juana vestía su armadura prácticamente todo el tiempo, pero solía ser más olvidadiza con su casco. Sintió los ojos de Gabriel en ella y se volvió hacia él sonriendo.

—Se te ve feliz —dijo.

—Lo estoy —contestó—. Por fin estás de camino para conseguir lo que tus Voces te prometieron que harías.

—Me alegro de habernos puesto finalmente en movimiento. No tengo más que un año, quizá algo más, según me han dicho mis Voces.

Gabriel sintió una conmoción estallar en su interior, como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Lo que estaba diciendo significaba…

—*¡Juana…!*

La Doncella ladeó la cabeza, mirándole confusa, con ojos engrandecidos.

—¡Oh, no, Gabriel, no puedo ver mi muerte! Eso está prohibido para todos menos para Dios. ¡Tal vez viva hasta los cien años, o muera mañana a causa de un pescado en mal estado!

El miedo fue disminuyendo en su interior, dejándole una sensación de debilidad y náuseas.

—Gracias a Dios —dijo, y su oración fue sincera.

—Pero… mis Voces me dicen que tengo un año o poco más para hacer lo que debo hacer. Esa es la razón por la que me irrito tanto con cada retraso. Debo sacar el mejor partido del tiempo del que dispongo, asegurarme de que Orleans es liberado y el rey coronado. Y todo lo demás que Dios quiera que haga.

—Y yo estaré a tu lado —respondió inmediatamente Gabriel.

—Mientras Dios así lo quiera —le recordó Juana, y a pesar del anterior alivio de sus palabras, Gabriel sintió un escalofrío.

Los cantos que les precedían se detuvieron. Habían coronado una colina y, tras detener sus caballos, contemplaron en silencio cómo el ejército se desplegaba por debajo de ellos.

Blois era un lugar seguro para los soldados franceses. Y sin embargo, Gabriel sabía que el mayor número posible trataría de alojarse dentro de los grisáceos muros de la enorme fortaleza. No obstante, había cientos de tiendas y pequeños puntos naranjas marcando el lugar de las hogueras en los campos de alrededor. Lo que parecían diminutos caballos pacían en la hierba primaveral, y cientos, miles, quizá, de soldados franceses se arremolinaban en el entorno.

El ejército de Juana descendió hasta el campamento, complacido por haber alcanzado su destino. A medida que se acercaban, les resultó evidente que Yolanda de Aragón había cumplido su promesa. La mandíbula de Gabriel se abrió de golpe al distinguir los numerosos vagones y carros, literalmente docenas de ellos. Algunos estaban llenos de sacos con grano. Otros portaban grandes toneles, conteniendo presumiblemente pescado seco y carne. La mayoría, sin embargo, estaban cargados con ovejas o cajas con pollos y cerdos, mientras que varias vacas y bueyes habían sido atados a la parte trasera.

—¡Juana! —La voz resultaba familiar, y tanto Gabriel como ella se volvieron para ver al duque de Alençon. Él cabalgó hasta ellos, sonriendo —. ¡Mirad lo que os he traído!

—¡Mi querido duque! —exclamó Juana, emocionada—. ¡Dios es bueno!

—Y también lo es la reina Yolanda —replicó Alençon, con una bastante impúdica sonrisa—. El propio Bastardo de Orleans ha venido a recibiros. ¡Mañana, vuestro ejército estará marchando hacia Orleans!

—¿No vais a venir conmigo? —El rostro de Juana se ensombreció. La oscura mirada de Alençon se clavó en Gabriel y de nuevo en la Doncella.

—Estaré supervisando esas gloriosas provisiones de comida —dijo—. ¿O acaso creéis que los bueyes podrán caminar hasta Orleans por su cuenta? Tendremos que llevarlos Loira arriba. Pero he prometido no luchar contra los ingleses hasta que mi rescate haya sido completamente pagado, así que no podré participar en batalla junto a vos. Sin embargo —añadió, sonriendo—, no he venido solo. Hay otros dos hombres que, creo, aún estaréis más felices de ver.

Dos soldados de a pie corrían hacia Juana mientras les hablaba. Ella se volvió, confusa. Entonces, súbitamente, se puso muy rígida, y sus ojos azules se agrandaron. Tanteó su pecho, buscando su pequeño saquito, y lo apretó con fuerza. Luego, para asombro de Gabriel, vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas al tiempo que sus labios se abrían en una sonrisa.

—¡Jean! —gritó—. ¡Pierre!

A pesar de su armadura, desmontó ágilmente del caballo y salió corriendo hacia sus hermanos apenas un instante después. Hubo muchas

risas y lágrimas, y siendo hermanos, le alborotaron cariñosamente el pelo y la llamaron el chico más guapo que habían visto nunca.

—Recibimos tu carta —dijo el joven Pierre—. Hizo llorar a madre. Incluso padre parecía estar a punto de derramar alguna lágrima.

Fue Gabriel quien escribió la emotiva carta que Juana había enviado una vez que llegaron a Chinon. Ella se había sentido muy culpable por abandonar a su familia sin decir una palabra, pero les explicaba que debía marchar y que los amaba tiernamente.

—Guardo el anillo que me dieron, aquí, siempre cerca de mi corazón, junto con otras cosas muy especiales para mí —les contó, apretando de nuevo el saquito que había comenzado a llevar desde Chinon—. Y ellos, ¿me han…?

—Pues claro que te han perdonado y te quieren —se apresuró a asegurar Pierre—. Incluso nos dieron su bendición y nos permitieron que nos uniésemos a ti.

—¡Eres famosa, Juana! —informó Jean—. La gente ha empezado a visitarnos para ver el lugar donde Juana la Doncella nació. Estamos haciendo una pequeña fortuna con los huéspedes.

—¡Bien! Después de haber asustado tanto a padre y madre, me siento… feliz… —Juana volvió la cabeza lentamente en dirección a unas carcajadas.

Siguiendo su mirada, Gabriel distinguió a un grupo de soldados de pie, conversando con un corrillo de mujeres de varias edades. Las mujeres vestían modestamente. Pero había algo en sus rostros, algo duro y receloso, a pesar de sus sonrisas, mientras pasaban atrevidas sus dedos por los brazos de los hombres o sus torsos. Uno de los soldados tiró de los lazos del corpiño de una de ellas y se inclinó para besarle el cuello mientras los otros le animaban, atrayendo a sus propias y, aparentemente ansiosas, mujeres. Y de golpe Gabriel comprendió lo que estaba sucediendo.

Pero Juana, a pesar de su inocencia, fue aún más rápida que él.

—¡En nombre de Dios, no permitiré *rameras* en este ejército! —gritó, mientras desenvainaba la espada.

Esta centelleó, brillante y gloriosa, como si una llama blanca danzara a lo largo de su reluciente hoja, con tal resplandor que Gabriel tuvo que protegerse los ojos contra él. Antes de que pudiera recobrarse, Juana estaba

corriendo hacia el grupo de lujuriosos soldados y mujeres, espada en ristre. Su armadura refulgió en el sol de la tarde, y durante un terrible momento Gabriel temió que expulsara a las mujeres por medio de una terrible demostración de la ira de Dios.

Pero Juana, tan blanda de corazón que había creado un estandarte para inspirar a sus guerreros antes que alzar una espada que podría dañar al enemigo inglés, nunca haría algo semejante. Giró la espada y golpeó a las mujeres con la parte plana, reduciendo la fuerza del impacto en el último momento. Nadie sufriría una verdadera herida, pero, aun así, Gabriel parpadeó; el golpe escocería y produciría un feo verdugón.

Las chicas gritaron y salieron corriendo. Una de ellas, de cabello rubio y edad parecida a la de Juana, que podría haber sido hermosa de no haber estado tan sucia y tener una mirada tan dura, vaciló, contemplándola boquiabierta durante un momento, antes de darse también la vuelta, recogerse las faldas y salir corriendo.

Gabriel contuvo el aliento. ¿Sería posible que una *prostituta*…?

Juana volvió su atención a los hombres, blandiendo su espada.

—¡Y vosotros! Son pobres mujeres hambrientas y desesperadas. ¡No debéis degradarlas, ni a ellas ni a vuestros propios cuerpos, que Dios ha hecho a su propia imagen! ¿Lo entendéis?

Los soldados, hombres fornidos, de cabellos encanecidos y barba, que doblaban en estatura a la muchacha de brillante armadura, se apresuraron a retroceder y asentir.

—Bien. ¿Veis ese estandarte? —Juana señaló un pequeño borrón blanco a varios metros de distancia—. Cada vez que lo veáis, encontraréis sacerdotes. Id y haced vuestra confesión.

Como no se movieron, agitó la espada furiosa. Aún brillaba, pero Gabriel se dio cuenta de que ninguno de esos soldados, ni siquiera sus mujeres, ni tampoco Jean o Pierre, parecían advertir su resplandor, aunque claramente sentían algo de su poder. Justo cuando lo pensó, le vino a la mente la muchacha rubia.

—¡Ahora! —gritó Juana. Los soldados no echaron a correr, pero se movieron con celeridad.

El duque de Alençon estaba intentando en vano contener una sonrisa.

—Cuidado, Doncella —advirtió, su voz brillante y cálida por la risa—, podríais romper la hoja en la espalda de una de esas rameras si no ponéis atención.

Juana le miró frunciendo el ceño.

—¡No insultéis! —gruñó, y añadió—: Vos también deberíais confesaros.

El duque de Alençon echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Pero no se fue a confesar.

La bruma se cerró alrededor de Simon cuando la voz de Victoria llegó a sus oídos. *¡No puedo creer que Juana de Arco utilizara la Espada del Edén para espantar a unas soldaderas!*

—Es una de las anécdotas más recurrentes de su vida —replicó Simon—, pero honestamente pensaba que no había sucedido. Creo que fue Alençon quien dijo que ella rompió la espada golpeando a una de las mujeres.

Obviamente no fue así. Y me alegro de que su familia se reconciliara con ella, aunque ahora deba preocuparme por sus hermanos.

—Es posible que los padres de Juana tuvieran algún ADN Precursor, pero parece como si este no se hubiese manifestado con demasiada fuerza en sus vástagos. Su madre, Isabelle Romée, era una mujer independiente que participó en algunas peregrinaciones muy peligrosas. Y el padre de Juana tuvo una pesadilla en la que su hija «se marchaba con soldados». De hecho pidió a sus hermanos que la ahogaran si lo hacía.

¿Qué? La voz de Victoria sonó perpleja.

—Él lo interpretó como si ella pudiese convertirse en una de esas soldaderas que siguen los campamentos militares. Juana conocía ese sueño y lo que su padre había dicho. Estaba en lo cierto, pues se «*marchó* con los soldados», pero de un modo muy diferente al que él temía. Tal vez esa fuera la razón por la que sentía tanta hostilidad por esas mujeres.

No creo que ella deba preocuparse por eso por ahora, aseguró Victoria, *no después de semejante despliegue. ¿Qué viene ahora?*

Simon respiró hondo.

—Orleans —dijo.

20

¿Quién era esa?, quiso saber Victoria mientras la niebla del Corredor de la Memoria se cerraba alrededor de Simon.

—Ni idea —dijo—. No hay ninguna mención de una joven que viajara con Juana. Cada vez que aparecen otras mujeres, está claro que Juana muestra muy poco interés por ellas. La mayoría también querían ser profetisas, y debido a que por supuesto ella era la única, entre comillas, realmente enviada por Dios, las despreciaba. No puedo imaginarla fraternizando con una de las prostitutas a las que había expulsado, pero… bueno, ahí está.

Pues, yo me alegro. Me gusta esa Flor.

Y también a Simon, pero, como no tenía ni la menor idea de lo que iba a sucederle a esa chica que aparentemente se había librado de ser mencionada durante cinco siglos, no quería cogerle demasiado cariño. Ya sería lo suficientemente malo cuando Juana…

—El Bastardo fue a Blois en busca de tropas de refuerzo el 1 de mayo —indicó Simon enérgico—. Mientras estuvo fuera, Juana continuó moviéndose, se reunió con algunas personas, y cosas así. Además se escabulló fuera de la ciudad para ver por sí misma a lo que se enfrentaban sus tropas. La gente organizó una especie de procesión para ella, ofreciendo obsequios y otros presentes, pero sobre todo dándole las gracias por adelantado por liberarles. El Bastardo regresó el día 4 con más hombres. Creo que deberíamos comenzar por ahí.

¿Estás seguro de sentirte preparado? Hoy ya has visto varias simulaciones, y se nos está echando la tarde encima.

—El tiempo no es nuestro aliado, Victoria. —Se sentía igual que Juana, ansioso por continuar adelante con el levantamiento del asedio, a la vez que veía cómo sus planes eran frustrados por cabezas supuestamente más sabias —. Continuemos.

1 de mayo de 1429

—He oído que habéis estado provocando a los ingleses —dijo el Bastardo cuando él, Juana, Gabriel y La Hire estuvieron sentados a la mesa en casa de Boucher. La comida era sencilla y había sido preparada rápidamente: queso, pan y huevos duros de las gallinas que había traído el convoy unas noches atrás.

—Eso he hecho, además de llevar a cabo mis propias comprobaciones sobre sus defensas —contestó Juana—. ¡Una vez que hayamos comido y lo haya compartido con vos, podremos atacar por fin!

—Me parece bien —dijo La Hire—. Yo estoy con la Doncella. Dispuesto para la batalla.

Juana le mostró una sonrisa complacida.

—¿No os habéis fijado? —indicó Juana—. ¡Vos, el Bastardo, y todos vuestros hombres, habéis venido directamente por la puerta de Borgoña, y los ingleses ni siquiera han intentado deteneros!

—Hay noticias que aún no conocéis —replicó el Bastardo lanzando a La Hire una mirada asesina—. Nos ha llegado el rumor de que se está aproximando un ejército inglés liderado por John Fastolf. Se supone que llegarán por el norte.

—¡Más razón aún para luchar! Ahora tenemos los refuerzos que tanto insistíais en conseguir. ¡La gente está con nosotros, totalmente preparada para ser liberada! Bastardo, en nombre de Dios, os ordeno que en cuanto tengáis noticia de la llegada de Fastolf, me lo hagáis saber. ¡Porque, si sucede sin que yo lo sepa, juro que os cortaré la cabeza! —advirtió Juana, gesticulando con su cuchillo.

Todo el mundo se rio, incluso el Bastardo.

—Doncella, ¡no *lo* he dudado ni por un momento! Ciertamente os lo haré saber.

—¡Gabriel!

Se había quedado dormido en una silla del piso de abajo, pero dio un respingo cuando Flor le zarandeó.

—¿Qué sucede?

—Es la Doncella —informó la chica—. ¡Se ha despertado gritando que sus Voces le han advertido de que la sangre de Francia está siendo derramada en este preciso momento! Madame Boucher y su hija están arriba con ella, ayudándola a vestirse.

—Le echaré una mano con la armadura —sugirió Gabriel, y ambos subieron corriendo al piso de arriba.

El pobre Louis estaba en la puerta, con aspecto aún más miserable del habitual.

—¡Conseguiré su *cabeza*! —La voz de Juana resonaba por toda la casa—. ¡Prometió avisarme! ¡Y tú, Louis, pícaro malvado! ¿Por qué no me has despertado?

—Louis —dijo Gabriel—, dile a los escuderos que preparen el caballo para la Doncella. Y también que ensillen el mío. ¡Juana, permite que te ayude!

Unos momentos después, Juana se había colocado la armadura y se apresuraba escaleras abajo. Gabriel forcejeó con la suya mientras Louis le ayudaba. Flor, vestida con algunas de las ropas masculinas de Juana, observaba con ojos despiertos y echaba una mano donde podía. Una vez que Gabriel estuvo listo, se dirigió a la puerta donde Juana, sus hermanos y unos cuantos hombres aguardaban. Las calles estaban atestadas y bulliciosas; Juana bien podría ser la última persona en haber escuchado lo de esa escaramuza.

De pronto soltó un grito de horror.

—¡Louis! —llamó—. ¡Mi estandarte!

—¡Aquí! —gritó el muchacho, bajándolo desde la ventana para que ella lo cogiera. Cuando lo tuvo en su poder, Juana lo aferró durante un instante, y luego lo insertó en la cuja junto a su estribo. Una visible calma descendió sobre ella.

—¿Dónde está el combate? —inquirió Gabriel.

—En la barbacana de Saint-Loup —contestó una voz resonante. Era La Hire, mostrando su habitual expresión de enfado. Gabriel no estaba seguro de con quién estaba enfadado: si con el Bastardo, por no haber avisado a Juana, o con la propia Doncella. Estaba claro que muchos de los generales no esperaban que Juana adoptara un papel tan activo—. No es Fastolf, no os preocupéis, eso no os lo habéis perdido. Es una demostración de nuestra determinación para terminar con el asedio. El Bastardo pensó que si tomábamos esa pequeña barbacana, eso debilitaría la moral de los ingleses sin demasiado coste para nosotros. Pero nos están plantando más batalla de la que esperábamos.

Gabriel intuyó lo que se estaba callando, que si ese ataque sorpresa francés fracasaba, serían los ingleses los que se crecerían y los franceses quienes se hundirían en la desesperación.

—No necesito oír nada más —dijo Juana. Se alzó en su montura y desenfundó su espada.

Una vez más, Gabriel casi se olvidó de respirar cuando la espada resplandeció cobrando vida ante el roce de Juana. ¿Cómo era posible que solo unos pocos pudieran reconocer el fulgor, tanto en la Espada del Edén como en la joven que la sostenía? Incluso aunque no lo viesen, pensó, debían de sentir algo. La multitud se había mostrado ruidosa y agitada, congregándose alrededor, y dispuesta a hacer algo, cualquier cosa. Ahora la observaba, con bocas ligeramente abiertas, escuchando con todo su corazón. Ella era su salvadora y la adoraban.

—¡Gente de Orleans! —clamó Juana—. Os prometí que había venido para levantar el asedio, y hoy, por fin, comenzaré a hacerlo. Debéis saber que yo soy solo una parte del plan de Dios. Vosotros, la buena gente de esta ciudad, habéis ofrecido una constante resistencia a los ingleses y una fuerte determinación. ¡Ahora, podemos actuar! ¡Tomad vuestras armas! ¡Montad en vuestros caballos y cabalgad conmigo!

A Simon se le erizó el vello de los brazos y su corazón se inflamó ante el clamor que provocó. Era ensordecedor, excitante y poderoso. El rostro de Juana brillaba como un faro, y cuando espoleó al caballo para que avanzara, ella, sus hermanos, Gabriel, La Hire y los otros soldados se pusieron a la cabeza de su propio y pequeño ejército.

La excitada corriente se dirigió rápidamente hacia la puerta de Borgoña. Pero antes de alcanzarla y poner rumbo al este, por la carretera de la barbacana de Saint-Loup, se encontraron súbitamente con otra marea en dirección opuesta.

Los heridos y los muertos regresaban de la primera hora de la batalla.

Hombres cojeando, apoyados en sus camaradas, recostados sobre sus caballos, o transportados en camillas mientras atravesaban la puerta. Gabriel miró más allá para ver un montón de cuerpos, algunos agonizando, otros ominosamente inmóviles, que simplemente habían sido depositados en el suelo hasta que alguien pudiese atenderles. Los vítores y gritos de triunfo y desafío en la distancia se unieron ahora a los más inmediatos gemidos y ocasionales estertores de agonía de los heridos. Flotaba un olor que de alguna forma resultaba familiar, y Gabriel comprendió lo que era. Cuando vivía en Nancy, a menudo se había visto obligado a pasar por delante de la carnicería y su adyacente matadero.

Era el hedor metálico de la sangre.

La Hire gruñó.

—La mayoría son ingleses —dijo—. Continuemos, Doncella, se os necesita en la barbacana.

Pero Juana negó con la cabeza y desmontó del caballo.

—No —dijo, mirando lentamente a su alrededor—, se me necesita aquí.

La Hire la miró primero a ella, y luego a Gabriel, que también había desmontado, y entonces asintió.

—Tal vez deba ser así —declaró—. Cuando estéis preparada, esos hombres que aún luchan estarán encantados de recibiros.

—Allí estaré —repuso Juana. Se movió a un lado de la puerta, dirigiéndose directamente a aquellos que habían sido olvidados o abandonados, y se agachó al lado del primer soldado herido que encontró.

El hombre yacía boca arriba. Su casco había sido retirado o arrancado por el golpe. Una espada le había hecho un corte a lo largo de la cara, pero esa no era su herida más grave. La sangre brotaba por debajo de él, a pesar de que aún llevaba totalmente puesta la armadura. Un charco rojo revelaba la verdadera extensión de la herida. Juana se despojó de los guantes y el casco y tocó la sangrienta frente del moribundo, poniendo cuidado en no rozar el tajo ensangrentado. Con su otra mano, buscó bajo su peto donde llevaba escondido el saquito; sobre el corazón.

—Siento que hayáis acabado así, mi enemigo y hermano —susurró, y solo entonces Gabriel pudo ver que el hombre ciertamente estaba vestido con el uniforme inglés. Se había sentido tan horrorizado ante su primera visión de unas heridas de guerra que no lo había advertido—. Me habría gustado enviaros a casa, de haberse rendido vuestro comandante. Dios lo lamenta, y por tanto yo también.

Sus ojos, ciertamente, estaban llenos de lágrimas que resbalaban por sus suaves mejillas. El hombre abrió los ojos, escudriñando. La luz de Juana resplandecía, suave, cálida y reconfortante, y Gabriel confió en que el moribundo pudiera verla.

—P… pucelle —balbuceó. Su boca, llena de sangre, la salpicó cuando trató de pronunciar su nombre, deslizándose por un lateral de su cara como lágrimas rojas.

—Sí, aquí estoy. —Cubrió su mano con las suyas—. No moriréis solo, yo rezaré con vos.

Él no parecía entender. Gabriel no estaba seguro de si era porque no hablaba francés o porque se encontraba ya muy lejos para entenderla. Los labios de Juana se movieron con suavidad mientras la tensión del cuerpo del hombre cedía. Suspiró profundamente, una sonrisa curvó sus ensangrentados y rojizos labios, y entonces cerró los ojos.

Juana acarició su macilenta frente y se acercó al siguiente.

Francés o inglés, no había diferencia para ella. Cuánto tiempo la siguió Gabriel, manteniéndose protectoramente junto a ella mientras rezaba con los moribundos, no lo sabía, pero finalmente, ella se alzó, secándose el rostro humedecido.

—Nada de esto debía suceder —murmuró, buscando su casco y volviendo a deslizarlo sobre su cabeza—. Les supliqué que se rindieran. Pero ahora, ¡cabalguemos hasta la fortaleza!

Galoparon por la carretera de Borgoña. El rostro de Juana estaba cubierto por el casco, de modo que Gabriel no podía ver su luz, pero sabía que estaba resplandeciendo. Su estandarte ondeaba a su lado con el viento. Escucharon el sonido de disparos y cañonazos, el entrechocar de acero contra acero.

Juana desenvainó su espada.

—¡Aquí estoy! —gritó, y su voz pareció llegar más lejos de lo normal en medio de aquella intensa cacofonía—. ¡Aquí estoy, hombres de Francia! ¡Aquí está Juana la Doncella, ingleses! ¡En el nombre de Dios, la marea está cambiando, y seréis arrastrados por ella!

La hoja centelleó, brillante y caliente. Los rayos surgían a lo largo de su filo. Gabriel notó de golpe que tenía la garganta al rojo vivo mientras él, junto con el resto del ejército de Juana, comenzaba a vitorear alocadamente. Espoleó a su caballo y se abalanzó hacia delante, sintiendo su espada como una extensión de su brazo, y su brazo como una extensión de su corazón y de su alma, mientras cargaba para rescatar a un grupo de soldados franceses de a pie que había sido totalmente rodeado.

Pese a estar en inferioridad numérica, luchaban como hombres poseídos. Los ingleses, que con toda lógica debían haber hecho valer su ventaja, se mostraban extrañamente dubitativos. Uno de ellos incluso apartó sus ojos de la lucha, fascinado por el flameante estandarte blanco de Juana. El soldado contra el que luchaba se aprovechó de la distracción de su enemigo y hundió el filo de su espada en el cuello del inglés, en un punto vulnerable entre la gola y el casco.

El soldado más próximo a él gritó y huyó, corriendo de vuelta a la seguridad de la barbacana. Gabriel azuzó a su caballo y salió tras él derribándole. El soldado inglés cayó y los cascos del caballo aplastaron su armadura. Aún seguía con vida cuando Gabriel giró su montura e, inclinándose sobre su cuello, lo atravesó con su espada a través de la fina abertura para los ojos del casco del inglés.

Ahora estaban cayendo como moscas; cayendo o tratando de huir. El rugido de los franceses les perseguía, como la ola que había pronosticado Juana. Algunos de ellos aún luchaban frenéticamente, pero todo era en vano: la mayoría se rindieron de inmediato, suplicando piedad.

Gabriel bajó la vista a su propia espada ensangrentada y se sintió ligeramente mareado. *Salió huyendo*, pensó. *Debería haberse rendido. Le hubiese perdonado la vida*.

Confió en que sus palabras fueran ciertas.

Aún inquieto, regresó hasta donde Juana seguía a caballo, su estandarte ondeando. Se había quitado el casco, de modo que sus hombres podían ver su rostro, que estaba radiante.

—¡Por Francia! —gritaba—. ¡Por Francia! ¡Yo os digo que en cinco días el asedio estará levantado y los ingleses serán expulsados de nuestras puertas!

Y Gabriel la creyó.

21

Ha sido increíble, dijo Victoria mientras Simon regresaba del Corredor de la Memoria. *La espada les arrebató todo su espíritu de lucha. Cuando Juana la lleva, es imbatible*.

—Pero ella eso no lo entiende —indicó Simon—. Una vez dijo que amaba el estandarte cuarenta veces más que la espada. De modo que no la está utilizando para su mayor ventaja. Un Templario o un Asesino serían imbatibles, sí. Pero no Juana.

Eso es terriblemente trágico, replicó Victoria. *Tiene un arma tan poderosa y la maneja tan bien… Sin embargo, no hace un uso completo de ella. Me pregunto por qué los Asesinos nunca quisieron acogerla*.

—Aún no sabemos si lo hicieron —recordó Simon—, aunque conviene estar pendientes. Además, no creo que debamos inquietarnos demasiado por que nunca se convirtiera en un Asesino oficial, considerando que los Templarios estaban apoyando el lado inglés durante la Guerra de los Cien Años.

Podemos ser Templarios y, aun así, simpatizar con otros. Está bien. Creo que podemos considerarlo un buen día de trabajo, observó, y él comprendió que estaba dando por finalizada la sesión.

—Espera —pidió—. Estamos empezando a acercarnos a las batallas propiamente dichas.

—Lo sé —le interrumpió Victoria, retirándole el casco—. Y no me gustan tus niveles. Gabriel ha vivido su primera batalla y, a menos que

hayas tenido alguna experiencia militar que yo desconozca, esta también ha sido tu primera batalla. Deberías comer algo, y luego irte directo a la cama. Ha sido un día muy largo.

Él se enfadó y echó su brazo hacia atrás cuando ella trató de soltarle las correas.

—No me trates como a un niño —replicó secamente—. Estoy bien, y me gustaría continuar.

En realidad estaba hambriento, pero no quería todavía hacer un alto para cenar. Si salían de allí, entonces tendría que contestar a Anaya, y definitivamente estaba tratando de evitarlo mientras le fuera posible. Lo que, francamente, *era* una actitud bastante infantil.

—Mañana será el quinto día —protestó. Su corazón se aceleró ante la constatación de lo mucho que aún les faltaba por cubrir. Empezó a contar con los dedos todo lo que quedaba por delante—. Tenemos que terminar con Orleans, y luego con las batallas para despejar el camino y que el rey pueda ser coronado, y después París, y después…

—No digas una palabra más. —Su voz era firme, más aguda de lo que había oído nunca—. Estoy cansada de discutir contigo a cada momento. Hemos hecho mucho en muy poco tiempo, y creo que vamos a poder determinar dónde perdió la espada. Ese es tu trabajo, Simon. Y no podrás cumplirlo si estás demasiado cansado para darte cuenta de lo que necesitas.

Él parpadeó, y luego salió del Animus y la miró fijamente.

—*Nuestro* trabajo —corrigió, con frialdad y precisión— es demostrar a Alan Rikkin por qué mi método es tan valioso.

—Descubriendo cómo hacer para que *esa espada* —y señaló la caja de madera— pueda funcionar como algo más que un glorioso y afilado cuchillo de cortar carne. Por fin la he visto en acción y es asombrosa. Increíble. Y si puedes descubrir cómo arreglarla, tu método será incuestionable.

Tenía razón, por supuesto. También ella tenía aspecto de estar soportando un montón de tensión. Simon se preguntó de pronto cuánta energía exigiría estar al otro lado de la línea: observando, monitorizando un montón de cosas diferentes, siempre preparada para sacarle de allí en menos de un latido si era necesario.

Pero nada de eso justificaba su ira.

—Te estás comportando de una manera muy poco profesional, doctora —señaló empleando deliberadamente su título—. Me permito sugerirte que sigas tus propios consejos y te acuestes temprano esta noche. Nos reuniremos en el Temp's mañana a las ocho.

Un músculo palpitó cerca de su ojo, pero asintió.

—Perdóname —dijo—. No debería haberte hablado así. Algunas veces el médico necesita seguir sus propios consejos.

A pesar de su irritación, él le palmeó torpemente el hombro.

—Culpemos a Rikkin y a su absurdo plazo y no nos enfademos el uno con el otro, ¿eh?

—Trato hecho —asintió, mostrándole una sonrisa demacrada.

Se dieron las buenas noches en el ascensor y Victoria se dirigió al garaje. Simon decidió pasar un momento por su oficina. Necesitaba respirar un instante el reconfortante olor de los libros para poder asentar su mente. En un impulso, sacó sus tratados sobre Juana de Arco de las estanterías, haciendo una pila con ellos. Había escrito extensas notas en su tableta, pero los libros eran su elección favorita para la investigación.

Echó un vistazo a su teléfono y se sintió a la vez entristecido y furioso al ver varios mensajes de Anaya, todos ellos muy breves, y todos ellos reiterando que necesitaba hablar con él urgentemente.

Simon izó la bandera blanca. *En el vestíbulo. Ahora bajo*, contestó, acarició una última vez los libros y se dirigió al ascensor.

Ella llegó en pocos minutos, sonriéndole alegremente, pero por alguna razón la sonrisa no le llegaba a los ojos.

—¿Has cenado ya? —preguntó.

—No, pero…

—Estoy hambrienta —declaró—. Me gustaría uno de esos cucuruchos pasados de moda de *fish and chips* antes de marcharme de Londres. ¡Oh! Y además es *Oktoberfest*. Podemos ver en qué tabernas locales lo celebran.

—Bueno, entonces hagámoslo, ¿no?

Simon no estaba precisamente de humor para ir de taberna en taberna, pero una ración de *fish and chips* sonaba bien. Tomaron un taxi a Marylebone, hasta uno de sus locales favoritos. Simon pidió una pinta y descubrió que empezaba a relajarse, lo que le sorprendió. Cuando terminaron de cenar, preguntó:

—Y bien…, ¿de qué querías que habláramos? ¿O simplemente pretendías que te invitara a *fish and chips*?

—Ah, ¿o sea que *vas* a pagar tú? Genial —exclamó Anaya. Aún tenía esa extraña expresión en la cara. Agitó una mano en el aire—. Hablemos mientras caminamos. —Obviamente Simon no iba a poder librarse de ser arrastrado de bar en bar para probar las especialidades de otoño.

Salieron de la cálida oscuridad de la taberna a la fría noche exterior. Ella deslizó un brazo en el suyo mientras comenzaban a caminar, y él se detuvo, mostrándole una mirada confusa.

—¿Qué pasa, una chica no puede mantener las manos calientes?

La tensión que la cerveza había conseguido evaporar regresó con más intensidad. Ese gesto no era propio de Anaya; se le daba muy bien respetar los límites. Algo no iba bien. Se obligó a sonreír mientras bajaban por la calle Thayer, pasando por delante de preciosas tiendas de antigüedades, bonitas *boutiques* y elegantes sastrerías de hombre.

Anaya se apoyó contra él y murmuró en voz baja:

—Victoria es una mentirosa.

Simon se detuvo de golpe.

—Vamos —susurró, tirando de él. Sus ojos se movían nerviosamente.

—De acuerdo —dijo, decidiendo seguirle el juego—. ¿Qué te hace decir eso?

—Mintió sobre el Bella Cibo —explicó Anaya—. La vi allí la otra noche.

—Eso parece un motivo extraño por el que mentir, pero…

—La vi con Alan Rikkin. —Eso casi le hizo frenar en seco de nuevo, pero se obligó a seguir andando. Su corazón comenzó un lento martilleo en su pecho.

—Ella es una persona clave en Aerie —aclaró Simon. Ahora también él había empezado a fijarse en los paseantes: familias con bebés en los brazos

o en cochecitos; parejas, mayores y jóvenes, de la mano; un grupo de quinceañeras pegadas al escaparate de una de las tiendas más populares—. Es muy posible que estuviera discutiendo algo sobre eso. O algo que yo no deba saber.

Incluso mientras decía estas palabras, pensaba en los cada vez más altos niveles de estrés de Victoria. En el hecho de que Rikkin le hubiera respondido a ella y no a él. Y justamente esa noche, en la absoluta falta de profesionalidad de su discusión. Súbitamente fue consciente del cortante aire frío filtrándose a través de la robusta lana de su abrigo.

—La gente lo hace todo el tiempo en Abstergo —murmuró Anaya—. Somos condenados Templarios. Lo que *no* hacemos es mentir sobre haber sido vista en un restaurante.

Continuaron caminando mientras los pensamientos surcaban veloces la mente de Simon.

—Confío en tu instinto —dijo finalmente—. Tú eres la agente de campo, no yo. ¿Qué deberíamos hacer?

—Creo que aquí fuera estamos a salvo. No nos están siguiendo, lo comprobé antes de salir del taxi.

Pues claro que lo había hecho. Simon deseó de pronto no haber pedido la enorme ración de *fish and chips*. Notaba su estómago como si se hubiera tragado plomo.

—Bueno, supongo que eso está bien.

—¿Puedes contarme algo sobre lo que estás trabajando?

Era un proyecto de alto nivel, por lo que no quería dar demasiada información, pero confiaba en Anaya y no encontró ninguna razón por la que no debiera contárselo. Le refirió la versión corta de su método, la experiencia y asistencia de Victoria, el Fragmento del Edén 25 y, por supuesto, el absurdo e improrrogable plazo.

—Fue el propio Rikkin quien la designó, y hasta ahora, ha sido una buena compañera.

—Excepto por la mentira.

—Excepto por la mentira. Tengo que seguir trabajando con ella si quiero tener alguna esperanza de cumplir con el plazo. Y realmente quiero cumplirlo, maldita sea. Simplemente no entiendo por qué podría haber

algún engaño implicado en todo esto. Si mi método de aproximación funciona, todo el mundo conseguirá beneficios.

—¿Todo el mundo? —insistió Anaya.

Simon lo consideró un momento. ¿Los Templarios? Sin duda. ¿Abstergo? Posiblemente, aunque esa clase de comportamiento no parecía estar relacionada con los principios corporativos. ¿Rikkin? Definitivamente.

—Todo el mundo —repitió con firmeza.

A menos que mi método y Juana de Arco de alguna forma no sean la cuestión de la que va todo esto. Pero ¿qué demonios podría ser?

Era momento de abrirse totalmente con Anaya.

—He estado advirtiendo cosas. Parecen bastante estúpidas, pero… bueno, una noche me adormecí en el coche que me llevaba a casa. Soñé que escuchaba al chófer hablar en latín.

Ella resopló.

—Muy propio de ti, Simon.

—Ya sabes que no lo domino, pero muchas gracias por hacerme sentir aún más estúpido.

—Lo siento, continúa.

Le contó lo del portero al que no reconoció. Y luego cómo había dejado de ver a Poole desde hacía un par de días.

—Lo que quiero decir es que todas esas cosas tienen una explicación. El latín está relacionado con una parte del proyecto en el que estoy trabajando. A lo mejor, simplemente me encontré con otro hombre del turno de portería en mi casa. Y Poole podría estar de vacaciones. Desde luego se las merece, pues ese hombre es una máquina.

—Cierto —coincidió—, pero somos Templarios, lo que significa que no podemos dar nada por sentado. —Forzó una sonrisa, traicionada por la preocupación de sus ojos—. Creo —dijo en voz baja— que me gustaría volver a tu piso.

Tomaron un taxi de vuelta a Abstergo, y Simon condujo hasta su piso en su Jaguar Sedan de dos años de antigüedad. Durante todo el trayecto guardaron silencio. Simon no tenía ni idea de qué decir, o qué pensar, y

temía lo que podría suceder a continuación. Una vez que estuvieron en su apartamento, Anaya miró a su alrededor.

—Siempre has mantenido tu casa muy ordenada, Simon —observó.

—Es muy fácil cuando nunca estás en ella. ¿Una copa? —preguntó, confiando en no sonar tan tenso como se sentía—. Creo que aún me queda algo de ese asqueroso *bourbon* americano que tanto te gusta.

—Genial, gracias.

Le sirvió dos dedos, tratando de evitar que el cuello de la botella chocara contra el cristal, mientras él escogía un Macallan. Tuvo que obligarse a no beberlo de un trago.

Anaya paseó por la habitación, contemplando los hermosos muebles antiguos, pasando un dedo por los lomos de los viejos libros de cuero y entrando en el estudio.

—¿Alguna vez vas a terminar tu novela? —preguntó, mirando hacia un cómodo sillón de cuero y al ordenador de última generación.

—Uno de estos días.

Depositó el vaso sobre un posavasos y dijo:

—Déjame que pase un momento al baño —y le guiñó el ojo.

¿En qué nos estamos metiendo?, se preguntó él.

Anaya emergió unos minutos más tarde, le miró un instante, y luego lentamente pasó sus brazos alrededor del cuello de Simon. Las manos de él se posaron en su cintura, tentativamente, y cerró los ojos mientras ella le acariciaba la oreja con los labios.

—Ya he localizado dos micrófonos —dijo—. No me hace falta ir al dormitorio. Tu coche también tiene uno. Actúa como si no lo supieras… y vigila lo que dices y escribes.

—¿El ordenador también? —murmuró él.

—Muy probablemente. —¿Cómo dice ese viejo chiste? ¿No es paranoia si realmente han salido a buscarte? Impulsivamente, deslizó sus brazos alrededor de ella y la apretó con fuerza.

—Gracias —susurró. Ella asintió ligeramente y luego, como habían convenido, se apartó.

—Simon —dijo, con un tono de voz ligeramente más alto—, yo…, yo no creo…

—Por supuesto —repuso él, asegurándose de sonar comprensivo pero ligeramente decepcionado, lo que, curiosamente, no le resultó difícil—. Sería una pésima idea, contigo marchándote del país en unos días.

Ella retrocedió, y entonces le plantó un rápido beso en la mejilla.

—Eres un buen hombre, Simon Hathaway. Me alegro de que seamos amigos.

—Siempre, Anaya —aseguró—. Montreal no tiene ni idea de la joya que se llevan. —Buscó su abrigo y la ayudó a ponérselo. Abrió la puerta y se despidieron.

Cuando se quedó a solas en su apartamento, tiró el resto del *bourbon* de Anaya —cualquiera que le observara sabría que nunca bebía ese mejunje—, y bebió su whisky mientras se preguntaba cómo demonios iba a fingir que no sabía que tanto su apartamento como su coche estaban pinchados, que una colega en la que confiaba le había traicionado, y que un compañero, miembro del Santuario Interior, estaba detrás de todo.

22

DÍA 5

Simon apenas había podido pegar ojo, y los sueños que tuvo habían estado cargados de símbolos tan extraños que hasta el mismísimo Carl Jung se habría frotado las manos de júbilo: Jacques de Molay saliendo de su retrato durante el ritual de iniciación de Simon y blandiendo la Espada del Edén mientras él yacía postrado en el frío suelo de piedra. El sol con forma de lágrima tallado en el muro del calabozo de Coudray. Y lo peor de todo, Juana, atada a un poste, sobre una pira, las llamas lamiendo sus pies y un enorme agujero en su pecho, mientras gritaba agónicamente.

Tras despertar por segunda vez, sobresaltado y empapado en sudor, miró el reloj y decidió que las 5:16 no era una hora demasiado temprana para ir a su oficina. Se acercó dando tumbos a la cocina, se preparó un poco de té y lo vertió en una taza para llevar. De alguna forma, pese a estar convencido de que tanto su oficina como su apartamento estaban intervenidos, si iba a ser vigilado prefería serlo allí que aquí.

Una extraña paz se adueñó de él mientras tomaba asiento junto a la pila de libros que había reunido el día anterior. La pasada noche, en toda su ignorancia, había hecho exactamente lo correcto. Durante las horas siguientes, Simon se dedicó a tomar notas de su colección de tomos con una anticuada pluma y papel. Tenía un plan, y estaba seguro de poder convencer a Victoria para llevarlo a cabo.

Además, estaba convencido de que se delataría a sí mismo en el momento en que se dejara caer por el Temp's. Lindsey le recibió con una sonrisa. Aunque sabía que no debía hacerlo, no pudo evitar decir:

—Me estaba preguntando… ¿Dónde se ha metido Poole?

—De vacaciones —contestó ella, con un encogimiento de hombros—. Reponiendo fuerzas antes de que comience la temporada navideña, supongo.

Se obligó a mostrar una sonrisa educada. Se preguntó si ella sería una empleada fija, si era una agente de campo Templario, o si Lyndsey sería su verdadero nombre, recelando incluso sobre si las teteras no estarían llenas de dispositivos de grabación. Pero seguir ese camino solo le conduciría a la locura.

Le pidió que trajera té para Victoria y para él, mientras se preguntaba si Anaya y el americano aparecerían por allí. Suponía que no; sería más seguro si no les veían juntos. *Cálmate*, le había dicho Anaya la noche anterior mientras compraban unos móviles desechables de camino a su apartamento.

Un poco tarde para eso, había murmurado.

Lo digo en serio. A lo mejor solo se trata de Abstergo ejerciendo de Abstergo. Nos vigilan mucho más de lo que crees.

Eso no suena muy consolador.

No, en serio, podría ser una costumbre habitual en Abstergo. Por lo que a mí respecta, es Victoria quien tiene la carta comodín. Algo de lo que quiera que estéis haciendo ha llamado la atención de otros. De modo que no ofrezcas nada, no hagas nada extraordinario, y veremos lo que sucede.

El nuevo móvil estaba en el bolsillo delantero de su chaqueta, junto a su corazón. Resistió el impulso de palparlo, recordando absurdamente para su horror el extraño agujero en el pecho de Juana.

—¿Simon?

Dio un respingo.

—Oh, lo siento. Estaba distraído.

—Por tu aspecto parece como si te hubiese pisoteado un rebaño —indicó Victoria, y él sonrió sin ganas.

—He estado mejor, eso seguro. Pero tengo mi té y pronto me traerán el beicon, de modo que anticipo una rápida mejoría.

—Bien. —Victoria se sirvió un poco de leche en su té y durante un momento se quedó callada antes de decir—: Quiero volverme a disculpar por lo de anoche. No tenía ningún motivo para comportarme así.

Doce horas atrás la habría creído. Ahora, deseó poder saber si alguna parte de su preocupación por él había sido sincera. *Céntrate, Simon*.

—Ambos estuvimos poco afortunados —declaró—. Yo tampoco estoy orgulloso de mi comportamiento, así que olvidémoslo.

Ella frunció el ceño, pero hizo un gesto de asentimiento.

—Por supuesto —repuso. Y luego, con un tono que se acercaba a su habitual calidez, añadió—: ¿Y qué toca ahora?

—Bueno —contestó él—, Orleans es fundamental para Juana, por supuesto. Es decir, fue tras esa campaña cuando ella empezó a ser conocida como la Doncella de Orleans, y no solo como la Doncella.

Victoria asintió.

—Imagino que como historiador estarás deseando verlo todo.

—Ella estuvo también presente en las batallas del 7 y 8 de mayo. Ambas igualmente esenciales y largas, con jornadas que se prolongaron todo el día, y ambas, me temo, terriblemente sangrientas. —Hizo una breve pausa y dejó que su mano temblara, solo un poco, mientras volvía a rellenar su taza.

Victoria no perdió ripio del movimiento.

—Simon…, no estoy segura de cuánto necesitas ver de todo eso —observó—. Hay una razón por la que Abstergo Entertainment altera las memorias que utiliza para sus juegos. De lo contrario, la mayoría serían excesivamente traumáticas para ser gestionadas por gente normal. No estás viendo una película o siguiendo un juego. Estás experimentando recuerdos como si realmente estuvieran sucediéndote. Y con este modelo, te mueves físicamente en concordancia con la simulación, de tal modo que un aspecto cinético de la experiencia se integra aún más en tu mente. No tienes que vivir cada minuto de la batalla. Sencillamente no es necesario.

Lo que haría que su plan funcionara, pensó Simon, es que ella tenía razón. No había estado preparado para los recuerdos de Gabriel sobre

hundir la espada en el ojo del enemigo caído. O para el olor y los sonidos de la batalla, de entrañas desgarradas, sangre y agudos chillidos de tormento. Ya fuera película o juego, sin duda no lo estaba.

Suspiró como mostrando resignación.

—¿Entonces cómo podemos seleccionar los momentos en los que Juana va a llevar la Espada del Edén?

—Cuéntame en qué ocasiones crees probable que utilizara las habilidades de la espada. Introduciré esa información en los parámetros de la simulación, y así podremos identificar los momentos más importantes. Si es demasiado intenso, no te preocupes, te sacaré de allí. Y por lo que más quieras, Simon, sé sincero conmigo sobre cuánto puedes soportar. No puedo permitirme tener otro Robert Fraser. No puedo.

Ella le pasó su tableta. Durante un momento, sus ojos brillaron como si estuviera conteniendo las lágrimas, pero tal vez fue solo un efecto de la luz. El corazón de Simon dio una sacudida. Ahora mismo, parecía como si realmente se preocupara por él.

Murmuró una protesta para mantener la farsa, pero introdujo sus notas de la mañana en la tableta de Victoria.

—Si nos convence cómo funciona, entonces deberíamos continuar con esa táctica en adelante —indicó—. Es más, al final llegaremos a un punto en el que Gabriel y ella se separan. No es muy probable que él pudiera ver demasiado de… Bueno.

No quería seguir por ese camino, no ahora, no cuando todo en su interior aún seguía dolorido por la desilusión y la sospecha, y sus nervios estaban tan tensos.

—El 7 de mayo los franceses consiguieron una gran victoria. Tomaron la fortificación de los Agustinos, el antiguo monasterio ubicado frente a Las Tourelles. Todo gira sobre la táctica militar; hicieron un puente de barcas para acceder a una de las islas del Loira, y luego cruzaron hasta la barbacana de Saint-Jean-le-Blanc. La encontraron desierta y dirigieron su ataque a los Agustinos. Desde allí, bueno, prácticamente arrojaron a cuatro mil hombres contra esta, en una lucha feroz. Aunque resulta impresionante, no es uno de los momentos estelares que quiero ver. Es decir, que

necesitamos ver. Pero… es importante que seamos testigos de Las Tourelles. Debemos hacerlo. Por duro que sea.

Jueves, 5 de mayo de 1429
Orleans
Día de la Ascensión

—Vosotros, ingleses, no tenéis derecho a este reino de Francia. El Rey de los Cielos os ordena y exige a través de mí, Juana la Doncella, que abandonéis vuestras fortalezas y regreséis a vuestro país. Os escribo por tercera y última vez. Ya no escribiré más. Así lo firma, por Jesús y María, Juana la Doncella.

Un subyugado Gabriel transcribía obedientemente todo cuanto Juana dictaba. Ella había cambiado desde el día anterior. Ambos lo habían hecho. Gabriel tenía un renovado respeto por aquellos que, repetida y voluntariamente, se habían lanzado a la carga en medio de esas escenas de caos, manteniendo sus cabezas altas incluso mientras se enfrentaban a la muerte y la impartían. El resplandor de Juana aún seguía presente, pero era distinto: atemperado por una profunda consciencia de la terrible labor que se le había encomendado.

Cuando ella tomó la pluma y con mano temblorosa escribió cuidadosamente su nombre, Louis apareció por la puerta. Como siempre, el chico parecía preocupado y perplejo.

—Mi señora —dijo—, madame Boucher ha enviado el hilo rojo que pedisteis.

—¡Gracias, Louis! —contestó sonriéndole afectuosamente, y el chico se relajó.

Cuando la tinta se hubo secado, Juana enroscó el pergamino en un apretado rollo.

—Ven conmigo. Tú también, Flor.

Juana había esperado poder confeccionar ropa nueva para Flor, pero al haber dispuesto de poco tiempo para esas cosas, la joven tuvo que conformarse con vestir las prendas masculinas de Juana. Eran más o menos

de la misma estatura, aunque la delgadez de Flor era todo un contraste con la complexión fuerte y musculosa de Juana, lo que implicaba que la joven rubia tuviera que estrecharse más el cinturón.

Flor, que había estado pacientemente sentada, se levantó ahora ansiosa, sus ojos llenos de adoración. Gabriel se preguntó si él también miraba a Juana de ese modo, y se obligó a admitir que probablemente lo hacía. Pero no importaba. No había ninguna vergüenza en adorar a un mensajero de Dios.

Tras su primer contacto con la batalla, Pierre y Jean habían decidido quedarse con sus compañeros soldados en vez de alojarse con su hermana. Por tanto, solo Gabriel y Flor siguieron a Juana fuera de las puertas, donde la muchedumbre, como ya era habitual, se había concentrado para poder echar un vistazo a la Doncella. Tras la victoria de la barbacana de Saint-Loup, el fervor no había hecho más que incrementarse.

Una vez más, se dirigieron hacia el puente de Orleans. Gabriel miró hacia atrás buscando a Flor. Ella era una completa novata montando a caballo, pero se quedó impresionado al ver que les seguía el paso, aunque apretaba las riendas con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—¿Venís a insultar a Glasdale de nuevo? —inquirió sonriendo uno de los soldados.

—Hoy no —repuso Juana. Alzó el pergamino con el hilo—. ¿Podría alguno de vuestros arqueros darme una flecha?

Gabriel comenzó a reír mientras veía cómo Juana enroscaba apretadamente el pergamino alrededor del asta de la flecha fijándolo a esta con el hilo rojo.

Se la devolvió al arquero, ascendió hasta la fortificación desde donde podía verlo todo y gritó:

—¡Glasdale! ¡Leed estas nuevas!

El arquero dio un paso adelante y, poniendo cuidado en apuntar bien y no herir a nadie —pues no quería ser quien accidentalmente empezara una batalla cuando la Doncella simplemente pretendía entregar una nota—, disparó la flecha que surcó el aire.

—¡Noticias de la zorra de Armagnac! —proclamó uno de los soldados ingleses.

Gabriel oyó una rápida exhalación a su espalda, y se volvió para ver el rostro de Flor completamente escarlata. La joven bajó la vista, tratando de contener las lágrimas. También Juana pareció disgustada durante un instante, pero luego se dio la vuelta.

—Muchos de aquellos que dicen esas cosas estarán muertos en pocos días —indicó Juana—. Su aliento tiene fecha. Dejemos que lo malgasten con feas palabras si así lo quieren.

Viernes, 6 de mayo de 1429

Juana, Gabriel y Flor abandonaron juntos la iglesia tras la misa matinal. Para entonces, Gabriel ya se había acostumbrado a esa rutina: confesión, misa diaria, y luego lo que quiera que las Voces de Juana le ordenaran hacer. Pero Flor aún se sentía incómoda cada vez que entraban en el recinto sagrado. A pesar de ello, Gabriel pensaba que su nombre no podía ser más adecuado, pues gracias a la amabilidad de Juana la joven estaba floreciendo.

Mientras caminaban de regreso a la casa de Boucher, Gabriel vio al gobernador de Orleans, el viejo y digno soldado veterano Raoul de Gaucourt discutiendo con La Hire. Los dos retrocedieron cuando Juana se aproximó a ellos, comportándose casi como niños culpables.

—¿Está decidido por fin el Bastardo a atacar a los ingleses hoy? —les preguntó Juana.

El hombre grande como una montaña frunció el ceño y permaneció en silencio. De Gaucourt contestó:

—Casualmente, Doncella, he sido especialmente designado por el Bastardo para guardar esta puerta de aquellos que estén demasiado ansiosos por entrar en batalla. Hoy no habrá lucha.

La Hire y Juana intercambiaron una larga mirada. Entonces Juana se volvió hacia De Gaucourt.

—Estoy muy cansada de no ser incluida en decisiones que afectan a la ciudad que Dios me ha enviado a ayudar —repuso fríamente—. Vos, La Hire y vuestros generales estabais en vuestro consejo, y yo en el mío, pero

debéis creer que el consejo de mi Señor se llevará a cabo y perdurará, y que todo otro consejo perecerá.

—Pero esta es la orden del hombre al mando del ejército —comenzó a protestar De Gaucourt.

—¡Y vos sois el gobernador de Orleans! ¿Acaso no deseáis verla libre? Creo que los soldados deberían salir, junto con todos aquellos de la ciudad que deseen combatir a su lado. Es preciso emprender una carga contra la barbacana de los Agustinos, al sur de Las Tourelles, ¡y vos sois un hombre malvado por querer detenerla!

Algo estaba sucediendo en el semblante lleno de cicatrices de La Hire. Gabriel tardó un momento en comprender que el gigantón estaba tratando de no reírse.

—Os guste o no —advirtió Juana al gobernador—, los soldados vendrán y obtendrán lo que han conseguido en otras partes.

Se dio la vuelta, dirigiéndose a la multitud que siempre parecía apiñarse a su alrededor. Y, tomando la espada, les arengó:

—¡Mis soldados! ¡Ya sabéis lo que deberíamos estar haciendo! ¡Pueblo de Orleans, uníos a nosotros!

La ya familiar oleada de respuestas ahogó la voz del gobernador mientras trataba de hacerles entrar en razón. Gabriel sabía que los Asesinos creían que el llamamiento de Juana, su poder para inspirar a los demás, no era un mandato divino, sino algo inherente en su sangre.

Ignoraba quién tenía razón, pero no le importaba. Lo único que sabía es que ella creía en su misión, y que triunfaría.

La escena se disolvió en la bruma del Corredor de la Memoria. Simon se sintió aliviado cuando esta no se solidificó a continuación en chillidos de soldados, en el atronador ruido de los cascos de los caballos o en sangre y barro, sino en una escena de una noche oscura, las siluetas de los soldados, cansados pero vivos, salpicadas por la luz de las hogueras.

—Deberías regresar a Orleans y descansar —sugirió Gabriel a Juana mientras estaban sentados frente a la hoguera de su propio campamento. Se habían despojado de las armaduras, y los escuderos de Juana estaban muy atareados limpiando vigorosamente la sangre y el barro con vinagre y arena de la orilla del río—. Has hecho demasiado por hoy.

Juana le sonrió, acariciándole la mejilla suavemente. El fuego y la calma formaron una extraña unión en el cuerpo y el corazón de él.

—Me quedaré aquí, con los hombres que han luchado tan valientemente. Estamos tan cerca, mi Sombra; tan cerca de la victoria…

—Gracias a ti —indicó Gabriel.

—Gracias a Dios —corrigió ella, y él asintió sonriendo. *A Dios, a ti, a tu sangre Precursora y a la hermosa Espada del Edén. ¿Cómo puede nadie esperar oponerse a ti?*

Su tono se hizo ligeramente más serio, antes de decir:

—Necesito que me despiertes pronto mañana y te mantengas cerca de mí. Mañana tendré mucho trabajo que hacer, mucho más de lo realizado hasta ahora. —Hizo una pausa, mientras una mano ascendía hasta tocar durante un instante el saquito que colgaba sobre su corazón, y luego continuar su recorrido a lo largo de la piel de su cuello, de la clavícula y el hombro—. Mañana la sangre brotará de mi cuerpo… Aquí, tal vez; por encima de mi pecho.

El frío se apoderó de Gabriel.

—¿Acaso tus Voces…?

—¿Juana? —La voz era dulce, femenina y familiar. Ambos alzaron la vista para encontrarse a Flor de pie sonriéndoles. Llevaba un enorme cesto cargado de botellas de vino, rodajas de pan y lo que parecía ser un queso envuelto en un paño. Un abruptamente silenciado *graznido* desde la hoguera más cercana les informó de que muy pronto disfrutarían también de pollo asado.

—¡Flor! —exclamó Juana sonriendo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Flor hizo un gesto hacia los ciudadanos de Orleans que estaban aportando vituallas y otros presentes a las fogatas.

—¡Están tan agradecidos! Todos saben que habéis luchado con gran fiereza, durante todo el día, y que debéis de estar hambrientos y cansados. —Hizo un gesto hacia alguien más, que portaba gruesas mantas—. Hemos venido todos en pequeños botes, sigilosamente. Por supuesto yo tenía que acompañarlos.

Se sentó entre ellos. Sus ojos brillaban, y aparentemente no podía dejar de sonreír, incluso aquí, tan cerca del campo de batalla. Contento como

estaba por que Flor hubiese hecho el trayecto para traerles provisiones, Gabriel aún seguía dando vueltas a las palabras de Juana. *La sangre brotará de mi cuerpo*. ¿Una bala? ¿Una espada? ¿Una flecha? *¿Qué arma era lo suficientemente maligna para herir a su Juana?*, pensó.

Y… ¿seguirá con vida?

Cuando la niebla se cerró de nuevo, Simon supo lo que Gabriel ignoraba: que el muchacho habría deseado ver a Juana morir en la próxima batalla, en vez de encontrar el final que tendría apenas dos años más tarde.

¿Las Tourelles?, preguntó Victoria.

Simon respiró hondo.

—Las Tourelles —indicó.

23

Sábado, 7 de mayo de 1429
Las Tourelles

Simon agradeció el lento y metódico retorno al mundo del Corredor de la Memoria. Le ayudó a recordar que, mientras que todo cuanto estaba presenciando era real y había sucedido exactamente como lo veía, aquella no era *su* realidad, *su* presente.

Las Tourelles.

Las había visto desde atrás, a través de la lengua de agua donde en su día una parte del puente de Orleans se conectaba con la ciudad. Ahora, el puente levadizo que lo unía a la orilla sur del Loira era lo único que impedía que no se convirtiera en una isla formada por las torres.

Y antes que esto, en el otro extremo de aquel puente levadizo, se erigía su enorme barbacana. Dunois la había definido como una de las más importantes fortificaciones jamás edificadas, y él debía de saberlo, pues había ordenado construirla para aumentar las iniciales defensas de mampostería con el fin de proteger Las Tourelles de ser tomadas por los sitiadores ingleses. Ese plan había fracasado completamente, y los ingleses habían fortificado el lugar incluso más allá de la construcción original. Dunois estimaba que la barbacana y Las Tourelles contenían entre ambas casi un millar de soldados ingleses, y la mayoría de los cañones británicos.

Una empalizada de afilados troncos de árbol, inclinados hacia el enemigo, constituía la primera línea de defensa. Al otro lado de ese muro de

madera había una zanja de tierra fangosa, de tres metros de ancho por siete de profundidad. La blandura del terreno era en sí misma una defensa: cualquiera que cayera dentro tendría que esforzarse mucho para escapar. El propio muro de la fortificación sumaba veinte metros de largo por veintiocho de ancho y rodeaba una especie de patio donde los ingleses podían, a su capricho, disparar armas de fuego, flechas, pequeñas balas de cañón, lanzas y hachas. La barbacana estaba conectada con Las Tourelles por un puente levadizo bajo el cual había un foso por el que fluía el agua del río Loira.

Simon sabía que, a pesar de su «consejo», todos los generales franceses se habían presentado para acampar junto a Juana la noche anterior. Desde las ocho de la mañana, los franceses habían estado disparando con su artillería a las barreras, comenzando por las empalizadas. La misma tierra ahora parecía temblar ante el sonido de las bombardas vomitando sus bolas metálicas contra el muro de madera. Llameantes flechas zumbaban en el aire como furiosos abejorros, mientras pequeñas y veloces lenguas de fuego naranjas surcaban voraces el aire cuando los arqueros apuntaban hacia el patio interior de la fortificación. Nada de caballos, aquí no, no esta vez, solo la sencilla brutalidad de soldados armados a pie.

—¡Alto el fuego! —llegó la orden de Dunois apenas audible bajo el estruendo—. ¡Alto el fuego!

La artillería francesa se quedó en silencio.

—¡Adelante, mis valientes soldados! —se escuchó la voz de Juana, clara y fuerte. Como el resto de ellos, iba a pie, con su estandarte en la mano—. ¡Llenad la zanja para que podamos cruzar la barbacana!

Hubo un gran rugido cuando los hombres iniciaron su carga. Algunos de ellos arrojaron enormes troncos de madera a la zanja de tres metros. Lo que hasta entonces había sido un obstáculo para ellos ahora se convirtió en un puente. Otros soldados, incluido Gabriel, se apresuraron a agarrar haces de ramas preparadas la noche anterior para ese propósito. Él lanzó su montón a la zanja y se dio la vuelta para recoger más.

Sabía que constituía un objetivo demasiado expuesto. Pero el único acceso a la zona del patio era por encima del muro de la barbacana y, para superarlo, había que trepar por las escalerillas. Los troncos y montones de

ramas no eran lo único que llenaba la fosa. Los cuerpos yacían donde habían caído, tendidos en ángulos imposibles, y el estómago de Gabriel se retorció al verlos. Sin embargo, nadie se planteó retirarlos a un respetuoso lugar lejos de la batalla. Habían caído allí, y la zanja necesitaba ser cegada, por lo que servirían a la causa francesa en la muerte como lo habían hecho en vida. Cuando se volvió para otra carrera, escuchó a uno de los soldados gritando de dolor y suplicando ayuda. Un arquero se apiadó del hombre herido y sus gritos cesaron.

La zanja ya estaba casi llena, con madera y hombres muertos o moribundos, y un grito surgió entonces:

—¡A escalar! ¡A escalar!

En medio de un inmenso clamor, los soldados agarraron las escalerillas, apoyándolas sobre la zanja ahora cegada y contra los laterales de la fortificación. Cuando Gabriel se giró para ayudar a acercar una al muro, advirtió que Juana les había superado a todos. Había sido la primera en colocar la escala contra la fortificación, y ya estaba a medio camino. Mientras ascendía ágilmente, un grito de ánimo desgarró su garganta.

Que se convirtió en un chillido.

El mundo se detuvo de repente. Un silencio mortal se acrecentó dentro de él mientras Juana se arqueaba hacia atrás y luego se soltaba de la escala, sus brazos extendidos como alas, cayendo con todo el peso de la armadura sobre el mar de hombres de debajo como si hubiera dado un Salto de Fe y fallado.

—¡No! —gritó Gabriel—. ¡Juana! ¡Juana!

Soltó la escalerilla, sin prestar atención a las flechas y los disparos, centrándose solo en Juana mientras se abría paso a empellones a través de su propia gente para llegar a su lado. La agarró del brazo al tiempo que él y otros dos hombres se la llevaban a la parte trasera del campo de batalla. La flecha se había clavado en ángulo, a unos buenos quince centímetros en la parte superior del pecho, en el costado derecho, entre la clavícula y el hombro.

Mañana la sangre brotará de mi cuerpo… Aquí, tal vez; por encima de mi pecho…

La trasladaron con el mayor cuidado posible, pero a pesar de ello el balanceo la hacía retorcerse de dolor y temblar. Sus gemidos desgarraban el corazón de Gabriel.

—Mis Voces —balbuceó— no… no dijeron cuánto *dolería*… —Sollozó, las lágrimas trazando surcos a través de la suciedad y el sudor de su hermoso rostro. No había ninguna luz surgiendo de ella, no en ese momento, y un miedo atroz atenazó a Gabriel.

La depositaron en el suelo sobre la hierba.

—Quédate quieta, Juana —la urgió Gabriel.

—Esto no está bien —murmuró La Hire. Dios sabe de dónde había salido, pues estaba dirigiendo el flanco de la izquierda.

—Tengo un amuleto —ofreció uno de los soldados—. Aquí, presionadlo contra la herida, logrará…

—¡No! —La voz de Juana era sorprendentemente fuerte—. ¡Prefiero morir a utilizar algo contra la voluntad de Dios!

—Juana —dijo Gabriel y los ojos inyectados en sangre de ella se movieron lentamente para encontrarse con su mirada—. Juana…, no vas a morir. Dios no lo permitirá. Aún no has levantado el asedio.

—Pero tú lo harás —declaró, sonriendo suavemente.

No, no…

—¿Y qué me dices del rey? ¡Tienes que llevarlo a Reims! —Gabriel alzó la vista para ver a La Hire observándole, casi suplicándole para que convenciera a Juana de quedarse con ellos.

Juana cerró los ojos durante un terrible momento y luego los abrió de golpe. Apretó los dientes y gruñó, con un bajo y profundo ronquido, y entonces extendió su mano izquierda, agarró la flecha y comenzó a quitársela ella misma. Su rostro súbitamente se volvió luminoso, incluso mientras gritaba asombrada ante la profunda agonía provocada cuando la punta desgarró su músculo y su piel al extraerla, y la sangre comenzó a brotar libremente.

Dios no se la llevará. No morirá. No hoy.

La escena comenzó a girar y a desvanecerse, envuelta por la agitada tonalidad gris del Corredor de la Memoria.

¿Estás bien?

Simon asintió y se humedeció los labios.

—Sé que ella no murió —contestó.

Pero Gabriel no lo sabía. *¿Necesitas un descanso?*

—No. Continuemos avanzando. —Había viajado tan lejos con Juana que necesitaba presenciar su legendaria victoria militar, cuyo triunfo aún hoy sigue celebrando la ciudad de Orleans con un festival en su honor de diez días de duración.

La niebla volvió a solidificarse revelando, una vez más, Las Tourelles. Pero esta vez, no se estaba librando batalla alguna.

—Lo siento, Juana —dijo el Bastardo—. Los hombres están agotados y hambrientos.

Juana llevaba de nuevo su armadura, que cubría su pecho vendado. Estaba pálida y demacrada, pero, por lo demás, no había modo de advertir su herida.

—Lo entiendo —contestó ella, sorprendiendo a los generales, que intercambiaron miradas—. Regresaré en breve.

Se levantó y salió a la luz del atardecer, hacia lo que quedaba de un desatendido viñedo. Gabriel se puso en pie para acompañarla, pero ella alzó una mano y le entregó su estandarte.

—Esta vez no —indicó, y se alejó hacia las alargadas sombras.

La observó marchar, y luego volvió junto a los generales. El humor era sombrío y todos comieron y bebieron en silencio. El combate llevaba librándose desde primera hora de la mañana. Los cañones habían conseguido dañar algunas partes de la barbacana, pero los ingleses habían luchado con valentía. Una escala tras otra había sido tendida contra los muros, para ser rechazada y sus soldados tener que saltar de ella. O bien esperaban hasta que los intrusos se hallaban en lo alto, y les atacaban con lanzas y picas, hachas y martillos.

La moral flaqueó durante las horas que Juana pasó lejos de la batalla debido a su herida. Ahora los hombres estaban exhaustos, incluyendo a Gabriel, y se acercaba el ocaso.

El Bastardo miró a La Hire, De Rais y Gabriel y entonces dijo en voz baja:

—Muy pronto anochecerá. Tenemos que retirarnos. Enviaré una señal a la gente de Orleans para que ellos también se detengan.

—¿La gente de Orleans? —preguntó Gabriel.

De Rais le lanzó una de sus sonrisas maníacas.

—No luchamos solos, Laxart —replicó—. Tenemos otros planes en marcha. Se han preparado ataques a Las Tourelles desde otros puntos.

Aún confuso, Gabriel repitió:

—¿Otros *puntos*? —Desde el puente, podía entenderlo, pero ¿por dónde más?

—Ya lo veréis —dijo De Rais—. ¡Será precioso!

—¡Perderemos todo el terreno que se ha ganado hoy! —alegó La Hire.

—Una parte, pero no todo —insistió Dunois—. Pero sin Juana, los hombres…

—Los hombres no necesitan estar sin Juana. —Se volvieron para descubrir cómo ella se acercaba. Pese a tener profundas ojeras alrededor de los ojos por el dolor que soportaba, su rostro estaba encendido y sus labios curvados en una suave sonrisa—. Ella está aquí, y está con ellos, y Dios está con todos nosotros.

Sin esperar respuesta, recuperó su estandarte de Gabriel, se dio la vuelta y comenzó a caminar a grandes pasos hacia la fortificación.

—¡Juana, espera! —gritó el Bastardo.

Pero, a su alrededor, los soldados habían empezado a vestirse con las pocas piezas de armadura que se habían permitido quitar para poder sentarse. El aire se llenó nuevamente de una energía casi crepitante, como destellos de rayos, y también Gabriel se puso los guantes y el casco, y se dio la vuelta para seguir a la Doncella.

Era la hora dorada que precede al crepúsculo, cuando el sol estaba ya muy bajo en el horizonte y lo bañaba todo como si fuera la luz del mismo Dios, suavizando la fealdad de los restos de la batalla. Pero no podía dulcificar la fortificación que, sembrada de soldados ingleses, seguía siendo enorme y ominosa.

Juana la Doncella se plantó frente a ella.

Había clavado su estandarte y lo agarraba con una mano. En la otra sostenía la Espada del Edén. Parecía atrapar la luz del sol, excepto porque el

sol nunca había dotado a un metal terrestre de tan deslumbrante fulgor.

—¡Glasdale! —grito Juana. Su voz pareció reverberar en el pecho de Gabriel, que se llevó la mano a él durante un instante. No podía apartar los ojos de la imagen de la joven muchacha, tan erguida como el estandarte que enarbolaba, tan resplandeciente como la espada que blandía—. ¡Glasdale, rendíos! ¡Rendíos al Rey de los Cielos! Vos, que me llamasteis zorra. Ahora me compadezco de vos y de las almas de vuestros hombres. ¡Entregaos o este día os reuniréis con Dios!

Esta vez no hubo burlas. Los soldados ingleses miraban anonadados. Sin duda habían creído que la zorra de Armagnac había sido abatida por una flecha, pero ahí estaba, como si nunca hubiese estado herida, pidiendo —prácticamente suplicando— que se rindieran.

Pero era demasiado tarde.

Un terrible estruendo rasgó el aire de la tarde: una enorme explosión fundiéndose con los gritos aterrorizados de los heridos y los moribundos. Humo negro y llamas naranjas ascendieron ondulantes desde detrás de la fortificación.

Juana se dio la vuelta, su rostro más brillante que el fuego.

—¡La gente de Orleans ha cruzado el puente para luchar con nosotros! ¡El fuego arde en Las Tourelles! ¡Seguidme!

Envainó la espada, clavó el estandarte firmemente en el suelo arenoso de la orilla y corrió hacia delante. Gabriel gritó con gozo y se apresuró a colocar una escala contra el muro. Esta vez, mientras los soldados trepaban, no encontraron resistencia. Los ingleses del patio de la fortificación estaban demasiado ocupados tratando de seguir con vida. Alcanzó la cima y se deslizó al interior para contemplar el absoluto caos.

El puente levadizo entre Las Tourelles y la barbacana había desaparecido. El foso de más abajo estaba abarrotado de escombros ardiendo, trozos de madera e ingleses ahogándose; las pesadas armaduras que hasta entonces les habían servido de protección ahora condenándoles. Sin embargo, antes de quemarse vivos, los soldados se desembarazaban de cuantas piezas de armadura podían para saltar al agua. Los más afortunados, por hallarse en el patio durante la explosión, se encontraron con una cortina

de fuego a su espalda y una corriente de soldados franceses deslizándose desde lo alto del muro en un número cada vez mayor.

—¡Nos rendimos! —gritaron los ingleses con su fuerte y feo acento, soltando sus armas y levantando los brazos—. ¡Nos rendimos!

Y desde lo alto del muro de la barbacana, el mismo que apenas unas horas antes parecía tan inexpugnable, Juana la Doncella gritó:

—¡Soldados de Francia! ¡Esta ciudad es vuestra!

Más tarde, mucho tiempo después, Gabriel y Juana regresaron a la casa Boucher. Allí, Juana permitió que le limpiaran la herida y la vendaran con suave lino, y luego ella y su séquito cenaron carne asada regada con vino. Sus dos heraldos lo festejaron a su lado; habían sido liberados de Las Tourelles junto con otros muchos prisioneros franceses.

Gabriel había sabido que, mientras el ejército estaba atacando Las Tourelles desde la barbacana, el valiente pueblo de Orleans se dedicaba a tender un rudimentario paso de estrechos tablones y piezas de alcantarillado entre el puente roto y el lado norte de Las Tourelles. Algunos de los horrorizados ingleses juraron haber visto a san Miguel y a una hueste de ángeles acercándose, pero, cuando le preguntaron a Juana, ella replicó sin darle importancia que no, que san Miguel no había hecho su aparición, aunque resultaba evidente que Dios había estado de su lado.

Siguiendo una orden de Juana, un grupo de hombres había preparado una barcaza con fuego que se envió flotando bajo el puente levadizo, donde explotó causando un feroz infierno para los ingleses.

William Glasdale, apostado en el puente, se encontraba entre los que se ahogaron bajo el peso de su propia armadura, justo como Juana había presagiado.

Si bien se lanzaron muchos vítores —la propia Juana había entrado en Orleans esa noche por el improvisado puente—, también hubo muchos muertos, fuego y olor a cuerpos calcinados. Los gritos de los hombres atormentados por el dolor fueron silenciados por la rápida muerte con la espada o el arco.

Gabriel sorprendió a Juana en un momento en que su rostro reflejaba un ánimo tan sombrío como el suyo. Estaba picoteando su comida y entonces, sintiéndose observada, levantó la vista hacia él. Su rostro, demacrado y exhausto, se suavizó. Incluso un poco de su luz volvió a ella.

—La guerra es algo cruel, incluso cuando luchas por Dios —comentó en voz baja—. Mi corazón está pesaroso por la tristeza de todos los que han muerto hoy. Si al menos se hubiesen rendido… Sin embargo… —Su voz la traicionó—. Hemos ganado Las Tourelles, pero el asedio aún no se ha levantado. Ya veremos lo que nos depara el día de mañana.

Domingo, 8 de mayo de 1429

Cuando dormía, Juana parecía como cualquier otra muchacha.

Su rostro no se veía ni luminoso ni contraído por una rabia justa, ni sonriente, ni sollozante por los caídos. Simplemente era el de una muchacha, que parecía más joven de sus diecisiete años cumplidos, dormida.

Se había obtenido una gran victoria la víspera, si bien acabó agotando a Juana a muchos niveles, y mientras Gabriel la contemplaba un instante, se resistió a despertarla. *Algún día*, pensó, *Dios ya no te pedirá nada más, y podrás ser esta muchacha de nuevo. Nada de Espada del Edén, nada de estandarte, ni armadura ni gritos de batalla o sangre. Solo tú*.

—Juana —llamó suavemente—, los ingleses se han puesto en marcha.

Los habían distinguido apenas unos minutos antes: aparentemente, todos ellos avanzaban en formación desde las distintas fortificaciones que todavía no habían sido conquistadas por los franceses.

Se despertó al instante, sus ojos azules abriéndose de golpe, tranquila y alerta y sin embargo, como siempre, sorprendiendo sutilmente a Gabriel con su pura intensidad y su rica tonalidad zafiro. A su lado, Flor murmuró y parpadeó adormilada.

—¿Dónde? —inquirió Juana. Y se lo explicó. Entonces ella llamó a sus escuderos y tanto ella como Gabriel se enfundaron rápidamente la armadura.

Flor se quedó a un lado, una expresión de impotencia asomando a sus hermosos rasgos mientras los contemplaba con preocupación, retorciéndose las manos.

—Soy una inútil —murmuró—. ¡Si al menos pudiera enfrentarme al peligro con vosotros! —Y de pronto, impulsivamente, besó a los dos en la mejilla—. Sé que Dios estará con vosotros —fue todo lo que dijo.

Cruzaron el puente de Orleans a pie. Cuando penetraron en la tienda del general, en la orilla opuesta del Loira, se encontraron con el Bastardo, La Hire, Gilles de Rais y los demás en profunda conversación.

—¿Qué está pasando? —inquirió Juana.

—Maldita sea si lo sabemos —respondió La Hire.

—¡No blasfeméis! —dijo Juana casi ausente, sus ojos azules clavados en Dunois.

—Se están alineando hacia el oeste —informó Dunois—. Podría ser que estuviesen planeando un ataque masivo… todos ellos unidos contra nosotros.

Gabriel sabía que ambos bandos habían perdido a muchos hombres durante los dos días anteriores. Un único asalto mataría a cientos más. Y los ingleses podrían ganar.

—Es domingo —indicó Juana—. Yo digo que no seamos los primeros en atacar.

—¿Qué? —exclamó De Rais—. Si ahora fuésemos tras ellos…

—¡No! —refutó Juana—. Bastardo, ¿habéis dicho que estaban marchando en formación?

En ese momento, uno de los hombres de Dunois asomó la cabeza por la tienda.

—Señor —dijo—, ya están aquí, pero no están atacando.

Todos a una, los generales, Juana y Gabriel se precipitaron fuera de la tienda para verlo por sí mismos. El caballero había dicho la verdad. Allí estaban, lo suficientemente cerca para poder distinguir sus caras, alineados para enfrentarse al adversario mientras más y más soldados se congregaban para superarles en número.

—Formación de batalla —murmuró La Hire, y de todos ellos pareció ser el único en reconocerla.

—Recibámosles del mismo modo —sugirió Juana—. Bastardo, alinead a los hombres. Exactamente como están los ingleses. A todos nosotros. No haremos el primer movimiento, pero decid a vuestros hombres que si somos atacados por los ingleses en domingo, lucharemos con la bendición de Dios. Y si los ingleses deciden marcharse, podrán irse con la misma.

Resultaba escalofriante, pensó Gabriel, ver al enemigo tan de cerca y tan inmóvil. Su corazón latía acelerado mientras montaba y trotaba a campo abierto al lado de Juana. Permanecieron sobre sus inquietos caballos mientras el resto del ejército francés y la milicia de Orleans se desplegaban en línea tras ellos.

Esperaron durante más de una hora, el único sonido el crujido de las armaduras y el de los cascos de los caballos. Entonces uno de los líderes ingleses rompió la formación, llevando su caballo al trote mientras avanzaba.

—Es Talbot —murmuró Dunois, agarrando las riendas para dirigirse al encuentro del comandante inglés.

—No, Bastardo —rechazó Juana—. Iré yo.

Miró a Gabriel y negó con la cabeza. Al parecer, ni siquiera él podría acompañarla. Horrorizado, asintió, observando con el corazón en un puño cómo ella se acercaba sola al encuentro con el casi legendario general inglés.

Lenta pero deliberadamente, John Talbot desenvainó su espada, pero no la blandió. Gabriel pudo advertir el súbito cambio en la tensión de los soldados franceses, y el ruido emitido por los ingleses al prepararse para la acción. A una orden de su comandante, estarían listos para cargar contra el ejército francés en una gran línea.

Pero, extrañamente, Gabriel no estaba preocupado. En su lugar, observó cómo Juana respondía de la misma forma, sacando la Espada del Edén. Esta brilló como si despertara a la vida, su contorno oscurecido por la intensidad de su propia aura, casi como si Juana sostuviera un pequeño sol. A su espalda pudo escuchar suaves exhalaciones mientras los franceses relajaban su tensión, y vio cómo el ejército inglés se revolvía incómodo. Se preguntó si Talbot podría *ver* a Juana, si podría ver cómo la espada refulgía para ella.

Si fue así, Talbot resistió durante varios minutos interminables. Y luego, lentamente, hizo un gesto de asentimiento y envainó la espada. El comandante alzó su mano vacía y palmeó a su caballo, haciéndole girar abruptamente y regresando a la línea inglesa.

Entonces empezaron a dar la vuelta, no todos a la vez pero de forma parecida, para alejarse del campo de batalla.

Juana, al verlo, giró su caballo para poder mirar a sus tropas de frente. Su rostro brillaba casi tanto como la espada que sostenía, sin atreverse a levantarla por miedo a que alguno pudiese interpretarlo como una señal de ataque. La envainó y en su lugar tomó el estandarte, apretándolo mientras galopaba de un lado al otro por delante de su ejército, antes de que la milicia de Orleans alzara sus voces con vítores a Dios y a la Doncella de Orleans.

El asedio se había prolongado durante casi siete meses.

Juana, la Doncella, le había puesto fin en diez días.

24

¿Cómo te encuentras? La voz de Victoria sonaba muy preocupada.

Simon no sabía por cuánto tiempo podría mantener la farsa de que todo iba bien entre ellos. Afortunadamente, Victoria parecía creer que se trataba de la fatiga propia de la batalla inducida por el Animus, y eso a él le convenía.

—Creo que me gustaría hacer una pausa.

Me parece que es la primera vez que te escucho pedir una.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —respondió.

Es la hora de comer, ¿quieres que pidamos algo? Este es un gran momento para Juana y Gabriel… y para Simon Hathaway.

Él se obligó a sonreír.

—Creo que tomaré cualquier cosa y volveré un rato a mi oficina. Trataré de poner en claro las notas para ti, tal y como hemos acordado.

Ella le quitó el casco.

—Esa es una medida muy sabia, Simon —aseguró—. ¿Tienes alguna teoría sobre cómo Juana está usando la espada hasta ahora?

—No, aún no —indicó—. Pero podemos discutirlo más tarde, después de que haya tenido un momento para centrarme.

Victoria le ayudó a desabrochar las ataduras sonriendo brevemente mientras lo hacía.

—Me siento un poco como si fuera tu escudero, ayudándote a entrar y a salir de tu armadura del Animus.

—Te estás volviendo una experta, eso hay que reconocerlo, aunque aún no la haya ensangrentado tanto como Gabriel ha hecho con la suya.

Se suponía que era una broma, pero, en cuanto las palabras salieron de su boca, Simon deseó no haberlas pronunciado. Sabía lo celosos que los Templarios se mostraban a la hora de perseguir lo que consideraban los objetivos de la Orden. No estaba seguro de qué demonios había hecho, o estaba a punto de hacer, para merecer el actual nivel de escrutinio, pero, si las cosas caían del lado malo, su propio derramamiento de sangre se convertiría en una posibilidad muy real.

Su mente regresó a su ritual de iniciación y a lo encantador que finalmente le había parecido; casi pintoresco, con una notoria atención a la autenticidad histórica. No debió hacerlo. Era muy real, era un juramento, y no estaba resguardado en la seguridad de su feliz burbuja de investigación teórica.

Simon salió de la plataforma del Animus y se dirigió hacia la vitrina sobre la que descansaba la caja abierta con la espada. La contempló un instante, deseando poder desvelar sus secretos.

—¿Simon?

—¿Hmm?

—… sabes que estoy de tu lado en esto, ¿no?

Estuvo a punto de desmoronarse y exigirle una explicación inmediata. A punto. Porque de verdad, sinceramente, quería creerla, pero, para ser honesto, también creía a Anaya, a quien conocía desde hacía mucho más tiempo. Tan solo deseaba que, de alguna forma, Victoria no fuese una parte activa de… lo que quiera que estuviese sucediendo.

Con aire despreocupado ajustó los cierres de la caja y la cogió.

—Me la llevaré conmigo a la oficina. Si logro dar con algo que se me haya escapado al contemplarla, la tendré a mano. —Dio unas palmaditas a la caja y se dispuso a salir de la habitación.

—Simon, no creo que puedas hacer eso —indicó Victoria, su tono desvelando cierta preocupación.

Él se detuvo y se volvió hacia ella.

—Victoria, soy el jefe de Investigación Histórica. Pues *claro* que puedo hacer esto. ¿Qué pasa, crees que voy a acudir directamente a Sotheby’s o al

Museo Británico? La traeré de vuelta mañana.

Le mostró una sonrisa tranquilizadora, sacudiendo con naturalidad la cabeza en dirección al ascensor.

Cuando entró en su despacho, llevando la valiosa Espada del Edén como si fuera una caja especialmente elaborada de rosas de tallo largo, Simon se dio cuenta de una cosa.

Estaba harto de tener miedo.

Él, Simon Hathaway, era hijo y nieto de Templarios de alto rango. Era un Legado. Había sido Maestro Templario durante varios años antes de ser seleccionado como uno de los nueve, ¡nueve!, miembros de la élite que componían el Santuario Interior. Ya era hora de empezar a actuar como tal. ¿De qué servía formar parte del Santuario Interior si iba a ser espiado? Era como aquella frase de *Rebelión en la granja* de George Orwell: «Algunos animales son más iguales que otros».

Algo implicado con su proyecto había puesto a alguien de la Orden Templaria, quizá a Rikkin, o quizá a alguien ante quien Rikkin debía responder, en máxima alerta. Debía de ser por algo más que la espada, porque Simon ya había prometido hacer todo cuando estaba en su mano para conseguir que funcionara de nuevo. Por algo más que obtener información sobre los Asesinos, ya que descubrir detalles sobre la identidad de los Mentores perdidos era precisamente lo que se suponía que estaba haciendo.

No, tenía que ser otra cosa. Algo que Rikkin, o quienquiera que estuviera a sus órdenes, o quienquiera que mandara sobre él, no quería que se descubriese, o sí, pero adelantándose a Simon. Tenía que ser algo más grande y peligroso, y Simon no pensaba dejarse acobardar por ello ni un minuto más.

Ya podían intervenir su despacho, su coche o el Temp's. Ya podían rastrear su ordenador y su móvil. Ya podían cambiar los empleados actuales por agentes de campo Templarios, o algo peor. Nada de eso importaba. Simon tenía sus libros, su cerebro y, por el momento al menos, tenía acceso al Animus.

Y pensaba aprovecharse lo más posible de todo ello.

Rikkin estiró las piernas en el asiento trasero de su Rolls, contemplando ausente cómo Londres pasaba ante sus ojos mientras hablaba por teléfono con su hija, Sofía, encargada de organizarle su llegada a Madrid en pocos días. Fue interrumpido a mitad de frase por el zumbido que indicaba un mensaje entrante. Apartó el aparato de su oído, vio quién lo enviaba, y le dijo a Sofía: «Te llamaré más tarde», y colgó.

Una sonrisa curvó sus finos labios cuando leyó el mensaje de Bibeau: *O conquistado. Presenciada la E en acción*.

—Por fin —murmuró para sí mismo mientras tecleaba: *¿Cuándo se perdió?*

Aún desconocido.

¿Cuánto tiempo falta?

Desconocido.

La sonrisa se desvaneció. *Vaya donde podamos hablar*, escribió Rikkin. Llamó a Sofía de vuelta y luego colgó. Después, miró por la ventana mientras su Rolls Phantom recorría las calles. El cielo había comenzado a escupir frías y gruesas gotas, pero la gente aún continuaba fuera. Los transeúntes, encorvados bajo lo que parecían negros paraguas vulgares, daban una precipitada calada a su cigarrillo refugiándose bajo el primer voladizo que encontraban o discutiendo sobre quién estaba primero en la cola de los codiciados taxis. Prácticamente cada rostro —hombre, mujer, viejo, joven— mostraba una expresión de rabia, miedo o de bovino vacío.

—Mira esa «gente» —murmuró para sí Rikkin. Esos eran los miserables por los que tanto se preocupaban los Asesinos. Pero esos individuos y sus insignificantes necesidades no le importaban lo más mínimo, y en su opinión, también debería ser así para la Orden Templaria, que tanto había sacrificado y soportado por un ideal de humanidad mucho más noble de lo que esas patéticas criaturas representaban.

Un músculo en su mandíbula palpitó mientras tecleaba en su dispositivo, en busca de cierta información. Sus oscuros ojos destellaron cuando esta apareció, sus labios apretados en una pensativa mueca.

Bueno, bueno, se dijo. *Vamos a necesitar movernos muy cuidadosamente de ahora en adelante. Muy cuidadosamente, desde luego*.

Su teléfono sonó. Victoria debía de haber encontrado un lugar «despejado» para hablar.

—¿Qué demonios —empezó cuando ella respondió, haciendo una breve pausa entre las palabras para enfatizarlas aún más— pretendía decir con «desconocido»?

—Exactamente eso. El señor Hathaway insiste en que descubramos los acontecimientos cronológicamente —replicó—. Teme no poder obtener una visión de conjunto. Tan solo he podido convencerle para no revivir cada simulación desde el principio hasta el fin.

—El profesor Hathaway no está viendo una película en el cine —indicó, su voz apenas un leve susurro—. ¿De verdad pretende decirme que la razón por la que no me está informando sobre la Espada del Edén es porque un estirado historiador quiere *seguir las cosas por su orden*?

—Le he sugerido avanzar, pero toda la premisa del cambio que propone para su departamento es…

—Sé bien cuál es la maldita premisa, ya se explayó sobre ella con bastante detalle —espetó Rikkin. Y luego, tras conseguir rehacerse, añadió —: Doctora —dijo en un tono más suave—, ¿por qué cree que le pedí que me informase en privado?

—Francamente señor, no sé por qué —respondió ella—. No hay nada en Hathaway que indique otra cosa de lo que exactamente aparenta ser, un Templario leal, descendiente de leales Templarios. Un brillante investigador y un dedicado historiador que quiere maximizar el potencial de su departamento. Y si se me permite hablar libremente, señor Rikkin, en apenas un puñado de días creo que ha realizado un magnífico trabajo para justificar su propuesta. Hemos encontrado la espada. Tenemos distintos momentos de su puesta en acción. Hemos encontrado no uno, sino dos individuos con notables concentraciones de ADN Precursor. Hemos descubierto Asesinos en altos puestos, incluyendo un hasta ahora desconocido Mentor, y hemos logrado echar un vistazo a las inscripciones grabadas por el propio De Molay antes de que el tiempo y quién sabe qué o quién las dañaran. Continuaremos vigilando la espada, prestaremos

atención a cómo Juana la maneja, y encontraremos dónde se perdió y cómo se dañó.

El silencio de Rikkin fue tan largo que Victoria preguntó insegura:

—¿Señor?

—Hubo repercusiones, ¿sabe? —dijo lentamente.

—¿Repercusiones?

—En el pobre Fraser.

—… sí, señor. Fui consciente de ello.

—Usted le proporcionó a Fraser información para filtrar a los Asesinos.

Ahora llegó su turno de quedarse callada.

—Lo hice —dijo por fin—. Pero le recuerdo que en aquel momento no sabía nada sobre la verdadera naturaleza del conflicto, ni sobre los objetivos de la Orden Templaria. Tan solo acababa de saber que ambas existían.

Rikkin, por supuesto, lo sabía. Al igual que la gran mayoría de los empleados de Abstergo —de hecho, en todas las divisiones de la compañía —, Victoria Bibeau había entrado a trabajar con ellos tan ignorante de la Orden como esos locos patéticos que ahora veía desde la ventanilla de su coche, corriendo para huir de la lluvia mientras pisoteaban los charcos; seres cuyas vidas existían para poco más que dormir, beber, trabajar y esporádicamente tratar de enterrar su mediocridad en momentáneos placeres. Pero a él todo eso no le importaba; el argumento de Bibeau era irrelevante.

—Nos vimos obligados a terminar con Aidan St. Claire debido a ese desastre. Estuvimos a punto de terminar con *usted*. ¿Lo sabía?

Escuchó cómo ella aspiraba aire levemente al otro lado de la línea. *Ah*, pensó, *no, no lo sabía*.

—Tenía usted muchos amigos en Abstergo Entertainment que la apoyaron, y desde entonces nos ha demostrado su lealtad. Nos alegramos de haber contactado con usted antes de que lo hicieran los Asesinos. Habríamos detestado verla en su equipo.

—Creo sinceramente que ambos grupos buscan lo que es mejor para la humanidad —declaró ella, dejándole asombrado.

—¿En serio? —Esas dos palabras estaban impregnadas de advertencia.

—Sí. Sencillamente creo que el método Asesino está equivocado.

Rikkin no había esperado obtener un bocado tan suculento.

—Y nuestro amigo el profesor Hathaway, ¿está de acuerdo con usted en eso?

Hathaway también lo pensaba, por supuesto. El lacónico investigador no lo había dudado un solo segundo. Le gustaba el orden, la rutina y la pulcritud. Hathaway se había librado hasta ahora de la necesidad de mancharse las manos con algunos de los aspectos más desagradables de la causa Templaria, felizmente refugiado en su torre de marfil mientras otros, como el equipo Sigma de Berg o incluso algunas de las ramas más profundas y oscuras de la Orden Templaria, se dedicaban a despejar el jardín del mundo de las malas hierbas como los Asesinos, los renegados y los herejes que querían derribar la Orden.

Pero Rikkin había subestimado sus cálculos. Lejos de conseguir enervar a Bibeau, la velada acusación la hizo irritarse ostensiblemente.

—Señor Rikkin, hay muchas cosas en este mundo para las que no soy buena. Pero *soy* buena interpretando a mis pacientes. Sin duda esa es una de las razones por las que usted, eh…, me incluyó en esto. Estoy interactuando con él como un sujeto, no como un colega.

—Y él no lo sabe, ¿no es cierto?

—Sabe que examiné su perfil, y que le estoy monitorizando de cerca durante su tiempo en el Animus y después.

—Sin embargo, aquí está, hablando conmigo. —Ahora la tenía acorralada y se dispuso a rematarla—. ¿Y qué pasa con la confidencialidad médico-paciente, doctora? ¿Eh?

—Usted me pidió que…

—Me informara de su progreso, con sus pensamientos. Como una colaboradora. Y eso ha hecho, y yo, y la Orden, le estamos agradecidos. No se pueden tener las dos partes, doctora Bibeau.

Hubo un silencio al otro lado. Esperó. Rikkin comprendía el poder de la paciencia. Entonces, en voz baja, Bibeau contestó:

—Creo en lo que la Orden Templaria defiende. Y también creo en lo que Hathaway pretende hacer. En mi opinión posee una mente sensata y un buen corazón, y está afrontando la simulación con un sincero deseo de

servir a la Orden y conocer la verdad. Sin duda no puede decir que esos dos ideales sean opuestos. ¿No es cierto, señor Rikkin?

—La verdad —respondió suavemente—, al igual que la belleza, está en el ojo de quien la observa.

—Yo hice un juramento —replicó Bibeau—. Juré mantener los principios de nuestra Orden y todo aquello que defiende. No compartir nunca nuestros secretos ni divulgar la verdadera naturaleza de nuestra Orden, y hacerlo desde ahora hasta la muerte, cualquiera que sea el coste. —Su voz sonaba ahora más aguda por la rabia contenida—. Y lo mismo hizo Simon. Y ninguno de nosotros ha roto ese juramento. Le doy mi palabra de que acudiré a usted en el momento en que sienta que él está, de algún modo, tratando de violar ese código, y será bienvenido a actuar como le parezca. Hasta entonces, a menos que quiera que me retire, permítame hacer mi trabajo, *señor*.

A Rikkin no le pasó desapercibido que hubiese llamado a Hathaway por su nombre de pila. Reflexionó un momento.

—Quiero saber cómo reparar la espada. Quiero que funcione de nuevo. No podemos permitir que Hathaway se pierda en una búsqueda inútil. Espero haberme expresado con claridad a ese respecto. Mantendremos otra de estas agradables charlas cuando tenga algo más que contarme.

—Sí, señor.

Terminó la llamada y se recostó en el asiento. No había grandeza aquí, en las calles de Londres; y prácticamente ninguna en el Parlamento, o en las artes. Bastaba fijarse a dónde estaban llevando el mundo los grandes experimentos de la democracia. Y esa era la clase de mundo que los Asesinos continuaban considerando imprescindible. Se necesitaba una mano sólida para guiar a la humanidad. La mano de la Orden Templaria. Como siempre, el dinero y el poder dominaban, pero hoy en día era muy extraño que alguien poseyera todo eso y, a la vez, tuviera la visión.

Los fundadores de Abstergo lo hacían. Los Grandes Maestros de las eras pasadas lo hacían. Jacques de Molay dejó que su carne se consumiera en la hoguera por la Orden.

Las palabras del juramento Templario volvieron a su mente: «*¿Juras obedecer los principios de nuestra Orden y todo aquello que defendemos?*».

Como dijo Shakespeare, recordó: «*Sí…, esa es la dificultad*».

Tecleó un código en su teléfono y aguardó la respuesta.

Omega en espera.

Novedades.

Fase 2 de Omega-104 casi completada. Sugiero terminar y reemplazar la posición ocupante actual.

Rikkin vaciló. Eso resolvería permanentemente el problema… pero podía atraer una atención innecesaria.

Negativo. Basta reubicación.

Recibido. Fase 1 de Omega-105 completa. Esperando instrucciones.

Iniciar Fase 2. Rikkin hizo una pausa, considerándolo. No tenía tiempo para eso. *Doble épsilon si es absolutamente necesario para los parámetros discutidos*.

Recibido.

Los mensajes desaparecieron. Rikkin suspiró mientras golpeaba el teléfono contra su rodilla pensativo.

Doble épsilon. EE.

Eliminar y evaporar.

Confió en que Simon no cometiera un error más.

25

Simon encargó la nunca decepcionante cesta de comida para llevar del Temp's y se instaló en su despacho con sus libros. A pesar de la cantidad de té consumido y de su genuina fascinación por el tema que estaba investigando, la pobre noche de sueño le estaba pasando factura y se quedó dormido. Ese breve descanso apenas le ayudó porque de nuevo fue bombardeado por imágenes de Jacques de Molay, esta vez lanzando maldiciones a sus asesinos mientras ardía en la hoguera.

Se despertó de un brinco, su corazón latiendo acelerado. Por supuesto, razonó. Juana de Arco fue quemada por hereje, De Molay martirizado como tal, y ambos coincidieron, con un siglo de diferencia, en Coudray. Era lógico que estuviese pensando en el gran líder Templario, aunque no fuera conscientemente, pues cada simulación en el Animus llevaba a Simon más cerca de presenciar la muerte de Juana de idéntico modo.

El recuerdo del Maestro De Molay, sin embargo, le hizo pensar que no había recibido noticias de Criptología sobre las inscripciones. Sabía que Victoria había traducido las frases de latín que habían encontrado antes de enviar la simulación. Después de todo había una aplicación para ello, pero había estado tan excitado por el descubrimiento de la espada, y tan cansado, que se olvidó de preguntar qué había averiguado. Se quitó las gafas, se frotó los ojos y se levantó, estirándose y diciendo en voz alta a su ordenador: «Criptología».

Se inclinó sobre su mesa mientras la pantalla pasaba del logo multicolor de Abstergo al amable rostro de Zach Morgenstern.

—Profesor Morgenstern, me alegra verle.

—¡Ah, hola, profesor Hathaway! ¡Felicidades por su ascenso! ¿Qué puedo hacer por usted?

El amable recibimiento pilló a Simon por sorpresa.

—En realidad, me preguntaba qué tal les está yendo con los grabados de De Molay en Chinon. Se los enviamos hace un par de días.

El arrugado y amable rostro del profesor se frunció aún más.

—No sé a qué se refiere. Por supuesto todos *conocemos* esas inscripciones. ¿Acaso una simulación ha obtenido nueva información sobre ellas?

Simon se quedó helado.

—¿No ha tenido noticias de la doctora Bibeau?

—No hemos tenido noticias de nadie durante algunos días, ni de la tal Bibeau ni de nadie. ¿Quiere que lo investigue?

—No, no, está bien. Yo mismo hablaré con ella. Tal vez haya querido estudiarlas con más detenimiento. Estoy seguro de que estaremos en contacto. Hasta pronto.

Le faltó tiempo para terminar la videollamada.

Simon estaba totalmente desconcertado. Las inscripciones de De Molay eran en realidad un tema tangencial. Un feliz y casual hallazgo que posiblemente alegraría el día a gente como Morgenstern y, para ser sincero, como él mismo, siempre ávido por descubrir nuevas revelaciones sobre cosas antiguas, pero sin ningún impacto real sobre nada. Por tanto, no había motivo alguno para que Victoria considerase urgente pasar esa información.

Pero una vez más… no había razón para que *no* lo hubiese enviado.

Súbitamente fue consciente de que podría estar siendo observado. Tratando de permanecer tranquilo, regresó a su cómodo sillón de cuero y escogió uno de los libros sobre Chinon. Fue pasando las hojas, deteniéndose en distintos lugares, hasta llegar como por casualidad a los grabados.

Una cosa que había descubierto sobre el tiempo pasado en el Animus era que los recuerdos de su antepasado estaban casi tan claros para él como los suyos propios. Sin duda Victoria tendría una teoría al respecto: que

obedecía a que todo era nuevo y diferente y por tanto el sujeto prestaba más atención a los aspectos globales o algo por el estilo, pero estos eran precisos y vívidos. Le habían pedido a Gabriel que se centrara en las inscripciones, y eso había hecho. En ese momento, Simon no había prestado demasiada atención, pero el sueño le había hecho revivir esa escena.

Algunas partes del relieve se habían ido desgastando por el tiempo, o quizá por otras facciones con intereses más inmediatos. Pero hubo una cosa que captó su atención y aún lo hacía. Era tal vez la pieza más distintiva de todo el lote; el perfil, presumiblemente de un Templario, mirando a un sol que parecía más bien una lágrima invertida, o una gota de lluvia o de sangre, o tal vez incluso un escudo; Simon no estaba seguro de lo que trataba de representar. La imagen del sol que Gabriel había visto estaba en dos dimensiones al igual que los otros grabados; una silueta, a lo sumo un bajo relieve, nada más.

Esta, en cambio, la que había sido fotografiada en el siglo XX, mostraba un hueco. Por la imagen no podía apreciarse su profundidad, pero sí que alguien había dedicado una gran cantidad de tiempo a escarbar la cavidad en el muro de piedra de la mazmorra, solo para volver a llenarla.

¿Volver a llenarla… o revestirla con colores para esconderla?

¿Y si algo hubiera sido depositado en ese pequeño agujero oculto setecientos años atrás por un Templario, posiblemente por el propio De Molay, para que lo encontrase la persona adecuada? ¿Una llave, una gema, un mensaje?

¿Un Fragmento del Edén?

Pero además también había otra cosa extraña. Advirtió que una de las dos frases que Gabriel había visto en el muro no aparecía en la foto. Había sido suprimida.

Simon cerró el libro y buscó su móvil desechable. Era el mismo modelo que Abstergo le había proporcionado, de modo que no tendría por qué despertar inmediatas sospechas si estaba siendo observado.

Rápidamente seleccionó e instaló una aplicación de traducción, y escribió en latín la frase que había poblado sus sueños de la noche anterior; aquella que ya no era visible: *Si cor valet, non frangit*.

La traducción apareció en la pantalla: *Si el corazón es fuerte, no se romperá*.

Simon no se atrevió a llevarle esto a Morgenstern. Si el hombre no formaba parte de esa… esa *conspiración*, como supuso que debía llamarla, entonces no quería involucrarlo. Y si estaba implicado…

Su auténtico móvil de Abstergo, guardado en el bolsillo, vibró. Simon no reaccionó, simplemente metió el teléfono desechable en el mismo bolsillo, se levantó y dio un sorbo a su té, antes de sacar el móvil de Abstergo como si acabara de sonar.

Era Victoria. *¿Cómo te sientes?*

Ansioso y furioso y preguntándome qué demonios está pasando, pensó amargamente, pero en su lugar escribió: *Mejor con la tripa llena de huevos a la escocesa y panecillos. Te envío una lista, nos vemos en la sala del Animus para discutirla en 20 min*.

¿Cómo puedes seguir delgado comiendo esas cosas?

Buenos genes, contestó. Mientras guardaba de nuevo el teléfono y se deslizaba en la mesa de su escritorio, la mirada de Simon se posó en la espada. Buenos genes, ciertamente. Y comenzó a teclear.

Cuando él y Victoria descendieron en el ascensor, llevaba bajo el brazo la espada dentro de la caja.

—Creo que es una idea excelente y un buen aprovechamiento de nuestro tiempo —estaba diciendo, hojeando la lista que le había enviado—. Antes me pareció que funcionaba muy bien, con el *impasse* entre ingleses y franceses. Nunca hubiese imaginado que la espada tuviese algo que ver en ello, pero claramente desempeñó un papel importante.

—Las crónicas parecen coincidir en que Juana nunca se llevó ninguna vida por delante, y también en que no la utilizó para provocar un ataque —indicó Simon.

—Bueno, a menos que cuentes la caza de prostitutas —corrigió Victoria, sonriendo.

Simon fingió divertirse.

—Bueno, sí —concedió—. Lo que sí dicen, sin embargo, es que la utilizó en su faceta defensiva. Cuando era atacada, devolvía los golpes.

—Eso aún no lo hemos visto —indicó Victoria—. Algo más para añadir a la mezcla. Me gustaría disponer de más tiempo, pero no obstante hemos conseguido un montón de cosas.

Simon pensó, con un acceso de rabia, cuánto más habrían podido conseguir de haber sido auténticos compañeros. Casi deseó que Anaya no se lo hubiera dicho, pero sabía que la ignorancia, para un Templario, era probablemente más mortífera que favorable.

—Aún nos queda un largo camino por recorrer —añadió enérgico—. Y como dice Juana, más vale ahora que mañana. Precisamente ahora…, tras su sorprendente victoria de Orleans, el Delfín se muestra claramente complacido. De modo que cuando se convoca una reunión de sus generales y consejeros sobre cuál es el próximo paso a seguir, escucha a Juana. Ella continúa decidida a llevarle a Reims para celebrar una auténtica coronación, así que, en lugar de marchar sobre París o Normandía, el ejército comienza a despejar el camino para que el rey pueda viajar sin riesgo hasta Reims. Alençon fue designado comandante de la campaña del Loira, pero, honestamente, siempre se rindió a Juana.

Salieron del ascensor y continuaron hablando mientras entraban en la sala del Animus. Simon depositó con cuidado la caja de la espada y se subió a la plataforma.

—Parece como si encadenasen una victoria tras otra —comentó Victoria mientras le ayudaba a abrocharse al Animus.

—Los historiadores a menudo se han maravillado por ello —admitió Simon—. No podemos subestimar la importancia de la moral, o de la falta de esta. Los franceses obviamente recibieron esperanza. Mientras los ingleses escuchaban historias sobre esa mágica e invencible mujer que realizaba milagros por doquier, existen unas crónicas donde se relatan lo desanimadas que se sintieron las tropas inglesas una vez que circuló la noticia de Orleans. ¿Te acuerdas de Fastolf?

Para entonces, el casco ya estaba sobre la cabeza de Simon, y la voz de Victoria le llegaba mientras la niebla del Corredor de la Memoria aparecía.

¿No era el que iba a aparecer con refuerzos en Orleans? ¿Aquel con el que Juana temía no haber tenido la oportunidad de luchar por haberse quedado dormida?

—El mismo. Al final conseguiría luchar con él. Fastolf retardó su marcha y se tomó su tiempo para llegar al Loira, especialmente porque su ejército estaba totalmente desmoralizado. Juana tal vez no ganara la Guerra de los Cien Años para los franceses, pero ciertamente cambió las tornas. La campaña del Loira consistió en cinco batallas, todas ellas victorias francesas. Descubramos qué es lo que nuestro algoritmo quiere que veamos.

Sábado, 11 de junio de 1429
Afueras de Jargeau

Era reconfortante, pensó Gabriel, volver a llevar la armadura. Durante casi un mes, el rey y sus consejeros habían sopesado detenidamente la situación antes de decidir qué paso dar a continuación. Finalmente, sin embargo, muchos de los que habían estado con Juana mientras ella presionaba una y otra vez, hasta levantar definitivamente el asedio de Orleans, pudieron reunirse de nuevo en el campo. Entre ellos se encontraban los dos hermanos de Juana, Gilles de Rais, La Hire y el Bastardo de Orleans. Esta vez, el comandante del ejército era el duque de Alençon, y no el Bastardo, por lo que Juana estaba muy contenta.

Flor también había insistido en acompañarles. Juana y Gabriel habían protestado, pero la joven rubia dio muestras de una terquedad similar a la de la muchacha que tanto admiraba.

—¿Qué haría yo sin vosotros? —les desafió—. Ninguna de las mujeres de noble cuna desearía que una soldadera se hiciera amiga de sus hijas. Son amables conmigo solo por ti, Juana, y una vez que os hayáis ido, sé que eso también cambiará. Lo único que deseo es estar cerca de ti y de tu luz. Pregúntale a tus Voces. —Juana lo hizo y Flor pudo acompañarles.

Estaban aproximadamente a una hora al este de la ciudad amurallada de Jargeau, discutiendo la estrategia en la tienda del duque, con todos los ojos fijos en el mapa desplegado sobre la mesa frente a ellos.

—Ahora las tornas han cambiado —dijo Alençon—. Antes eran los ingleses quienes decidían cómo tomar una ciudad fortificada.

—Los ingleses disponen de un buen número de armas y pólvora —indicó el Bastardo—. Nosotros no conocemos el número de sus tropas, pero parece haber una cantidad considerable.

Juana había estado escuchando, sintiéndose cada vez más furiosa al ver a los generales titubear.

—Hemos venido a tomar la ciudad —dijo—, ¿no es cierto?

El Bastardo se volvió hacia ella.

—Así es, pero es una cuestión de táctica —explicó—. Tal vez necesitemos considerar un acercamiento más indirecto, al menos hasta tener una idea más aproximada de su número y sus armas.

Juana soltó un resoplido, exasperada.

—No debéis temer su número, cualquiera que sea, ni ninguna otra dificultad para atacar a esos ingleses.

Una de sus manos se había posado sobre el pomo de la espada, mientras la otra trepaba hasta su corazón. Su rostro comenzó a brillar de certidumbre, y la expresión de los otros generales de alguna forma se suavizó.

—Hagamos una cosa —sugirió Alençon—. Comenzaremos por despejar los aledaños. Les daremos la opción de rendirse a nosotros. Una vez que nos hayamos asentado, *entonces* podremos atacar la ciudad.

26

La niebla conformó los muros de Jargeau, mostrando un aspecto totalmente diferente del que tenían el día anterior. Las horas de bombardeos franceses habían ocasionado graves daños y una de las torres se había desmoronado por completo.

Finalmente habían conseguido emprender el asalto. Un soldado inglés especialmente alto, empleando lo que parecía ser un arsenal de armas, había desencadenado el infierno para los atacantes al derribar repetidamente las escalas —y a los soldados franceses subidos a ellas— o al lanzarles pesadas bolas de hierro. Cuando fue abatido con un tiro preciso de una de las culebrinas de Orleans, los franceses por fin pudieron proseguir el ataque y ganar terreno.

Gritando como un poseso, Gabriel cargó contra el soldado más cercano, levantando su espada frente a él para bloquear el golpe del contrario, y utilizando su impulso para desequilibrar al enemigo y derribarlo. Sin embargo, el soldado logró frenar la espada de Gabriel con la suya, empujándolo hacia atrás incluso mientras caía al suelo. Durante un instante su brazo izquierdo quedó en alto, exponiendo la desprotegida articulación entre brazo y torso. Gabriel buscó la daga de su cintura, la sacó y la hundió en ese hueco.

La sangre surgió a borbotones cuando la retiró. Jadeando, se puso en pie y buscó a Juana. Estaba en medio de la lucha, como siempre, no exigiendo nunca a sus soldados que hicieran frente al peligro si ella no lo hacía

primero. Su corazón se elevó cuando la vio, montada en su caballo en medio de los hombres, con su estandarte ondeando. Cuando ella sacó la espada, la respiración de Gabriel se hizo súbitamente más tranquila, y sus brazos parecieron recuperar las fuerzas. *No podemos ser derrotados, no cuando la tenemos a ella con la espada*.

De pronto ella se paró, sofrenando a su caballo en seco, y miró a su alrededor buscando a Gabriel.

—¡Gabriel! —gritó—. ¡Apártate de ahí! ¡Corre, o esa máquina te matará! —Señaló hacia un soldado que disparaba una pequeña bombarda desde lo alto del muro. El hombre estaba centrando su ataque en otra parte. Gabriel se giró y corrió tan rápido como pudo para alejarse de allí y dirigirse hacia donde Juana estaba sentada a horcajadas sobre su impaciente corcel de batalla. Ella alargó un brazo para tocarlo, como si quisiera asegurarse de que aún estaba bien y entero, y sonrió aliviada. Entonces se alejó, a medio galope, hasta otra sección del muro. Gabriel la siguió con premura y, en ese momento, se escuchó un fuerte estallido.

No era más que uno de los muchos sonidos terribles y desesperados de la batalla, pero este le hizo volver la vista hacia el lugar donde había estado un momento antes.

Otro soldado francés, que no había escuchado la advertencia de Juana, yacía ahora en la zanja. Debajo de su cabeza había un charco de fango púrpura.

Gabriel se tambaleó, temblando, furioso consigo mismo, y luego fue tras Juana.

Esta ya había alcanzado el muro, y trepaba por la escalerilla apoyada contra él. Mientras la observaba, la vio detenerse. Su mano derecha se dirigía hacia su cadera izquierda buscando su espada. Se dio la vuelta, aún sin sacarla, para hablar a los atacantes franceses, pero estaba demasiado lejos y no pudo escucharla por encima de la cacofonía. Sus ojos captaron un movimiento, y Gabriel se paralizó.

Uno de los ingleses en lo alto del muro sostenía una enorme piedra con ambas manos. Mientras Gabriel observaba, incapaz de apartar los ojos de la escena, el soldado alzó la piedra… y la arrojó sobre una confiada Juana.

¡Juana!

Gabriel seguía sin poder moverse, incapaz de hacer nada, las palabras de ella resonando en su cabeza: *No tengo más que un año, quizá algo más…*

La espada se liberó de su funda lanzando destellos de luz. En ese preciso instante, la piedra golpeó el casco de Juana. Gabriel entornó los ojos ante ese resplandor sobrenatural, apenas podía distinguir la imagen del casco partiéndose en una precisa y perfecta mitad; las dos partes cayendo al suelo junto con la piedra, Juana y la espada, que se desprendió de sus manos cuando se soltó de la escala.

Habían podido atraparla mientras caía, y la trasladaron inmediatamente lejos de la zona de combate. Gabriel se abrió paso hasta ella, gritando su nombre.

—Oh, gracias a Dios. —Medio sollozó al mirarla y ver que tenía los ojos abiertos. Ella parpadeó, ligeramente aturdida, y sonrió.

—Estoy bien —les dijo, mientras la ayudaban a ponerse en pie, aclamándola. Ciertamente, con cada momento que transcurría parecía recuperarse más.

—Mi espada —gritó, y uno de los soldados se la acercó.

El arma no hizo nada en las manos del hombre, pero tan pronto como Juana curvó sus dedos sobre ella, destelló cobrando vida. Ella la alzó, mirando los rostros de los hombres que la seguirían hasta el valle de la muerte si ella se lo pedía.

—¡Amigos míos! —gritó, girándose para mirar los muros de piedra de la ciudad—. ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Nuestro Señor ha condenado a los ingleses! ¡En esta hora, *son nuestros*!

Era todo lo que los soldados necesitaban oír. Treparon escalas arriba en tal cantidad que ya no hubo más resistencia. Mientras la bruma se cerraba a su alrededor, Simon escuchó una voz gritando en inglés: «¡No! Nos rendimos, ¿me oís? *¡Nos rendimos!*».

Pero el grito de Suffolk fue tan débil, tan tardío, que se perdió entre los jubilosos chillidos de los hombres que creían estar cumpliendo la voluntad de Dios, y por lo tanto no podían fracasar.

Victoria, al parecer, también lo escuchó. *¿Aceptó Alençon esta rendición?*

—Nunca la escuchó —contestó Simon, su corazón súbitamente pesado —. Se perdió en el caos. Algunos de los ingleses trataron de huir, pero ¿a dónde podían ir? Otros fueron capturados, pero a muchos de ellos simplemente les dieron muerte allí mismo. Lo terrible es que la mayor parte de los prisioneros fueron ejecutados más tarde.

¡Juana no pudo haber ordenado eso!

—Al parecer ella nunca lo supo. O al menos no hay fuentes indicando lo contrario.

Me alegro. Eso la habría devastado.

Sin duda, como él mismo estaba devastado, y las palabras surgieron de su boca antes de que pudiese detenerlas.

—Juana dijo una vez que no temía nada excepto la traición.

Hubo un largo silencio y luego: *Yo trabajo con chicos de su edad, tal vez uno o dos años más jóvenes. Saber lo que le espera se hace difícil. Solo puedo imaginar lo duro que será para ti*.

No, pensó Simon, *no creo que puedas imaginarlo*.

Esto es raro —indicó Victoria—. *El Animus no parece encontrar una visión clara sobre lo que debe mostrarnos a continuación*.

—Es posible que la Espada del Edén no juegue un papel importante en las siguientes tres batallas —sugirió Simon—. Por ejemplo, Meung-sur-Loire fue un combate de un día. A esas alturas, las tropas de Juana superaban los siete mil hombres. Bordearon totalmente el castillo y la ciudad y se concentraron en asaltar las fortificaciones del puente. Lo conquistaron, dejaron una guarnición para protegerlo y que los ingleses no pudieran utilizarlo, y continuaron directamente hacia Beaugency.

Batalla número cuatro de la campaña del Loira, apuntó Victoria.

—Exacto. Esencialmente, los franceses se dedicaban a disparar sin descanso su artillería contra las torres de defensa hasta que se rendían. Durante ese tiempo, sin embargo, Fastolf llegó a las afueras de la ciudad, y Juana, por su parte, también pudo contar con refuerzos inesperados. Lo que nos lleva a Patay, un espejo repetido de Agincourt, y el mayor éxito de Juana de Arco. Ella continuó avanzando para dar caza a Fastolf y Talbot, mientras los ingleses se retiraban a Patay. Le prometió a Alençon que… Ah, ¿cómo era la frase que utilizó? «Aunque estén colgados en las nubes, los

atraparemos. El rey tendrá ese día una victoria como nunca ha tenido. Mi consejo me dice que son nuestros».

Y lo fueron, supongo.

—Los informes más conservadores procedentes de fuentes inglesas de primera mano recogen que unos dos mil hombres murieron y otros muchos, incluyendo a Talbot, lo que debió de resultar muy satisfactorio para Juana, fueron hechos prisioneros.

¿Y cuántas fueron las bajas francesas?

—Tres.

¿Tres… mil? ¿Trescientos?

—No. Tres soldados. *Un, deux, trois*. Toda la batalla se desarrolló en menos de una hora, pero es probable que Juana no viera la mayor parte de ella. Los ingleses se disponían a organizar una emboscada, cuando un ciervo sorprendió a los arqueros, que aparentemente soltaron un grito, revelando así su posición.

Estás bromeando.

—En absoluto. Las batallas más grandes a veces se deciden por pequeños detalles. En este caso, un ciervo, comúnmente reconocido como símbolo de Cristo, por cierto, fue accidentalmente sacado de su escondrijo, y los franceses pudieron averiguar la localización exacta de los ingleses. El resto es, literalmente, historia.

Un conocido símbolo de Cristo, apareciendo para advertir a los franceses. Increíble.

—Ella era imparable mientras tuviera consigo la espada —dijo Simon—. Y… creo que sé dónde la perdió.

¿Lo sabes?

—Tengo una idea aproximada. Si seguimos la teoría de que nadie podía derrotarla mientras llevase la espada, la lógica nos lleva a pensar que fue en su primera derrota donde la perdió. Pero… no quiero llegar ahí todavía. Me gustaría verla en la coronación.

Me gustaría verla feliz y orgullosa de sí misma, pensó Simon. *Honrada y respetada como merecía, al menos durante un tiempo. Antes de que todo acabara convirtiéndose en un infierno para ella*.

A mí también me gustaría verlo, dijo Victoria. La bruma comenzó a aclararse, revelando los altos techos y las hermosas líneas de la catedral de Reims, una obra maestra pintada en frío tono blanco con brillantes manchas de color provenientes de las vidrieras de las ventanas.

Gabriel estaba en posición de firmes, enfundado en su flamante armadura, pero lejos de sus compañeros soldados. Ese día se había situado al lado de su familia. Durand Laxart había viajado para la ocasión desde Domrémy en cuanto Gabriel les mandó noticias de que el ejército marchaba hacia Reims, y prácticamente toda la familia de Juana había acudido también. Su padre, Jacques, que tanto había temido por que su pequeña Juana pudiera «escaparse con los soldados», estaba con su esposa, Isabelle. A primera vista parecían una pareja inusual: el cálido y amistoso comportamiento de Isabelle contrastaba con la enorme e imponente presencia de su esposo con su chocante cabello negro. Pero Gabriel, que había podido conocerlos bien, sabía que Jacques era inteligente y de gran corazón, y que Isabelle podía equipararsele en ambas cualidades. Los hermanos de Juana también estaban allí; la única ausente era Catherine, demasiado frágil para hacer el viaje.

Las puertas de la catedral se abrieron de golpe y la multitud vitoreó cuando cuatro caballeros con armadura, montados a caballo, penetraron con gran estrépito. Eran los guardianes del santo óleo de Clodoveo, con el que todos los reyes de Francia desde el año 496 habían sido ungidos. La leyenda contaba que el óleo había sido traído a la catedral por cuatro ángeles de Dios. Según le explicaron a Gabriel, el resto de las regalías tradicionales habían sido robadas por los ingleses ocupantes de la ciudad, muchos de los cuales habían huido la noche anterior. Uno de ellos era incluso un hombre santo, el antiguo rector de la Universidad de París, Pierre Cauchon. Tal vez las regalías hubiesen desaparecido, pero el enemigo no pudo llevarse la catedral, ni tampoco, al parecer, el óleo de Clodoveo.

Gabriel trató de no sonreír cuando se encontró con los ojos de Gilles de Rais. El joven y un tanto rebelde noble había sido nombrado uno de los guardianes; resultaba divertido pensar en él representando el papel de un ángel.

Los cantos alcanzaron un *crescendo* cuando el Delfín entró.

Y a su lado, en el lugar de mayor honor, iba La Pucelle, la Doncella de Orleans.

—Juana —susurró Gabriel, su corazón lleno a rebosar de alegría y orgullo.

Ella sostenía su estandarte manteniéndose erguida y con la cabeza alta, conteniéndose para no sonreír. Y su rostro, ah, su rostro, encendido por el éxtasis y la sensación de haber cumplido con el propósito divino: su cara resplandeciente, más brillante que la luz que entraba por las ventanas, más brillante que las velas, más brillante que nada que Gabriel hubiera podido imaginar, haciéndole imposible apartar la vista. Comprendió que nunca podría desviar sus ojos de ella; aunque viviera cien años, siempre la recordaría así. Ese momento fijado para siempre en su mente y grabado en su corazón, los ojos color zafiro de ella ardiendo incandescentes, con salvaje paz.

27

Anaya se vio obligada a reconocer que se estaba divirtiendo enseñando a Ben todo lo concerniente a su departamento. En realidad, no le sacaba tantos años y, una vez más, se recordó que los americanos simplemente le parecían más jóvenes. En cuanto se acostumbró a su exceso de entusiasmo, descubrió que era sorprendentemente inteligente y muy, muy rápido. Demasiado, quizá. Le había puesto a trabajar en algunas codificaciones, pensando en mantenerle ocupado durante al menos un par de horas mientras ella ultimaba parte de su propio trabajo. Pero para cuando regresó de comprarse un café con leche, él ya había terminado.

—Tendrás que andarte con ojo con estos, se volverán locos de envidia —le advirtió, señalando a sus dos compañeros.

—¿Qué? No estarás diciendo que es mejor que tú, ¿verdad, Ny? —insinuó Andrew. Se llevó una mano al pecho y puso una mueca de espanto.

—Tonterías —replicó ella—, o de lo contrario sería él quien estaría rumbo a Montreal a finales de año en mi lugar.

Ben no llegó a retozar como un cachorro, pero las puntas de sus orejas se pusieron rojas. *Adorable*, pensó ella, sonriendo mientras se sentaba a su lado y repasaba su trabajo.

Estaba haciendo todo lo posible por centrarse, pero el recuerdo de Simon continuaba deslizándose en su mente. Habían acordado mantener sus conversaciones al mínimo, aunque le había pedido a Simon que la

informara de cualquier novedad, comprometiéndose, por su parte, a hacer lo mismo.

Simon era un hombre brillante, aunque un tanto frío y distante. Sabía que estaba entrenado en técnicas de autodefensa, además de ser muy consciente de algunas de las oscuras maquinaciones de la Orden. Pero hasta donde conocía, él nunca había tenido que utilizar esas técnicas o participar en esas maquinaciones. Anaya sí lo había hecho y, si era necesario, lo haría de nuevo, al igual que Simon. En cambio, lo que desconocía es qué consecuencias podrían tener para él luchar, matar o tomar crueles decisiones, y comprendió que no quería averiguarlo.

Anaya volvió su atención al código de Ben.

—Ajá, joven prodigio —declaró—, por fin te pillo cometiendo un error.

Incrédulo, él acercó su silla a ella.

—Uy —dijo—. Podría jurar que no había hecho eso.

Anaya señaló el error y enarcó una ceja. Él se rio.

—Lo sé, lo sé, debo de haberlo cometido si está ahí. Ese error no se ha hecho por sí solo.

—Empieza desde el principio —sugirió Anaya, y el chico gruñó.

—¿Por qué estamos en el Snack Shack y no en el Temp's? —preguntó Victoria—. No es que me importe. Sabes que me encanta el café.

Porque no quiero recordar que, por Alguna Misteriosa Razón, Poole no sigue ahí.

—Porque no pretendo discutir lo que queda de la vida de Juana —declaró, lo que también era cierto.

—Tal vez deberíamos discutirlo con una cerveza —sugirió Victoria, tratando de poner un poco de humor negro.

—Una botella de whisky quizá fuera mejor idea —murmuró él—. Está bien. Allá vamos. —Estaban sentados en un sofá, y él colocó su tableta sobre la mesita de café para que ambos pudieran verla—. En resumen, una vez que Carlos fue coronado, quiso asentar rápidamente las cosas por la vía diplomática, en vez de mediante batallas.

—Bueno, sinceramente, no está mal pensado.

—No, cierto…, a menos que tengas a Juana de Arco con la Espada del Edén en tu ejército, y la gente con la que estás negociando no tenga ninguna intención de hacer honor a los acuerdos. —Parpadeó—. Odio tener que hablar así de los Templarios, pero es la verdad. La mayoría de los ingleses de alto rango de esa época eran o bien Templarios o tenían apoyo Templario. Felipe de Borgoña era sin duda Templario. Carlos, como habrás podido apreciar, era un individuo de carácter muy indeciso y, naturalmente, los Templarios se aprovecharían de ello para *nuestro* beneficio. En un momento dado, hubo una bastante desafortunada trinidad entre el duque de Borgoña, el chambelán de Carlos, Georges de La Trémoille y el regente inglés, John, duque de Bedford. Los tres trabajaban juntos, ostensiblemente por la paz, pero de algún modo eran siempre los ingleses o los borgoñones los que salían ganando.

»Poco después de la coronación de Carlos —continuó Simon—, el duque de Borgoña acercó posturas con él. Felipe propuso una tregua de dos semanas, durante la cual Carlos no podría atacar París. Al finalizar ese plazo, Felipe rendiría la ciudad a Carlos.

»Por supuesto, Felipe nunca planeó rendir París, y empleó ese tiempo en fortificar la ciudad contra el ataque.

—Imagino que Juana detestaba a Felipe —comentó Victoria, dando un sorbo a su café con leche.

—De hecho, esto es lo que le escribió a Felipe, el día de la coronación de Carlos. —Simon buscó la carta en su dispositivo y leyó—: «Noble y temido príncipe, duque de Borgoña, la Doncella os reclama de parte del Rey de los Cielos que firméis una estable y duradera paz con el rey de Francia. Debéis perdonaros el uno al otro completamente, con corazón sincero… Han pasado tres semanas desde que os escribí exponiéndoos la conveniencia de vuestra presencia en la consagración del rey, y no he tenido respuesta».

—Eso… es realmente muy triste.

Simon estaba muy incómodo por cómo toda esa situación le estaba haciendo sentir, y se limitó a encogerse de hombros, con un gesto poco comprometedor.

—Carlos había conseguido su coronación y ahora quería jugar a diplomático. Los Templarios estaban encantados de complacerle.

—Pero… Yolanda era un Mentor Asesino y la suegra de Carlos.

—Estoy seguro de que hizo cuanto pudo para controlarlo, pero yo no querría tener que enfrentarme a esos Templarios. A partir de aquí, Carlos o bien trató de dar largas o bien trabajó activamente contra Juana. Nunca más volvió a apoyarla completamente, ni siquiera para proporcionarle suministros en condiciones. Y una vez que perdió la espada, estuvo acabada.

Victoria guardó silencio.

—He visto las dos caras del conflicto Asesino/Templario —dijo finalmente—. En el Animus con los muchachos del Aerie, y también fuera de él. Al final, siempre escojo el orden frente al caos. Pero a veces da la impresión de que nosotros los Templarios hemos sido innecesariamente crueles con nuestros métodos.

—Sin embargo, ese es el único modo en que la orden Templaria puede funcionar —declaró Simon, incluso si para sus adentros estaba furioso por lo que Rikkin y Victoria estaban haciendo secretamente. Al final, el orden siempre se imponía, cualquiera que fuera el coste.

»Juana era percibida como una amenaza —continuó—. Lo que le sucedió fue una decisión de esos Templarios, basada en lo que sabían en aquel tiempo. Sin duda pensaban que no había otra alternativa.

—¿Otra alternativa a quemar a una joven de diecinueve años en la hoguera?

Victoria ciertamente no sonaba como una perversa conspiradora Templaria decidida a destruirle; pero, una vez más, tal vez eso fuera una prueba.

—El juicio fue una farsa, por supuesto. Pero los Templarios ya habían hecho cosas así anteriormente, cuando les hizo falta. El fin justifica los medios. Tiene que haber un orden. La humanidad nunca será capaz de aspirar a sus más altas cualidades sin él. Y como todo lo que merece la pena ser conquistado, tiene un coste. A veces uno amargo. *A veces la vida de una muchacha buena y pura con ojos color zafiro que resplandecían con luz*

propia; una muchacha demasiado valiente, demasiado generosa, que luchó por una causa justa con el hombre equivocado y la manera equivocada.

Que se vaya todo al infierno.

—Vamos —indicó él, su voz gélida por el dolor que no podía mostrar —. Veamos cómo cae un ángel.

Sábado, 21 de agosto de 1429
Compiègne

—Creí que tras haber sido coronado le veríamos más y no menos —refunfuñó Alençon.

—Cada día que esperamos para atacar París, hace más difícil tomar la ciudad —coincidió Juana—. Los soldados han obtenido una victoria tras otra. Esta vacilación por parte del rey solo servirá para sembrar la inquietud en unos corazones que deberían estar llenos del espíritu de Dios y el amor a Francia.

Ella, Alençon, Gabriel y Flor estaban esperando el placer de la compañía de su majestad, el rey Carlos VII de Francia, en su residencia real de Compiègne. Llevaban allí varios días, mientras el rey continuaba reunido en consejo privado con sus asesores. Algunas veces, Juana y Alençon eran invitados a participar en las sesiones, pero no siempre, y no ese día. Gabriel tenía la terrible sensación de que había cosas que Trémoille, que siempre había hablado en contra de Juana, se estaba asegurando que la Doncella no supiera.

En lugar de enviar su ansioso ejército contra París, cuyos ciudadanos, según todos los informes, estaban temblando ante la posibilidad del ataque, Carlos se demoraba, viajando de una ciudad a otra y disfrutando de la gran hospitalidad mientras aceptaba los juramentos y las muestras de lealtad.

—Él quiere la paz, Juana —dijo Flor suavemente—. Está cansado de tanto derramamiento de sangre.

—¡Yo también estoy cansada! —replicó Juana—. ¿Acaso no he llorado por los soldados caídos, tanto ingleses como franceses? En cuanto a la paz, ¿no envié por dos veces un aviso al duque de Borgoña urgiéndole a

aceptarla? ¡Francia necesita ser una unidad de nuevo, pero para ello primero precisa reconocer al rey correcto! —Meneó la cabeza disgustada—. El rey debió decirme directamente lo de su tregua con Borgoña. Catorce días de paz, ¡más bien catorce días para que el duque pueda reforzar los muros de París!

Alençon y Gabriel intercambiaron una mirada. Juana, con su sangre innata y la Espada del Edén siempre a su lado, era invencible en el campo. Pero su asombrosa fuerza de voluntad y su intensidad no eran suficientes para Francia —o los Asesinos— si se la apartaba de las negociaciones y se le prohibía liderar a hombres inspirados en una batalla contra el enemigo.

—Bien —dijo Alençon hablando a Juana, pero mirando a Gabriel—, estoy cansado de esperar sentado y de comer y beber. Despojémonos de esta ropa y pongámonos la armadura para entrenar un poco.

Juana resplandeció al instante.

—¡Sí! —asintió—. ¡Tal vez podamos incluso enseñar a Flor cómo utilizar una espada!

Flor se rio. Cuanto más tiempo pasaba con la joven rubia, más respeto tenía Gabriel por su serena quietud, tan diferente de la pasión de Juana por todo. Era una buena compañía para Juana, pero nunca sería capaz de empuñar una espada junto a la Doncella.

Gabriel había hablado de ese tema con ella una vez, cuando se mostró desesperada por lo inútil que se sentía.

—Debo todo lo que soy a Juana —había dicho Flor— y a ti, por ser mi valedor con ella. Sin vosotros dos… —Apartó la vista—. No quiero ni siquiera pensar lo que yo…

—Entonces no lo hagas —había contestado Gabriel—. Estás con nosotros. Nunca más tendrás que volver a esa vida, y no debes hacer nada para «ser merecedora». Simplemente…, ya lo eres. Simplemente por ser Flor. Simplemente… ama a Dios, y ama a Juana, y eso será suficiente. Ella te observa y puede ver, cada día, cómo ha cambiado la vida de alguien para mejor. Sé que eso significa mucho para ella. Especialmente ahora —había añadido—, cuando no todo el mundo se acuerda de darle las gracias por lo que ha hecho por ellos.

—Es posible que Dios pueda enseñar a Flor a utilizar una espada, pero yo soy solo un mortal —se rio Alençon, sus ojos posados sobre Gabriel mientras se dirigía a Juana—. Tengo algo divertido que enseñaros, Juana. Gabriel ya lo conoce y yo también. Tal vez pueda resultaros útil en un momento dado. No tengo ninguna duda de que lo aprenderéis perfectamente. Requiere, por así decir, un cierto salto de fe.

Gabriel sonrió.

—Mi buen duque, mientras entrene con vos hoy, mañana o al día siguiente, equipad a vuestros hombres y a los de los otros capitanes. ¡Por mi estandarte, yo también quiero ver París más cerca de lo que nunca la he visto!

Jueves, 8 de septiembre de 1429

Gabriel había presenciado muchas cosas desde que dejó Vaucouleurs, la población que durante la mayor parte de su vida había sido ejemplo de ciudad fortaleza. Había visto Orleans, y había ayudado a tomar Jargeau.

Pero París las empequeñecía a todas.

Los muros eran gigantescos, sin duda los más grandes de Francia, y tal vez de todo el oeste de Europa. Se alzaban más de ocho metros del suelo, con torres aún más altas cada ciento veinte metros o así. Había seis puertas de acceso a la ciudad, y el ejército francés optó por concentrar el asalto sobre la puerta de Saint-Denis y, más concretamente, sobre la imponente puerta de Saint-Honoré, que medía casi veinte metros por ocho. Las puertas contaban con troneras, aspilleras y saeteras desde las cuales los soldados podrían atacar a los invasores; el paso asegurado con rastrillo y puente levadizo para impedir su entrada. Finalmente, también se habían erigido barbacanas enfrente de los accesos.

Para entonces, después de tantas victorias, el proceso ya se había vuelto familiar para Gabriel. Juana, montando a caballo y portando su estandarte, galopó hasta la puerta de Saint-Honoré y ofreció aceptar la rendición de París. Fue recibida con negativas y abucheos. Gabriel advirtió que mantenía

la espada en su funda, su atención centrada principalmente en el estandarte blanco que tanto amaba.

Él y los Asesinos sabían lo poderosa que era la espada, pero Juana no parecía apreciar totalmente lo que esta podía hacer. Aun así, la llevaba, y él tenía fe en su poder y en ella.

El ejército francés había aprendido la táctica que tan bien les funcionó en Jargeau. Comenzaron concentrando el fuego en las dos puertas elegidas y en el muro entre ellas. Los parisinos devolvieron encantados el fuego. El ruido era incesante y atronador. Carretas y vagones, manojos de leña, todo fue arrojado al foso que rodeaba la ciudad.

El duque de Alençon no luchaba con ellos. Nadie esperaba capturar París en un día, y Alençon y algunos de sus hombres se estaban preparando para el asalto del día siguiente, construyendo un puente a través del Sena. Gabriel comprendía la necesidad de hacerlo, y se alegró de que De Rais y De Gaucourt estuvieran presentes en los muros de París, pero se preguntaba si algunas tropas más podrían cambiar el curso de la batalla ese día.

La tierra explotó junto a Gabriel, salpicándole de polvo y sangre. Un pequeño grupo de soldados, llegados de refresco de la guarnición de París y llenos de energía y furia, cayeron sobre él y el pequeño círculo de hombres de Juana. Gabriel apenas fue capaz de alzar su espada a tiempo de bloquear el golpe de un caballero más pesado y mayor que él. El entrechocar del acero repercutió en sus huesos, pero se relajó, dejando que su cuerpo tomara el control tal y como De Metz y Alençon le habían enseñado. Para asombro de su contrincante, su hoja se deslizó inofensiva por la de Gabriel, y entonces, con un giro realizado aparentemente sin esfuerzo, Gabriel volvió su espada. El arma del caballero salió volando. Ni siquiera tuvo oportunidad de levantar su escudo antes de que la hoja de Gabriel se hundiera profundamente en su cuello.

Rápidamente se dio la vuelta, buscando a su próximo enemigo. De pronto vio un remolino blanco y entonces Juana estuvo allí. Su espada levantada mientras se defendía de lo que parecía ser un experimentado borgoñón. Saltó del caballo, que salió corriendo, y atacó al enemigo como si hubiera nacido con un arma en la mano.

No fue más que la acción de un instante. La Espada del Edén centelleó mientras golpeaba el escudo del enemigo. La pesada madera se deshizo en diminutas astillas. Era como si simplemente hubiese explotado en la mano que lo sostenía. La espada de Juana chasqueó, sembrando el terror y la impotencia en el enemigo, pero a la vez llenando de calma y certeza a Gabriel y a cuantos seguían a la Doncella. El borgoñón soltó su arma y cayó de rodillas, sus manos cubriendo su cabeza mientras gritaba con asombrada incredulidad ante lo que acababa de ver.

Juana apuntó la radiante espada hacia el parisino que temblaba frente a ella. Había ganado sin mucho más que arañar al enemigo.

Así que a eso es a lo que se referían cuando dijeron que luchaba defensivamente, comprendió Simon.

Los Fragmentos del Edén eran poder en estado puro. Los Precursores no eran exactamente los seres más amables, y la mayor parte de lo que habían dejado atrás resultaron ser armas. Esta Espada del Edén en particular, que había pertenecido a Jacques de Molay y a Juana de Arco y quién sabe a cuántos más, era ciertamente un arma. Aunque un tanto diferente. Se utilizaba para matar, sí; pero también inspiraba a las tropas francesas a luchar, al mismo tiempo que infundía miedo y derrotismo a los ingleses, lo que derivó en una enorme mortandad. Después de todo, era una espada, no un cáliz, ni un orbe, ni siquiera un benevolente Sudario del Edén.

Y sin embargo…, sin embargo. No inspiraba derramamiento de sangre, inspiraba esperanza, que en este caso se manifestó como fervor en la batalla. Simon pudo advertir, de una forma que Gabriel era incapaz de percibir, que la espada estaba trabajando *con* Juana, no para ella. Era como si la combinación del resplandor del ADN Precursor y la espada fueran más potentes juntos que por separado. Ella no había pasado años entrenándose con un arma, y sin embargo la utilizaba no solo correcta, sino diestramente, para desarmar y derrotar al enemigo de una forma que se alineaba con la naturaleza esencial de Juana. Cuanto más aprendía él sobre la espada, más confundido estaba. Si al menos Simon pudiera descubrir cómo reactivarla…

—¡Rendíos, en nombre de Dios! —exigió Juana, y el soldado así lo hizo, sollozando de miedo. Juana hizo un gesto hacia dos de sus hombres para que se llevaran al prisionero de vuelta a las líneas francesas—.

Recoged su espada —indicó Juana, y Simon comprendió que estaba mirando la tercera y última espada conocida por pertenecer a Juana de Arco: la espada tomada del borgoñón al que acababa de capturar.

El estandarte de Juana había caído durante el breve conflicto. Lo recogió, enfundando su espada inmaculada, y se dirigió decidida hacia los muros de París.

—¡Gente de París! —gritó—. ¡Tanto a Dios como a mí nos apena contemplar tanta sangre francesa derramada! ¡Rendíos, y no nos cobraremos más vidas! ¡Si no lo hacéis, muchos más morirán sin que sea necesario!

—¡París nunca se rendirá a una zorra! —gritó una voz furiosa, y un instante después, Gabriel advirtió con horror cómo el proyectil de una ballesta se hundía súbitamente en el muslo de Juana.

Durante un instante, Juana permaneció inmóvil, clavada en su sitio, sosteniendo su estandarte, y entonces se tambaleó. Su visor estaba levantado y su rostro se había puesto lívido. Parpadeó, aferrándose al estandarte como si buscara apoyo, pero Gabriel ya estaba en marcha, lanzándose hacia ella, protegiéndola con su propio cuerpo mientras un grito de excitación se alzaba y nuevos parisinos comenzaban a disparar sus letales saetas. Se apresuró a sacarla del campo, pidiendo ayuda a gritos. De Rais había abandonado su propio ataque corriendo hacia ellos. Sus ojos se oscurecieron de miedo cuando llegó para ayudar a Gabriel.

—Cuida de ella —le dijo—. Enviaré algunos hombres contigo. Llévala de vuelta a La Chapelle.

Juana, que había empezado a colapsarse en sus brazos, alzó la cabeza.

—¡No! ¡Continuad luchando! Esto no es nada, como en Orleans… —Pero entonces su cabeza cayó a un lado y se convirtió en un peso muerto.

—¡Vete! —le gritó De Rais—. ¡Vete!

Y Gabriel salió de allí.

De Rais y De Gaucourt regresaron a La Chapelle algunas horas más tarde. Jean d’Aulon, el mayordomo de Juana, se había aplicado inmediatamente a curar sus heridas. Flor y Gabriel le habían asistido, la

antigua soldadera desplegando tal calma ante tanta fealdad que Gabriel, cuyo estómago se retorcía cada vez que Juana resultaba herida, solo pudo maravillarse.

En cuanto sus pestañas se agitaron para abrirse, Juana sonrió y dijo:

—Mi Sombra y mi Flor. ¿Dónde está mi duque? ¿Cómo transcurre la batalla?

Flor y Gabriel intercambiaron una mirada.

—Juana —empezó Gabriel—, nos hemos retirado durante la noche. Mañana comenzaremos de nuevo. El puente de Alençon…

—Ha sido destruido —informó una voz furiosa mientras el propio Alençon entraba en la tienda—. Por orden de nuestro propio rey. Vengo directamente de echarlo abajo con mis propias manos. Mañana no habrá ninguna batalla, Juana. Aquellos que se sientan en el consejo de la corte han ganado sobre los que realizamos proezas en el campo de batalla. Tenemos que retirarnos.

—¿Qué queréis decir? —gritó Juana, tratando de incorporarse. Flor la obligó a tenderse de nuevo; seguía tan débil por la pérdida de sangre que no le costó demasiado.

—Ya no habrá ningún nuevo ataque sobre París —continuó Alençon con rabia apenas contenida.

Echó un vistazo a la armadura de ella, aún ensangrentada; al estandarte, manchado de barro, pegado a él, y, súbitamente, se quedó inmóvil.

—Juana —dijo, con voz engañosamente tranquila—, ¿dónde está vuestra espada?

—¿Mi espada? —El horror se extendió por su rostro—. ¡Mi espada! La llevaba cuando me hirieron. No recuerdo…

Alençon y Gabriel se miraron el uno al otro. Y entonces, al unísono, sin decir palabra, se pusieron sus armaduras, montaron en los caballos y cabalgaron hasta las puertas de París.

La bruma del Corredor de la Memoria volvió a cernirse sobre ellos.

28

—Espera, ¿qué pasa? ¿Por qué me sacas?

Porque no hay más momentos de Gabriel contemplando la espada, Simon. Su búsqueda fue inútil. Lo siento.

—Bien. Ahí lo tienes —dijo Simon. Su voz sonaba cruel y furiosa a sus propios oídos—. Al final, no fue nada espectacular, sino algo mucho más insignificante. La espada no se rompió, ni se estropeó. No fue tomada, ni ganada, simplemente… se perdió. Algún mísero porquerizo sin duda la recogió como recuerdo. O bien los Templarios se la llevaron directamente.

Simon…

—La espada ha desaparecido, los pactos están cerrados, y Carlos se niega a apoyar los esfuerzos militares de Juana. Y luego ella… Aquí es donde todo empezó a torcerse. Ahora lo sabemos. Partida terminada.

¿Qué quieres decir?

Simon miró con una mezcla de tristeza y rabia la imagen del muchacho que tan bien había llegado a conocer. Qué diferente le parecía ahora Gabriel. Su piel, en su día bronceada por sus labores en la granja de su padre, había ido empalideciendo por pasar él demasiado tiempo oculto bajo una armadura o bien reunido en los consejos… o, en los últimos meses, por esperar sencillamente a que le dijeran qué hacer. Su aspecto era más duro, su semblante menos franco, menos amable. Pero Simon sabía que aún mantenía una feroz devoción por Juana en su corazón, y sospechaba que eso nunca cambiaría. De alguna forma, sin embargo, Gabriel todavía debía

hacer algo que a Simon le parecía casi imposible: apartarse de Juana de Arco. Al menos, el tiempo suficiente para engendrar un hijo, para que, algún día, Simon Hathaway pudiera introducirse en el Animus y observar a su antiguo antepasado con una empatía tan profunda como no creyó llegar a sentir.

—Ya hemos terminado aquí, ¿no? —dijo a continuación—. Me gustaría salir de este armatoste, por favor.

Un momento después, sintió cómo le retiraban el casco. Victoria le contemplaba con una mezcla de curiosidad y preocupación mientras le ayudaba a soltarse de las correas. En cuanto estuvo libre, salió precipitadamente de la plataforma.

—Simon, ¿puedes decirme qué está pasando? —preguntó Victoria, tranquila, con la voz de una terapeuta profesional.

Qué irónico, pensó Simon. *¿Por qué no me lo cuentas tú, Victoria?* Durante un instante contempló la espada en su lecho de aplastado terciopelo. Y finalmente habló.

—Rikkin quería que descubriéramos si podíamos activar la espada. Hemos observado lo que hace, al menos en las manos de Juana. La hemos visto hacer cosas que los Fragmentos del Edén no han hecho nunca. Prácticamente ha ido creciendo con Juana o, más bien, ha ido enseñándola. Pero he fracasado. Aún no sé cómo arreglarla, y ahora ha desaparecido. Nos quedan un par de días más, pero ya hemos aprendido todo lo posible sobre ella.

Se giró para enfrentarse a ella, estrechando los ojos mientras casi escupía:

—Por lo tanto, *partida terminada*. Se ha acabado. Fin.

Victoria apretó los labios y durante un instante apartó la vista, como si tomara una decisión. Cuando le devolvió la mirada, algo en ella había cambiado.

—Rikkin te dio una semana. Son las cinco de la tarde del quinto día. *No* hemos terminado. Por lo que a mí respecta, podemos hacer lo que tú quieras. Si quieres renunciar, renunciamos. Si quieres investigar cada batalla minuto a minuto, confiando en descubrir algo nuevo sobre la espada,

lo haremos. Y si quieres continuar presenciando cómo Juana va perdiendo su influencia, sus amigos, y su vida… yo estaré aquí contigo.

Simon parpadeó. No era eso lo que había esperado, no de alguien que le estaba espiando e informando a…

Estuvo a punto de decir algo en ese momento. Entonces comprendió que, sin duda, si había algún lugar en Londres donde hubiese aparatos de grabación de todo tipo, sería allí, en la sala del Animus.

De modo que suspiró, quitándose las gafas y frotándose los ojos como si estuviera cansado.

—Lo siento. ¿Qué te parece un paseo bajo el aire otoñal para despejar nuestras mentes? Bueno, la mía al menos.

—Vayamos a coger nuestros abrigos.

Diez minutos más tarde, estaban paseando por delante de la farmacia de Boots, que mostraba un despliegue de fragancias y productos de aseo y un cartel anunciando: «Regalos para él y para ella», cuando Simon se paró en seco. Por lo que él sabía, no les habían seguido.

—Está bien, Simon —empezó Victoria—. ¿Qué está pasando?

Él bajó la vista hacia ella y la miró fijamente a los ojos mientras preguntaba:

—¿Por qué estás cooperando con Rikkin en mi contra?

Sintió que el corazón se le caía al suelo cuando ella se apoyó contra el muro de ladrillo de la tienda, sus manos profundamente enterradas en los bolsillos de su abrigo.

—No se me dan muy bien esta clase de cosas —contestó—. De hecho, me alegra que lo hayas descubierto. Pero no es cooperación, no exactamente.

—Oh, ya veo, eso lo deja todo claro. Maldita sea, Victoria, ¡*confiaba* en ti!

—Lo sé. Y lo siento. Por favor…, déjame que te explique. ¿Podemos ir a alguna parte? Esto… podría llevar un buen rato.

Encontraron una librería de segunda mano y deambularon por las estanterías llenas de viejos libros en rústica y de gran formato. En la parte trasera de la tienda, rodeados de libros de cocina y misterio, Simon escuchó mientras Victoria le relataba lo de la llamada de teléfono de Rikkin, y el precipitado vuelo nocturno a Londres. Rikkin le había explicado que la necesitaba porque estaba preocupado por el bienestar de un miembro del Santuario Interior. Necesitaba a alguien que ya hubiese visto lo que el Efecto Transfusión podía causar y fuera capaz de reconocer los síntomas antes de que Simon sufriera ningún daño.

Eso tenía sentido. Simon asintió mientras fingía hojear un viejo ejemplar de una novela de Hércules Poirot.

Rikkin quería que ella acudiese directamente a él ante cualquier sospecha de inestabilidad, continuó Victoria, y ella se lo prometió.

—De modo que yo era tu paciente —dijo Simon—. No tu colega. Ni tu amigo.

Ella parpadeó al oír esas palabras, pero no las negó.

—Sí. Aunque… pensé que nos habíamos hecho amigos.

Cuando él no contestó, prosiguió. Ella había enfatizado su alta opinión del método de Simon y destacado la probabilidad de haber encontrado un Mentor. Y le había pedido más tiempo.

Así inició el contacto con Rikkin por segunda vez.

—Él empezó a presionarme para que le diera información más concreta de la espada —declaró—. Me explicó que quería dejar eso solucionado antes de viajar a España. Yo… Fue a partir de entonces cuando empecé a sentirme incómoda con mi cometido. Pero Rikkin es nuestro jefe. Y somos Templarios, y algunas veces eso significa no decir todo lo que sabemos.

—Soy consciente de ello. —Volvió a dejar la novela de Agatha Christie en el estante—. Imagino, dado que yo era tu paciente, que le informaste de mi colapso.

—Lo hice.

—¿Le enviaste un correo? ¿Un mensaje? ¿Un telegrama dictado?

—Nos reunimos para cenar —dijo ella sencillamente.

—En el Bella Cibo.

—Sí.

Él cruzó los brazos y se apoyó contra la pared.

—¿Y por qué mentiste sobre ese asunto? La gente te vio allí, Victoria.

Ella parecía totalmente azorada.

—Como te dije, no se me da *bien* esto, Simon. Estoy acostumbrada a observar, a ayudar a la gente y escuchar. Puedo detectar a los mentirosos, pero obviamente a mí se me da fatal mentir. Cuando Anaya me preguntó por el restaurante, simplemente me quedé paralizada.

Algo dentro de Simon, algo duro, furioso y frío, se liberó en ese momento. Sintió cómo la tensión en su pecho disminuía, y una corriente cálida, que no tenía nada que ver con el viejo radiador que zumbaba en un rincón, le invadía.

—Te creo —dijo en voz baja. Los ojos de ella se agrandaron y una sonrisa suavizó la tirantez de su rostro.

—Gracias, Simon.

Durante un instante, se sonrieron tontamente el uno al otro, y luego Simon sacó una mohosa copia de *Muerte, agente de publicidad*[4].

—Ya. Recuerdo que te envió un mensaje de vuelta y no a mí, a pesar de ser yo un miembro del Santuario Interior y quien le había mandado el correo. Accedió a prestarnos la espada, pero no a darnos más tiempo extra. ¿Te dijo por qué nos permitía tenerla?

—Tal vez pensó que, si veías a Juana hacer algo específico con ella, podrías tratar de recrear la acción. Insistió mucho en que no continuases más allá del momento en el cual Juana perdía la espada. Él no está interesado en tu método, Simon. Lo siento. Pero, si te sirve de consuelo, creo que la idea es maravillosa. Y esa es la razón por la que me ofrecí a seguir trabajando contigo, a pesar del evidente deseo de Rikkin de que no lo hiciera.

Simon se la quedó mirando.

—Pero… ¿por qué? Si sabías que él no quería que lo hicieses…

—Lo primero de todo, tú eres el jefe de Investigación Histórica —replicó ella—. Nadie, ni siquiera Alan Rikkin, tiene más derecho que tú a encontrar lo que te dé la gana sobre la historia. Si está tan preocupado por

algo, debería hablar él mismo contigo. En segundo lugar, él fue quien me sugirió que monitorizara tu salud mental durante el proceso. Y, en mi opinión profesional, necesitas concluirlo. Necesitas despedirte y, a la vez, ser testigo de la despedida de Gabriel del modo que juzgues más conveniente. Si no lo haces, creo que sería perjudicial, y, por lo que a mí respecta, aún te queda tiempo para hacerlo.

Él miró a su alrededor mientras bajaba la voz.

—Alan Rikkin es un hombre muy poderoso y peligroso.

—Yo hice un juramento a la Orden, no a él —repuso ella—, y al haber sido contratada para salvaguardar tu salud mental, tengo la autoridad y la responsabilidad de hacer lo que sea mejor para ti. Nunca permitiré a sabiendas que alguien a mi cargo sufra algún daño. Y no me importa con quien tenga que enfrentarme para poder conseguirlo.

Simon se la quedó mirando, boquiabierto.

—Yo… Eres una mujer de gran valor, Victoria Bibeau. Y es un honor para mí ser tu amigo.

Anaya estaba en el departamento de accesorios de Marks & Spencer, con el teléfono desechable pegado al oído mientras escogía unos guantes tras salir del trabajo de regreso a su casa. Había perdido los suyos en el metro una semana antes y su paseo con Simon le había recordado que debía reponerlos pronto.

—Simon, eres un ingenuo y un completo idiota…

—La creo —insistió obstinada la voz de Simon—. Está asumiendo un gran riesgo, Anaya, al igual que tú, y nos vendría bien tu ayuda.

Durante un momento no pudo decir nada y se limitó a murmurar distintas variaciones de «idiota» hasta que logró calmarse.

—¿De modo que no solo confías en ella, sino que quieres que yo me meta en problemas por ayudaros a los dos?

—Primero escúchame y luego decide.

Y así, le escuchó durante los siguientes cinco minutos, los guantes completamente olvidados mientras le relataba la historia. Para cuando terminó, ella misma también creía en Victoria Bibeau.

—Entonces… ¿quieres que piratee los servidores de la sala del Animus para descubrir qué ha sucedido con la documentación que se supone que debía ir a Criptología? Y mientras meto las narices por allí, debo instalar una forma de monitorizar la nueva información que estás grabando para el caso de que alguien distinto a mí esté *también* pirateando el Animus. Y pretendes que haga todo eso sin que me pillen. ¿Algo más?

—Lo siento —dijo Simon—. Ya has hecho demasiado, y no está bien por mi parte pedirte que corras más riesgos. Si algo nos sucediera a mí o a Victoria, negaremos completamente que supieras nada del tema. Te mantendré a salvo, Anaya. Ya lo sabes.

No pensaba permitir que él se hiciera el galante. Fue ella quien comenzó todo ese desastre, y ahora que Simon había encontrado algo que podía ser verdaderamente importante —alguien pirateando el maldito Animus—, debía ofrecer cuanta ayuda pudiese.

—Lo sé, Simon, pero tú mismo no estarías en riesgo si yo no hubiese dicho nada —replicó—. Lo haré. Me vuelvo directamente a Abstergo.

Echó un vistazo al mostrador; ese bonito par de guantes de cachemira tendría que esperar. Ya los compraría en algún momento al día siguiente o al otro.

Si es que vivía lo suficiente.

29

Cuando Simon y Victoria regresaron a la sala del Animus, charlaron despreocupadamente sobre concentrarse en los Asesinos de ese período. Cualquiera que estuviese escuchando no oiría otra cosa que lo que parecía un argumento perfectamente razonable para continuar explorando los recuerdos de Gabriel Laxart.

Simon quería saber qué demonios había sucedido con el proclamado interés —y protección— de Juana por parte de los Asesinos. ¿Era tan simple como que, en cuanto ella dejó de tener la Espada del Edén, ya no les resultaba de utilidad? ¿O más bien porque desde que Carlos ya no la necesitaba para avanzar por la causa, escogiendo una ineficaz vía diplomática que parecía servir solo a los Templarios, ya no les importaba su antigua herramienta?

Simon estaba enfadado por un montón de razones y necesitaba respuestas. *No temo nada, excepto la traición*.

Miércoles, 21 de septiembre de 1429
Gien

La habitación era de madera y piedra, las sillas altas y ornamentadas, los platos en los que el rey y su consejo acababan de cenar, de plata pura. Un

sol otoñal se filtraba a través de las ventanas, y nadie parecía contento de estar allí.

Juana aún se estaba recuperando de la herida de ballesta. La pérdida de su espada y la noticia de que el rey había dado fin al asalto habían herido igualmente su espíritu. Durante los últimos días apenas había hablado y solo para pronunciar duras palabras.

También Alençon se mostraba deprimido y enojado. Era un hombre tan equilibrado y con tan buen humor que a Gabriel se le hacía muy raro verle tan ensimismado y furioso. Él mismo estaba allí, lo sabía, para intentar calmar a Juana en caso de que se afligiese aún más por lo que pudiese suceder después de la espléndida comida. La quinta persona que asistía al festín era Georges de La Trémoille, que probablemente había comido tanto como Gabriel, Juana y Alençon juntos.

Carlos se sentaba a la cabecera de la larga mesa, y Gabriel hubiera asegurado por su efusiva atención a Juana que algo muy malo iba a suceder. Una vez que los platos fueron retirados por rápidos y silenciosos sirvientes y las grandes puertas se cerraron dejando al grupo a solas, el rey se decidió a hablar.

—Juana —empezó el rey—, sabemos lo decepcionada que estáis por que hayamos cancelado el ataque a París. Y mucho nos tememos que aún vamos a disgustaros más. Por favor, debéis entender que todo cuanto hacemos, lo hacemos por Francia.

Parece incluso como si se lo creyera, pensó Gabriel. Esos días no resultaba fácil pensar en Carlos con indulgencia.

—Nuestro ejército ha actuado con valentía durante los últimos meses. Ha liberado Orleans, ha despejado el Loira y nos ha llevado hasta Reims para ser ungido rey. Y por ello estamos agradecidos.

—Pero… —interrumpió Juana, sus ojos azules duros como piedras.

—Pero —continuó el rey afablemente— ahora estamos tratando de imponer una vía de paz, y no necesitamos un ejército permanente de tantos miles de soldados. —Clavó la vista en Alençon—. Ni tampoco necesitamos molestar al duque con su liderazgo.

—*¿Cómo?* —gritó Alençon.

—El ejército debe disolverse y vos regresar a vuestras tierras y a vuestra esposa, vuestra gracia —intervino Trémoille, alargando la mano para coger una manzana—. Pero no os preocupéis, Doncella, hemos guardado un poco de lucha para vos.

Gabriel se quedó mirando incrédulo al rey, quien sonreía pacíficamente como si no hubiese destrozado a Juana, Gabriel y Alençon dejando que se desangraran hasta morir; luego se fijó en Trémoille, cuyos diminutos y crueles ojos brillaban por algo que debía de encontrar muy gracioso.

—No —dijo Juana con suavidad—. No haréis nada semejante. Dios…

—… no se dejó ver demasiado en las escaramuzas de las afueras de París, ni tampoco en el ataque a la misma ciudad —terminó Trémoille casualmente, mientras mordía la fruta.

—Juana, por favor, comprendedlo —dijo el rey—. Sabemos que habéis llorado por los caídos de los dos ejércitos. Sin duda debéis de querer la paz.

—No hallaremos la paz sino en la punta de una lanza —alegó Juana, y por un instante su rostro brilló con la certidumbre de otros tiempos. El corazón de Gabriel se contrajo; no se había dado cuenta de lo poco que había visto esa faceta única de la belleza de Juana en los últimos meses.

—Si lo que deseáis es movimiento de lanzas, Juana, tal y como os he dicho, yo tengo una batalla para vosotros —repitió Trémoille—. Hay un tipo malvado, un capitán mercenario, a sueldo del duque de Borgoña. Su nombre es Perrinet Gressart. Debéis iniciar un asedio a sus dominios y traerlo ante la justicia del rey. Mi propio medio hermano, D'Albret, liderará la compañía y…

En ese momento, Alençon hizo la última cosa que Gabriel hubiese esperado. Comenzó a reírse, con grandes y estruendosas carcajadas que estaban a la vez envenenadas de amargura.

—Decidme, Trémoille —le demandó cuando por fin pudo respirar—, ¿se trata del mismo Perrinet Gressart que una vez os hizo prisionero? ¿Que casi dejó secos vuestros cofres por el rescate? ¿*Ese* Perrinet Gressart?

El ceño de Trémoille se convirtió en una sola línea mientras se sonrojaba como la manzana que había medio devorado. Durante un instante, Gabriel se preguntó si el hombre no se desmayaría de un ataque. Confió en que fuera así.

—Eso no viene al caso —intervino suavemente el rey—. Lo importante…

—Es que Juana ya no os es de ayuda —espetó Alençon, levantándose —. Y teméis que nosotros dos juntos podamos, de alguna forma, desearos algún daño, por lo que habéis decidido separarnos.

El duque y el rey se miraron el uno al otro, y Gabriel se preguntó si no estaba a punto de presenciar una traición. Pero el monarca se limitó a decir:

—Lamentamos la tristeza que sentís los dos por separaros, pero sabemos que lo entenderéis cuando no estéis tan enfadados con nosotros. Mientras tanto, nos gustaría hablar con Juana en privado.

Alençon permaneció en pie el tiempo suficiente para hacer que la sonrisa del rey desapareciera. Entonces, tras hacer una exagerada reverencia, abandonó la habitación. Gabriel le siguió.

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, el duque empezó a maldecir con tanta intensidad que el muchacho no pudo por menos que sonreír.

—Juana estaría furiosa con vos ahora mismo —indicó.

Alençon le miró y Gabriel pensó que nunca había visto un hombre tan desesperadamente infeliz.

—El rey está echándolo todo a perder. Todo. Borgoña y los ingleses… —Miró hacia el corredor para asegurarse de que estaban solos, y entonces añadió, en voz más baja—: Los Templarios están jugando con él como con un pelele.

—¿Creéis que los Templarios están detrás de todo esto? —Un pensamiento terrible se apoderó de Gabriel—. ¿Creéis que han encontrado la espada?

—Ciertamente los Asesinos no lo han hecho, o si ha sido así, yo no tengo noticias. Hay un montón de cosas que no me están contando estos días —añadió.

Gabriel tuvo que darle la razón. Alençon había hecho cuanto había podido por enseñarle todo sobre la Hermandad, pero no era tan experimentado como lo había sido De Metz.

—Me dijeron que ellos la protegerían —continuó Gabriel—. Vos sois el único al que conozco, y ahora tenéis que marcharos. ¿Acaso el Mentor la ha abandonado?

—Lamentablemente, ahora que Carlos es oficialmente rey, Yolanda tiene menos poder político. Trémoille siempre ha sido una espina en su costado. Durante un tiempo, el rey lo rechazó en favor de Juana, pero ahora…, ahora todo es más duro. Incluso para un Mentor que también es reina.

—Tal vez sea el momento de que los Asesinos actúen de acuerdo con su nombre —gruñó Gabriel—. Los Templarios no tienen miedo de actuar, pero no he tenido noticia de ningún intento de asesinato.

Alençon le miró como si sintiera que debía estar furioso con Gabriel, pero de algún modo no llegó a expresar su emoción.

—No puedo soportar pensar en Juana languideciendo en un castillo tras otro, o desperdiciando su habilidad combatiendo a bandidos —señaló, casi mordiendo la última palabra—. Veré si puedo influir en nuestro rey cuando pase algún tiempo. Trémoille está jugando con él, y el único que no puede verlo es el propio Carlos.

Alençon miró con envidia a Gabriel.

—Al menos no te ha mandado lejos.

—No. Pero ahora no tendré quien me entrene.

—Los Asesinos te encontrarán si te necesitan. —Alençon se mostraba claramente incómodo por las palabras de Gabriel. La pregunta que Gabriel deseaba hacer se quedó sin formular: *¿Y qué sucede si Juana o yo los necesitamos?*—. Cuida de ella por mí —continuó Alençon—, por Dunois, De Rais y ese viejo oso de La Hire. Dile que todos la queremos, y siempre creeremos en ella.

—¿No vais a despediros personalmente?

—Aún confío en que esto no sea un adiós. Carlos es consistentemente inconsistente. Creo que entrará en razón llegado el momento, y que Juana, tú y yo podremos volver a atacar juntos a los ingleses. —Logró mostrar un eco de su antigua sonrisa—. Despídete por todos nosotros, pero solo por el momento.

—Ya sabéis que lo haré.

Simon sintió una punzada de tristeza. Juana y su «noble duque» no volverían a verse. Y más tarde en la vida, Alençon… Carlos era un estúpido.

—Y… dile a Flor que siempre tendrá un hueco en mi hogar, si alguna vez desea dejar a Juana. —Alençon vaciló—. La gente ha sido amable con ella por respeto a Juana. Si la Doncella cae en desgracia, Flor sufrirá por ello.

—No creo que deje nunca a Juana, como tampoco lo haré yo.

—Y yo lo hago contra mi voluntad, y solo porque desobedecer al rey sería traición.

—Lo sé. Y Juana también lo sabe. Ahora salid de aquí, antes de que ambos nos echemos a llorar.

Lo dijo con una sonrisa, pero era demasiado tarde. Solo ahora Gabriel comprendía el buen amigo que él, un bastardo de baja cuna, había tenido en el noble duque. Se abrazaron con fuerza, dos soldados partiendo para distintas batallas. Y entonces Alençon se marchó.

Cuando la bruma se arremolinó sobre Gabriel, Simon escuchó la voz de Victoria. *Esto es igual que ver descarrilar un tren*, declaró.

—Carlos puso más empeño en su propia ruina que el propio Felipe.

¿Y Juana? ¿De verdad sirvió bajo el mando del medio hermano de Trémoille para luchar contra el bandido que lo había secuestrado?

—Obedecía órdenes —explicó Simon—. El asedio fracasó después de un mes porque Carlos ignoró sus cartas suplicando comida y suministros, incluyendo pólvora. Durante gran parte del invierno de ese año, ella se quedó con la familia D'Albret. Oh, pero eso estuvo bien, porque Carlos concedió a Juana un regalo de Navidad en forma de título nobiliario para su familia. Incluso dejó claro que este se transmitiría a través de la línea femenina. Un premio de consolación.

Ni siquiera se me ocurre nada que decir a eso.

—Mientras tanto —continuó Simon, enfureciéndose por momentos—, a estas alturas Felipe había fundado la Orden del Toisón de Oro. Ciudades que habían jurado lealtad a Carlos, incluida Compiègne, fueron devueltas a Felipe contra su voluntad. Fue una auténtica traición de fe, y ya puedes imaginar lo furiosa que se sintió Juana. La mayoría de las ciudades no se lo tomaron bien, y se resistieron a Felipe cuando este las reclamó.

Pero al final Carlos y Felipe acordaron la paz, ¿no?

—Al final, sí. Pero no en vida de Juana.

La bruma, al parecer, todavía no había acabado con él. Simon se preparó para lo que el Animus iba a mostrarle a continuación.

Domingo, 23 de abril de 1430
Melun
Pascua

Juana estuvo sollozando durante la misa de Pascua.

Cuando esta terminó y Flor y Gabriel trataron de persuadirla para que saliera con ellos, les hizo un gesto para que se marcharan. Silenciosos y sombríos, los dos caminaron hacia el exterior de la antigua iglesia de la ciudad.

—Me parte el alma verla así —dijo Gabriel con pena. Desde que el duque de Alençon había sido despedido, Gabriel y Flor hacían turnos para tratar de aliviar la confusión y preocupación por la situación de Juana. Flor, que no quería nada de Juana salvo poder estar en su presencia el mayor tiempo posible, era la única que intuía el dolor de Gabriel. Se habían hecho íntimos; incluso podrían haber sido amantes, de no ser porque Juana llenaba de tal forma sus corazones que no había espacio para nadie más.

Hacía justo un año, Juana estaba a punto de convertirse en la Doncella de Orleans, y allí, al menos, aún fue recibida con honores a su llegada. Pero desde que había perdido la espada y su rey había abrazado la vía diplomática descartando enfrentarse en la batalla, Juana parecía disminuida. A los ojos de Gabriel aún era hermosa; ¿cómo no iba a serlo? Pero la falta de actividad y las inútiles escaramuzas estaban cobrándose su precio.

Gabriel añoraba más que nunca a De Metz y Alençon. Se preguntaba si una presencia Asesina en la vida de Juana habría podido ayudarla a mantener su espíritu luchador. Solo en marzo, cuando Juana supo de la resistencia continuada de ciudades como Compiègne, Flor y Gabriel habían visto retornar a la Juana de siempre. Ahora mismo, el «ejército» de Juana estaba compuesto por un puñado de hombres profundamente leales; apenas doscientos soldados, muy lejos de los diez mil que había liderado tras la coronación del rey. Los había reunido en torno a ella y luego se habían

marchado. No le dijo a Carlos dónde iba, o lo que pretendía, pero cualquiera que la conociera sabía cuál podía ser su plan.

En Melun les dieron una gran acogida y, por algún tiempo, Juana pareció esperanzada. Verla tan devastada durante la misa era como un cuchillo cortante en el corazón de los dos que más la amaban. Se quedaron allí esperando, cogidos de la mano, buscando consuelo el uno en el otro mientras descendían por las calles de la antigua ciudad.

—Ha dicho ella… —comenzó Gabriel.

—Ha contado Juana… —dijo Flor.

Se sonrieron tristemente el uno al otro, y luego parecieron más animados.

—¿Cómo crees que acabará esto, Gabriel?

—No lo sé —contestó sinceramente—. Pierre está tratando de convencerla para que vuelva a casa con él.

Jean, el hermano mayor, ya se había marchado, pero Pierre había permanecido junto a su hermana en cada paso del camino desde Blois. No la comprendía tan bien como Flor y Gabriel, pero la amaba, y Gabriel se alegró de que se quedara.

—¿Crees…, crees que sus Voces han dejado de hablar con ella? —La voz de Flor era apenas un susurro, mientras levantaba sus grandes ojos azules hacia él.

Gabriel permaneció en silencio. Estaba demasiado asustado para preguntárselo directamente a Juana.

—Para mí no tiene importancia lo que haga o a dónde vaya —indicó—. Estaré ahí con ella.

—Y yo también. Siempre —aseguró Flor, con ojos llenos de lágrimas —. Solo quiero que deje de sufrir. ¡Lo que el rey le está haciendo no está bien!

—El rey hace lo que debe, y yo también —les llegó la voz de Juana desde detrás—. Al igual que hacéis vosotros, mi Sombra y mi Flor. Todos hacemos la voluntad de Dios.

Sus ojos estaban inyectados en sangre e hinchados por el llanto, aunque secos.

—Hablaré con vosotros dos —declaró, llevando a Flor a un lado primero.

Gabriel apartó la vista para darles privacidad, sintiendo un gran peso en su corazón. Muy pronto percibió un roce ligero como una pluma en su brazo.

Al darse la vuelta, advirtió por primera vez lo pequeña que era Juana. Había tantas cosas en ella que parecían tan grandes… Su luz, su espíritu, su calidez, sus alegres facciones. Ahora la veía como un sencillo ser humano, una mujer sombría e inmóvil.

—Mi testigo —dijo, y él sintió un escalofrío. Era eso y también su sombra, pero se preguntó por qué habría elegido ese apodo para él en ese momento—. ¿Recuerdas lo que me dijiste la primera vez que te conté lo de mis Voces?

La sangre pareció licuarse en sus venas. No podía decir las palabras, pero asintió. *No me pidas que me aleje de tu lado. Nunca*.

—Te dije que no podría prometerte que nunca nos separaríamos —prosiguió ella.

—«Solo déjame compartir tu viaje durante el tiempo que puedas» —citó él, con voz áspera.

—Tú serás mi testigo todo el tiempo que quieras. Pero ese tiempo está llegando a su fin. Necesito que me prometas… que, cuando te ordene partir, obedecerás. Sin importar lo que suceda.

—¡No puedo abandonarte, Juana! ¡Por favor, no me pidas eso! —Su voz se quebró, pero no sintió vergüenza.

Tomó las manos de ella y las apretó, notando los huesos a través de la piel, sintiendo lo terriblemente frágil que era en realidad, a pesar de su radiación interior.

—No he dicho que me «abandones». He dicho que me obedezcas. Si te lo pido, no soy yo, sino Dios. Júralo, Gabriel, o si no no podrás seguirme ni un paso más.

No podía dejar que ella viera su dolor. Juana sabía bien cuán grande era; y ella misma luchaba con una carga que él no podía comprender. En su lugar, asintió.

—Lo juro —dijo, y añadió, en silencio, *por la profundidad del amor que te profeso*.

Simon se sintió profundamente agradecido cuando la bruma comenzó a enroscarse. No podía soportar ni un minuto más el dolor de Gabriel.

Simon, ¿qué… qué ha pasado? ¿Lo sabemos?

—Lo sabemos —contestó, pesaroso—. Durante su juicio, ella declaró que las santas Catalina y Margarita le comunicaron que sería capturada antes del día de san Juan, el 24 de junio. Ella… —Simon carraspeó—. Ella y unos pocos de sus hombres, incluyendo a Pierre y a su mayordomo Jean d'Aulon, fueron hechos prisioneros en Compiègne el 23 de mayo. Las tropas borgoñonas la atrajeron lejos de la ciudad y luego bloquearon su ruta de escape tan pronto como intentó la retirada. El gobernador de Compiègne fue obligado a cerrar las puertas; eso o se arriesgaba a que el enemigo entrase en la ciudad.

Y Gabriel no fue capturado, porque Juana le había ordenado que se marchara antes de la emboscada, dedujo Victoria.

No tengo más que un año, quizá algo más, había pronosticado Juana el 21 de abril de 1429.

Estaba en lo cierto.

30

DÍA 6

Simon conocía al detalle los feos pormenores, los horrores que aguardaban a Juana antes de su muerte: ridículo, falsas acusaciones, palizas, terror y el miedo constante a ser violada. Su cerebro estaba obsesionado por ellos, acechando su sueño. Incluso ahora, mientras entraba en el edificio de Abstergo, haciendo un gesto de buenos días a los guardias de seguridad de turno, el estómago le daba vueltas solo de pensarlo. Gabriel era el testigo y no él. Sin duda no necesitaba enfrentarse a todo eso. Pero no podía evitar preguntarse si el espíritu de Consus se le aparecería para llevarle al futuro y conectar con gente como Juana, o si quizá conocía la existencia de personas como Gabriel… y Simon.

Técnicamente, aún les quedaba todo el día de hoy y el de mañana. El móvil desechable vibró en su bolsillo mientras se metía en el ascensor. Simon se tensó ligeramente, girándose casualmente lejos de la vista de la cámara del ascensor para leer el mensaje. Sintió cómo la sangre abandonaba su rostro mientras lo reenviaba al teléfono desechable que Victoria había adquirido la noche anterior, tras su conversación en la librería.

Entró en su despacho para comprobar sus correos, y desde allí llamó a Victoria desde el teléfono normal de la compañía.

—He decidido aceptar tu oferta. Quizá *va siendo hora* de que empiece a acostumbrarme a esa oscura bazofia que tanto te gusta. He tomado algunas

notas que me gustaría compartir antes de comenzar la sesión de hoy. Ahora sería el momento perfecto para llevarme a esa cafetería que mencionaste.

Se reunieron en el vestíbulo, donde Victoria comentó feliz y con voz perfectamente audible las virtudes de esa ficticia cafetería. Una vez que estuvieron fuera del edificio y recorrieron una manzana, Victoria comprobó su teléfono.

El mensaje de Anaya era breve y conciso. *A está intervenida. Waterloo*.

—Confío en que con eso se refiera a la estación de metro —dijo Victoria.

—Yo también —repuso Simon.

Encontraron a Anaya en la estación de Waterloo, comprándose un panecillo aproximadamente del tamaño del puño de Simon en una de las camionetas de comida para llevar. Victoria se pidió un café con leche y Simon un té. Los tres fingieron como si fuese una coincidencia haberse encontrado allí, aceptaron un trozo del panecillo de Anaya, y caminaron entre la multitud bajo el gran arco de la estación.

—Tenías razón —dijo Anaya—. Alguien ha pirateado el servidor del Animus. Bueno, alguien distinto a mí. Y además han estado utilizando ordenadores en mi departamento para hacerlo.

Simon soltó una maldición.

—¿Tu pequeño amigo americano?

—Eso creo —asintió Anaya, añadiendo amargamente—: Debí haber imaginado que algo se estaba tramando cuando conseguí el puesto tan rápidamente.

—Bueno, a mí tampoco se me ocurrió nada más allá de que Abstergo Entertainment sabía reconocer algo bueno cuando lo veía —replicó Simon —. Tenía todo el sentido que saltaran de alegría al ver tu currículum. No te lo tomes como algo personal.

Ella sonrió sin ganas.

—La cuestión es que supuestamente estoy entrenando al hombre que os está espiando.

—Eso podría ser positivo. ¿No puedes despistarle? —preguntó Victoria—. ¿Y descubrir adónde envía la información?

—Sí a las dos cosas —asintió Anaya.

—Si quieres puedes dejarlo, Anaya. Lo digo en serio. —Simon tomó una de sus manos entre las suyas y la apretó, haciendo que ella alzara la vista para encontrarse con su mirada—. Verás…, no quiero…, no quiero que te suceda nada malo.

Ella enarcó una ceja y sonrió levemente.

—Ah, o sea que te importo —bromeó.

Él se sonrojó.

—Pues claro —dijo más animado—. Abstergo invirtió una gran cantidad de tiempo entrenándote.

—Ese es mi Simon —replicó sonriendo de oreja a oreja. Él había conseguido levantar su ánimo y se alegró por ello—. Pero sí, puedo hacerlo y debo hacerlo, porque, después de todo, no *sabemos* si esto cuenta con el visto bueno Templario. Y mi trabajo es estar pendiente de este tipo de cosas.

Eso era algo que Simon no había considerado. ¿Qué pasaba si ella tenía razón? ¿Y si el enfado de Rikkin por el tiempo que Simon estaba tardando no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo? Al menos, se sintió súbitamente agradecido por que Anaya tuviese un motivo plausible para llevar a cabo esa actividad.

—Está bien. —Anaya cuadró los hombros—. Sea lo que sea que estéis haciendo con Juana de Arco y que está suscitando tanto interés, debéis daros prisa. Cuanto más necesite husmear alrededor, más posibilidades hay de que alguien me vea. Soy buena, pero al final se pilla a todo el mundo.

—¿De verdad? —dijo Victoria.

—Esa es la premisa absoluta de mi trabajo —replicó Anaya—. Ser rápidos, ¿de acuerdo? Y listos.

Y luego, para asombro de Simon, le dio un rápido beso, sus labios cálidos contra su mejilla, y se fundió entre la multitud.

Él se quedó mirándola durante un momento, perplejo, y luego se volvió hacia Victoria.

—Necesitamos volver directamente a Abstergo. Creo que Gabriel tiene algo que decir a algunos Asesinos.

Viernes, 7 de julio de 1430
Vaucouleurs

—Aquí estáis. —La voz de Gabriel sonó baja y fría mientras hablaba al oído de Jean de Metz, deslizándose a su lado en el banco sumido en la penumbra de la taberna.

Una de dos. O bien no había logrado sorprender al caballero o, más probablemente, De Metz ocultó muy bien su asombro.

—Laxart —dijo—. Me preguntaba cuándo aparecerías.

La tranquilidad del hombre resultaba exasperante.

—Hablemos fuera —indicó Gabriel poniéndose en pie.

De Metz se vio forzado a apurar su cerveza y levantarse. El sol de la veraniega tarde estaba empezando a ocultarse. El calor era sofocante mientras caminaban calle abajo, saludando con un gesto a los transeúntes hasta que se adentraron en una zona de mercado que estaba cerrada durante la noche.

—Siento lo de Juana —dijo De Metz.

—Si lo sintierais, si *alguno* de los Asesinos lo sintierais, ella no estaría bajo los amistosos cuidados del vasallo de Felipe, Jean de Luxemburgo —espetó Gabriel—. Ella estuvo a punto de escapar. ¿Lo sabíais? La atraparon únicamente porque intentó liberar también a su hermano y a D'Aulon. Porque se *preocupó* por lo que les había pasado a ellos. Si hubieran tenido cualquier clase de ayuda exterior de los Asesinos…

—No sabes nada, Laxart —replicó De Metz. No era una indignada acusación, sino una agotada—. No tienes ni idea de lo que hemos o no hemos estado haciendo, ni tampoco de por qué o por qué no.

—¡Entonces *contádmelo*!

—No eres miembro de la Hermandad. Ni siquiera eres un aprendiz formal, aún no. Y no creo que nunca vayas a ser uno de nosotros.

—¿Por qué? ¿Porque no soy lo suficientemente bueno? ¿Porque los Asesinos me abandonaron cuando ya no les era *conveniente*?

Una vez más De Metz pareció más arrepentido que furioso.

—No. Para ti, no es por la causa o por la Hermandad. No es por esta guerra contra los Templarios por el destino de la humanidad. Es por Juana.

—Eso es suficiente para mí —dijo Gabriel—. Y debía haber sido suficiente para vos. Para Yolanda. Una vez me dijisteis que Juana no era solamente importante políticamente. Dijisteis que os preocupaba lo que pudiera sucederle. Yo os creí. Pensé que esa era la diferencia entre Asesinos y Templarios, que vosotros erais los que os preocupabais por los individuos. Y ella no es una persona común, Jean, ¡eso lo *sabéis*!

—Lo sé —asintió De Metz—. *Lo* sabemos. Pero el de Borgoña ya ha hablado con Juana al menos una vez. Ah —añadió ante la expresión sorprendida de Gabriel—, ¿lo ves?, no lo sabes todo. En este momento hay más cosas en juego de las que imaginas. No podemos simplemente irrumpir ahí y llevárnosla. Las estrategias políticas…

—¡Eso no significa nada para mí! ¡*Ella* lo significa todo!

Los ojos de De Metz eran tristes.

—Eres demasiado volátil para involucrarte, Gabriel. Lo siento. Pero… la verdad del asunto es que, sin la espada, Juana ya no es el ángel invencible que era. Dejó de serlo en París.

—¡Porque Carlos le ordenó retirarse! El rey estaba siendo engañado por el duque de Borgoña, ¡hasta él ha admitido haberse dado cuenta ahora!

—Ella ha sido capturada. No es infalible.

—Sus Voces le dijeron que sería capturada —repuso Gabriel desesperado—. Y yo creo que las oye. ¿Vos no?

De Metz guardó silencio.

Gabriel dio un paso atrás.

—Por la sangre de Cristo, no lo creéis así, ¿verdad? ¡Sois tan voluble como Carlos! Acudí a él, le *supliqué* que la rescatara, pero no moverá un dedo. En cuanto ha dejado de seros de utilidad, la abandonáis. ¿Es *ese* el Credo Asesino? «¿Encontrar gente, utilizarla y apartarla a un lado cuando os necesita?». ¡Buen Dios, no sois diferentes de los Templarios!

La hoja oculta estaba sobre su garganta antes de que terminara de pronunciar la última palabra. De Metz había agarrado la túnica de Gabriel y su rostro estaba a solo un centímetro del joven mientras susurraba:

—En recuerdo de la amistad que una vez existió entre nosotros, no terminaré con vuestra furiosa y pequeña vida aquí mismo.

La hoja desapareció. De Metz aflojó su apretón y apartó a Gabriel, enfadado.

—Si quieres pensar así, adelante. Eso me dice que no entiendes *nada*.

Gabriel se llevó la mano al cuello, y tocó algo caliente y húmedo. La hoja estaba tan afilada que le había cortado sin que hubiese sentido nada.

—Sé que abandonasteis a una muchacha de dieciocho años que hizo todo cuanto había prometido. Una muchacha cuya voluntad era más fuerte que la vuestra, o la mía, o incluso la de vuestro precioso Mentor. Si solo la queríais por la espada, entonces creo que tal vez esté mejor servida por aquellos que la custodian ahora, y no por los que la custodiaron de camino a Chinon. Al menos ellos no fingen ser sus amigos.

En la débil luz, a pesar de sus protestas, De Metz parpadeó.

—Vete. Sal de aquí antes de que cambie de opinión.

—¿Y qué pasa con lo de mantener vuestra hoja apartada de la carne del inocente?

—Tú no eres inocente, Laxart. Estás metido en esto hasta las orejas. Y si no puedes verlo, entonces eres más idiota de lo que creía.

—Haré cuanto esté en mi mano para liberarla —advirtió Gabriel.

—Entonces podrías condenarla. ¿No lo entiendes?

Gabriel giró sobre sus talones. No tenía ángeles que le dijeran lo que debía hacer, y cuando rezaba, Dios nunca contestaba. Ahora tampoco tenía a los Asesinos, ni a Alençon, ni a nadie.

Él y Flor estaban solos.

Simon odiaba ver a Gabriel así, sabiendo, a diferencia de su antepasado, que Juana no iba a ser rescatada, que todo lo que estaba tratando de impedir iba a suceder.

—De Metz tenía razón en una cosa —dijo mientras él y Gabriel esperaban en el Corredor de la Memoria—. Había un montón de cosas en juego. Esa guerra no duró ciento dieciséis años porque fuera sencilla.

¿Y Carlos? ¿Realmente no hizo nada para ayudar a Juana?

—Ni una sola cosa.

¿Crees que tuvo algo que ver con su captura?

—No, pero probablemente se sintió bastante aliviado en su fuero interno. Los prisioneros nobles recibían, según la tradición, una consideración especial que no fue respetada en el caso de Juana. Normalmente se les trataba bastante bien, y al final solían encontrar el camino de vuelta a casa cuando su familia podía afrontar el rescate o alguien necesitaba hacer un trato. Al principio, daba la impresión de que Felipe se contentaba con tenerla allí. Técnicamente era la prisionera de Jean de Luxemburgo, conde de Ligny y vasallo de Felipe, y, como apuntan todas las crónicas, fue bien tratada. La propia esposa del conde se encariñó con Juana, e incluso le rogó a su marido que no se la entregara a los ingleses.

Pero lo hizo. O supongo que Felipe lo hizo. ¿Qué sucedió?

—Hubo grandes presiones por parte de los ingleses, que naturalmente eran hostiles a Juana. Muchos querían quemarla. —Simon recordó las furiosas palabras lanzadas a Juana cuando habló con los ingleses en Orleans y se sintió enfermar—. Otros, los Templarios, infiltrados tanto entre los borgoñones como entre los ingleses, querían desacreditarla a fin de desacreditar de paso a Carlos. Siete meses después de su captura, los ingleses la compraron por diez mil libras a Jean de Luxemburgo. Ella llegó a Ruán la noche de Navidad de 1430. El hombre responsable de esas negociaciones fue Pierre Cauchon, quien más tarde presidiría el juicio contra ella por herejía.

¿Por qué me suena ese nombre?

—Era un simpatizante borgoñón, uno de los redactores del Tratado de Troyes. Juana le había obligado a huir por dos veces: una de Reims, donde era rector de la Universidad de París, y otra de Beauvais, donde era obispo. En ambas ocasiones, esas ciudades se volvieron contra los borgoñones y aceptaron a Carlos. Legalmente, él no hubiera debido ser su juez. Pues ni por su lugar de nacimiento ni por el lugar donde, según decían, se había cometido la supuesta herejía, tenía jurisdicción. Pero tiró de los hilos. Por cierto, se estaba postulando como arzobispo de Ruán.

Parece terriblemente imparcial. La voz de Victoria rezumaba sarcasmo. *¿Y también era Templario?*

—Casi con seguridad. En el momento en que se enteró de la captura de Juana, comenzó a trabajar para que la entregaran a manos eclesiásticas en

lugar de seglares.

Para así poder imputarla de un cargo de brujería o herejía.

—Mucho más repugnante que tenerla solo como prisionera de guerra. Y por lo tanto, peor para la reputación de Carlos. ¿Quién podría apoyar a un rey cuyas victorias le habían llegado a través del demonio? La Universidad de París había estado persiguiendo esa oportunidad desde Orleans. Todo el asunto, en realidad, fue una triquiñuela legal. Una farsa plagada de flagrantes ejemplos de absoluto desprecio por los preceptos legales. Juana fue tratada como una prisionera de guerra, obligada a llevar grilletes todo el tiempo mientras estuvo en la celda, aunque supuestamente era una prisionera eclesiástica.

Estoy confundida. ¿Cuál es la diferencia entre las dos?

—Existen pros y contras para los ingleses en cualquier caso. O al menos, tendría que haberlos habido. Si Juana era prisionera de la Iglesia, podía ser juzgada por herejía o brujería, tal y como has dicho. Pero también debía ser alojada con otras mujeres, y en ningún caso mantenida con cadenas. Además, podría solicitar la intervención del Papa. Ellos querían las dos cosas. Querían incriminarla como prisionera de la Iglesia, pero a la vez tratarla tan pobremente como si fuera una prisionera seglar.

Así que hicieron lo que les pareció oportuno, para conseguir el resultado deseado.

—Exactamente. Juana fue conducida hasta la sala donde estaban los instrumentos de tortura y amenazada con ellos. Uno de sus torturadores renunció a su puesto alegando que no podía hacerlo. Había hombres *en su celda* observándola constantemente. Ni siquiera habían formulado los cargos cuando la llevaron a juicio, no tenía abogado… Podría seguir interminablemente, pero no tiene sentido.

De hecho, pensar en la injusticia —en injusticias cometidas por orden de los Templarios de más alto rango de la época— le estaba haciendo sentir náuseas. *Esa es la manera Templaria*, se recordó. *Se debe mantener el orden. El muñeco de los Asesinos, Carlos, debía ser metido en cintura*. Y sin embargo esos pensamientos no le trajeron ningún consuelo.

No pienso presionarte para que veas nada más salvo que tú quieras, dijo Victoria.

Lo consideró durante un momento.

—Creo que como historiador debería sacar provecho de esta oportunidad. Y siento que le debo a ella, y a Gabriel, presenciar algún momento de su caída.

No lo hagas por el bien de la historia, ni siquiera por el bien de Gabriel o de Juana. Si vas a hacer eso, hazlo por Simon Hathaway.

—Creo que si no lo hago —repuso con voz serena—, nunca me lo perdonaré.

Entonces allá vamos.

31

Miércoles, 21 de febrero de 1431
Capilla de Bouvreuil Keep, Ruán

A finales de diciembre, Gabriel y Flor recibieron la noticia de que Juana estaba encarcelada en una torre del castillo de Ruán. Por supuesto, partieron inmediatamente hacia allí, donde ambos encontraron trabajo y alojamiento en una destartalada y vieja posada. Habían procurado estar al tanto de las terribles vicisitudes de Juana de la mejor forma que podían; es decir, fraternizando con algunos soldados e incluso con algunos clérigos que frecuentaban la taberna y se mostraban dispuestos a hablar cuando se les soltaba la lengua por el vino. Gabriel rezó como nunca para que las Voces de Juana, de alguna forma, tocaran los corazones de los hombres que podían influir en su destino.

La capilla del castillo estaba abarrotada más allá de su capacidad. Gabriel hizo lo posible para que Flor, que medía más o menos como Juana, alrededor del metro sesenta, pudiera presenciarlo. Al menos, en ese lugar, podrían escucharlo todo.

Los miembros del tribunal eran unos cuarenta, todos ellos eruditos, doctores y licenciados en teología o leyes canónicas. Algunos, incluso, expertos en leyes civiles. Y uno, según había escuchado, lo era en ambas. Sentado entre ellos estaba el obispo Pierre Cauchon y el promotor general de la diócesis de Bauvais, Jean d’Estivet, los dos jueces oficiales.

Gabriel había oído decir que Juana no había sido bien tratada durante su encarcelamiento. Le habían llegado informes sobre hombres de toda clase observándola mientras dormía, de los grilletes que llevaba puestos a todas horas e, incluso, de un cepo que le inmovilizaba el cuello, las manos y los pies por si trataba de escapar.

Un murmullo recorrió la multitud, seguido por susurrados epítetos. Flor apretó el pequeño saquito que Juana le había entregado en Melun, cuando las Voces de la Doncella le advirtieron de su inminente captura. Al igual que había hecho Juana, ahora lo llevaba todo el tiempo alrededor del cuello. Parecía darle consuelo.

—¿Gabriel? ¿Es ella? —preguntó Flor.

Durante un momento, Gabriel se quedó tan conmocionado por lo que veía que no pudo contestar. Las manos y los pies de Juana estaban encadenados. Llevaba un vestido sucio y de confección vulgar, y su rizado cabello negro había crecido hasta sus hombros. Estaba muy flaca, enjuta y pálida; sus músculos habían desaparecido y sus saludables mejillas aparecían consumidas por casi un año de encarcelamiento.

—Es ella —contestó, su boca seca como arena.

Durante un largo rato no fue capaz de centrarse lo suficiente para dar sentido al runrún de voces de aquellos que describían el proceso. No podía apartar sus ojos de Juana, delgada, lívida, pero aún con la barbilla alta y desafiante.

Por fin, comenzó el interrogatorio. Cauchon, que aparentaba tener cerca de sesenta años, alto, huesudo e imponente, se acercó hasta donde estaba sentada Juana con las cadenas enganchadas a un banco, e inclinándose sobre ella, preguntó:

—¿Juráis decir la verdad sobre lo que quiera que se os pregunte?

—Sobre mi padre y mi madre, y todo lo que he hecho desde que emprendí el camino para llegar al corazón de Francia, juraré con gusto. —Su voz era fuerte y clara; la prisión no había disminuido su espíritu—. Pero nunca he desvelado ciertas revelaciones que me fueron hechas por Dios excepto a Carlos, mi rey.

Y a mí, pensó Gabriel. Pero sabía que para Juana eso no contaba. Él era su Sombra, situado detrás de ella como testigo; sus Voces así lo habían

dicho.

—E incluso si deseáis cortar mi cabeza, no las revelaré —continuó Juana.

Era muy terca y fuerte, y mientras observaba la expresión de D'Estivet volverse cada vez más agria y cómo aumentaba el mal genio de Cauchon, Gabriel sonrió.

Así continuaron durante horas. Las preguntas provenían no solo de Cauchon sino de cualquier miembro del tribunal. En muchas ocasiones, varios clérigos hablaban a la vez, bombardeando a Juana, que debía suplicar repetidamente que hicieran las preguntas de uno en uno. ¡Y qué caprichosas parecían sus demandas! Tan pronto le inquiría Cauchon sobre la consagración de Carlos en Reims como, al minuto siguiente, si había visto hadas en el Árbol de las Damas.

—Están tratando de embaucarla —susurró Flor, y Gabriel asintió—. Pretenden que diga algo contra sí misma.

—¿Son vuestras Voces ángeles? —demandó Cauchon.

—Son santos. San Miguel, santa Catalina y santa Margarita. San Miguel fue quien me habló primero —respondió rauda Juana.

—Habladme de san Miguel —dijo Cauchon con voz contemporizadora, mirando intencionadamente hacia la multitud.

—Vino a mí en el jardín de mi padre cuando tenía trece años —dijo Juana. Gabriel escuchó mientras ella le contaba a ese extraño, a ese enemigo, lo que le había confiado a él entre susurros algún tiempo atrás—. Le vi con mis propios ojos tan claramente como os veo a vos.

Los labios de Cauchon se curvaron en una cruel sonrisa, y de nuevo miró a la muchedumbre mientras continuaba:

—¿Y qué aspecto tenía san Miguel cuando se os apareció? ¿Estaba… desnudo?

Un ultrajado gemido recorrió la multitud. Juana contempló a Cauchon divertida.

—¿Acaso creéis que Dios no dispone de medios para darles ropa?

Y el gentío se rio. La sonrisa de Juana se ensanchó, mientras que la de Cauchon se retorció en una mueca.

—¿Tenía pelo? —insistió.

—Oh, *ese* es un punto importante.

La gente se volvió a reír.

—¡Responded a la pregunta! —le increpó Cauchon.

—¿Y por qué iba a habérselo cortado?

Cauchon paseó durante un momento, tratando de rehacerse.

—Habéis afirmado que vuestras Voces os hablaron de algunas cosas. ¿Sabíais por una revelación que ibais a escaparos?

—Sí, precisamente me dijeron que sería liberada, pero no sé el día ni la hora, y dijeron que fuera valiente y mantuviera buena cara.

Gabriel sintió cómo Flor apretaba su mano con tanta fuerza que creyó que le rompería los huesos. No le habría importado. ¡Las Voces de Juana le habían dicho que escaparía!

—¿Por qué saltasteis de la torre de Beauvais? —demandó Cauchon—. Está a casi veinte metros de altura. ¿Acaso intentabais cometer un pecado mortal y renunciar a la vida que Dios os había dado?

¡Un Salto de Fe!, pensó Gabriel, casi mareado. Juana había tratado de escapar utilizando el Salto de Fe que le habían enseñado los Asesinos. Una vez más, sintió que le invedía una inmensa rabia hacia ellos.

—Sabía que me iban a entregar a los ingleses, pero no lo hice por desesperación. Salté con la esperanza de salvar mi cuerpo y de poder asistir a muchos hombres buenos que estaban necesitados. Y después del salto, me fui a confesar y pedí perdón al Señor.

—¿Y se os impuso alguna penitencia por ello?

—¡Soporté una parte de la penitencia con el dolor que me había causado al caer! —replicó Juana. Pegada a Gabriel, Flor mostró una sonrisa.

—¿Os dijeron vuestras Voces que vinierais al corazón de Francia?

—Lo hice solo por mandato de Dios. Todo lo que he hecho ha sido por orden de Dios.

—¿Fue Dios quien os ordenó que vistierais ropas de hombre?

La pregunta pilló claramente a Juana por sorpresa. Gabriel recordó cuando discutieron sobre ese asunto y todos, desde De Metz hasta la buena gente de Vaucouleurs que pagó las prendas, consideraron la medida de lo más prudente, para que pudiera cabalgar con más facilidad sin atraer una atención excesiva, y para mantener a Juana a salvo de avances masculinos

no deseados. Juana accedió encantada, y Gabriel sabía que si sus Voces se hubieran opuesto ella se habría negado en redondo.

—La ropa es un asunto de poca importancia, la menor de las cuestiones. —Su semblante estaba ceñudo por la confusión—. Jamás me habría puesto esas ropas ni hubiera hecho nada fuera del mandato de Dios y de sus ángeles. Ya me preguntaron sobre eso en Poitiers, donde los buenos clérigos decidieron que era…

—¿Dónde está vuestra mandrágora?

Esta vez el interlocutor no era el amenazador Cauchon, sino el otro juez, Jean d'Estivet. Su gesto era como si se hubiese comido un limón, por lo desagradable de su expresión.

Juana parpadeó ante el abrupto cambio de tema, pero contestó con voz serena:

—No tengo una mandrágora, y nunca he tenido una.

—Pero claramente sabéis lo que es.

Trampas y trucos con cada pregunta, pensó Gabriel, sintiendo que la rabia le invadía de nuevo. La mandrágora, por lo que sabía, era algún tipo de raíz mágica y estaba asociada con la brujería.

—He oído que es algo para hacer dinero, pero yo no creo en nada de eso. —Su voz estaba llena de desprecio.

Y así continuaron, presionándola todo el tiempo para sonsacarle detalles sobre el Árbol de las Damas, y preguntándole si alguna vez había visto hadas. Otros intervenían preguntándole por su estandarte. Juana declaró que lo prefería cuarenta veces más que la espada. El corazón de Gabriel se encogió. *Si al menos la tuvieras ahora…*

—Lo prefería porque no deseaba matar a nadie.

—¿Y lo hicisteis?

—Jamás. —Su voz resonó con una irrebatible verdad.

—Pero no sois amiga ni de los ingleses ni de los borgoñones —insistió Cauchon.

—Mi mayor esperanza es poder ver a mi rey y al duque de Borgoña unidos y en paz. En cuanto a los ingleses, mi único deseo es que se marchen, y siempre les supliqué que se rindieran antes de atacarles. —Le miró fijamente, ladeando la cabeza, y sus ojos azules se desenfocaron

durante un instante. Por primera vez desde que había entrado en la capilla, su rostro exudaba un débil resplandor.

—Sus Voces —susurró Flor, y Gabriel, demasiado dichoso por lo que estaba viendo como para hablar, se limitó a asentir.

Juana parpadeó, y luego volvió a fijarse en Cauchon.

—Antes de que pasen siete años, los ingleses sufrirán derrotas mucho más severas que las que tuvieron en Orleans, y perderán todo lo que tienen en Francia. Y eso se logrará por medio de una gran victoria que Dios enviará a los franceses.

El tribunal pareció entrar en erupción, dirigiendo todos a un tiempo preguntas a Juana, exigiéndole que les dijera en qué fecha, qué día, cuándo ocurriría eso. Ella simplemente negó con la cabeza.

—Mis Voces me dicen que no debo contestar, y temo más decepcionarlas a ellas que a cualquiera de sus señorías.

—¿Creéis estar en gracia de Dios? —preguntó Cauchon con engañosa despreocupación.

Se hizo el silencio en la iglesia. No había nada que pudiese responder que no dañase —o quizá condenase— a Juana. Si decía que sí, sería acusada de herejía, pues nadie podía saber si se hallaba en gracia de Dios. Pero si decía que no, entonces estaría admitiendo que todo lo que había hecho era una mentira.

Solo Juana parecía estar tranquila. Sonrió, suavemente, y su radiación aumentó mientras respondía:

—Si no lo estoy, que Dios me colme de ella. Y si lo estoy, que Dios me mantenga en ella, pues sería la mujer más afligida del mundo si supiera que no estoy en gracia de Dios.

El silencio se alargó durante un intenso momento. Los clérigos parecían atónitos. Una simple campesina acababa de esquivar de una forma hermosísima, brillante y humilde una perfectamente tendida trampa teológica.

—Yo creo —añadió Juana— lo que mis Voces me dicen, que voy a ser salvada. Lo creo con tanta firmeza como si ya estuviera allí.

La pequeña y cruel mirada de D’Estivet fue la primera en recuperarse.

—Después de esa revelación, ¿os creéis incapaz de cometer pecados mortales?

La gruesa melena de la joven se agitó cuando sacudió la cabeza.

—No sé nada de eso, pero en todo me someto a Dios.

—Esa es una respuesta muy grave —declaró D'Estivet.

—Y yo la conservo como un gran tesoro.

La bruma borró el resplandeciente rostro de Juana, casi con tristeza, envolviéndolo en enormes y blandos remolinos grises. Simon estaba casi seguro de que aquella sería la última vez que vería el rostro de Juana tranquilo y en paz.

Maldita sea.

Esa predicción, intervino Victoria, *¿a qué se refería? ¿Se hizo realidad?*

Simon carraspeó para aclararse la garganta.

—Eh, bueno…, sí. París cayó del lado francés seis años más tarde. Si al menos hubiera vivido para verlo…

¿Has visto ya suficiente?, preguntó suavemente Victoria.

¿Lo había hecho? Quizá este fuera su último recuerdo de Juana de Arco, valiente a pesar de su encarcelamiento, su espíritu vibrando y su fe tan sólida como una roca, su cuerpo delgado y débil pero entero, aún a salvo de las furiosas llamas.

—No —contestó. No podía dejarla marchar. Aún no. Tal vez nunca.

… *Está bien*, accedió Victoria a regañadientes, y la bruma volvió a enroscarse de nuevo.

32

Jueves, 24 de mayo de 1431
Abadía de Saint-Ouen, Ruán

Gabriel se encontraba en un cementerio. Había mucha gente apiñada en torno a él, todos intentando atisbar ansiosos el estrado que había sido apresuradamente erigido para la cruenta pieza trágica que estaba a punto de representarse ante ellos. Aunque notaba la presión de docenas de espectadores rodeándole, en sus ya casi dos décadas de vida nunca se había sentido tan solo.

Flor ya no estaba con él.

Esa mañana, se había encontrado con un chiquillo esperándole en el piso de abajo. *Vuestra Flor me ha mandado a deciros que ya no puede soportarlo más. Lo siente mucho, pero ha tenido que marcharse*, le explicó a un sorprendido Gabriel. *Dice que espera que encontréis la paz y seáis feliz, y que no intentéis encontrarla*.

No te preocupes, gruñó al pequeño mensajero, mientras se apoyaba contra el muro, mareado por la conmoción. *No perderé mi aliento en esa traidora*.

La traición era la única cosa que Juana había confesado temer. Flor había jurado, repetidas veces, que nunca abandonaría a Juana. Que no había nada en este mundo para ella sin la Doncella. Sin embargo, al igual que todos los demás, también le había dado la espalda. Solo Dios sabía cómo estaba destruyendo a Gabriel aguantar así, día tras día, pero él aún estaba

ahí. Continuaría siendo el testigo de la historia de Juana, incluso si tenía que hacerlo solo. *Al final*, pensó con tristeza, *todos estamos solos. Excepto Juana con sus Voces*.

El juicio se había desarrollado en audiencia pública durante once días, para luego proseguir a puerta cerrada. Las simpatías se decantaban cada vez más del lado de la Doncella; los canónigos a cargo del interrogatorio se asemejaban, cada vez más, a lo que realmente eran, unos acosadores. Gabriel, desesperado por recibir noticias, iba sobornando a aquellos que podían proporcionárselas invitándoles a beber. Estos le hablaban con voces susurradas sobre cosas que no acababa de entender: cómo Juana estaba en peligro por no rendirse a la Iglesia militante, la representante de Dios en este mundo. Hablaban del extraño ángel que distinguió sosteniendo la corona sobre la cabeza de Carlos. Al decir esto, como bien sabía Gabriel, se referían a cuando Juana vio a Yolanda, el Mentor Asesino, y tomó a la reina por un ángel. Los Asesinos, además de haberla abandonado, la habían puesto en un gran peligro.

Y luego estaban sus ropas. Aunque nadie, incluyendo los clérigos que la habían interrogado durante días en Poitiers, expresó su preocupación ante el hecho de que vistiera ropa masculina cuando cabalgaba, luchaba y dormía en presencia de hombres, parecía que Cauchon y D'Estivet insistían en el tema como un perro persiguiendo a una rata, considerándolo un acto de ofensiva herejía contra Dios. Gabriel se había aferrado a esos fragmentos de noticias hasta ese día, cuando se enteró de que Juana iba a ser presentada en público en el cementerio de la abadía de Saint-Ouen. Y ahora les vio llegar; eran al menos una docena de clérigos. Él no conocía bien el papel de cada uno, pero reconoció a muchos de ellos de las sesiones públicas del juicio.

Habían pasado más de dos meses desde la última vez que había visto a Juana, y su corazón se partió al contemplarla. Estaba aún más flaca que antes, sus mejillas hundidas y sus ojos azules sin brillo. Su cabello, todavía más largo, formaba una desaliñada y descuidada maraña. Sus muñecas eran ahora tan finas que resultaba sorprendente que los grilletes no resbalaran de sus manos. Se movió entre la multitud, tratando de que ella se fijara en él, pero sin atraer la indeseada atención de los soldados que la escoltaban hasta la plataforma.

El canónigo y maestre de Ruán, Guillaume Erard, comenzó a hablar. Gabriel ignoró el sermón, mirando a través de la multitud, escudriñando posibles vías de escape por si, de alguna forma, conseguía saltar a la plataforma y…

¿Hacer qué? Solo era un hombre, y ni siquiera había sido totalmente entrenado como Asesino. No podía pretender enfrentarse a cientos de soldados armados y huir de la ciudad con una joven, agotada por el hambre y tal vez las palizas, cuyas muñecas y tobillos estaban encadenados.

El maestre arremetió contra el rey Carlos en su sermón, llamando a Juana «monstruo», «bruja», «hereje» y «supersticiosa». Incluso ahora, a Gabriel le resultaba difícil creer que todo aquello estuviera sucediéndole a Juana. Su rostro, advirtió, ya no era radiante cuando replicaba, ni cuando le explicaron que necesitaba retractarse de todas sus palabras y actos ante la Iglesia. «Yo apelo a Dios y a nuestro santo padre el Papa».

—El Papa se encuentra demasiado lejos y es imposible partir en su busca —replicó Erard. Hizo un gesto para que uno de los clérigos más jóvenes, Jean Massieu, se adelantara. El joven parecía incómodo por lo que estaba haciendo mientras tendía a Juana un trozo de pergamino.

Gabriel no sabía lo que era, pero Simon sí. Se trataba de una cédula, y estaba diseñada para ser adjuntada a un documento legal separado. En este caso, la cédula era una carta de abjuración, una declaración en la que Juana juraba no volver a cortarse el pelo como un paje, llevar ropa de hombre o tomar las armas. A cambio de renegar de esas «herejías», sería entregada a la custodia eclesiástica y nunca podría ser devuelta a la justicia secular.

Simon también sabía que ese pequeño trozo de pergamino no sería el mismo que posteriormente se añadió a los documentos definitivos sobre el caso. Esa cédula era casi cinco veces más larga que esta. Alguien se tomaría la molestia más adelante de hacer que la firma de Juana quedara incluida en otra declaración diferente.

Juana miró la cédula y dijo:

—Me gustaría que los clérigos pudieran leérmela y aconsejarme sobre lo que dice, o sobre si debo firmarla.

Erard obviamente ya estaba harto.

—¡Hacedlo ahora! —bramó—. ¡O de lo contrario terminaréis vuestros días en la hoguera!

El estómago de Gabriel se encogió. Y Simon sintió que el corazón le martilleaba contra el pecho.

Massieu pareció tomar una decisión y comenzó a leer la cédula en voz alta para Juana. Mientras lo hacía, un murmullo ascendió de los espectadores y de aquellos que estaban sobre el estrado. Gabriel escuchó claramente la voz de Cauchon dirigiéndose al desafortunado Massieu: «Tendréis que pagar por esto».

El joven no flaqueó.

—Si la firmáis —explicó Massieu—, seréis una hereje reformada. Seguiréis en prisión, pero se os transferirá formalmente a un lugar donde puedan atenderos mujeres, y salvaréis vuestra vida. Es posible incluso que os liberen y algún día podáis volver a casa. Si os negáis…, arderéis en la hoguera.

Para sorpresa de todo el mundo, Juana se rio. Tomó la pluma que se le tendía y trazó un círculo sobre el pergamino haciendo el símbolo de la cruz.

Gabriel sabía que ella podía firmar con su nombre. Pero en su lugar, Juana hizo una señal que ya había visto antes: una cruz dentro de un círculo. Una señal para que quienquiera que recibiera la carta pudiera saber que Juana no admitía nada de cuanto se decía en ella.

Había sospechado de una trampa, y su brillante y hermosa Juana había encontrado el modo de escapar de ella.

Gabriel se descubrió riendo. Juana pareció sentirlo y, durante un instante, su cabeza se giró y él pudo sumergirse en sus grandes ojos azules. Un destello de su gloriosa luz interior iluminó su rostro y, a pesar de sí mismo, Gabriel empezó a abrirse paso a codazos entre la multitud para tratar de alcanzarla.

A su lado, el clima de malestar se había convertido en una activa censura.

—El rey ha malgastado su dinero en hombres como vos —gritó alguien con acento inglés a Cauchon—. Dice muy poco del rey el que Juana se nos escape.

Cauchon replicó con su voz más confiada:

—Mi señor, por eso no os preocupéis; si lo hace, volveremos a atraparla.

La alegría de Gabriel se desvaneció para ser reemplazada por un frío miedo ante esas palabras y lo que estaba sucediendo sobre el estrado. Alguien estaba hablando con Juana, diciendo:

—Habéis empleado bien el día y, complaciendo a Dios, habéis salvado vuestra alma.

—En cuanto a eso —replicó Juana—, algunos de vosotros, hombres de la Iglesia, debéis llevarme a vuestra prisión, como habéis prometido, para que no continúe en manos de estos ingleses.

La fría y fea voz de Jean d'Estivet se abrió paso entre la cacofonía.

—Llevadla de vuelta a donde la encontrasteis.

—*¡No!* —La palabra brotó de la garganta de Gabriel mientras empujaba para acercarse con nueva determinación, tratando de alcanzarla, absurda e inútilmente. La última visión que tuvo de Juana fue la de su cara, donde lentamente comenzaba a instalarse una expresión de terror.

No temo nada, excepto la traición.

Simon, ¿qué ha pasado? No entiendo lo que Gabriel acaba de ver…

Simon estaba sudando y temblando, su corazón palpitando de pena y rabia que, a la vez, eran y no eran suyas. Trató de coger aire, centrándose en la imagen de Gabriel en el Corredor de la Memoria, e intentó explicarlo.

—Le dijeron que se la consideraría una hereje reformada si rechazaba las ropas de hombre y otros comportamientos masculinos. Le prometieron que sería llevada a una prisión eclesial y no tendría que arrastrar cadenas ni soportar la presencia de los guardias en su celda. Normalmente, en semejantes casos, el antiguo hereje solía ser liberado en un par de años. Juana hizo una señal en el papel para poder decir más tarde que esa no era su verdadera firma, solo en caso de que la hubiesen engañado.

Y lo hicieron.

—Oh, hicieron algo peor que eso —espetó Simon—. El domingo por la mañana, Juana se despertó para descubrir que los guardias le habían quitado sus vestidos dejándole *solo* ropa de hombre para cubrirse.

Oh, Simon…, no…

—Alguien tuvo que dar esa orden. Yo apuesto por Cauchon. Juana protestó, alegando que no había tenido más remedio que ponérsela. El 29 de mayo, Cauchon reunió a los asesores. Treinta y nueve de ellos opinaron que habría que volver a leerle la cédula y explicársela mejor. Solo tres quisieron remitirla a la justicia secular.

Pero eso tampoco importó.

—No. No tenían ningún poder real. Los jueces de Juana eran Cauchon y D'Estivet. Su sacerdote, que se había encariñado con ella, envió a alguien para pedirle a Cauchon que le permitiese oír misa antes de ser quemada viva. Para sorpresa de todo el mundo, se le concedió. Massieu, el joven que había intentado ayudarla, fue a buscar una estola y una vela, para que el sacerdote pudiera oficiar el rito con propiedad. Después de eso, Juana fue llevada ante el alguacil, pero antes incluso de que este pudiera pronunciar sentencia, el antepasado de Vidic la agarró por el brazo y la arrastró a la pira.

Voy a sacarte.

—No, no lo hagas.

No me gustan tus niveles.

—Te estoy diciendo que quiero… No, no quiero, tengo que hacerlo. Ella aún sigue con vida para mí. Por *mí*, no por Gabriel. Esa es la razón por la que *debo* ver esto.

Entonces compartiré esa visión contigo.

Miércoles, 30 de mayo de 1431
Antigua plaza del mercado, Ruán

Cuántos soldados, pensó Gabriel, *para una única y escuálida muchacha…*

Había cientos de ellos, armados y alerta. Muchos llevaban armadura completa. Algunos estaban desperdigados entre el gentío. Otros formaban una barrera entre la multitud y el estrado, manteniendo a raya a aquellos que trataran de hacer daño, o ayudar, a Juana.

Ella aún se mostraba muy erguida, su esbelto cuerpo cubierto por una fina camisa. Los gruesos rizos negros habían desaparecido; le habían rapado

la cabeza para avergonzarla. Sobre su cráneo desnudo habían colocado una alta y puntiaguda mitra en la que estaban escritos los crímenes de Juana: *Hereje. Idólatra. Apóstata*. La mitra era demasiado grande y se la habían calado totalmente sobre los ojos para que no se moviese. Su rostro, o lo que Gabriel vislumbró de él, estaba ensangrentado por los golpes, tan magullado que se preguntó si ella podría ver algo.

Juana… Juana… Esto no puede ser real… ¡No puede ser así como acabe todo…!

Cuando los hombres armados condujeron a Juana de Arco hacia la hoguera y el corpulento verdugo anudó las cadenas alrededor de su fino cuerpo, Gabriel Laxart se derrumbó. Las lágrimas resbalaron por su cara, ensombreciendo su visión mientras grandes y dolorosos sollozos desgarraban su interior.

Por favor, Dios, llévame a mí, fulmíname a mí y deja que ella se vaya… No permitas que le hagan esto… Ella te amaba tanto…, hizo todo cuanto le pediste…

—¡Date prisa y cumple con tu trabajo! —le gritó alguien al verdugo.

—¡Sí, apresúrate, queremos llegar a casa a tiempo para cenar! —añadió otro, y hubo una oleada de viciosas, hambrientas y *malignas* risas.

El mundo de Gabriel se volvió escarlata. Explotó en un movimiento furioso. Empezó a gritar de forma incoherente, golpeando a todos y a todo lo que se ponía en su camino, abriéndose paso a través de la muchedumbre, intentando encontrar a los monstruos que clamaban para que Juana ardiera y gritara de dolor. Trató de alcanzar el estrado, de arrancar a Juana lejos de él, de llevarla a un lugar seguro. Una docena, un centenar de Asesinos ocultos a plena vista entre la muchedumbre podrían alzarse en solidaridad, como ángeles vengadores enviados por Dios para destruir a aquellos que podrían dañar a Sus elegidos.

Pero eso no sucedió.

No hubo ninguna furia divina. No hubo Asesinos. Solo hubo fuego; un castigo diabólico infligido a la mujer más celestial que Gabriel había conocido nunca.

No puedo aceptarlo, pensó Simon. *No puedo soportarlo*.

El calor bañaba su cara. El humo inundaba su boca mientras continuaba gritando. Unas manos buscaron sus brazos, tirando de él, arrastrándole al suelo. Antes de caer, vio al sacerdote de Juana alzando una cruz frente a la joven para que pudiera clavar los ojos en ella y distraerse, aunque fuera durante unos breves instantes, de la indescriptible agonía del fuego lamiendo su cuerpo y convirtiéndolo en cenizas.

Un puño enguantado en hierro oscureció la visión de Gabriel. Lo último que escuchó antes de que el mundo se tornara horrible y compasivamente negro fue la voz de Juana, alta, asustada pero firme, que ni siquiera sonaba como su propia voz, gritando una sola palabra: *¡Jesús!*

¿Simon?

Notó que tenía la cara húmeda y le costaba respirar.

—¿Victoria? —dijo, y su voz tembló—. ¿Me he desmayado?

No, pero durante un segundo no me contestabas.

Sencillamente no había palabras para expresar cómo se sentía. Roto, perdido, devastado, furioso… Todo ello unido ni siquiera lograba arañar la superficie. Tragó con fuerza y respiró hondo, obligando a su mente a controlar el temblor de su cuerpo.

—Necesito que hagas algo.

Por supuesto. Te sacaré ahora mismo.

—¡No! No es eso, todavía no. Necesito ir un poco más adelante en la vida de Gabriel.

Ni lo sueñes. Después de lo que acabamos de ver, creo…

—Lo necesito, Victoria. —Las palabras manaban de él como sangre de una herida abierta—. Necesito saber que va a estar bien. Quiero ver a la madre de sus hijos, quiero saber si vivió lo suficiente para ver el nuevo juicio de Juana. Para verla rehabilitada. Necesito saber si volvió a ser feliz.

¿Y qué pasa si no lo fue, Simon? ¿Nunca? ¿Qué pasa si nunca conoció a su hijo? ¿Qué pasa si se dio a la bebida o luchó hasta acabar con su vida, o realizó un Salto de Fe del que sabía que no sobreviviría?

Simon parpadeó ante la frialdad del retrato que le pintaba.

—Entonces lo sabré. Y me enfrentaré a ello. Como pueda.

Victoria maldijo en francés. Él comprendió el sentido. Y luego, al fin, dijo: «Está bien».

Una hora después, le retiró el casco de su cabeza empapada. Y en sus ojos, Simon pudo apreciar el mismo gesto hosco de furiosa determinación que debía de reflejar su propio semblante.

—Ya sabes lo que debemos hacer —dijo mientras ella le ayudaba a soltarse las correas con manos aún temblorosas.

—Sí —contestó decidida—. Lo sé.

33

Los tres se citaron en Hyde Park a primera hora de la tarde, cada uno llegando desde una estación de metro diferente. Los sentidos de Simon se hallaban en plena alerta mientras caminaba por delante de familias con niños pateando enérgicamente las hojas caídas y riendo a carcajadas, individuos decididos cuya enérgica zancada indicaba que esa era su sesión de ejercicio del día, y parejas, jóvenes y mayores, que simplemente disfrutaban del claro y brillante día. El cielo estaba azul, las hojas mostraban una variada paleta, desde el dorado al rojo, y la indescriptible, pero inconfundible, fragancia crujiente del otoño flotaba en el aire. La fuente conocida como *La Alegría de Vivir*, donde Simon les había citado, borboteaba alegremente y salpicaba.

Pero Simon no se conmovió por nada de aquello. Lo único que ocupaba su mente era Juana. Lo único que podía escuchar eran las burlas de los ingleses.

Lo único que podía oler era el fuego.

Ignoraba por qué había escogido ese lugar en particular. Personalmente prefería un estilo arquitectónico más clásico, y aunque esa fuente no era ofensivamente moderna, seguía siendo demasiado contemporánea. Mientras observaba las dos estatuas en el centro, agarradas de las manos y dando la impresión de bailar sobre los flotantes chorros de agua, y las cuatro figuras de niños jugando y retozando a su alrededor, pensó en Juana. La alegría era

una emoción muy simple; al menos sabía que ella la había experimentado en su corta vida.

Tras unos momentos de contemplación, Anaya se le unió y, luego, Victoria. Allí podrían hablar sin temor a curiosos; el chapoteo del agua sofocaría sus voces. Simon informó en voz baja a Anaya:

—Victoria y yo hemos sabido algo que probablemente puede poner patas arriba la Orden Templaria.

Anaya inhaló nerviosa.

—¿Lo que Rikkin estaba intentando impedir que descubrierais?

—Estoy absolutamente convencido.

—Simon el acusica —observó Anaya—. Nunca pensé que vería este día.

—No se trata de volverse contra lo que la Orden Templaria defiende —replicó Simon—. Se trata de reafirmar lo que realmente significa ser un Templario, lo que se *supone* que debía haber significado desde un principio.

—¿Y puedes decírmelo?

Victoria y Simon intercambiaron una mirada.

—Hay algunos cabos sueltos que aún estoy tratando de atar. Me gustaría protegeros a ambas lo máximo posible. No os habría involucrado si no creyera que esto era absolutamente crítico. —Hizo una pausa y giró a Anaya para que quedase frente a él—. No estoy exagerando cuando digo que esto podría cambiarlo *todo*.

—¿En qué sentido?

—En el mejor sentido posible.

—Suponiendo que vivamos para contarlo —añadió Victoria irónica.

—Hay cosas por las que los Templarios deberían estar dispuestos a morir —dijo Simon—. Y esta es una de ellas. Aun así, si esto sale mal, quiero que sepáis lo menos posible.

—He sido agente de campo, Simon. Estaba lista para morir cada día que iba al trabajo. Pero no tienes que contarme nada que no quieras. —Le sonrió dándole una palmadita en el pecho—. Puedes ser un poco engreído, Simon Hathaway, pero tienes más integridad que nadie que haya conocido nunca. Te creo, y confío plenamente en ti. Si piensas que esto es algo que

puede ayudar a la Orden, estoy de tu lado. Solo dime lo que quieres que haga.

Él se encontró buscando la mano de Anaya.

—Nunca en mi vida me he sentido tan seguro de nada. Gracias. —La soltó y se irguió—. Y ahora prestad atención las dos. Esto es lo que vamos a hacer.

Simon trató de llenar su día con cosas de trabajo: respondiendo correos, redactando una lista de contratos aconsejables para su departamento, devolviendo llamadas… y haciendo preparativos. Luego, a última hora, llevó a Victoria a cenar donde pudieran hablar libremente y así terminar de perfilar su plan.

Eran más de las diez cuando Simon y Victoria regresaron a la sala del Animus.

—¿En serio tienes que marcharte mañana? —dijo Simon—. Hemos pasado tanto tiempo en el siglo XV que no he tenido demasiadas oportunidades de mostrarte el Londres del siglo XXI.

Victoria se deslizó en la silla detrás del monitor y comenzó a teclear.

—Lo sé —contestó—, y yo también lo siento. ¡Al menos he podido tomar un montón de té!

Perfecto, esto es genial. Puedo verlo todo. La voz de Anaya habló al oído de Simon. Victoria también tenía un auricular que le permitía escucharla. *Solo sigue mis indicaciones*.

—Dado que no he tenido noticias de Morgenstern, volveré a enviarle la simulación en la que aparecía el grabado de De Molay antes de marcharme. Y luego creo que habremos terminado.

Anaya les había explicado la noche anterior que si conseguía poner «las manos», aunque fuese remotamente, en el procesador del ordenador del Animus, podría aislar para Victoria todos los datos desde una determinada fecha en adelante. De ese modo, Victoria no solo tendría la posibilidad de enviarlos sin ser detectados al ordenador de Anaya —habían mencionado Criptología para confundir a aquellos que estuviesen escuchando—, sino que también podría realizar una copia… y borrar las simulaciones

originales. Simon continuó tratando de mantener la charla típica de dos personas que se ven obligadas a pasar tiempo juntas, mientras a la vez prestaban gran atención a las instrucciones de Anaya.

—Bueno, ya está —dijo Victoria mientras presionaba despreocupadamente una tecla. El corazón de Simon palpitó con fuerza. Acababan de pasar el punto de no retorno; habían borrado las últimas sesiones de Simon con el Animus.

Victoria se puso en pie.

—Sé que no eres de dar abrazos —dijo—, pero te echaré de menos, Simon. —Él la abrazó con verdadero afecto, confiando desesperadamente en que saliera lo más ilesa posible de lo que estaba a punto de hacer.

—Gracias —repuso—. Por todo. No podría haber soñado tener una mejor compañía para esta aventura.

La mano de ella deslizó el pequeño dispositivo en su bolsillo. La última simulación.

Simon abrió la caja que contenía la espada y la sacó, admirándola. Victoria también la contempló.

—Creo que el señor Rikkin se sentirá muy complacido con lo que has descubierto sobre ella —indicó.

Al menos, pensó Simon, *si alguien está escuchando, eso les hará pensárselo dos veces antes de dispararme*.

Con aparente despreocupación, devolvió la espada a la caja, pero, al depositarla sobre el terciopelo azul, puso gran cuidado en que descansara por el lado opuesto, ocultando el micrófono que había colocado.

—La guardaré en Investigación Histórica hasta que llegue el momento de hacer mi presentación.

Se separaron frente al ascensor, Simon se dirigía hacia arriba, a la planta de su despacho, y Victoria bajaba al aparcamiento. Ya estaba solo. Anaya no tendría posibilidad de intervenir. Una cosa era que pudiera echarle un ojo y otra que Simon la permitiera involucrarse aún más de lo que ya estaba. Piratear el Animus ya era bastante malo, si alguna vez lo descubrían. Pero piratear los sistemas de seguridad del edificio sería… Ni siquiera se atrevió a pensarlo. Aun así, la voz de ella en su oído resultaba extrañamente reconfortante.

Está bien, a esta hora no hay mucha gente en el edificio.

Esa tarde, Simon había movido de pasada un perchero hasta ponerlo frente a una de las cámaras, justo lo suficiente para crear un punto ciego. Ahora se dirigió a su ordenador, lo accionó y las notas del *Canon* de Pachelbel llenaron la habitación. Tomando un par de tijeras de su mesa, abrió la caja de la espada y cortó cuidadosamente el terciopelo de los laterales de la caja. Cubrió la espada con la tela y sacó un rollo de cinta aislante gris de una bolsa —una de las muchas compras que había hecho horas antes, a su regreso de Hyde Park—. La música sofocaba en gran parte el acusador ruido de despegar la cinta mientras cortaba algunas tiras para envolver la espada. Entonces Simon se levantó y torpemente sujetó la espada a su cuerpo con la cinta adhesiva. No era cómodo, pero debería funcionar.

Su largo abrigo y una gruesa bufanda servirían para ocultar el arma. Los únicos detectores de metal estaban ubicados en la planta baja, junto a las puertas principales. Victoria le estaría esperando en el aparcamiento en un punto ciego que Anaya había asegurado con anterioridad. Él se metería en el maletero del coche y…

Simon, tienes que irte.

—¿Hmm? —murmuró tranquilo, confiando en que nadie le oyera por encima de la música.

Tengo controladas las tres escaleras, continuó Anaya. *Hay hombres entrando por todas las entradas de la planta baja. Van vestidos de paisano, pero tienen esa mirada, y creo que van armados. También advierto cierta actividad en las salidas del garaje*.

—Apuesto a que están comprobando los coches. Dile a Victoria que continúe y se vaya. —Victoria tenía la segunda copia de la simulación. Con un poco de suerte, los de seguridad estarían buscando a una persona, y no un pequeño chip de datos—. Y ahora, ¿cómo demonios *salgo* de aquí?

Estoy pirateando los sistemas de seguridad.

—¡No lo hagas! —dijo demasiado alto, y luego, bajando la voz, añadió —: No podemos ponerte en riesgo. Por… por muchas razones.

Tienen todas las salidas del edificio cubiertas, y justamente ahora acaban de desconectar los ascensores. Varios grupos de cuatro están ahora

subiendo por las escaleras. Simon, conocen tu última posición, ¡tienes que irte!

¿Ir a dónde? Simon se quedó paralizado en la puerta de su oficina, perdiendo unos preciosos segundos. Mientras estaba ahí plantado ellos subían por las escaleras hacia su planta y…

Arriba.

Sí.

—Están esperando que baje por las escaleras —dijo—. Así que voy a subir.

¿A subir? A menos que tengas un helicóptero estacionado allí arriba que yo no sepa…

—No, no, está bien. Sé lo que hago. —Era mentira. Simon Hathaway no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Pero Gabriel Laxart, sí.

Arriba.

Simon recorrió a toda velocidad el pasillo, abrió la puerta de acceso a las escaleras con tanto sigilo como pudo, y se detuvo a escuchar. Podía oírlos claramente, más cerca de lo que pensaba, lo que significaba que ellos también le oirían. El barco del secretismo había zarpado. Simon se precipitó escaleras arriba sintiendo una inmensa oleada de gratitud por sus largas piernas y las horas que cada semana pasaba en el gimnasio. Subió los peldaños, dos o tres a la vez, como un zorro perseguido por el aullido de los sabuesos tras su rastro.

La adrenalina corría por sus venas y pensó en el entrenamiento de Gabriel, en sus batallas, en cómo el muchacho había sido capaz de correr con armadura, e incluso de saltar sobre su caballo si era necesario…

Manos aquí, empuja, arriba por encima de la barandilla…

… y continúa adelante.

—Anaya, ¿cuántas plantas me quedan para llegar al tejado?

Para… Maldita sea, Simon, seis más. Su voz sonaba entrecortada. No creía que pudiera conseguirlo. Simon no dijo nada para reconfortarla. Tampoco estaba demasiado seguro de sí mismo.

—¡Simon Hathaway! —gritó una voz más abajo. Simon no se detuvo. Mientras estuvieran llamándole, malgastarían su aliento y él no—. ¡Está en posesión de una propiedad de Abstergo! ¡Entréguela y sométase a juicio!

Dos peldaños más cada vez, saltar y pasar sobre la barandilla, hasta la planta siguiente. Ahora estaban haciendo bastante ruido, sin preocuparse de quién pudiese oírlos. El primer disparo resonó con sorprendente estruendo. El corazón de Simon se encogió y aumentó su carrera.

Hay tres salidas principales del edificio, estaba diciendo Anaya, con voz tranquila, en su oído. Apenas podía escucharla, sus oídos concentrados en el ruido de los pasos que le perseguían, su corazón martilleando y su aliento cada vez más acelerado. *Están subiendo por las dos que llevan directamente al tejado. Los de la segunda escalera se encuentran dos pisos más abajo de ti y tus amigos*.

Eso era lo peor. Al final, sus perseguidores posiblemente eran Templarios de un equipo de operaciones similar al de Berg, cuando en realidad *deberían* ser amigos, o al menos camaradas de armas.

Pero no lo eran. Eran enemigos. Y parecían estar volando por el siguiente tramo de escalera.

Esta vez Simon no corrió. Sujetando su abrigo por delante, saltó por encima de la barandilla sobre el líder que, cegado temporalmente y súbitamente desequilibrado, perdió pie y cayó estrellándose contra el agente Templario que le seguía unos pocos peldaños más abajo. Simon saltó por encima de los dos hombres enredados y sacó la espada. Nunca la había sostenido como estaba haciendo ahora, pero Gabriel sabía bien cómo curvar una mano sobre la empuñadura de una espada y Simon hizo que la espada descendiera trazando un ágil arco. El golpe impactó en el torso del tercer hombre, cuya pistola emitió un chasquido metálico al chocar contra los escalones y caer mucho más abajo.

Gabriel podría haber partido en dos al hombre. Simon hizo lo que Juana habría hecho, utilizando únicamente la parte plana de la hoja. El agente no esperaba una lucha de espadas y el golpe de Simon había sido contundente.

Pero el cuarto agente tenía una mano levantada y, durante un instante, Simon distinguió a través del hueco de la escalera el destello del cañón de una pistola. Sin perder un segundo, desapareció corriendo hacia el siguiente nivel, mientras sus perseguidores forcejeaban para ponerse en pie y continuar la caza.

La escaramuza le había procurado un tiempo precioso, y Simon no lo malgastó. Un piso más y allí estaba, la última puerta, la que daba acceso al tejado. Cargó con el hombro sobre ella y continuó.

El frío aire de la noche resultó todo un contraste para su acalorada cara y sus jadeantes pulmones. Continuó corriendo, sus pies volando, primero sobre el camino de cemento, y luego por encima del cuidado césped del jardín de la azotea.

¿Por qué he subido aquí?, pensó, un tanto precipitadamente y demasiado tarde. *Soy una maldita rata atrapada en una trampa*.

Había logrado retrasar a los Templarios, pero no les había detenido, y ahora aparecieron en tropel desde la escalera detrás de él. Al otro lado del tejado, una luz rasgó la oscuridad cuando una puerta se abrió de golpe. El segundo equipo de perseguidores había llegado. Ambos grupos cargaron de pronto contra él, uno por delante y otro por detrás. Sabían, al igual que él, que, aparte del ascensor que habían desconectado y las dos escaleras por las que habían emergido con un sombrío y silencioso propósito, no existía otra salida del edificio.

Piensa. ¡Piensa!

Pensar ya le había salvado en otras ocasiones, muchas veces. Siempre confiaba en la lógica, en la razón o en el análisis para resolver cualquier obstáculo que la vida con su sádico humor le ponía por delante, pero ahora eso no le serviría de nada.

La letal percusión de los disparos estalló detrás de él. *Árboles*, le gritó su mente racional, y la lógica le salvó. Cambió de dirección, moviéndose en zigzag para convertirse en un objetivo impredecible, ladeándose erráticamente como un borracho hacia los árboles, setos, estatuas y los ahora cerrados puestos de helados y bebidas que le protegerían contra la lluvia de balas.

Pero eso solo retrasaría lo inevitable.

Sabía demasiado bien de lo que eran capaces sus compañeros Templarios. Y sabía lo que querían. No pretendían interrogarle ni capturarle. A pesar de lo que dijeron en la escalera, también había habido disparos. Iban tras él para matarle y, por tanto, muy, muy pronto, sería hombre muerto.

Solo había una escapatoria, y sería un maldito milagro si funcionaba.

El corazón le golpeaba contra el pecho, sus pulmones jadeaban, su cuerpo llevado hasta los límites porque, al final, era solo un ser humano, ¿no es cierto? Poco importaba la clase de entrenamiento que hubiese recibido, poco importaba la clase de ADN que corriera por sus venas. Pero no frenó su carrera, *no podía hacerlo*, no podía permitir que su lógico, analítico y racional cerebro interrumpiera las señales desde lo más hondo de su primitivo instinto de supervivencia. No podía dejar que su cerebro dominara su cuerpo.

Porque su cuerpo sabía lo que se exigía de él. Y sabía cómo hacerlo.

La rama de un árbol reventó justo a su lado. Las astillas arañaron su rostro, haciéndole sangrar. La voz de Anaya continuaba en su oído, gritando algo que no lograba distinguir.

El destino pretendido por los Templarios que iban tras él era ciertamente desolador. El murete de piedra que rodeaba el perímetro del jardín de la azotea de la oficina londinense de Industrias Abstergo ofrecía una improbable y desesperada oportunidad.

Si tenía fe para hacerlo.

Simon Hathaway no redujo el paso. Se lanzó hacia delante, reuniendo una punta extra de velocidad, salvando el muro como un atleta en una prueba de salto, sus largas piernas pedaleando en el aire mientras arqueaba su espalda, extendía los brazos… y volaba.

34

—Es una vergüenza, de verdad —estaba diciendo Alan Rikkin mientras abría la puerta de la sala de reuniones privada del Santuario Interior. Apenas diez días antes, Simon Hathaway había estado allí plantado ante una pizarra blanca, hablando con su tono más convincente sobre el conocimiento en pro del conocimiento—. ¡Y ahora tener que comenzar el proceso otra vez! No puedo creer que Simon ni siquiera haya durado una semana en su puesto.

—¿Sabemos qué sucedió? —preguntó Laetitia England.

—Sí, lo sabemos —replicó Simon tranquilamente desde donde se encontraba de pie al fondo de la habitación—. Bueno, al menos *yo* lo sé.

Rikkin se quedó paralizado. Simon no creía haber visto nunca una expresión de odio tan pura en los ojos de nadie, pero allí estaba, ardiendo en las profundidades de las oscuras órbitas de Alan Rikkin.

—Simon, menuda sorpresa —dijo Rikkin. Su voz plana y fría, traicionando la intensidad de su mirada—. Sinceramente puedo afirmar que eres la última persona que esperaba encontrar en esta habitación.

Simon observó las expresiones de asombro de sus compañeros miembros del Santuario Interior. Se preguntó qué les habrían contado y, también, si saldría con vida de esa habitación.

—Parafraseando a Mark Twain, «la noticia de mi muerte ha sido ampliamente exagerada».

Agneta Reider fue la primera en sonreír.

—Bueno, pues yo me alegro —declaró, con genuino placer en su voz.

—Simon, ¿qué te sucedió? ¿Dónde has estado? —preguntó Mitsuko Nakamura. Rikkin, sin apartar nunca los ojos de Simon, estaba ocupado activando monitores. En pocos segundos, las caras de Otso Berg y Álvaro Gramática aparecieron, reaccionando a la presencia de Simon con idénticas expresiones de asombro.

—¿Cómo has conseguido franquear la seguridad? —preguntó Alfred Stearns suspicaz.

—Contestaré a tus preguntas en un momento, Mitsuko. Y en cuanto a ti, Alfred, soy un historiador inglés, además de un Templario en Londres, una ciudad con dos mil años de antigüedad. ¿Quién mejor que yo para conocer pasadizos subterráneos olvidados desde hace mucho tiempo? —Se cuadró de hombros—. Bien. Ahora que estamos todos aquí, de una forma u otra, me presento formalmente al juicio del Santuario Interior. Y exijo mi prerrogativa a tener una audiencia.

—Ciertamente la tiene —admitió Berg, lo que sorprendió a Simon. Otso Berg no era precisamente de los que esperaba que acudieran en su defensa.

—¿Qué es lo que has estado haciendo exactamente que requiera un juicio? —preguntó England.

—He robado un artefacto de valor incalculable —respondió Simon sin tapujos—. También he sustraído, y destruido, material intelectual propiedad de la Orden. Pero voy a devolver la Espada del Edén en mejores condiciones de las que se encontraba cuando me la llevé, y pretendo revelar y reemplazar el contenido de esa propiedad intelectual. Todo lo que he hecho ha sido porque creí de todo corazón que era por el bien de la Orden Templaria. —Sus pálidos ojos azules se clavaron en los de Rikkin.

—Alan, ¿de qué está hablando? —demandó Stearns.

—No tengo ni la menor idea —contestó Rikkin.

Mentiroso, pensó Simon.

—Como mi patrón, Alan, puede despedirme si quiere y presentar cargos ahora mismo —dijo—. Pero como miembro del Santuario Interior, está obligado a permitirme hablar. ¿Quién va a ser hoy? ¿El alto directivo o el Templario?

Un músculo palpitó cerca del rabillo del ojo de Rikkin.

—Templario. Primero y siempre.

Como Simon había apostado que sucedería, Rikkin eligió el sendero supuestamente más razonable en lugar del papel de intolerante matón, al menos mientras tuviera audiencia.

—Esto pinta bien —dijo David Kilkerman.

—Oh, no lo dudes. Y no te pediré que aplaudas con los borradores, David. —Esta vez Kilkerman no se rio.

Simon señaló los dos objetos que en ese momento estaban expuestos sobre la mesa de reuniones. Uno era un monitor en tres dimensiones, y el otro una caja alargada.

—La espada está justo ahí. —Simon hizo un gesto hacia la caja—. Permitid que os resuma brevemente lo que sabemos sobre su historia. Estuvo en posesión del Gran Maestro Jacques de Molay hasta el masivo arresto de los Templarios el 13 de octubre de 1307. En esa fecha, fue llevada al Temple para salvaguardarla y, posteriormente, fue enterrada detrás del altar de la iglesia de Santa Catalina de Fierbois. Juana de Arco envió a alguien a desenterrarla en 1429. Se perdió…

Simon hizo una pausa, carraspeó y prosiguió:

—Se perdió en la batalla por París el 8 de septiembre de 1429. Fue recuperada por los Templarios algún tiempo después y devuelta al Temple, donde permaneció hasta que François-Thomas Germain la localizó durante la Revolución Francesa. Desde entonces, la espada rota estuvo en posesión del Asesino Arno Dorian y, sin duda, tuvo muchas más aventuras antes de acabar en la oficina de Alan. Volveré sobre ese punto más tarde.

Entrelazó sus manos detrás de la espalda y miró a su audiencia.

—Cuando me presenté ante vosotros el día de mi iniciación en el Santuario Interior, me comprometí a hacer dos cosas. Una, encontrar una forma de reparar esta espada. Y dos, probar el valor de mi método de aproximación para las tareas de mi departamento, demostraros que si me dabais la oportunidad de tener un sitio en vuestra mesa, eso os proporcionaría regalos. En este viaje, he descubierto algo que me resultó a la vez sorprendente, espantoso y excitante.

Respiró hondo. *Allá vamos*.

—Descubrí que nuestra Orden ha estado desesperadamente necesitada de una corrección en su curso de acción durante al menos seis siglos. Desde

aquellos tiempos, hemos estado malinterpretando o no sabiendo entender prácticamente nada.

—¡Cómo te atreves! —Stearns estaba lívido de furia—. Apenas llevas una semana como miembro del Santuario Interior y…

—No hay nada malo en lo que somos… —empezó England.

—Herejía.

La palabra acalló a todos. Había sido pronunciada, cómo no, por Rikkin, que sin duda pensó que Simon le había hecho el favor de inmolarse sin la ayuda de nadie.

—Yo no creo que lo sea —replicó Simon con tranquilidad—. Tengo la intención de probar que nos hemos desviado del propósito original que el Maestro De Molay quería para la Orden, y que hemos estado haciendo un montón de cosas mal desde que él fue martirizado. Se me debe permitir presentar mi caso. Si después de hacerlo me consideráis un hereje, entonces me someteré a vuestro juicio, como ya he dicho.

—Todo esto me está resultando muy entretenido —exclamó Gramática —. Simon, creía que eras más aburrido, pero claramente estaba equivocado.

Antes de que Rikkin pudiera interrumpirle de nuevo, Simon prosiguió:

—Las propiedades intelectuales que robé eran recuerdos de mi antepasado, Gabriel Laxart. Las tomé porque no deseaba, eh, que pudieran ser manipuladas antes de tener la oportunidad de presentaros mis descubrimientos. Pero aquí están, intactas.

Simon pulsó el control remoto. El monitor en tres dimensiones, que siempre le había parecido semejante a un acuario muy técnico, cobró vida. La serpenteante bruma del ya familiar Corredor de la Memoria afloró y se retorció, como tinta inyectada en agua.

Después de un momento, los remolinos tomaron forma.

—Ahora mismo estáis contemplando las inscripciones, los grafitis dejados por Jacques de Molay y algunos de sus caballeros mientras estuvieron encarcelados en el castillo de Chinon.

Incluso mientras hablaba, la voz de Jean de Metz surgió flotando del monitor.

—Tiene que haber algún tipo de mensaje. Los Templarios no gastarían sus energías haciendo dibujos para pasar el rato.

—Estos grabados son muy conocidos —se mofó Rikkin—. Estás perdiendo el tiempo, Simon. Morgenstern de Criptología podría hablar hasta la saciedad de…

—Precisamente, resulta muy interesante que Morgenstern de Criptología nunca recibiera estas imágenes cuando la doctora Bibeau se las envió. —Simon observó ansioso cómo esa información era asimilada por el resto de los miembros del Santuario Interior, sin mirar directamente a Rikkin—. Fijaos especialmente en esta, una especie de lágrima invertida de un sol, brillando hacia el rostro levantado de un Templario. Mirad todas las manos tendidas hacia arriba, y los corazones dibujados en distintos lugares. Y esta frase en latín que dice: «Si el corazón es fuerte, no se romperá».

—¿Por qué nos enseñas todo esto? —Berg, como de costumbre, estaba confuso.

—Lo entenderás más tarde. Solo recuérdalo.

La escena se evaporó en la neblina y luego se transformó en el rostro de Juana.

Simon sintió como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago ante su visión. Apretó los dientes y forzó su voz para mantener la calma mientras la contemplaba, aferrando el saquito y sonriendo.

—Guardo el anillo que me dieron aquí, siempre cerca de mi corazón, junto con otras pocas cosas que me resultan especiales —dijo ella.

Simon cerró brevemente los ojos y luego continuó:

—Gabriel podía sentir el poder de la espada, pero esta era tan inerte a su tacto como cuando Alan me la dio para investigar. Muerta. Descolorida. Pero observad.

Una vez más, vio la imagen agridulce del rostro de Juana, sus ojos azules muy abiertos, el saquito alrededor de su cuello deslizándose hacia delante mientras ella se inclinaba hacia la espada y la retiraba de su funda de terciopelo rojo, ahogando un grito al contemplar su resplandor dorado.

Simon se permitió un momento de satisfacción cuando una buena parte de su audiencia respiró entrecortadamente al ver a Juana agarrar la espada. El matiz dorado de su hoja aumentó, y las líneas provenientes de su antigua tecnología también destellaron al cobrar vida.

—Jesús y María —susurró Juana de Arco, y blandió la espada en alto. Su rostro se iluminó, al igual que la espada, y una corona de amansada luz blanca la envolvió.

—Aquí puede verse cómo la espada está activa. Lo que no se puede saber es cómo se sintió Gabriel en ese momento —dijo Simon—. Sintió alegría, y satisfacción, y paz… —Frunció el ceño, sabiendo que sus palabras eran inadecuadas—. Sintió que no había nada que temer. Que nadie volvería a sufrir. Que la crueldad o la ira ya no tenían por qué existir. Cuando Juana sostenía la espada, solo había paz y serenidad.

—¿Para los Templarios? —quiso aclarar England.

—Para todos.

Un montaje de escenas apareció entonces, mostrando a Juana en acción con la espada: sosteniéndola en alto, luchando únicamente con la parte plana de la hoja, defendiéndose con su luminosidad, haciendo añicos la espada del enemigo.

—Impresionante.

El comentario procedía de Berg. Las emociones parecían entrechocar en su rostro, dudando sobre lo que veía, a la vez que le embargaba una extraña… tristeza, era la única palabra para expresarlo. Reider tenía la barbilla hundida entre sus manos, y contemplaba absorta.

—No vimos nada de esto con Germain —señaló Gramática.

—No —dijo Simon—. No lo vimos. Y recordad eso también.

Ahora, Gabriel Laxart estaba en una taberna de Ruán. Simon recordaba su rabia. El muchacho había ido allí para matar, pero, al final, lo que vio le había disgustado tanto que decidió dejar al miserable borracho con vida.

—Es Geoffroy Thérage —dijo solemnemente Simon—, el antepasado de tu predecesor, David. Warren Vidic.

Cada centímetro de Thérage mostraba el terrible aspecto del verdugo. Medía más de metro ochenta, un gigante para la época, y tenía una complexión fuerte, cabello oscuro y tupida barba negra. En aquel momento, estaba inclinado sobre una cerveza, con ojos muy abiertos, vidriosos y enrojecidos, mientras murmuraba a su compañero, un hombre mayor, mejor vestido, cuyo rostro ceniciento se había aflojado por el asombro.

—Llevo haciendo esto veinticinco años —musitaba Thérage—. Les he visto suplicar, llorar, retorcerse, ensuciarse y rezar o maldecir a Dios. Pero esto…

Dio otro largo trago a su bebida mientras el joven que planeaba quitarle la vida observaba desde otra mesa.

—Mi obligación era matarlos. Y nunca lo pensaba dos veces. Pero por esta última voy a arder en el infierno. He matado a una mujer santa, y Dios lo ha visto. —El enorme cuerpo de Thérage se estremeció—. Su corazón… Tres veces lo hemos quemado. Tres malditas veces. Aceite, azufre, carbón, le he echado de todo. *Y no se quemaba*. —Se pasó una mano temblorosa por su cara—. Al final he tenido que arrojarlo al Sena.

—Hemos quemado a una santa —murmuró el otro hombre—. Que Dios se apiade de nuestras almas.

—La creencia respecto a que su corazón no ardió forma parte del folklore que rodea a Juana de Arco —explicó Simon—. Pero, por lo que parece, esa leyenda es cierta, ya que tenemos la confesión directa del hombre que trató de destruirlo por tres veces y fracasó.

—Thérage está borracho —replicó England despreciativa—. Está imaginando cosas.

—¿No es esa la postura oficial que nosotros los Templarios solemos adoptar cuando la gente común se encuentra con cosas que no pueden explicarse? —la desafió Simon—. Recordad también este momento porque es importante.

La escena cambió de nuevo.

—A estas alturas, ya podéis reconocer a Gabriel. Este elegante hombre con el que está hablando es Jean, duque de Alençon, considerado en las crónicas como el mejor amigo de Juana de Arco. Lo que la historia *no* cuenta es que, al igual que Gabriel, Alençon se estaba entrenando para convertirse en Asesino. Era, además, amigo de toda la vida del rey Carlos. Así que ¿por qué, entonces, querría un hombre como este tomar parte en una revuelta *contra* Carlos ocho años después de la muerte de Juana? ¿Por qué convertirse en miembro de la Orden del Toisón de Oro, una orden fundada por Felipe, duque de Borgoña, un Templario?

—Cambió de chaqueta —murmuró apreciativamente Stearns.

—Sí —confirmó Simon—, pero los historiadores han estado preguntándose durante siglos qué le llevó a hacerlo. Y ahora *nosotros* lo sabemos…

35

—¿Un Templario? —dijo Gabriel con tono horrorizado.

Alençon le había parecido entonces tan mayor…, recordó Simon; tan avejentado… Aunque tampoco Gabriel era ya un muchacho.

—Los Asesinos podían haber rescatado a Juana en cualquier momento —comentó Alençon con amargura—. Pero decidieron no hacerlo. Traté de presionar a De Metz y a Yolanda, pero no quisieron darme razones.

—«No temo nada, excepto la traición» —dijo Juana una vez.

Los oscuros ojos del duque contemplaron al hombre más joven con tristeza.

—Hay algo que debo decirte. Resulta difícil de creer, pero el duque de Borgoña nunca quiso, y mucho menos ordenó, la muerte de Juana.

Gabriel hizo un gesto de mofa, a la vez irritado y ofendido ante la sugerencia. Alençon alzó una mano para aplacarle.

—Por favor, viejo amigo, solo escúchame. Por supuesto que quería detenerla. Ella estaba amenazando el plan de los Templarios. No habían esperado tropezar con una chica con su sangre, y menos aún que encontrara la Espada del Edén. Fue un vasallo de Felipe, Jean de Luxemburgo, conde de Ligny, quien se la llevó prisionera. ¿No recuerdas cuánto tiempo la tuvo presa?

—Meses —evocó Gabriel, y añadió de mala gana—: Aunque fue bien tratada. ¡Pero él la vendió a los ingleses!

—Los Templarios querían desacreditar a Carlos —explicó Alençon—. Juana estaba fuertemente vinculada a él. Si era juzgada como hereje, eso podría reflejarse negativamente en el monarca. De modo que tanto Templarios como borgoñones e ingleses accedieron a juzgarla y condenarla por herejía.

—Un juicio —observó irónico Gabriel, todavía furioso— con el resultado ya predeterminado.

—Sí —admitió Alençon—, su juicio, su condena, su oportunidad de retractarse y, más tarde, poder liberarla en tres, quizá cuatro años, tienes razón. *Todo* eso estaba planeado. Gabriel…, todo lo que querían hacer, todo lo que *necesitaban* hacer era desacreditarla. Carlos ya había empezado a dar la espalda a Juana, y el mundo también lo habría hecho. —Y más suavemente añadió—: Ella podría haber regresado a Domrémy. Haberse casado. Formar una familia. *Ese* era el plan.

Incluso ahora, viéndolo desde la perspectiva de los demás, Simon recordó cómo esas noticias le habían desgarrado igualmente. Juana, de vuelta en casa con su familia. Quizá…, quizá con él y su hijo. Gabriel se desmoronó, apoyándose en el muro de piedra junto al que los dos hombres estaban hablando, y Alençon le sujetó.

—Yo… no os creo —susurró.

No quería creerlo, porque, si lo hacía, el dolor sería aún peor. ¿Los Asesinos fallando a Juana y los Templarios tratando de salvar su vida? El mundo parecía haberse vuelto del revés.

—Durante el juicio, hubo un nuevo examen para determinar si Juana aún seguía siendo virgen. Y lo era. ¿Cómo es posible que pudiese permanecer así, con hombres que la odiaban metidos dentro de su celda todo el tiempo? ¡Porque Felipe advirtió a los guardias que si violaban a Juana serían ejecutados!

Gabriel se frotó las sienes, tratando de dar algún sentido a todo aquello.

—Pero ¿qué sucedió? ¿Qué salió mal?

—El obispo Pierre Cauchon y su fiscal, el padre Jean d’Estivet. Eso es lo que salió mal. Estaban ahí para labrarse un nombre a sí mismos y fortalecer sus posiciones políticas. Cauchon deseaba convertirse en

arzobispo de Ruán y tenía una inquina personal hacia Juana. Y D'Estivet… —Alençon escupió—, simplemente disfruta con el sufrimiento.

Gabriel aún seguía tambaleándose, pero Alençon continuó implacable:

—Felipe tenía sus reservas sobre ellos. Envió a Ligny a visitar la celda de Juana a mediados de mayo, dos semanas antes de su ejecución, para hacerle una oferta. Ligny pagaría su rescate si ella accedía a no volver a alzarse en armas contra los borgoñones o los ingleses. Pero… ella…

—Pensó que era una trampa.

—Sí. Felipe creyó que todo había quedado solucionado cuando ella accedió a no volver a vestir ropas de hombre. Pero entonces…, oh, Gabriel… —Alençon parecía como si estuviera a punto de romperse—. Cauchon ordenó a los guardias que le quitaran los vestidos. Le dejaron solo ropa de hombre… o nada.

—Esa es la razón por la que reincidió —susurró Gabriel. Y luego con voz más dura—: Esa es la razón por la que está muerta.

—Juana era una muchacha que no entendía lo que estaba sucediendo con ella. Ni siquiera era una Asesina. Los Templarios lo sabían. Se suponía que no debía morir, Gabriel. ¿Recuerdas a Jacques de Molay?

—¿Q… quién? Ah, sí… —Gabriel miró a su viejo amigo confuso.

—Él instauró unos principios para que todos los Templarios los siguieran. —Los ojos oscuros de Alençon ardían de intensidad—. Creemos que la espada de Juana en su día fue suya. Y que la forma en que se comportaba era tal y como De Molay quería que lo hiciera. Él fue quemado en la hoguera como hereje. Lo último, absolutamente lo último, que él hubiese querido para su Orden es hacer lo mismo con una muchacha que había blandido su espada con la misma grandeza de corazón que él, por muy desinformada que estuviese.

—¿Y por qué me contáis todo esto? —medio preguntó entre sollozos Gabriel.

—Porque necesitas saber que los Templarios intentaron, repetidas veces, impedir la muerte de Juana. La Orden no la mató, lo hicieron dos hombres egoístas. Hombres interesados no en el bien de la humanidad, sino únicamente en sus propios intereses. Y esa Orden piensa que tal vez estés interesado en ayudarles a impartir justicia.

Lentamente, Gabriel levantó la cabeza. Sus labios apretados formaron una fina línea, y su cara se endureció.

La escena cambió. Un anciano estaba sentado en una silla mientras un sirviente le atendía, colocándole un paño caliente sobre los ojos antes de sacar una pequeña navaja y jabón, y depositarlos en una mesita con los preparativos para el afeitado.

Una sombra se movió detrás de él. Gabriel deslizó su brazo alrededor del cuello del sirviente, apretándolo hasta que el aterrorizado hombre se desmayó. Con el mayor sigilo posible, Gabriel lo depositó en el suelo y, entonces, se acercó y, tomando la navaja, la colocó en la garganta del anciano.

—¿Étienne? —preguntó Pierre Cauchon, con el paño aún sobre los ojos. Su voz era fina y aguda; muy distinta de la del poderoso orador que había intimidado con sus preguntas a una desnutrida y agotada muchacha durante horas sin fin.

—No soy Étienne —replicó Gabriel—. No me conoces. Solo soy una sombra. Un testigo de lo que le hicisteis a Juana, la Doncella. Os habéis salvado gracias a vuestros amos, pero ahora…, ahora han decidido que ha llegado el momento de matar a este viejo perro.

Simon sabía cuánto deseaba Gabriel hacer aquello. Pero antes de que pudiera segar la garganta de Cauchon, el anciano se convulsionó y jadeó, agarrándose el corazón, para inmediatamente después yacer espatarrado con la mitad del cuerpo fuera de la silla, muerto.

—A Gabriel se le negó la satisfacción de matar él mismo a Cauchon —continuó Simon—, pero Juan d'Estivet no tuvo tanta suerte. Su cuerpo fue encontrado en una alcantarilla, su garganta cercenada por una fina y afilada hoja. El populacho lo interpretó como una muestra de justicia divina, por lo que le había hecho a Juana de Arco.

Simon hizo una pausa, preparándose para refutaciones y ataques. Pero no hubo ninguno. No podía leer sus expresiones; los Templarios se caracterizaban por tener algunas de las mejores caras de póquer del mundo. No obstante, se le permitió continuar.

—Como recordaréis —dijo—, al empezar mi explicación os pedí que memorizarais tres cosas. —Pulsó el botón del mando. La escena se reanudó,

ilustrando cada objeto mientras hablaba sobre él—. El grafiti dejado por De Molay, especialmente la imagen del sol y la cita en latín. El saquito que Juana llevaba alrededor del cuello. Y cómo su espada reaccionaba con ella. Y a eso añadiré ahora dos cosas más: la declaración de Thérage sobre que el corazón de Juana se negó a arder; y la información de que Felipe de Borgoña intentó, *repetidamente*, mantener a Juana con vida y se sintió furioso ante lo que equivalía a una traición a la Orden Templaria por parte de los dos jueces de Juana.

Volvió a pulsar el mando. Una nueva imagen apareció, pero no era una memoria del Animus sino una sencilla fotografía del grafiti de De Molay.

—Fijaos en el sol —dijo—. Ahora hay un agujero. Algo fue colocado ahí y cubierto… hasta que la persona adecuada lo encontrara. Lo que quiera que ocultase, cuando Gabriel lo contempló ya había sido retirado. Y creo saber lo que era.

El corazón de Simon palpitaba muy de prisa. Todo dependía de lo que estaba a punto de suceder. Lentamente, tanteó en su bolsillo y sacó un pequeño objeto envuelto en un pañuelo; un objeto que había estado ahí durante algún tiempo, exudando silenciosamente calma a sus frenéticos pensamientos. Lo dejó sobre la mesa y lo desenvolvió.

Hubo algunos murmullos y todo el mundo se inclinó hacia delante para poder verlo mejor. Era del tamaño de una uva grande, una perfecta y brillante esfera escarlata que latía rítmicamente. Simon observó mientras varios miembros del Santuario Interior se relajaban ostensiblemente. El objeto no les estaba controlando. Pero podían sentirlo, y estaban respondiendo a su energía.

—Esto —dijo— es lo que yo llamo el Corazón. Es el corazón de la espada. Es el «corazón» de Juana que no ardió. Es lo que hacía única esta espada al ser correctamente esgrimida por Jacques de Molay y Juana de Arco, pero *no* por Germain.

Simon dejó que las palabras fluyeran mientras relataba la historia del Corazón. En su día, explicó al Santuario Interior, formaba parte intrínseca de la Espada del Edén. De Molay lo mantenía separado de la espada cuando el arma no era esgrimida en batalla para que, en caso de pérdida o traición, no pudieran apoderarse de los dos Fragmentos del Edén a la vez. De alguna

forma —Simon no sabía exactamente cómo—, De Molay se las había arreglado para escamotear el Corazón con él dentro de la mazmorra de Coudray. Había escarbado un agujero en el muro de la celda, depositado el Corazón en su interior, y cubierto el escondite con escayola que, sin duda, también logró introducir. Incluso había informado a aquellos que podían leer latín sobre cómo debía utilizarse el Corazón: «Si el corazón es fuerte, no se romperá».

—Esperaba que la persona adecuada encontrase el Corazón, que este lo llamara —continuó Simon—. Esa persona fue Juana de Arco, casi un siglo más tarde. La cita podría haber sido malinterpretada por un lector equivocado. No quería decir: «Si tu corazón es fuerte, entonces tu corazón no se romperá», sino: «Si tu corazón es fuerte, la Espada a la que pertenece el Corazón no se romperá». Resulta irónico que la elegida fuera Juana, una absoluta analfabeta.

Advirtió que estaba perdiendo a algunos de ellos —Stearns, Kilkerman y Rikkin, por supuesto—. Pero los otros estaban inclinados, mostrando más curiosidad que recelo.

—Fue después de su estancia en Chinon cuando Gabriel advirtió que Juana llevaba un saquito alrededor del cuello. Ella había permanecido en la torre de Coudray y fue llamada a encontrar el Corazón escondido en la mazmorra de la torre. Creo que, junto con el anillo de familia, el Corazón estaba en ese saquito. Ella lo llevaba cuando tocó la espada por primera vez, la espada que, hasta ese momento, había estado adormecida, y que se activó gracias a que el Corazón, su fuente de poder, estaba muy próximo. Y lo más probable también porque fue esgrimida por alguien con una alta concentración de ADN Precursor.

»Así comenzó una increíble, y en cierto modo milagrosa, serie de victorias; batallas ganadas por una estrategia militar que lógicamente ella no podía conocer, y por la pasión y el entusiasmo de aquellos que la seguían. Esta espada estaba impulsada no por la conquista y el dolor, sino por la fe en estar haciendo lo correcto. “Si el corazón es fuerte, no se romperá”.

Simon abrió la caja.

La espada estaba brillando: cálida, hermosa, energizada por su proximidad al Corazón. Pero aún no estaba completa. Estiró la mano para tocar el pomo que remataba la empuñadura y comenzó a girarlo. Este se desenroscó fácilmente en sus manos y se lo mostró a los absortos Templarios. Estaba hueco, perfectamente amoldado para contener el resplandeciente Corazón que Simon insertó. Volvió a ajustar el pomo y retiró sus manos.

—Juana de Arco tenía el Corazón alrededor de su garganta cuando fue quemada. Su verdugo, incapaz de destruirlo, lo arrojó al Sena. Y, como algunos de vosotros sabéis, bucear es mi gran afición. Me fui al Sena, al lugar donde imaginaba que se habían arrojado las cenizas.

»Yo no soy Juana de Arco —continuó con voz temblorosa. *No importa*, pensó. Estaban en presencia de algo mucho más grande que ellos mismos, y todos iban a ser testigos de algo que no se había visto desde hacía más de medio milenio—. Ni siquiera soy Gabriel Laxart. Pero sí tengo ADN Precursor. Y al igual que Gabriel pudo sentir la espada, enterrada y olvidada detrás del altar, yo pude sentir el Corazón deseando ser encontrado en el fondo del Sena. Me llevó algún tiempo… pero lo recuperé.

»El Corazón no ha estado en su hogar durante siglos. Ni tampoco la espada ha sido blandida desde entonces por alguien que comprenda su verdadera naturaleza.

Levantó la vista hacia sus compañeros Templarios, confiando más allá de toda esperanza en que ellos pudieran ver, pudieran entender, como él lo hacía.

—Como he dicho, no soy Juana de Arco. Pero después de todo lo que he presenciado, todo lo que he sentido a través de los recuerdos de Gabriel, todo lo que he aprendido sobre esta Orden que mi familia ha honrado durante muchas generaciones, y a la que yo mismo he jurado servir con mi vida, al igual que vosotros habéis jurado servir con las vuestras, creo poder afirmar que aquí, en este momento, *mi* corazón es fuerte, y está muy, muy lleno.

Simon Hathaway extendió la mano, agarró la Espada del Edén y la sostuvo en alto.

Una luz brillante, limpia y purificadora inundó súbitamente la habitación, bañándoles a todos por igual —desde Rikkin a Simon pasando por Reider y England—, y de pronto Simon sintió como si las cargas de toda una vida, quizá de muchas vidas, se hubiesen desprendido de sus hombros. Todos guardaron el mismo respetuoso silencio, contemplándole con asombro.

Su resplandor no era tan brillante como el presenciado por Gabriel Laxart, pues Simon, ciertamente, no era Juana.

Pero creía en lo que la espada defendía. Y la espada lo sabía.

—¡*Esto* es lo que debería ser la Orden Templaria! —gritó Simon, la alegría y certidumbre fluyendo a través de su sangre—. Un arma para cuando se necesitase, y una inspiración en todo momento. Un faro para la humanidad cuando más se precisara. *Este* era el objetivo de Jacques de Molay. *Esto* era por lo que la espada florecía cuando Juana la tocaba. Y *esto* es por lo que, si juzgáis mis palabras como mentiras y mis actos como herejía, pereceré encantado al igual que aquellos que la sostuvieron antes que yo: falsamente acusados, y muriendo por algo en lo que creo con todo mi corazón.

Sostuvo la espada mirando a los ojos de cada uno de los miembros del Santuario Interior.

—La hoja de la espada está lista y sus poderes han sido restaurados. Es un arma grácil y letal. ¿Quién de entre vosotros cree tan firmemente en mi herejía, quién de los presentes piensa que su corazón es tan fuerte, y tan inmaculado, que podrá abatirme con ella?

Ni un solo miembro del Santuario Interior de la Orden Templaria —ocho de los más altos cargos de la élite— hizo un movimiento hacia la espada.

—Propongo que todos los cargos contra Simon Hathaway sean retirados. —Simon miró a la pantalla, sorprendido de que las palabras provinieran de Otso Berg. El rostro del hombre que Simon había considerado siempre un matón estaba casi dulcificado por el asombro.

—Yo lo secundo —dijo Reider. Parecía muy serena, aunque no paraba de parpadear—. Simon, has hecho todo lo que te comprometiste a hacer. Si te apropiaste de propiedades Templarias, fue solo para reintegrarlas de

nuevo. Y estoy de acuerdo contigo. Algunos de nuestros métodos no han estado alineados con lo que la espada de De Molay representa.

Sin embargo, no todos los semblantes estaban iluminados por el entendimiento. Rikkin, Stearns, Gramática y Kilkerman no dijeron nada, pero evidentemente no estaban conmovidos. Por fin, Rikkin se movió.

—Nos has dado mucho que pensar, Simon. Pero no es momento de rebatirlo. Puedes proceder como mejor creas conveniente con Investigación Histórica, y también tener acceso al Animus a tu discreción. Ahora, si no te importa…, me gustaría tener mi espada de vuelta.

Las risas alrededor de la mesa rompieron parte del hechizo de la espada. Pero no del todo. Respetuosamente, aunque a su pesar, Simon volvió a colocar el exquisito artefacto en su lugar y devolvió la caja cerrada a Rikkin.

No pudo evitar advertir que el Director Ejecutivo de Industrias Abstergo ni una sola vez tocó la espada de Jacques de Molay.

36

Exhausto, Simon entró dando tumbos en su apartamento y se abalanzó directamente sobre el sofá. No se había dado cuenta de lo vacío que se había quedado durante la última… ¿semana? ¿Diez días? Había perdido la cuenta. Pero el mundo estaba volviendo a tomar la dirección adecuada, o tal vez lo hacía por primera vez.

Los micrófonos de su oficina y de su casa habían desaparecido. Poole estaba de vuelta en el Temp's, resplandeciente tras sus vacaciones sorpresa a Edimburgo como «El mejor empleado del año del Tempest». Ben Clarke, el joven al que Anaya había estado entrenando para sustituirla, no había vuelto a dar señales de vida desde que Simon voló con la espada. Incluso el portero de su edificio, que también había desaparecido en unas misteriosas vacaciones, estaba de nuevo en su puesto.

Simon había telefoneado a Victoria inmediatamente después de que acabase la reunión y se quedó muy aliviado al saber que tanto ella como Anaya no habían sido sometidas a ningún escrutinio durante su ausencia.

—Creo que estaban esperando descubrir lo que me había pasado —le dijo Simon a Victoria. Conversaban por su teléfono desechable; Simon había decidido que tal vez algunos de los hábitos que había adoptado debía conservarlos.

—Yo también lo creo —dijo ella—. Pero no ha sucedido nada fuera de lo normal. Estoy de vuelta en Aerie y debo decir que lo echaba de menos. Pero no cambiaría nuestra aventura con el Animus por nada del mundo.

—Ni yo tampoco. —Hizo una pausa—. Yo… realmente no sé cómo agradecer tu ayuda, Victoria. Me has estado respaldando todo el tiempo, incluso cuando pensé que no lo hacías. Hacía mucho tiempo que no tenía una verdadera amiga. Seguirás teniendo noticias mías.

Ella captó todo lo que no estaba diciendo, y su voz se llenó de afecto cuando le respondió:

—¡Eso espero! Quizá puedas venir aquí y ver lo que estamos haciendo. Estos jóvenes con los que trabajo son bastante notables.

—No tan notables como Juana y Gabriel —replicó Simon, descubriendo que estaba sonriendo.

—*Nadie* es tan notable como Juana y Gabriel —admitió—. Pero tienes que venir a visitarme.

—Lo haré —contestó, y lo decía de verdad.

—Ah, y una cosa más, ¿cómo demonios hiciste para escapar?

Él se rio.

—Di un Salto de Fe justo sobre el toldo del Bella Cibo. Me lo van a descontar de la nómina, según creo.

Durante su ausencia en Francia había seguido en contacto con Anaya; ella fue quien le proporcionó la suficiente documentación falsa para poder completar su viaje a Ruán y regresar sin problemas, por lo que sabía que estaba a salvo. No había vuelto a hablar con ella desde su regreso, y se sintió ligeramente incómodo al hacerlo ahora. Aunque el Capitán América hubiese desaparecido misteriosamente, sabía que Anaya aún estaba decidida a aceptar el trabajo en Abstergo Entertainment que, para su sorpresa, había demostrado ser una oferta auténtica.

Pese a lo agotado que estaba, Simon se sentía inquieto. Casi sin darse cuenta, se encontró conduciendo de vuelta a Abstergo. Su tarjeta de seguridad había sido actualizada, tal y como Rikkin le prometió, y ahora podía acceder al Animus sin ninguna dificultad.

Resultaba extraño encontrarse en ese lugar después de medianoche sin Victoria. Y sabía que realmente no debería entrar en el Animus solo. Pero a estas alturas, se encontraba cómodo con su propia fuerza de voluntad, y lo suficientemente familiarizado con los aspectos técnicos del proceso como para creer que podía regresar una última vez sin ser monitorizado.

Preparó el Animus, introdujo los criterios y consiguió atarse a sí mismo. Recordó el comentario de Victoria: *A menos que quieras sufrir serias heridas, deberías dejar la última correa sin abrochar para poder entrar por ti mismo*. Era totalmente cierto. Con un poco de suerte, la simulación no sería físicamente agotadora. Y si lo era, bueno, Simon sabía cómo desincronizarse. No sería agradable, pero en todo caso sería mejor que la alternativa.

Una vez más, la bruma se arremolinó en torno a él. Simon se preparó a la espera de lo que le sería revelado.

15 de mayo de 1443
Burey-en-Vaux

Gabriel estaba apoyado contra el arco de entrada de la casa de su padre, con la vista dirigida hacia la brillante luna llena. Había regresado al hogar poco después de su frustrante encuentro con el difunto obispo Cauchon. Llevaba mucho tiempo deseando acabar con esa vida, lo que estaba más de mil veces justificado, pero Dios, o el demonio, se habían apoderado de Cauchon antes de que pudiese rajarle la garganta. Lo había interpretado como una señal, y cuando se encontró con Alençon, lo hizo por última vez.

Los Templarios le habían invitado a unirse a sus filas, pero Gabriel descubrió que lo único que quería hacer era regresar con su padre, su madrastra, y con el hijo de estos. El fuego de la venganza, avivado al mismo tiempo que la pira de Juana, se había extinguido, como también lo había hecho aquella terrible llama. Sentía el alma enferma y temía que esa curación no pudiera llegar nunca.

Y así se había despedido de Alençon, tras jurar no tomar partido por ninguno de los dos bandos del conflicto entre Asesinos y Templarios. Había regresado a Burey-en-Vaux el año anterior, la noche de Navidad; trece años después del día que Juana de Arco llegó a Ruán. Aquí pudo encontrar una relativa tranquilidad con su familia y la de Juana, pero no la paz ni la curación.

Gabriel se había despertado a medianoche con el corazón roto de dolor, mientras recordaba cómo había salido al exterior en aquella otra noche de principios de verano y fue sorprendido por Juana. *Quince* años atrás, pensó; ahora tenía más de treinta, y habían transcurrido doce desde que fue quemada. Todo el mundo le decía que se iría haciendo más fácil con el tiempo, que se acostumbraría a la idea de su muerte. Pero no era así. No lo había hecho. Nunca lo haría.

—Sigues el oficio nocturno.

Gabriel se quedó paralizado. Su aliento emitió un áspero chirrido en sus oídos, y aunque cerró los ojos con fuerza, las lágrimas escaparon. ¿Se estaría volviendo loco? ¿Estaría oyendo las Voces de Juana? Había presenciado su muerte, una muerte tan horrible como nadie podía imaginar. De modo que no podía ser ella, pero eso no importaba. Ningún loco estaría más feliz que él.

—¿J… Juana? —Se volvió hacia la voz y abrió los ojos.

A través de la neblina de sus lágrimas, la luna era suave, brillando en todo su esplendor sobre el rostro que amaba y que nunca soñó volver a ver de nuevo. Jadeó, tambaleándose hacia delante y cayendo de rodillas frente a ella, aferrado a su vestido, incrédulo, a pesar de sentir la solidez de la lana contra sus dedos.

Entonces los brazos de ella le rodearon, sujetándole con fuerza mientras Gabriel sollozaba en el arco de su cuello.

—Soy yo —dijo—. Soy realmente yo.

Permanecieron abrazados en silencio durante largo tiempo, arrodillados sobre el duro suelo de piedra de la calle. Finalmente, Gabriel alzó la cabeza y contempló su plateado rostro de luna llena, estrechando sus manos, aún aterrorizado por que ella pudiera ser un sueño, mientras Juana —*¡Juana, Juana!*— le contaba lo sucedido.

El día de su ejecución, Juana se había quedado a solas con su sacerdote, Martin Ladvenu. Este había enviado a alguien a buscar su estola, para así poder darle la comunión en condiciones, y luego la apremió a que bebiera algo fuerte y dulce. Más tarde, esa noche, se había despertado para encontrar a Jean de Metz mirándola sonriente, junto con otras personas que no conocía, todas ellas encapuchadas pues no deseaban mostrar sus rostros.

—Me dijo que aún tenía presente su voto de lealtad. Que no me había olvidado. Que él y sus amigos me habían rescatado, pero… oh, Gabriel… *Flor…*

Durante un momento, Gabriel no entendió nada. Entonces la culpa, el horror y una ardiente vergüenza se revolvieron en su estómago, atenazando su garganta. Recordó lo furioso que se había sentido contra Flor y cómo había maldecido su nombre, llamándola traidora y cobarde, cuando, al final, había sido más leal que él, y ciertamente más valiente.

—Creí que eras tú —susurró, y una parte de él aún seguía sin asimilarlo. La alegría estaría para siempre atemperada por el dolor de saber que su vida había sido comprada gracias al sacrificio de Flor. Pensó en las palabras de la joven rubia. Juana había cambiado su vida y la había llevado a Dios. Había entregado lo que le quedaba de ella para darle las gracias a Juana por esos pocos meses de auténtica paz.

—Yo… vi… —Gabriel hizo una pausa. ¿Qué había visto? Lo que él y todo el mundo esperaban ver: una delgada muchacha de ojos azules, una mitra calada en su cabeza dejando a la vista únicamente la mitad de un rostro ensangrentado y magullado, su cráneo rasurado para humillarla, y ella gritando el nombre de Jesús en el momento de morir… con una voz que, ahora se daba cuenta, no era la de Juana. Pero al parecer había una cosa que Flor no sacrificó en aras de esa ilusión. Recordaba haber visto el saquito de Juana colgando de su delgado cuello, prácticamente, aunque no del todo, oculto por su sucio atuendo.

Se preguntó si algunos de los «soldados» revestidos de armadura y diseminados entre la multitud eran Asesinos, asegurándose de que nadie tuviera una visión demasiado buena de la falsa Juana. Ocultos a plena vista.

—Me explicaron que bajo ningún concepto debía revelar que estaba con vida, pues entonces la muerte de Flor habría sido en vano. Y eso hice. He estado deambulando, yendo de una ciudad a otra, trabajando en posadas y tabernas. No he vuelto con mi familia. Juana la Doncella ya no existe. Pero… cuando supe que habías regresado… tuve que venir a verte. A decirte que nunca le habría pedido eso a nuestra Flor o a ti.

—No —admitió él—. Nunca lo habrías hecho. Pero Flor así lo quiso. —De eso al menos estaba seguro; eso podría consolarla de verdad. Los

Asesinos eran muchas cosas, y había sido muy cruel por su parte pedirle eso a la joven, pero sabía que ellos nunca la habrían forzado o amenazado. Y tampoco le habría sorprendido demasiado si hubiese sido la propia Flor quien decidió sugerir el plan. Agarró a Juana por los hombros y la miró a los ojos—. Ella te amaba.

Sus ojos húmedos se agrandaron mientras él hablaba, escuchando las palabras que tanto temía, incluso ahora, decir en alto. Y luego, con un susurro de voz, declaró:

—Ya no escucho mis Voces. ¿He perdido mis ángeles, Gabriel? ¿Acaso me han olvidado?

Tímida y lentamente, Gabriel alargó su dedo pulgar para secar una lágrima que resbalaba por la mejilla de Juana. Ya no era una niña, sino una mujer. Su rostro era más viejo, menos inocente y redondeado, pero su piel era suave. De pronto comprendió que el resplandor que había atribuido a la luz de la gloriosa luna llena no provenía solamente del cielo.

Juana alzó la vista hacia él, su hermoso y buen corazón reflejándose en sus ojos y, una vez más, resplandeciendo desde su interior.

—No —susurró Gabriel—. No creo que te hayan olvidado. Solo te han *liberado*. Dios, a través del sacrificio de Flor, te ha devuelto tu vida. Ahora debes decidir qué hacer con ella. ¿Qué vas a hacer, Juana?

Las palabras pronunciadas por ella mucho tiempo atrás volvieron a su mente. *¿Cómo podría ser Juana, una esposa, cuando he prometido permanecer como Juana, la Doncella de Lorena, mientras eso complazca a Dios? Hice una promesa tres años atrás. Mi cuerpo, mi corazón… mis Voces necesitan ahora mismo todo de mí*. Y luego su propia súplica: *Solo déjame compartir tu viaje mientras puedas*.

Y supo, mientras notaba la mejilla de ella enrojecer en su mano, que Juana también estaba recordando aquella noche. Su radiación aumentó mientras levantaba sus propios dedos exploradores para acariciar el rostro de Gabriel. Él tembló y se apoyó contra su mano.

—Gabriel Laxart —susurró Juana de Arco, su rostro tan brillante que apenas podía mirarla—, te dejaré compartir mi viaje para siempre.

Mucho más tarde, Simon Hathaway se quitó torpemente el casco del Animus de la cabeza. Con dedos temblorosos y a tientas desabrochó los distintos cierres y se tambaleó hasta la mesa, apoyándose en ella un momento para recuperar el aliento. En ese perturbador estado, le llevó un momento recordar el código necesario para borrar los registros de lo que acababa de contemplar.

Y entonces cogió su teléfono móvil.

—¿Simon? ¿Qué pasa, qué sucede? —La voz de Anaya sonaba somnolienta, pero llena de preocupación.

—Yo… Anaya, necesito hablar contigo. —Quería estar tranquilo para explicarle con claridad cómo se sentía, pero las palabras parecían brotar por su cuenta—. No te vayas todavía a Montreal. No hasta que hayamos hablado. Por favor. Esta noche…

—Simon. —Ahora era ella la que estaba más tranquila—. ¿Qué ha pasado?

—Un milagro —contestó, medio riendo, medio sollozando—. Te contaré todo al respecto. Te lo contaré todo, Anaya. Todo lo que debería haberte contado antes, todas las cosas que creí que no eran importantes, pero que realmente eran las únicas que importaban. Sé que algunas veces es demasiado tarde para segundas oportunidades, pero yo… Solo déjame hablar contigo. Y ya me dirás si…, si es demasiado tarde para mí.

Hubo una larga pausa. Tan larga como doce años. Simon apretó el teléfono con tanta fuerza que le dolió la mano.

—Siempre estaré dispuesta a escucharte, Simon. —La voz de Anaya era cálida—. Pásate por aquí y hablaremos. Pondré el hervidor para hacer un poco de té.

Epílogo

—Tal y como usted esperaba, no ha tardado demasiado tiempo.

Alan Rikkin sonrió para sus adentros, recostándose en el cómodo asiento de cuero del Airbus A319 de la compañía Abstergo.

—¿Qué tienes para mí?

—Hathaway ha utilizado el Animus hace apenas unas horas.

Y pensar que tenía a Hathaway por un tipo exageradamente cauteloso…, se dijo Rikkin.

—¿Tienes la simulación?

—No, señor, ha podido borrarla utilizando el código de desvío que Chodary le proporcionó previamente. Pero hay evidencias de que ha existido una simulación.

Rikkin consultó su reloj.

—Ahora no tengo tiempo para esto. Continúa monitorizándole y ya discutiremos las medidas oportunas a mi regreso. ¿Crees que alguien sospecha de ti?

—Negativo. Clarke ha sido un excelente señuelo. Atrajo toda la atención. Una vez que se marchó, Chodary se quedó satisfecha por que el pirateo hubiese terminado.

—Ten mucho cuidado mientras continúas —le advirtió Rikkin—. No sé cuánto le ha contado Hathaway de todo esto, pero es posible que esté más alerta a futuros intentos por tu parte.

—Entendido. Me habría pillado de inmediato si no llega a ser por Clarke.

—Informaré al resto del equipo Omega para que mantengan un perfil bajo por el momento. Cuando regrese de Madrid, sin embargo, tal vez implementemos el Doble Épsilon.

Rikkin había intentado denodadamente impedir que Simon supiera la verdad. Realmente lo había intentado. No se le podía culpar por lo que iba a suceder ahora. La imagen de Simon sosteniendo en alto la Espada del Edén, como si fuera una especie de rey Arturo del siglo XXI extrayendo a Excalibur de la piedra, había provocado serias repercusiones en el Santuario Interior. Algunos de sus miembros estaban dispuestos a abandonar el modo en que la Orden Templaria había actuado durante siglos por una versión idealizada sobre cómo, mucho tiempo atrás, De Molay había *querido* que funcionase.

El rey Arturo murió decepcionado, tras haber sido traicionado por su esposa, su mejor amigo y su hijo. Jacques de Molay había sido quemado vivo.

Su visión idealista no era el mejor camino para la Orden Templaria.

—¿Para Hathaway? —La voz en su oído devolvió a Rikkin al presente.

—Para todos ellos, potencialmente. Para… otros, incluso. Ya veremos cómo sale lo de Madrid.

—Omega en espera —indicó Andrew Davies.

Había secretos dentro de secretos en la Orden Templaria. El equipo Omega era uno de los más profundos. El último; el definitivo. Respondían cuando él les llamaba para poner fin a algún asunto. Pero, por ahora, esperarían su orden.

Iba de camino a Madrid, hacia lo que confiaba que sería el comienzo del mayor capítulo de la historia Templaria.

—Alfas y Omegas —dijo en voz baja, y llamó a Sofía.



CHRISTIE GOLDEN (Tennessee, Estados Unidos, 1963). Escritora americana, ganadora de varios premios y ocho veces elegida como la autora más vendida por el periódico *New York Times*, Christie Golden ha escrito cerca de cincuenta novelas y numerosas historias cortas de ciencia ficción, fantasía y terror.

Entre sus muchos trabajos destacan una docena de novelas de *Star Trek*, *World of Warcraft* y *StarCraft*, tres libros de los nueve de la serie *Star Wars. Fate of the Jedi*, y la novelización de *Star Wars. Las Guerras Clon, episodios no emitidos*.

Notas

[1] El periplo del héroe, también conocido como mito único o monomito, es un término acuñado por el antropólogo Joseph Campbell para definir el modelo básico de un relato épico. (*N. de la T.*) <<

[2] La Hire fue el apodo otorgado por los ingleses a Vignolles debido a su fiereza, semejante a la cólera de Dios. (*N. de la T.*) <<

[3] La acepción, procedente del francés *maquereau*, se refiere al chulo o rufián dedicado a la prostitución. (*N. de la T.*) <<

[4] *Murder Must Advertise*, en el original, es una novela de Dorothy L. Sayers, de la serie de lord Peter Winsey, publicada en España con ese curioso título. (*N. de la T.*) <<